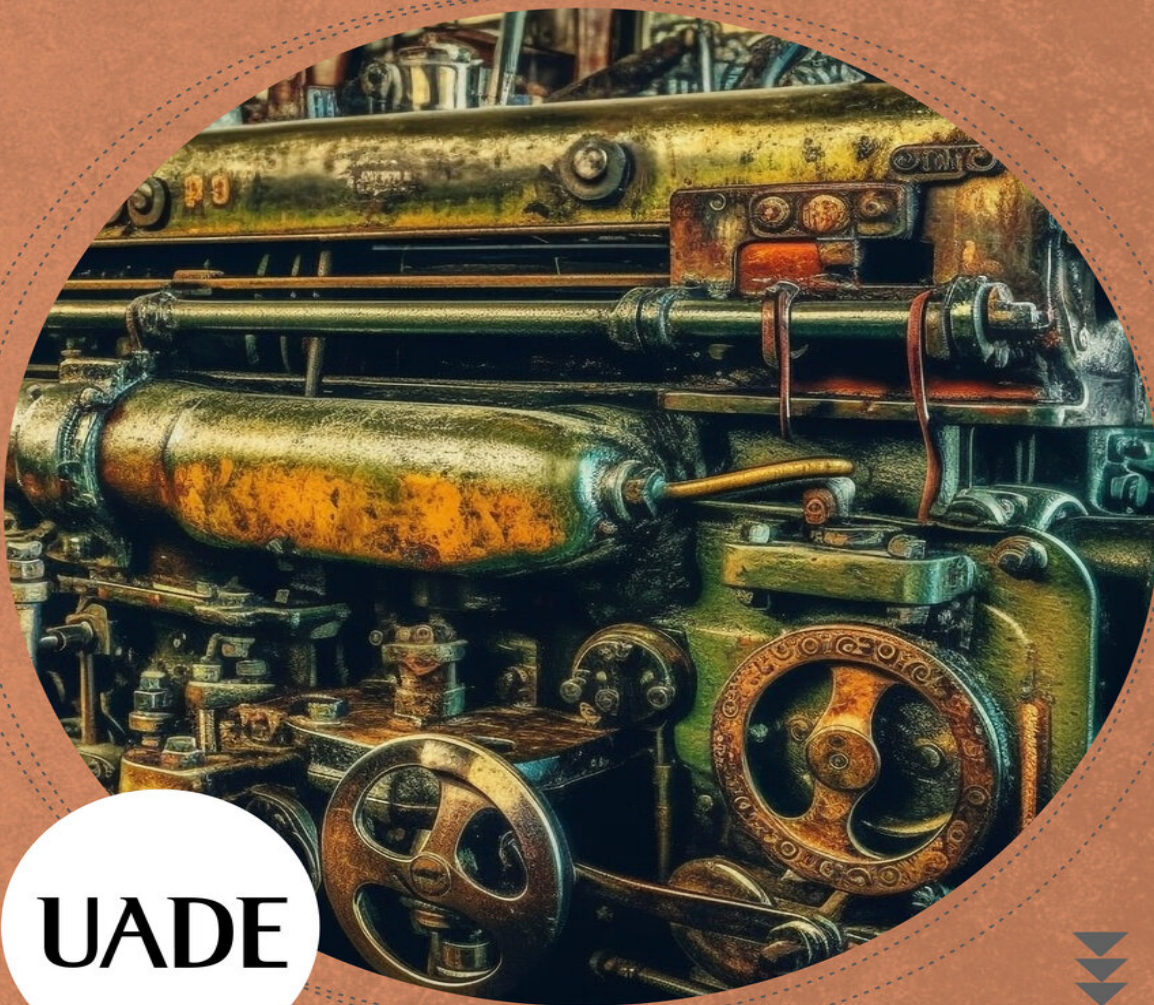


Introducción a la Historia Económica Mundial

Un aporte didáctico para su comprensión



UADE

Oscar Daniel Duarte
(director y coordinador)

EDICIONES UADE
UNIVERSIDAD ARGENTINA DE LA EMPRESA

Oscar Daniel Duarte
Director y coordinador

Introducción a la Historia Económica Mundial
Un aporte didáctico para su comprensión

María Virginia Benavent · Guadalupe Oviedo · Agustina Vence Conti
· Guillermo Nakhle · Romina Berman · Nicolás Pérez Jofre · Claudio
Castro · Marcos Lince · Guillermo Nakhle

UADE

Introducción a la Historia Económica Mundial : un aporte didáctico para su comprensión / Maria Virginia Benavent ... [et al.] ; Coordinación general de OSCAR DANIEL DUARTE. - 1 a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones UADE - Universidad Argentina de la Empresa, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-519-978-1

1. Historia. 2. Economía. 3. Capitalismo. I. Benavent, Maria Virginia II. DUARTE, OSCAR DANIEL, coord.

CDD 306.342

Edición en formato digital: diciembre de 2024

© Ediciones UADE - Universidad Argentina de la Empresa, 2024

ISBN 978-987-519-978-1

Imagen de tapa: [Fotos de archivo de piezas de máquinas de Vecteezy](#)

Corrección: Mercedes Sacchi

Edición: Estudio eBook

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo de la Universidad Argentina de la Empresa.

Índice

- Introducción. *María Virginia Benavent y Oscar Daniel Duarte*
- Capítulo 1. La economía de la Modernidad (siglos XV al XVIII).
Guadalupe Oviedo
- Capítulo 2. La Revolución Industrial. *María Virginia Benavent*
- Capítulo 3. Una época de transformaciones revolucionarias. La primera mitad del siglo XIX en Europa. *Oscar Daniel Duarte*
- Capítulo 4. Una época de transiciones explosivas. La segunda mitad del siglo XIX y el imperialismo. *Oscar Daniel Duarte*
- Capítulo 5. La Primera Guerra Mundial. El mundo en vilo.
Agustina Vence Conti
- Capítulo 6. El mundo de entreguerras. *Guillermo Nakhle*
- Capítulo 7. Los “treinta años gloriosos” del capitalismo.
Crecimiento, bienestar y crisis desde la segunda posguerra hasta los años setenta. *Romina Berman*
- Capítulo 8. Escenarios histórico-económicos en la década de 1980: tendencias y casos. *Nicolás Pérez Jofre*
- Capítulo 9. Los países emergentes y los BRIC. *Claudio Castro*

Capítulo 10. Elementos para un breve análisis sobre la crisis económica de 2008. *Marcos Lince*

Apéndice. La Economía como ciencia y los intelectuales argentinos en las entreguerras. *Guillermo Nakhle*

Glosario de términos

Introducción

María Virginia Benavent

Oscar Daniel Duarte

Estimados estudiantes, están iniciando la lectura de una obra colectiva, es decir, formada por los aportes de diversos autores. Como podrán imaginar, dicha tarea tiene sus pro y sus contra. En beneficio de ustedes, podemos decir que la intención original siempre fue la de elaborar un material que pueda facilitarles el abordaje de los contenidos de la materia, con un lenguaje claro y de la manera más didáctica posible. Nos propusimos, además, ofrecerles respuestas matizadas —desde diferentes miradas— a los asuntos tratados, lo que esperamos contribuya a su riqueza.

Por otro lado, la dificultad podría ser que, al tratarse de una obra escrita por varios autores, sea más difícil hallar el hilo conductor o, en ciertas ocasiones, encuentren alguna desconexión o superposición entre los diversos capítulos. Todos los que contribuyeron al texto han tratado de minimizar esos posibles inconvenientes. Esperamos que el libro les ayude a entender, en trazos gruesos, la trayectoria de la historia económica mundial desde la Modernidad hasta el presente.

El objetivo, a la hora de pensar este libro, consistió en la confección de un material didáctico para el aprendizaje y ameno para la lectura. Nos basamos para ello en el programa de la materia

Historia Económica Mundial dictada en la Universidad Argentina de la Empresa (UADE). Materia esencial, en muchos programas de diversas carreras de la universidad, ya que nos permite aproximarnos a las particularidades de la economía como parte de las ciencias sociales.

El mismo fue producido en el marco del proyecto de Investigación y Desarrollo radicado en la UADE para el período 2022-2023 y que llevó por nombre “C22E01 - Historia económica mundial. Elementos para el abordaje y la comprensión de la historia económica desde la Modernidad hasta nuestros días”, dirigido por Oscar Daniel Duarte, doctor en Historia y docente de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (FACO).

Nos gustaría dejar planteada una cuestión atinente a nuestra ciencia, la Historia. Como tal, se basa en datos objetivos y verificables. Aquí entonces ustedes se toparán con datos. Datos acerca de la producción antes y después de la llamada Revolución Industrial. Datos acerca de la población mundial en diferentes siglos. Datos referentes a hechos significativos en la transformación de procesos productivos. Datos de la productividad del trabajo, del PBI de algunas naciones, entre otros. Ellos son los que le permiten al historiador reconstruir la serie de acontecimientos que conducen de un punto a otro, describir el “cómo”.

Ahora, explicar el “por qué” es algo diferente. Significa encontrar relaciones causales que aclaren la aparición de una serie específica de acontecimientos que se seleccionan, excluyendo a todos los demás. Y las relaciones causales que se establezcan entre los datos, pueden proceder de historiadores con estructuras de pensamiento disímiles, de aquellos que priorizan las fuerzas

biológicas o los que focalizan en las económicas, etc. Nos parece importante que desde el vamos tengan eso en claro. Los historiadores pueden elaborar, pensar y repensar, pero no proporcionar una respuesta definitiva.

Obviamente el historiador observa los hechos *ex post*. Tanto en la elección de los elementos en juego, como en la interpretación, está influido por el hecho de que sabe cómo acabaron las cosas. Al ver los asuntos de ese modo, da a los sucesos de una época un peso y un significado distinto de los que les atribuyeron los contemporáneos a esos mismos acontecimientos. Pero, en cualquier caso, parte de hechos siempre comprobables. Si no reúnen esa condición no puede haber historia.

Habiendo despejado estas observaciones un tanto específicas de nuestro oficio, procederemos a contarles que si bien en el libro que presentamos el análisis se centra en lo económico, los diferentes autores tuvieron en cuenta las condiciones políticas y sociales que subyacen a esos procesos económicos. Por otra parte, deben tener en cuenta que la historia económica permite combinar la teoría y la práctica a la hora de analizar la aplicación de políticas económicas en diferentes contextos. Muchas veces son los propios contextos de crisis los que llevan a un replanteo de la teoría económica. Esto ocurrió, por ejemplo, en la década de 1930, atravesada por la Gran Depresión.

Pero ¿qué estudia la historia económica? Encontrarán muchísimas definiciones. Una posible, que nos acerca a su objetivo, es la del premio Nobel Douglass C. North que considera que el cometido de la historia económica es explicar el funcionamiento y los resultados de las economías a lo largo del tiempo. A eso nos

abocaremos en este libro, intentando acercarlos de la manera más clara posible un recorrido por el funcionamiento y el resultado de las economías de Occidente desde el siglo XV hasta el presente para que puedan proyectar sus conclusiones a la comprensión del presente.

Es importante aclarar que resulta fundamental la correcta aplicación de los términos que utilizamos a la hora de hacer ciencia. Muchos son utilizados de manera errónea o como sinónimos, pero a la hora de pensar las problemáticas debemos comprender su real significado. Por ejemplo, dos conceptos importantes en este curso son: crecimiento y desarrollo. Parecen significar lo mismo, pero mientras que el crecimiento se refiere a un fenómeno cuantitativo —medible a través de herramientas como el PBI o el PNB—, el desarrollo económico es un concepto mucho más amplio, de tipo cualitativo. El desarrollo está relacionado con cambios profundos en la organización productiva de una economía, cambios que llamaríamos estructurales. Por ejemplo, el final del feudalismo durante la Edad Media significó un cambio de un sistema autosuficiente y rural a otro sistema con predominio del comercio en el cual hizo su aparición un particular sistema de mercado.

Desde esta óptica, estudiar Historia es también estudiar el proceso a partir del cual se desarrollan las transformaciones sociales. Las transiciones y los caminos, al parecer aleatorios, que siempre se montan en hechos concretos y comprobables. La Historia es una ciencia que nos permite comprender el cómo de la realidad social, de sus transformaciones y sus contradicciones.

Este libro es presentado a ustedes como un manual introductorio ya que responde a una necesidad inmediata, provocar interés entre

quienes se forman en el área por el uso de las herramientas que nos brindan las ciencias sociales. Hemos usado para tal fin gran parte de la bibliografía obligatoria y optativa de la materia tratando de provocar una síntesis productiva para la adquisición de conocimiento. Pero sabemos que puede responder al interés de un público mucho más amplio ya que las normas de su publicación responden a óptimos criterios científicos y técnicos. Es un libro, entonces, para estudiantes, público en general y, también, presto al debate de especialistas en el área.

Intentamos pensar los capítulos en torno a los principales ejes de la materia, por eso aparecen ordenados cronológicamente. El motivo central es conocer el surgimiento, el desarrollo y las crisis del sistema capitalista.

Es por ello por lo que el capítulo 1, que lleva por nombre “La economía de la Modernidad (siglos XV al XVIII)”, trata sobre el proceso de transición de la forma de organización feudal en Europa occidental al sistema capitalista. A partir de allí se toma en cuenta una serie de elementos históricos determinantes para explicar cómo se fue transformando el mundo. La expansión ultramarina y la conquista de América, la consolidación de los Estados europeos occidentales y las transformaciones internas de su mercado, su organización del trabajo y el sistema jurídico en torno a la propiedad. La revolución del pensamiento científico impulsada por la Ilustración, la revolución técnica de la mano de la industrialización y finalmente la revolución política con el surgimiento de los Estados Unidos de América y la Revolución Francesa.

El capítulo 2, “La Revolución Industrial”, aborda este tema en detalle. No solo analiza conceptualmente sobre el significado del

concepto, sino que analiza las condiciones geográficas, productivas, laborales, tecnológicas y de mercado que permitieron el surgimiento del sistema industrial en la Gran Bretaña del siglo XVIII. A continuación, el capítulo estudia casos diferenciados de desarrollo industrial a lo largo del siglo XIX y sus consecuencias.

El capítulo 3, “Una época de transformaciones revolucionarias. La primera mitad del siglo XIX en Europa”, Estudia el período que va desde las nuevas corrientes ideológicas formuladas desde fines del siglo XVIII y las consecuencias políticas del proceso revolucionario, hasta el asentamiento del capitalismo hacia fines de la década de 1840.

El capítulo 4, “Una época de transiciones explosivas. La segunda mitad del siglo XIX y el imperialismo”, comienza con una de las primeras grandes crisis del capitalismo ocurrida a mediados del siglo XIX, las nuevas corrientes de pensamiento desarrolladas a partir de ella, el impacto de una nueva crisis en 1873 y las consecuencias de esta.

El capítulo 5, “La Primera Guerra Mundial. El mundo en vilo”, pone el acento en la Primera Guerra Mundial y en su desarrollo, pero, sobre todo, en cómo se gestionó la economía capitalista durante el conflicto. Las consecuencias de esta con la emergencia de la revolución y las consecuencias de la paz de 1919.

El capítulo 6, “El mundo de entreguerras”, aborda la conflictiva economía de entreguerras centrándose en los casos de la Unión Soviética, Alemania y los Estados Unidos avanzando a las políticas de intervención estatal que demarcarán una nueva forma de organización económica.

El capítulo 7, “Los ‘treinta años gloriosos’ del capitalismo. Crecimiento, bienestar y crisis desde la segunda posguerra hasta los años setenta”, analiza las bases de la economía luego de la segunda posguerra, la nueva forma de organización de la economía capitalista y los conflictos y los armados entre las diferentes regiones productoras; Europa, los países productores de petróleo, América latina. En todos los casos analizando sus particularidades, sus conflictos y su integración en el mercado mundial.

El capítulo 8, “Escenarios histórico-económicos en la década de 1980: tendencias y casos”, arranca con la crítica década de 1970 para estudiar en profundidad los cambios producidos en la década de 1980 respecto de los nuevos requerimientos del mercado. No solo se preocupa por estudiar el “neoliberalismo” de los Estados Unidos y el Reino Unido, sino también las crisis en Latinoamérica y la situación de descomposición vivida durante el mismo período en la URSS.

Los últimos dos capítulos abordan la historia como presente. Por un lado, el capítulo 9, “Los países emergentes y los BRIC”, estudia el complejo desarrollo de la economía moderna y las características de las economías emergentes. Busca comprender los cambios en la hegemonía de la economía mundial, la situación en India, China, Rusia, y los conflictos abiertos con la irrupción de estos países al mercado mundial.

El capítulo 10, “Elementos para un breve análisis sobre la crisis económica de 2008”, realiza una reseña necesaria sobre la que fue, hasta el momento, la última gran crisis capitalista y su impacto en diferentes países.

Este libro cuenta además con un apéndice final, “La economía como ciencia y los intelectuales argentinos en las entreguerras”, en formato de apéndice, donde se aborda la construcción de la economía como ciencia en la intelectualidad argentina, y con un glosario donde se analizan los principales términos que aparecen en el libro y los cuales, nos parece, deben ser apropiados y comprendidos por nuestros estudiantes.

Finalmente es menester certificar que la responsabilidad por el contenido y las conclusiones de cada capítulo corre por cuenta de cada autor/a.

Esperamos sea útil para el crecimiento académico intelectual de nuestros estudiantes, un aporte para el debate de la historia económica e interesante para el público en general.

Les deseamos buena lectura.

Capítulo 1

La economía de la Modernidad (siglos XV al XVIII)

Guadalupe Oviedo

Introducción

Pensar la Edad Moderna puede significar, en primera instancia, pensar en una etapa de transición abierta en la región de Europa occidental. Pensar la economía de la Edad Moderna puede significar, a su vez, contemplar los elementos y los hechos históricos que permitieron transformar una economía de base campesina con un sistema jurídico y político acorde (eso fue el modo de producción feudal), en una economía industrial, situada en las ciudades, con un sistema jurídico y político novedoso (dando inicio al modo de producción capitalista).

Tradicionalmente los historiadores solemos situar el comienzo de la Edad Moderna con la caída del Imperio Romano de Oriente (1453), cuando las tropas turco-otomanas de Mehmed II sitiaron y tomaron Constantinopla; o bien, con la llegada de Cristóbal Colón al continente americano (1492). Hay mayor acuerdo con cuándo habría finalizado esta etapa, determinada por el inicio de la Revolución Francesa (1789). En la actualidad no somos tan

taxativos con fechas fijas o eventos que hayan provocado un cambio sustancial en la organización humana, sino que intentamos hablar de procesos de transición. En cualquier caso, este capítulo buscará delinear los elementos y los hechos más importantes de la historia de Europa occidental y de la América colonial entre los siglos XV y XVIII.

Durante este período se desarrollaron diferentes elementos históricamente reconocibles, como momentos determinantes para el desenvolvimiento posterior; la expansión ultramarina, la revolución científico-técnica, la reforma protestante, las monarquías absolutistas. No debemos pensarlos como situaciones lineales donde una es consecuencia de otra, se dan de conjunto, simultáneamente, y se retroalimentan avanzando en una transformación no planificada de antemano. Tampoco son los únicos hechos destacables, son una infinidad de momentos históricos que irán preparando el escenario sobre el que se montará la sociedad capitalista que emergerá de ella. Los sistemas mercantilistas, la fisiocracia y el nacimiento del liberalismo serán las corrientes de pensamiento económico más importantes del período.

Intentaremos, a continuación, demarcar algunas situaciones determinantes.

Una economía en transición. La crisis del orden feudal

La manera más inmediata para comprender el modo de producción feudal puede estar referida a lo que entendemos como una sociedad

de base campesina. Aunque existían múltiples formas de explotación del trabajo, la más general en este sistema era la servil, donde un productor directo debía pagar algún tipo de “impuesto” a una figura jurídicamente constituida como “Señor”. Esa “propiedad” se estructuraba en forma de feudos, muchas veces superpuestos y con grandes espacios libres (alodios libres o tierras comunales) donde no existía presión señorial. En paralelo se encontraban las ciudades, las cuales estaban por fuera del orden jerárquico feudal. Tal como lo explica Perry Anderson:

El feudalismo fue un modo de producción dominado por la tierra y por la economía natural, en el que ni el trabajo ni los productos del trabajo eran mercancías. El productor inmediato —el campesino— estaba unido a los medios de producción —la tierra— por una relación social específica. [...] Los campesinos que ocupaban y cultivaban la tierra no eran sus propietarios. La propiedad agrícola estaba controlada privadamente por una clase de señores feudales que extraían un plusproducto del campesinado por medio de relaciones de compulsión político-legales (1997: 147).

La estructura social respondía a órdenes jerárquicos establecidos de manera tradicional, pero que respetaban una manera de ordenamiento social que permitirá la reproducción de dicha forma de organización. A la cabeza se encontraban la Iglesia (ordenador jurídico de toda Europa) y los señores (propietarios de hecho de tierras que debían proteger y ponían a disposición de la producción). Por debajo se encontraban los campesinos, los mismos eran los poseedores tradicionales de la tierra, quienes convivían en aldeas y producían en los campos.

La reproducción social respondía a formas simples. Vínculos entre campesinos y señores; entre señores mayores y menores (donde

unos eran vasallos de otros); siervos (campesinos atados a alguna obligación); campesinos libres (lo que no implicaba que no pagaran algún tipo de impuesto), y la Iglesia que controlaba sus propias tierras como feudos y establecía el sustento ideológico de esta sociedad.

Esta forma tan diferente a la nuestra permitió la reproducción social de la población europea durante un largo período, es decir, daba resultado en los objetivos más inmediatos de alimentación y supervivencia. La producción estaba pensada para el consumo directo, para el consumo indirecto (pago de impuestos para que ese excedente sea consumido por otra casta social), o para el intercambio, con la finalidad de diversificar el consumo. Es decir, era una sociedad de subsistencia que producía para consumir. No tenía capacidad de generar demasiado excedente y, cuando lo hacía, el mismo era concentrado por los principales poderes (señores e Iglesia).

Pero el éxito de esta forma, más el bajo nivel de desarrollo de los medios de producción, obligó a un crecimiento espacial y cuantitativo. Mientras más población había, más campos se ocupaban, llegando así a superpoblar el continente y ocupando campos con baja capacidad para producir alimentos. Esto hacía del feudalismo un sistema siempre expansivo. En la medida que la población crecía demasiado al interior de una aldea esto podía producir crisis y luego luchas por los recursos.

La búsqueda de nuevas tierras explica parcialmente el porqué de las Cruzadas entre los siglos XI y XIII, la inmediata ocupación de los campos luego de la crisis del siglo XIV, y la expansión ultramarina posterior al siglo XV. El crecimiento de las ciudades, en el mismo

período, será una reacción a la apertura de puertos provocada por las Cruzadas, pero también frente a la necesidad de nuevos mercados donde puedan realizarse las prácticas de intercambio entre los recursos excedentarios producidos por la sociedad campesina o bien la compra de bienes suntuarios, por parte de los señores y la Iglesia, producidos en el marco del ámbito gremial¹.

A esas ciudades recurrirá gran parte de la población sobrante de los campos, abriendo un nuevo canal de desarrollo diferenciado, en la medida que la presión en los campos se volvía intolerable o bien frente a situaciones críticas como guerras o pandemias.

Las Cruzadas, el renacer urbano comercial y la crisis

El largo período en que el feudalismo marca el ritmo de los acontecimientos socioeconómicos en Europa occidental comienza a llegar a su fin por una multicausalidad de sucesos. Entre ellos podemos señalar las Cruzadas², como fenómeno que desgasta las lógicas de la sociedad estamental. Como resultado de las avanzadas militares de los reinos europeos sobre el Oriente, se reforzará el poder de los reyes en detrimento de la nobleza y darán inicio al proceso en el surgimiento de los sistemas estatales premodernos en Europa. Pero, además de las consecuencias políticas de aquel fenómeno, también vendrán con ello el resurgimiento de las rutas comerciales que conectaban el Oriente y el Occidente y los cambios en el consumo de la sociedad europea medieval permitiendo el renacimiento del mundo urbano.

Esas ciudades se convirtieron en centros de intercambio mercantil y producción artesanal dando como resultado la organización de los primeros bancos de prestamistas y gremios de artesanos, grupos cerrados de productores organizados por oficios, con diferentes escalafones (maestro, oficial, aprendiz) que defendían sus intereses comunes (pautas y estándares de elaboración, así como costo y precio del producto). Entre los primeros surgieron los panaderos, ceramistas, carpinteros e hilanderos.

El crecimiento del comercio incentivó el resurgimiento de la moneda en metálico, lo que a su vez provocó la necesidad de buscar nuevas reservas de oro. Los caminos internos del continente ayudaron al contacto entre diversas aldeas y ferias lo que permitió la proliferación de fondas, el comercio de reliquias y los desplazamientos vinculados a los peregrinos.

Desde el punto de vista cultural, la ampliación del estudio de la geografía, el arte, la astronomía y las diversas culturas orientales ampliaron el espectro del saber y se convirtió en una necesidad de cara a los nuevos desarrollos. Se hicieron progresos en matemática, ciencias naturales, medicina e higiene como resultado de la vinculación con el mundo árabe. Se abrieron las primeras universidades europeas como Bolonia (1088), Oxford (1096), Sorbona (1150), Cambridge (1209) y Salamanca (1218), y se desarrollará toda una literatura heroica y de aventuras como producto de estas expediciones.

La crisis del siglo XIV

Fueron los elementos progresivos del desarrollo de la sociedad feudal los que dieron lugar a la explosión de sus contradicciones. En la medida que la población se extendió, los suelos se agotaron y la expansión territorial llevó a la ocupación de nuevas regiones no tan fértiles. El bajo nivel de desarrollo técnico obligaba a una producción de tipo extensiva que culminó por saturar la explotación de tierras.

Por otro lado, la apertura de rutas comerciales, marítimas y terrestres permitió el contacto con otras regiones y así el ingreso de nuevas plagas. En una sociedad que había bajado notablemente el consumo de alimentos nutritivos, por la saturación y la escasez, el ingreso de enfermedades culminó por ser determinante. La crisis climática también impactó provocando bruscas caídas de las temperaturas y su correlato en un mayor empeoramiento de los cultivos.

La gran hambruna (1315-1317), la crisis de la peste bubónica (iniciada en 1348) más toda una serie de enfermedades produjo una violenta caída de la población. La falta de conocimientos médicos con el agravante de la concentración de población que en este contexto decidió migrar a las ciudades empeoró la situación.

En el siglo XIV, al caer la población y concentrarse los mercados, resurgió en cierta medida la tendencia al autoabastecimiento, pero “los cambios en los sistemas feudal y *manorial* —resultado de la expansión poblacional y comercial, y de los cambios en la tecnología y en los métodos de cultivo— habían sido irreversibles” (North y Thomas, 1998: 35). Si bien la ecuación de intercambio nuevamente puso al trabajo en escasez respecto de la tierra, ya la aparición del mercado había reducido los costos de transacción. En las nuevas circunstancias, además de retornarse a una tendencia hacia el autoabastecimiento, se formaron barreras y guildas en contra de la competencia externa para proteger los mercados que habían sobrevivido (Cortés Conde, 2012: 41).

La crisis abrió las puertas a un nuevo resurgir de la producción y el comercio³. La gran caída de población permitió la centralización de la herencia, en las ciudades se contó con mayor capital para financiar incursiones comerciales de más largo alcance. En los campos, donde finalmente se producirían las transformaciones que llevaron a una nueva forma de organización económica, la caída poblacional permitió la liberación de muchos terrenos. Se avanzó en la ocupación por parte de campesinos fuertemente sometidos por los señores locales o incluso se avanzó en una concentración de la tierra.

En muchos lugares se pasó de un tipo de producción agrícola tradicional a explotaciones más grandes, delimitadas y donde la explotación de ganado comenzaba a adquirir importancia. Tal como afirma Fernando García Molina, la expansión territorial

constituyó un prerequisite clave, según la línea de análisis que se ha adoptado, para la solución de la “crisis del feudalismo”. Después de la debacle del siglo XIV, que detuvo la expansión a la que se hizo referencia, las grandes exploraciones y los descubrimientos de los siglos XV y XVI constituyeron el segundo empujón de Europa. Este tuvo éxito debido a que el impulso era mayor, la base social y tecnológica, más sólida y las motivaciones, más intensas (Barbero, 1998: 12).

Lentamente el occidente de Europa avanzó hacia una economía de intercambio donde surgieron algunos bancos privados y públicos, los financistas y las antiguas bolsas de comercio (en Brujas, Amberes y Londres), reaparecerá la moneda como unidad de intercambio y con el tiempo también el papel moneda y los valores de intercambio.

La restauración del orden feudal se montaba sobre una nueva relación de fuerzas más favorable al campesinado y que reducía, en parte, la capacidad de acumulación señorial. La posibilidad de avanzar sobre nuevas tierras (tanto al interior del continente, como fuera de él) además de la posibilidad, ahora concreta, de huir a las ciudades, redujo el poder de los señores.

Por su parte, el aumento de la producción tendrá como consecuencia el surgimiento de algunos talleres (desplazando la producción desde el ámbito doméstico). También surgirán las grandes ferias, *las hansas*, *la commenda*, *la vera societá* y diversas formas de organización de los mercaderes. Los núcleos comerciales se concentrarán en el norte de Italia (Florencia, Venecia, etc.), en torno al Mar Báltico y al Mar del Norte. Grandes familias de banqueros y comerciantes amasarán grandes fortunas que devendrán en poder político, tal es el caso de los Médici en Florencia.

El principio general que puede aceptarse es que si estos [los señores] obtenían menos renta de sus tierras, intentarían conseguir mayores extensiones de donde extraerla. [...] La expansión ultramarina estuvo ligada con los comerciantes, que buscaban beneficios por la expansión del comercio, y con los monarcas, que perseguían gloria y rentas para el trono. Pero bien podría haber sido que la motivación inicial de las exploraciones ibéricas surgiera de los intereses de la nobleza, en particular, de los notorios "hijos menores" que carecían de tierras, y que a estos se incorporara más tarde el sector mercantil. [...] también hubo medios financieros, producto de la experiencia en el comercio de larga distancia [...] La fuerza del aparato estatal, sobre todo en Portugal, constituyó otro factor de primer orden. Europa necesitaba, en resumen, una base territorial mayor sobre la que apoyar la expansión de su economía, de modo que pudiera compensar la crítica declinación de las rentas señoriales y cortar por lo sano el conflicto

social que implicaba la crisis del feudalismo. Europa precisaba muchas cosas: oro y plata, materias primas, proteínas, alimentos, madera, materiales para procesar los textiles; asimismo, una fuerza de trabajo más tratable (Barbero, 1998: 13 y 14).

Ese mundo en expansión demandaba nuevas rutas comerciales. Fue entonces que los europeos salieron a su búsqueda. Es el paso a una nueva etapa de la economía europea y de la historia mundial.

Expansión y centralización

Todos los cambios que se fueron generando en los siglos anteriores tuvieron como consecuencia una renovación científica. Entre las disciplinas afectadas por esta innovación estará la navegación. Es sabido que durante estos siglos se construyeron barcos más grandes, con timón y que, además, se disponía de brújula y cartas de navegación. Todo lo cual permitió navegar con mayor seguridad y rigurosidad. Hacia el siglo XV, el expansionismo europeo demandaba nuevas rutas por parte de muchas cortes.

En paralelo, la mayoría de los Estados europeos pugnaba por establecer su sistema sucesorio y lograr así, afirmarse como Estados-nación centralizados en la búsqueda por consolidar su poder. En Inglaterra la Guerra de las Dos Rosas (1455-1487) enfrentó a dos familias que, apoyadas por terratenientes y antiguos señores, lucharon por la sucesión monárquica. El resultado fue el fortalecimiento de la monarquía de los Tudor, así como el de los comerciantes y terratenientes que los apoyaron, en detrimento de los antiguos señores feudales.

Entre los reinos españoles el proceso de centralización tuvo su momento cúlmine con el casamiento en 1469 entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. La alianza marital anunciaba la búsqueda de la unificación territorial en sus sucesores, así como la ocupación de la totalidad de la Península Ibérica avanzando sobre los territorios ocupados por los musulmanes. La expulsión de los moros, a comienzos de 1492, dará a España acceso a nuevos puertos desde los cuales iniciará su travesía ultramarina.

También Portugal atravesó, a lo largo del siglo XV, un proceso de centralización política y expansión territorial luego de que Alfonso V (1438-1477) lograra dominar el poder político que aún conservaban algunos viejos señores y avanzara sobre el norte de África apoderándose de algunos lugares clave. Las disputas también lo enfrentaron a la corona de Castilla, de la cual se consideraba heredero, pero fue derrotado por una coalición encabezada por Fernando de Aragón en 1474 limitando su poder al territorio portugués. Su sucesor fue su hijo Juan II, quien impulsó el proceso colonizador y debió pactar zonas de influencia con las coronas de Castilla y Aragón en el Tratado de Tordesillas de 1494.

España, Portugal y la expansión de ultramar

En mayo de 1453 la importante ciudad-puerto de Constantinopla cayó en manos de los turcos seleyúcidas. Ello conllevó el impedimento de los reinos europeos de cruzar por las rutas terrestres hacia el Oriente y el aumento en los cánones comerciales de ultramar, por tanto, presenciaremos a partir de ese momento el

detenimiento paulatino de esa vía de comercio. La búsqueda de un camino alternativo frente a esta situación resultaba imperiosa.

Fue el reino de Portugal el primero en apoyar los viajes y la investigación de los mares hacía el sur. Bajo el impulso de Enrique “el Navegante” ocupó Ceuta (norte de África) en 1415 con la que buscó controlar la afluencia del oro proveniente de aquel continente. Las constantes incursiones le brindaron la delantera cuando los turcos finalmente ocuparon Constantinopla, lo que les facilitó el apoyo del papado cuando entre 1455 (con el papa Nicolás V) y 1456 (ya con el papa Calixto III) se emitieron dos bulas papales que le reconocían a Portugal el monopolio del comercio y la conquista de los territorios africanos. Hacia 1460, año de la muerte de Enrique, Portugal ya controlaba una extensión tan vasta como para alcanzar las islas del Cabo Verde y la exploración de las costas de la actual Sierra Leona.

El éxito de Portugal animó a otros reinos, en especial a Castilla. Este reino español, en pleno proceso de unificación con otros reinos, y en el contexto de las incursiones sobre territorios habitados por los musulmanes, apoyará la idea del navegante Cristóbal Colón, financiará una expedición que zarpará en agosto de 1492 del puerto de Palos y logrará tocar tierra en octubre de ese año. La confusión inicial llevó a Colón a pensar que, efectivamente, había llegado a las Indias circunnavegando el planeta. A ese primer viaje le siguieron otros muchos viajes de exploración que ocuparon rápidamente tierras desconocidas hasta entonces por los europeos occidentales. De este modo los castellanos llegarán, aunque sin habérselo propuesto, a un nuevo continente: América.

Con la anuencia del papa Alejandro VI (el español Rodrigo de Borja)⁴, comenzarán a instalarse y explotar las nuevas tierras. Sin embargo, los portugueses no tardarían en reclamar sus derechos y un nuevo tratado, el de Tordesillas⁵, les permitirá poner pie en las nuevas tierras. Con el paso de los años también otros reinos europeos se harían presentes en América.

La organización colonial

Con la llegada de las primeras incursiones a América, España se transformó en un imperio multicontinental, fortaleciendo su poder a través de alianzas matrimoniales con otras monarquías europeas. Junto a Portugal y en menor medida a Holanda avanzó hacia una economía internacional. Europa, América, Asia y África quedaban indisolublemente conectadas a través del ir y venir de seres humanos y mercaderías. Los viajeros traían noticias de las nuevas tierras y gracias a estos relatos (muchas veces fantásticos) se ampliaba la visión del mundo a la vez que también crecían la curiosidad y la ambición. Para los europeos la flora y la fauna de las nuevas tierras, así como los metales y las piedras preciosas, ofrecían una fuente inagotable de riqueza.

El incremento en el ingreso de metálico al continente europeo aceleró la dinámica de los intercambios y las tributaciones en moneda. A su vez, el aumento de la población europea en América provocó un aumento desmesurado de la demanda de bienes europeos, lo que fortaleció la posición de los productores rompiendo con los límites de la actividad gremial, antes orientada a un mercado de menor escala. La diferenciación social producida al interior del

campesinado, particularmente en Inglaterra, o las guerras europeas que se vieron en aumento durante el período, provocaron el abandono de muchos campesinos de las tierras tradicionales, incrementando la población urbana y el mercado de consumo.

El mundo estaba en constante cambio. Se preparaba, casi sin querer, el escenario para la transición.

Consecuencias del proceso de conquista

En muchos aspectos es compleja, para los historiadores, la reconstrucción de las sociedades americanas prehispánicas. La destrucción de gran parte de su patrimonio social, cultural y económico por la conquista provocó la pérdida de gran parte de la información, así como un notable descenso de la población originaria. Hacia fines del siglo XV habitaban el continente dos grandes culturas sedentarias: la sociedad mexica-náhuatl (con capital en México-Tenochtitlán) y el Imperio Inca o Tahuantinsuyo (con capital en Cuzco). Pero a pesar de ello existía una enormidad de otros pueblos sedentarios o incluso nómadas y seminómadas.

En el caso de México y de Perú nos encontramos frente a culturas con una compleja organización estatal, basada en la explotación de sus recursos naturales (en el caso de los quechuas, algunos especialistas hablan de una concepción colectivista de la tierra y la producción). Fueron pueblos agricultores, con un complejo sistema de caminos. Un desarrollado sistema de educación, una casta guerrera muy fuerte y también religiones politeístas muy complejas. Tenían noción de centralización política y sus capitales, Tenochtitlán y Cuzco, contaban con una avanzada y compleja arquitectura.

Sobre estas estructuras se montó la colonización española, imponiendo su organización político-religiosa y utilizando formas anteriores de trabajo y organización social que fueron útiles para sus necesidades.

Los españoles llevaron técnicas, equipamiento e instituciones que impusieron por la fuerza a la población indígena de América. Además de la cultura y las manufacturas, introdujeron productos naturales antes desconocidos, como el trigo y otros cereales, la caña de azúcar, el café y las verduras y las frutas más comunes; a la vez, caballos, ganado vacuno, ovejas, cabras, cerdos y la mayoría de las aves de corral (Barbero, 1998: 14).

Pasados el primer momento de incertidumbre y el impacto por el choque cultural, la corona castellana se dio a la tarea de explorar, ocupar y explotar los nuevos territorios. Muchos viajeros, luego de Colón, se aventuraron en busca de fortuna y en sociedad con la corona de una España ya unificada, fueron fundando ciudades y adentrándose en las Indias Occidentales. La ocupación de América amplió la visión del mundo de los europeos y diversificó sustancialmente su dieta⁶.

Las instituciones coloniales

La constante llegada de los recursos americanos hacia Europa planteó la necesidad de organizar instituciones que colaboraran en la organización. Para ello el reino de España creó y luego trasladó sus instituciones al continente americano. Entre ellas podemos destacar la Casa de Contratación y el Consejo de Indias puestas en funcionamiento para la administración de los territorios coloniales.

Estas instituciones se combinaban también con iniciativas como la cesión de derechos a los “adelantados” y la presencia eclesiástica encargada de la organización religiosa. La Iglesia católica se hizo presente en el continente por medio de los evangelizadores. Primero los dominicos y luego, con mucha fuerza, los jesuitas se fueron instalando en el continente.

A la preocupación por la explotación económica se sumaban las preocupaciones de la evangelización. La religión debía actuar en América como un factor de orden social y jurídico del mismo modo que lo hacía en Europa, así como un unificador entre múltiples religiones politeístas practicadas en la región. Por esto mismo se trasladaron al continente órdenes religiosos ocupadas de ese menester. Con el paso del tiempo, todo un enorme andamiaje institucional gobernaba América para España. Leyes, cabildos, reales audiencias, virreyes representando al Rey en estas tierras. Del mismo modo, iglesias dirigidas por órdenes que respondían a la corona y al papado.

El monopolio político comercial

En virtud de la preocupación por evitar la fuga de metálico y de recursos, la corona española estableció un sistema monopólico para el “Nuevo Mundo”. El mismo estaba controlado por lo que se conoció como el sistema de flotas y galeones⁷, por medio del cual las riquezas obtenidas eran centralizadas y resguardadas antes de atravesar el Atlántico con destino al puerto de Cádiz. La América española solo podía comerciar con su metrópoli. La peligrosidad signada por los piratas en los mares haría que los barcos

mercantiles vinieran escoltados por galeones militares que intentaban protegerlos de estos ataques.

La corona española puso de manifiesto, desde los comienzos de la aventura americana, dos objetivos claros y estrechamente relacionados: reservar a España el monopolio del tráfico con las Indias y reservar a la corona un control estricto sobre todos los movimientos de personas, naves y mercancías desde y hacia el Nuevo Mundo (Cipolla, 1997: 154).

Por otra parte, la alta mortalidad de los pueblos americanos a causa del cambio en la dieta, las nuevas enfermedades para las cuales no contaban con anticuerpos, la sobreexplotación laboral (sobre todo en las minas) y las matanzas en aras de la conquista territorial, llevaron a los españoles a plantearse la necesidad de procurar mayor cantidad de mano de obra. Esta situación provocó que reapareciera el concepto de esclavitud justificado por argumentos propios de la época. En el caso de los indígenas se elabora el concepto de “guerra justa” hacia los pueblos que no se dejaban doblegar, o el argumento de la inferioridad cultural de estos, que permitió que fueran repartidos en encomiendas⁸. Este sistema otorgaba a un encomendero español un “pueblo de indios” a los cuales debía cuidar, alimentar y evangelizar, pero, a cambio estos debían trabajar para él. Este sistema de trabajo, además de la mita (del quichua *mit'a*, turno) ente otros, dio lugar a múltiples abusos.

Toda la organización de América fue pensada en virtud de la extracción de sus recursos y el cobro de impuestos. Es por este sistema de explotación que también se trajo a estas playas de manera forzosa a la población africana, con rango legal de esclavos (esta es una diferencia respecto de la categoría legal de los

indígenas, quienes eran considerados súbditos en “inferioridad jurídica”). Esta población carecía absolutamente de derechos. Este sistema de mixtura poblacional dio lugar a una sociedad mestiza basada en categorías en relación con el nacimiento.

El mercantilismo

A pesar de los debates en torno del término “mercantilismo”, nosotros lo utilizaremos a los fines prácticos de diferenciar una forma de organización de la economía europea a partir de la consolidación de los Estados modernos y la expansión ultramarina. Teniendo esto en cuenta podemos definir mercantilismo, simplemente, como la teoría predominante en toda Europa entre el siglo XVI (luego de la decadencia de la crematística⁹ que no pudo dar respuesta a los nuevos requerimientos del mercado) y que duró hasta el siglo XVIII ya entrando en un acelerado desarrollo de la economía industrial.

El repentino excedente de riquezas, en especial de metálico, obtenido en América obligó a la revisión de postulados anteriores donde la producción agrícola conformaba la base de la riqueza. Las minas de metales preciosos explotados en el Nuevo Continente permitían un abastecimiento inagotable de ellos. Este modelo de explotación estuvo basado en un fuerte proteccionismo y, aunque no se trató de un sistema homogéneo, sino que se adaptó a las diferentes realidades de los países en pugna, se pueden señalar ciertos rasgos en común: los metales son considerados la principal fuente de riquezas; el Estado debe desarrollar mecanismos de acumulación y concentración de reservas en metálico, para ello se

requiere de una balanza comercial favorable establecida comúnmente a través de medidas proteccionistas, sobre todo mediante la imposición de aranceles.

Este sistema se encontraba basado también en la expansión del comercio internacional y de ultramar. Para poder acrecentar las exportaciones, estos Estados procuraron el desarrollo de las manufacturas en talleres de dimensiones mayores que los talleres de artesanos, para poder satisfacer la demanda.

Por supuesto, dada la importancia de los metales preciosos, la búsqueda y sostenimiento de colonias que los proveyeran resultó fundamental. De allí se obtenían los metales y allí podían colocarse las manufacturas elaboradas por las metrópolis. Para que todo aquello funcionara era fundamental que el Estado tomara un rol de vigilancia, control y planificación. No es de extrañar, en ese sentido, que los primeros pensadores “mercantilistas” hayan sido personajes de la península Ibérica vinculados a la Iglesia tales como Martín de Azpilcueta (1492-1586) y Tomás de Mercado (1525-1575).

En verdad no estamos, en el caso del mercantilismo, frente a una escuela económica como las que veremos a partir de finales del siglo XVIII, sino un conjunto de ideas con mirada económica que se elaboró en consonancia con el surgimiento de los nuevos Estados nacionales que se establecen durante el período.

La abundancia de metales preciosos modificó el modo de entender la economía. De esta forma los metales preciosos, el oro y la plata, se volvieron el parámetro con el que se medía la riqueza de una nación. El descubrimiento de América terminó por minar las antiguas estructuras feudales dando paso a un sistema mercantil ampliado, a reservas, a una demanda creciente y, finalmente, al

desarrollo del trabajo asalariado. Todo esto, elementos fundamentales para el desarrollo capitalista posterior.

Los expertos en historia económica Rondo Cameron y Larry Neal afirman que el concepto de “mercantilismo” es un término incorrecto. El mismo habría surgido de la mano de Adam Smith, que llamó al fenómeno “sistema mercantil”; un siglo después, los economistas nacionalistas alemanes lo habrían modificado por “mercantilismo” (*merkantilismus*). Pero el mismo no explica las complejidades de la época que deben ser analizadas en torno a las particularidades de cada Estado y de las necesidades de clase de las nuevas dirigencias políticas.

En vista de la generalización de estos conceptos erróneos y estas simplificaciones excesivas, difícilmente puede darse demasiada importancia al hecho de que el precioso y pequeño “sistema” subyacente a la política económica no fuera más que la necesidad de obtener ingresos por parte de gobiernos con presiones financieras, o que los apuntalamientos teóricos de la política económica fueran notablemente débiles, cuando no inexistentes; en verdad no había un consenso general ni en la teoría ni en la política. Había, sin lugar a dudas, algunos temas o elementos de política económica comunes, resultado de la similitud de necesidades y circunstancias de las autoridades que elaboraban la política; es decir, los dirigentes o las clases dirigentes reales. Estos temas se esbozarán más adelante. Pero igual de importantes eran las diferencias ocasionadas por las distintas circunstancias y en especial por la diferente naturaleza y composición de las clases dirigentes (Cameron y Neal, 2014: 152-153).

Consecuencias del mercantilismo

El proceso de consolidación política por parte de los nuevos Estados surgidos de la descomposición del sistema feudal requirió, desde un

primer momento, de bases sólidas de financiamiento. La teoría mercantilista se orientaba al desarrollo de políticas que buscaban dicha concentración de recursos minerales por medio del proteccionismo y priorizando la exportación a la importación. Las colonias pasan a considerarse parte integral del territorio y su explotación en base fundamental del desarrollo del sistema.

A lo largo del siglo XVI España tomó la delantera gracias a la fuente inagotable de recursos que le significó la conquista (como lo fue por ejemplo el cerro rico de Potosí en la actual Bolivia). No obstante, la orientación productiva de los españoles redundó en una serie de medidas que, en el mediano plazo, terminaron perjudicando sus arcas. Dentro de la Península se tendió a beneficiar el sistema de la Mesta¹⁰, pero no desarrollaba del mismo modo las otras áreas productivas para que pudieran responder a la creciente demanda generada por la población americana, los campesinos (que paulatinamente quedaban liberados en el continente) y los gastos de un Estado creciente (en el continente y en las colonias).

Gran parte del metálico recibido de América fugaba hacia otras regiones de Europa, principalmente a Holanda o Inglaterra cuyos astilleros y talleres permitieron sostener el andamiaje colonial del Imperio Español. No hubo una política que estimulara la producción sino, por el contrario, se dedicaron a la compra de las producciones de sus vecinos. Así es que, si bien el sistema colonial implicaba un fuerte control del comercio entre la metrópoli y sus colonias, dado por el sistema de puertos únicos, y el sistema de flotas y galeones, esto no tuvo un resultado positivo.

Esta idea fue expresada en momentos tan tardíos como 1675 por el propio asesor de la corona española Núñez de Castro:

Dejemos a Londres producir esas telas tan caras...; dejemos que Holanda produzca sus tejidos, Florencia sus paños, las Indias sus pieles, Milán sus brocados, Italia y Flandes sus telas de lino... nosotros estamos en condiciones de comprar esos productos, lo que prueba que todas las naciones trabajan para Madrid, y que Madrid es la gran reina, porque todo el mundo sirve a Madrid mientras que Madrid no sirve a nadie (Ricossa, 1990: 384).

Si bien la función de la Casa de Contratación, creada en 1503, consistía en controlar el monopolio comercial establecido por la corona, se calcula que hacia mediados del siglo XVII el 75 % del tesoro americano ya había pasado de España a otros reinos europeos.

La crisis

Entre finales del siglo XVI y principios del siglo XVII se desarrollará una crisis económica que fue abordada de diferentes maneras por la historiografía. Las explicaciones sobre lo ocurrido durante este período son variadas y van desde la afirmación de que la misma no fue más que el agotamiento del ciclo expansivo de los cien años anteriores, hasta explicaciones demográficas (despoblamiento europeo por hambrunas, pestes y migración) y climatológicas (una nueva mini edad de hielo que habría afectado las cosechas). Tal como lo entendemos, el desarrollo histórico es un fenómeno multicausal e irreductible a un único evento. Por lo que debemos rastrear la crisis en una multiplicidad de eventos desencadenados de conjunto. Nos concentraremos en dos fenómenos.

Por un lado, la llamada revolución de los precios del siglo XVI, cuando se advirtió en Europa un alza sostenida y generalizada de precios. La inflación provocó carestía, principalmente en las ciudades, a tal punto que los ayuntamientos buscaron poner topes a los precios. Una de las explicaciones, llamada monetarista, explica:

El alza de precios fue discutida en las Cortes de España, lo que llevó a Tomás de Mercado y a otros autores de la escuela de Salamanca a vincular ese fenómeno a otro que también parecía notorio: la llegada —al principio en cantidades limitadas pero desde mitad de siglo en magnitudes importantes— de metales preciosos de América (Cortés Conde, 2012: 57).

En Francia, fue Jean Bodin quien rechazó la explicación del alza de precios por la carestía y los disturbios políticos enunciando la teoría cuantitativa del dinero mostrando la relación entre la cantidad de dinero circulante y el aumento de los precios (Cortés Conde, 2012).

Otras explicaciones abundaron en el hecho de la creciente demanda, ya sea por los europeos asentados en América y que buscaban productos provenientes del continente europeo o bien por el creciente corrimiento de población desde los campos a las ciudades dentro del continente; también se lo intentó explicar por el aumento de la población frente a una oferta inelástica de los productos agrícolas, o, incluso, al aumento en la velocidad de circulación del dinero al avanzar en una economía más urbana que en siglos anteriores. No podemos dejar de lado los conflictos bélicos que en gran parte fueron causa de la crisis, y que a su vez la potenciaron, tales como la Guerra de los Ochenta Años¹¹ iniciada en 1568.

La crisis provocó una depresión en los inicios del siguiente siglo que terminaría por desgastar las antiguas estructuras en ciertas regiones de Europa. A pesar de la revolución de los precios, el siglo XVI fue expansivo,

pero el siglo XVII fue de recesión, aunque de naturaleza distinta a todos los otros períodos de reversión de las tendencias expansivas. Las crisis antiguas eran de subsistencia, de falta de oferta. La ruina llegaba por la ausencia de alimentos. En el siglo XVII apareció un fenómeno moderno. La miseria apareció no por falta de productos sino por falta de quien los comprara. Es decir, no por un problema de oferta, sino por uno de demanda. La demanda caía (Cortés Conde, 2012: 78).

El fenómeno afectó de manera diferenciada las distintas regiones de Europa, y se montó en las particularidades históricas de cada región para establecer las determinaciones de su desarrollo posterior.

Gran Bretaña

En el caso de Gran Bretaña, durante el reinado de Isabel I (la última de los Tudor gobernó entre 1558 y 1603) se alentaron los ataques corsarios de Francis Drake y John Hawkins contra las flotas españolas consiguiendo metálico para las arcas de la corona británica. La reina buscó desgastar el poder español en diversas alianzas con los protestantes holandeses (rebelados contra la corona hispánica) así como con una alianza con Francia. Durante su reinado comenzaron a brindarse tímidas libertades comerciales que resultaron en el florecimiento de un sector mercantil que pocos años

después cuestionaría el poder monárquico de los sucesores de Isabel. Durante todo este período la corona inglesa intentó establecer colonias en el Nuevo Continente, pero no pudieron hacerlo de manera permanente.

La primera colonia anglosajona logró establecerse en 1620 cuando un grupo de peregrinos, disgustados con la imposición religiosa de la nueva monarquía de los Estuardo, decidió emigrar hacia el Nuevo Mundo¹². Arribaron a las costas de la actual Massachusetts, fundando la colonia de Plymouth. La forma de organización relativamente horizontal, su ética puritana, así como sus conocimientos técnicos dieron a las colonias americanas un sistema de producción artesanal dinámico y una organización productiva agrícola de base democrática.

En paralelo a estos acontecimientos el economista inglés Thomas Mum (1571-1641) se convertía en 1622 en director de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Según Mum el comercio era la única manera de aumentar la riqueza nacional por lo que propuso reducir el consumo interno con el objetivo de exportar la mayor cantidad de bienes posibles; aumentar la explotación de la tierra, también con el objetivo de reducir las importaciones y aumentar las exportaciones; reducir los impuestos a la exportación de bienes producidos en el territorio.

Esto quiere decir que la preocupación de la corona consistía en procurar una balanza comercial favorable en donde se propiciara la exportación de manufacturas, a la vez que se restringían las importaciones. En palabras del propio autor, en un texto publicado *post mortem* en 1664 llamado “El tesoro de Inglaterra por el comercio exterior”, propone:

Cap. II. Los medios para enriquecer este reino y para incrementar nuestro tesoro. El medio ordinario de incrementar nuestra riqueza y tesoro es el comercio exterior, en el que debe observarse esta regla: vender más a los extranjeros anualmente que el valor que de ellos consumimos (Fernández López, 1998: 85).

En un primer momento el crecimiento de este comercio se desarrolló en torno a compañías monopólicas.

Desde el Estatuto de los Artesanos en el reinado de Isabel I hasta fines del siglo XVII, comprendiendo la época de los Estuardo, Inglaterra pudo ser considerado un país en el cual la mayor parte de las actividades estaban reguladas. Nadie podía fabricar algo, ejercer el comercio o una profesión sin obtener la correspondiente licencia (*charter*) del rey. Decía Christopher Hill que la mayor parte de los bienes y servicios consumidos por un inglés común estaban provistos por monopolios (Cortés Conde, 2012: 87).

A lo largo de este período la autoridad del rey fue perdiendo poder en manos del Parlamento. Este resultó ser la forma de organización política más acorde a los debates y requerimientos de los comerciantes, terratenientes y de una burguesía en crecimiento. El Parlamento oficiaba como espacio donde los diferentes intereses de los propietarios se dirimían en función de un desarrollo común. De ese modo se fueron dictando leyes que pronto chocarían con los intereses de la monarquía absolutista.

Un ejemplo fue el Estatuto de los Monopolios, de 1624, que circunscribió al ámbito parlamentario la capacidad para establecerlos. Asimismo, el Parlamento limitó constantemente la capacidad del rey de establecer impuestos de manera arbitraria. En

1628 el Parlamento elevó al rey una Petición de Derechos redactada por Sir Edward Coke.

Allí se estableció que ningún súbdito podía ser obligado a pagar suma alguna a la corona o a entregar dinero en préstamo si esto no había sido autorizado por un cuerpo político en el que los contribuyentes estuvieran representados (*no taxation without representation*). También estableció el principio de *habeas corpus*, aquel por el cual nadie podía ser detenido sin orden de un juez competente (Cortés Conde, 2012: 69)¹³.

Carlos I (rey entre 1625 y 1649) se enfrentó al Parlamento por estos motivos, llegando a disolverlo en varias oportunidades hasta que decidió hacerlo de manera definitiva en 1630. Las imposiciones del absolutismo frente a la resistencia de los parlamentarios fue lo que llevó a la revolución inglesa (1642-1649) y que concluyó con el derrocamiento de la monarquía absolutista de Carlos I, y un interregno republicano encabezado en gran parte por Oliver Cromwell (1599-1658).

Durante el período republicano (1649-1660) el Parlamento ganó poder político. Del mismo modo se abolieron las fronteras internas de la Gran Bretaña y se dictaron las Actas de Navegación (1651) donde se estipulaban medidas tales como: la subordinación de las colonias al Parlamento; la prohibición de desarrollo industrial en las colonias capaz de competir con la metrópoli; así como el monopolio comercial de los navegantes ingleses para el intercambio colonial. Como vemos, la revolución significó un gran avance para el comercio y el desarrollo científico-técnico. Lo demuestran figuras como William Petty (1623-1687) cuyo pensamiento económico propugnaba la intervención del Estado en tareas como la educación y la construcción de caminos, buscaba entender la relación entre

economía y demografía, así como fue también creador de la Ley de Petty¹⁴.

La restauración monárquica y los nuevos intentos absolutistas concluyeron con una nueva revolución, la Revolución Gloriosa de 1688. El resultado de ella fue el establecimiento definitivo de la monarquía parlamentaria como órgano de gobierno, donde la burguesía podía presentar representantes en la Cámara de los Comunes. A su vez las leyes de tolerancia que condujeron a la aceptación del protestantismo y a la paulatina reducción de católicos y judíos en la población. La monarquía que surgió del proceso revolucionario, luego de la huida del rey Jacobo II, recayó en el estatúder de Holanda, Guillermo III de Orange y su esposa María II (hija de Jacobo II).

A lo largo de lo que quedaba del siglo XVII la monarquía británica fue forzada a modernizarse como producto de un ciclo revolucionario impulsado por una burguesía en crecimiento. Las nuevas libertades religiosas, económicas y políticas, asociadas a la consolidación del sistema parlamentario aceleraron la reorganización británica dando paso a las revolucionarias transformaciones que el país encabezaría a partir del siglo XVIII.

Francia

A diferencia de lo ocurrido en España o Inglaterra, la monarquía en Francia logró consolidarse recién en 1589 con la llegada al trono de Enrique IV de Borbón. Mientras que sus vecinos atravesaron el siglo XVI en el marco de un intenso colonialismo (España y Portugal) o de reconfiguración de su aparato productivo (Inglaterra y Países Bajos),

Francia debió atravesar todo el siglo en el marco de una fuerte inestabilidad provocada por la *jacquerie de los pitauds* (1542-1550) en el oeste del país, y por la *jacquerie de los gautiers*¹⁵ (1587-1589) en la región de Normandía, además de las luchas religiosas que tuvieron su máxima expresión con la Matanza de San Bartolomé de 1572.

Superadas estas revueltas, y con la llegada de la Casa de Borbón al poder político, se pudo avanzar en la consolidación de una monarquía absolutista. Los primeros años del siglo XVII fueron clave en dicha tarea. Con la ascunción de Luis XIII (hijo de Enrique IV) al trono también se consolidó toda una dirección dispuesta a afianzar el poder político de la monarquía. La reunión de los Estados Generales de 1614 debatió y tomó decisiones en torno de cuestiones religiosas (por ejemplo, si podía considerarse al rey superior al papa), políticas (el matrimonio del rey con la infanta de España) y fiscales (la abolición de impuestos a la nobleza). En la misma se hizo notar el obispo Armand du Plessis, duque de Richelieu, quien fue nombrado por María de Médicis (madre y reina regente mientras Luis XIII aún era menor de edad) para formar parte de la corte. En 1616 fue nombrado secretario de Estado y, luego de un breve exilio, regresó al poder cuando el Rey Luis XIII lo propuso como cardenal, cargo al que accedió en 1622. Richelieu veló por la concreción de un Estado centralizado y por limitar los intentos de los Habsburgo, familia que reinaba en el Sacro Imperio y en España en ese momento. Otro personaje importante fue Antoine de Montchrestien quien publicó en 1615 *Traicté de l'économie politique*, donde analiza postulados clave para la teoría económica posterior.

Producto de la carencia de colonias¹⁶ Francia debió prestar especial atención a un sistema de desarrollo y tributación interno que le permitió competir en el mundo del mercantilismo. Así es que Francia se dedicó al desarrollo de manufacturas que vendía a otros reinos y que, a través de un fuerte proteccionismo, le permitía ahorrar en metales preciosos. Uno de los más importantes teóricos del mercantilismo fue, justamente, el francés Jean Baptiste Colbert (1619-1683).

Colbert fue uno de los principales ministros del rey Luis XIV de Francia luego de la muerte del conde Mazarino en 1661. En 1665 se convirtió en supervisor general de finanzas, implementando una sólida política que consistió en dar independencia económica y financiera al reino mediante una balanza de pagos excedentaria y el progresivo aumento de los impuestos. Su influencia fue tan importante que, a menudo, el término colbertismo reemplaza al de mercantilismo en referencia a las políticas tomadas en el país. Colbert tenía una clara conciencia de que la cantidad de metales preciosos existente era limitada y que la manera de que Francia obtuviera estos recursos era quitándoselos a los demás. Para ello se incentivó el desarrollo de la producción interna con énfasis en los productos suntuarios y de calidad. Toda vez que, en este propósito, la iniciativa privada no resultaba suficiente, el Estado intervenía controlando, subsidiando y estimulando estas empresas, mientras sus políticas arancelarias proteccionistas protegían la producción nacional¹⁷.

Las transformaciones del siglo XVIII

A principios del siglo XVIII, tanto en Gran Bretaña como en España se abrieron en paralelo crisis de sucesión monárquica.

La muerte sin descendencia de Carlos II, último de la casa de Habsburgo, marcó el comienzo de la dinastía borbónica en España. Felipe V de Borbón llegó al trono español en 1700 por ser bisnieto de Felipe IV (rey de España entre 1621 y 1640). Con su monarquía la familia real francesa se vinculó a la corona española. Entre las medidas tomadas se buscó recuperar el control del comercio de ultramar que España fue resignando a lo largo del siglo XVII en manos de franceses y británicos. Para ello se crearon aduanas que buscaron controlar el contrabando, así como el comercio legítimo. Felipe V ratificó las medidas mercantilistas intentando mantener en equilibrio la balanza comercial, aunque sin mucho éxito.

En el caso británico, el fallecimiento de la reina Ana Estuardo dio paso a la llegada al trono de la Casa de Hannover a partir de 1714. La sucesión dejó claro el verdadero poder del Parlamento inglés, que apoyó a Jorge I para convertirse en el nuevo rey a pesar de lo reclamos de la Casa de Estuardo. Con los Hannover se impulsó una notable modernización económica que no dependió tanto de la monarquía como sí del Parlamento. Mientras que los reyes se encargaron de las relaciones exteriores, era el Parlamento el encargado de la legalidad interna. A lo largo de todo el siglo Gran Bretaña fue gobernada por tres reyes, Jorge I, Jorge II y Jorge III. Este último fue sin duda el más reconocido por ser el triunfador de la Guerra de los Siete Años, por ser derrotado en la guerra de independencia americana y por las invasiones inglesas al Río de la Plata.

A diferencia de España y Gran Bretaña, en Francia la monarquía se mantuvo estable y concentrando fuertemente el poder en torno a la figura del rey. El más reconocido de ellos fue sin duda Luis XIV, rey entre 1643 y 1715, quien vio triplicar las arcas del Estado gracias a la política económica de Colbert y acrecentó su poder sobre Europa y el papado. También durante esta monarquía Francia acrecentó su poder colonial, ocupando gran parte de América del Norte y otras colonias en centro y sud América. Lo sucedió su hijo, Luis XV (rey entre 1715 y 1774) quien mantuvo una monarquía larga y estable, aunque durante su reinado fue derrotado en la Guerra de los Siete Años debiendo ceder gran parte de las colonias americanas y del control del Atlántico. A su muerte lo sucedió su nieto, Luis XVI, quien sería destituido durante el período revolucionario.

Las formas de trabajo en la América colonial

La conquista de América por parte de los españoles transformó absolutamente el panorama económico y social tanto de Europa como del “Nuevo Continente”. Por un lado, fue limando los vestigios de relaciones feudales acelerando el mercado y el incremento de materias primas. El oro y la plata, principalmente, sirvieron para acrecentar el circulante y modificar las pautas de intercambio sostenidas en Europa.

En el caso americano la conquista se impuso sobre las formas de organización del trabajo y la producción. Con ello se perdieron gran parte de sus pautas culturales, se produjo un descenso exponencial de su población nativa, para luego dar paso a una lenta

recuperación que, sin embargo, fue porcentualmente mucho más baja que la de los conquistadores. Se estructuró con ello una sociedad de castas, que dejaba fuera de cualquier decisión, y de cualquier beneficio, a las poblaciones originarias. La imposición religiosa, la planificación urbana, y otros elementos, generaron un verdadero sincretismo dando lugar a sociedades mixturadas entre tradiciones locales y otras de raigambre europea.

Durante los primeros siglos de la ocupación de América, para la corona española el centro neurálgico estuvo en los virreinos de México y Perú. Sobre todo, en ese último, la existencia de las minas del Potosí indicaba por qué las economías de los territorios cercanos funcionaban como satélites de la economía potosina. Esta situación explica por qué la zona del Río de la Plata resultaba periférica en la estructura colonial, mientras las provincias del actual norte argentino tenían mucha mayor presencia en esa estructura.

La conquista militar y posterior ocupación colonial del continente americano obligó a los europeos a readaptarse a una nueva realidad. Los nuevos hábitos, culturas y cosmovisiones con los que se chocaban en su paso y la enorme cantidad de recursos les plantearon enormes ventajas a la vez que desafíos. No iban a ser, sin embargo, tan equilibrados los resultados para los pueblos originarios, quienes iban a sufrir los mayores perjuicios y cargas de esta ocupación.

Los europeos debieron plantear las estrategias para ocupar las zonas más favorables del continente, desde lo inherente a los recursos como a las ventajas geográficas. Si bien privilegiaron estos recursos (y en particular los metales preciosos) y las zonas cercanas a la salida rápida al mar, en el caso de la corona española

también hubo una política de poblamiento y ocupación integral del territorio.

Si pensamos en la relación con el mercantilismo, fácilmente se verá que las zonas que despertaron mayor interés fueron México, Perú y el Alto Perú (con sus minas de plata), por lo que hubo que buscar alternativas y soluciones a las distancias y dificultades geográficas que la explotación de estas zonas conllevaban. El transporte era difícil y costoso, y el control ejercido por el monopolio español exacerbaba dicha situación. Por el contrario, no hubo un interés tan fuerte de la corona por las regiones adyacentes, haciendo que puntos distantes, como Buenos Aires, quedaran en una situación periférica si la comparamos, por caso, con ciudades como Salta o Córdoba, más antiguas estas en el andamiaje colonial, pero también con mayor peso económico en virtud de su conexión con el Alto Perú¹⁸.

Otro asunto para resolver durante la ocupación europea fue la obtención de mano de obra. En líneas generales se buscaron estrategias tales como las encomiendas, se utilizaron sistemas de trabajo previamente existentes como la mita y el yanaconazgo, o se apeló a la esclavitud importando población africana para tal fin.

Un tema fundamental fue el referido a las políticas que se debían seguir con la población local. Esta problemática abrió intensos debates de los cuales el más conocido fue el de la Junta de Valladolid (1550-1551)¹⁹. La principal conclusión a la que se arribó consistió en considerar que los pueblos americanos eran igualmente súbditos de la corona española, pero en “inferioridad jurídica”. Eran considerados menores de edad, incapaces de valerse por sí mismos, no podían poseer bienes y necesitaban del cuidado y la

guía de un “responsable”. De resultas de estos debates se puso límite a la encomienda²⁰, forma de organización del espacio que ponía a cargo de un español “encomendero” un “pueblo de indios”, y mientras era responsabilidad del primero alimentar y evangelizar a este pueblo, los mismos debían contribuir con su mano de obra y sus impuestos. La nueva forma que derivó de esta fue el repartimiento de indios, que consistió, al igual que la mita, en un sistema de trabajo forzado.

Otras variantes de la explotación de la mano de obra indígena, particularmente en la región de los Andes, consistieron en el uso de formas preexistentes tales como la mita y el yanaconazgo. La mita fue un sistema de prestación laboral obligatoria, temporal y forzada. Durante el período incaico fue utilizada para la realización de obras civiles (puentes y caminos) en favor del Estado. Posteriormente los españoles aprovecharon esta forma consolidada de prestación laboral, pero destinándola a la explotación minera (centralmente en la región de Potosí).

En el caso del yanaconazgo, el yanacona era considerado un trabajador auxiliar en condición servil. Durante la época colonial hispánica eran utilizados como indios de reserva en los ejércitos o para el servicio doméstico.

Otros reinos, como Portugal, Holanda y Francia (posteriormente Gran Bretaña también), apelaron a la mano de obra esclava traficando personas desde el continente africano. Esta población se repartía en diferentes puertos coloniales donde se efectuaban remates que colocaban a los esclavos en sus destinos definitivos. La esclavitud tuvo una fuerte presencia en la época colonial y

habilitó un “tráfico negrero” que incluía la absoluta negación de derechos de esta mano de obra.

Otro tema por resolver consistió en la financiación necesaria para establecer y sostener el enorme andamiaje colonial. Las opciones fueron varias: por un lado, los impuestos y contribuciones, como también la inversión directa a cargo de funcionarios de la corona. Para que esto pudiera funcionar, la corona debía centralizar el poder con instituciones fuertes para poder planificar estas actividades.

El impacto generado por la crisis del siglo XVII en toda Europa provocó, no solo la crisis monárquica de los Habsburgo y el reforzamiento del parlamentarismo en Inglaterra, sino una revisión profunda de la forma en que estaba organizada la explotación colonial. La misma vino de la mano de la nueva casa gobernante en el imperio español, los Borbones, quienes impulsaron a lo largo del siglo XVIII una serie de reformas²¹ que buscaron dinamizar el andamiaje comercial atlántico. De todos modos, también fue la demostración del agotamiento del sistema mercantil, cuyas contradicciones tendieron a desgastar el sistema. Las alternativas se fueron gestando en las islas Británicas, en Francia y en menor medida en otras regiones europeas tales como Prusia, lo que les daría un impulso fuerte a las transformaciones económicas y políticas en la transición de los siglos XVIII al XIX. España, no obstante, entraría en un ritmo decadente que marcaría un principio de rezago económico con respecto al desarrollo capitalista y la consecuente pérdida de sus posesiones coloniales a lo largo de todo el siglo XIX.

La fisiocracia. La nueva escuela económica de Francia

La exitosa reorganización productiva de ciertas regiones europeas (centralmente Inglaterra, Escocia y los Países Bajos), además del impacto de la crisis del mercantilismo, llevó a una necesaria reorganización desde el plano económico.

En Francia, por sus particularidades políticas (una consolidada monarquía absolutista) y económicas (una fuerte dependencia de la producción agrícola), se dio lugar a una nueva corriente de pensamiento descrita tiempo después por Adam Smith como fisiocracia.

Surgió en las habitaciones de Versalles durante la segunda mitad del siglo XVIII de la mano de intelectuales vinculados a la Ilustración²². La orientación general en el pensamiento de esta escuela respondía a la interpretación en torno al “orden natural de las cosas”, así, la economía estaba guiada por la naturaleza y, por lo tanto, la fuente de riqueza se basaba en la explotación de los recursos naturales tales como la agricultura, la ganadería y la pesca. Los fisiócratas sostendrán que la riqueza proviene del uso racional de la tierra (estableciendo el principio racionalista tan propio de esta corriente filosófica). Por otra parte, el Estado debe mantenerse lo más alejado posible dando libertad a los productores, solo centralizando recursos a través del cobro de impuestos.

Los intelectuales fisiócratas se opusieron tanto a la intervención estatal como al proteccionismo, ambos pilares del mercantilismo. Estas ideas se desarrollan como producto de los importantes recursos que tenía Francia en la tierra y las dificultades que tenía

todavía para la explotación de sus colonias. También fue un intento de *aggiornar* la organización económica del Estado en torno a medidas liberales, frente al acelerado desarrollo agrícola y luego industrial de Inglaterra.

La famosa expresión “*laissez-faire, laissez-passer*” se atribuye a un comerciante francés que le habría dado esta respuesta a Jean-Baptiste Colbert al ser consultado sobre las medidas que la corona podía tomar para ayudar a los comerciantes, expresión luego retomada para marcar la línea de acción en lo económico.

Entre los principales representantes de esta nueva idea podemos encontrar a François Quesnay (1694-1774)²³, médico en la corte del rey Luis XV, quien planteó la relación entre producción, distribución y consumo. Frente a la difícil situación económica que atravesaba el reinado de Luis XV, Quesnay propuso como solución la teoría de la productividad exclusiva de la agricultura. De este sector debía proceder la riqueza del país para así sacarlo de la situación en la que se encontraba. Dada su formación de médico, realizó una comparación entre la economía y el funcionamiento del cuerpo humano. El eclecticismo de este pensador lo convierte en uno de los referentes del pensamiento ilustrado, participó en la redacción de *La Enciclopedia*, aunque no se trata de un autor contestatario de la monarquía sino, más bien, su interés estuvo en salvarla.

Escribió, en 1767, las *Máximas generales del gobierno económico de un reino agricultor*, en uno de sus puntos estableció: “III. Que el Soberano y la Nación no pierdan jamás de vista que la tierra es la única fuente de riquezas, y que la Agricultura es quien las multiplica...” (Fernández López, 1998: 164).

Sus ideas principales pueden resumirse en que los agentes de la administración pública deben establecer un sistema de impuesto único, el cual será recaudado por el Estado y se establecerá en relación con la renta de la tierra. Los productores terratenientes deben evitar la compra de manufacturas, especialmente aquellas que provengan del extranjero. Estos productores buscarán ampliar la cantidad de tierra cultivada. Finalmente, respecto del comercio exterior, este debe ser libre para los productos de la tierra logrando así mejores condiciones para la producción primaria del reino. Para Quesnay,

la nación se reduce a tres clases de ciudadanos: la *clase productiva*, la *clase de los propietarios* y la *clase estéril*.

La *clase productiva* es la que hace renacer, mediante el cultivo del territorio, las riquezas anuales de la nación, la que efectúa los adelantos de los gastos de las labores de la agricultura, y paga anualmente los ingresos de los propietarios de las tierras. Se incluyen, en la esfera de esta clase todas las labores y todos los gastos que se efectúan hasta la venta de los productos de primera mano; es a través de esta venta como se conoce el valor de la reproducción anual de las riquezas de la nación.

La *clase de los propietarios* comprende al soberano, a los poseedores de las tierras y a los diezmeros. Esta clase subsiste gracias al ingreso o *producto neto* del cultivo, que le es pagado anualmente por la clase productiva después de haber extraído esta, de la reproducción que hace renacer anualmente, las riquezas necesarias para resarcirse sus adelantos anuales, y para mantener sus riquezas de explotación.

La *clase estéril* está constituida por todos los ciudadanos que se ocupan de otros servicios y otras labores, distintos de la agricultura, y cuyos gastos son pagados por la clase productiva y por la clase de los propietarios quienes, a su vez, extraen sus ingresos de la clase productiva (Smith, Ricardo y Quesnay, 1977: 137-138).

En resumen, para Quesnay, solo existe un tipo de ingreso, aquel que proviene de los bienes naturales.

Entre sus obras más importantes se destacan dos artículos publicados en *L'Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert en 1756; la "Tableau économique", de 1758 (de donde obtuvimos el extracto anterior), y las "Maximes générales de gouvernement économique d'un royaume agricole" (máximas generales del gobierno económico de un reino agrícola) de 1767.

Un contemporáneo de François Quesnay, y continuador de su obra, fue Anne Robert Turgot²⁴. Fue controlador general de las finanzas del Estado entre 1774 y 1776 durante el reinado de Luis XVI. Es considerado un autor de transición, difícil de clasificar en el marco de una teoría, aunque se lo suele vincular a los fisiócratas franceses. Impulsó desde su cargo algunas reformas intentando reducir el déficit estatal y la supresión de algunos impuestos y tasas, del mismo modo demuestra que el libre comercio es conveniente para los granjeros, los propietarios y los consumidores intentando reducir sus trabas.

Lo cierto es que la presión fiscal sobre el campesinado francés era intolerable y los gastos del Estado daban cuenta de la disconformidad de la población. Las consecuencias de la derrota en la Guerra de los Siete Años (1756-1763) provocaron un desequilibrio en las finanzas. Viendo este ejemplo, Turgot se opuso a la participación de Francia en la guerra de la independencia de los Estados Unidos. Ese mismo año renunció a su cargo de controlador general. Las consecuencias de dicho financiamiento no serían gratuitas para Francia, la quiebra general del Estado, a la que se

sumó una crisis agrícola por cuestiones climáticas entre 1787 y 1788, aceleraron el estallido revolucionario.

Inglaterra prepara el escenario para el capitalismo

En Inglaterra los cambios en la organización de la producción fueron dando paso a la transformación de la totalidad de la estructura social. Por un lado, generaron toda una serie de revoluciones políticas que pusieron en jaque a la monarquía dando lugar a un breve período republicano (1649-1660) y la institución definitiva de una monarquía parlamentaria luego de la Revolución Gloriosa de 1688. Por otro lado, los beneficios obtenidos por sectores terratenientes provocaron una diferenciación interna en el campesinado inglés con un sector minoritario capaz de acumular excedentes respecto de una mayoría de campesinos empobrecidos.

Las libertades comerciales y productivas dieron lugar a un desarrollo autónomo del artesanado que discutió la antigua estructura gremial. El aumento del circulante, proveniente de América, permitió reforzar las relaciones de trabajo de tipo asalariadas (particularmente contratando a miembros del sector empobrecido del campesinado) en detrimento de las antiguas prestaciones serviles. El aumento de la demanda de productos manufacturados se vio reforzado en el marco de un fuerte proceso de expropiación de medios de producción que dejó a una inmensa mayoría de la población imposibilitada para proveerse de los medios básicos de subsistencia.

Frente a este escenario muchos campesinos huyeron de sus tierras (o directamente las perdieron por deudas) dispuestos a

asalariarse y conformando, a su vez, una masa de población demandante de dichas mercancías.

Asistimos así en el caso inglés a un doble proceso de transformaciones. Los campos “liberados” darán lugar a un nuevo tipo de desarrollo técnico que pudiera dar respuesta a explotaciones de mayor tamaño y a las que se les demandaba mayor cantidad de materias primas. Por otro, un cambio en el régimen de propiedad dando paso de un sistema de campos abiertos a uno de cercamientos privados.

Este fenómeno muestra una diferencia sustancial entre el caso inglés y el caso francés. En el primer caso los constantes levantamientos campesinos fueron, en pocas palabras, derrotados, dando paso a una transformación en la estructura agraria con la expulsión de campesinos y la apropiación de tierras de manera privada. En cambio, en Francia, la situación tendió a favorecer al pequeño productor quien mantuvo derechos sobre la tierra enlenteciendo las transformaciones sociales y reforzando el absolutismo monárquico.

En Inglaterra la expropiación de los pequeños productores se vio facilitada por la falta de barreras legales a la incorporación de las parcelas enfitéuticas vacantes dentro de las reservas señoriales; procedimiento que en Francia fue sistemáticamente obstaculizado por el Estado centralizado. Otro factor que facilitó el retroceso de la propiedad campesina fue la facultad de los señores, vigente en muchos condados ingleses, de modificar las tasas de mutación que gravaban los traspasos de las tendencias a censo, transformando dichos tributos en mecanismos confiscatorios *de facto*. Todo ello explica que los grandes terratenientes controlaran cerca del 75 % de la tierra cultivable en Inglaterra, a finales del siglo XVII. Los cercamientos parlamentarios de los siglos XVIII y XIX se encargarían de reducir aún más la porción del suelo en manos campesinas (Capagne, 2005: 166).

Los procesos de cercamiento de tierras en Inglaterra no fueron una novedad del siglo XVIII, el cambio cualitativo consistió en que entre los siglos XVIII y XIX los mismos se dieron producto de la intervención parlamentaria.

La progresión numérica de las actas de cercamiento indica una evolución lenta, aunque sostenida. En los doce años del reinado de Ana Estuardo (1702-1714), solo se detectan tres actas de *enclosures* aprobadas por el Parlamento. De 1714 a 1720, una por año. En la década de 1720 se votaron en total 33 actas. De 1730 a 1739, 35. De 1740 a 1749, 38. La mitad del siglo señaló un cambio en el patrón cuantitativo. De 1750 a 1759 los legisladores impulsaron 156 leyes, 424 en la década de 1760, y 642 en la de 1770. Entre 1780 y 1789 se percibe una declinación pasajera: se votan tan solo 287 actas. Pero los números de la última década la colocan en el segundo lugar en la centuria, con 506 leyes. El récord, sin embargo, se lo lleva el período 1800-1810: el Parlamento votó 906 actas de *enclosures* (Campagne, 2005: 180-181).

Estos números muestran la participación del Parlamento en los procesos de centralización y privatización de la tierra. Pero su crecimiento exponencial se da a partir de 1750 con la aparición de una forma revolucionaria de producción de la tierra. El sistema Norfolk.

La transición concluye. La guerra y la revolución

Es paradigmático el hecho de que todas las transformaciones económicas que se van desarrollando en las sociedades, casi por

goteo, concluyen en un punto de no retorno a formas anteriores que requieren de cambios políticos acelerados. Muchas veces esos cambios aparecen en la historia expresados a través de guerras y revoluciones. La segunda mitad del siglo XVIII estuvo atravesada por fenómenos de ese tipo. Entre 1756 y 1763 se desarrolló una guerra que fue considerada por muchos como la verdadera primera guerra mundial. Fue la Guerra de los Siete Años, donde se enfrentaron dos bloques; el primero encabezado por Gran Bretaña contaba con el apoyo del reino de Portugal, varios principados alemanes de los cuales el principal era Prusia, y la Confederación Iroquesa; contra el reino de Francia, el archiducado de Austria, el Imperio Ruso, el español, Suecia y otros pequeños reinos incluido el mongol.

La guerra se desarrolló en frentes tan diversos como América del Norte, Brasil, Europa, la parte occidental de África, la India y las Filipinas, lo que demuestra la extensión ya en esa época de las posesiones coloniales y del comercio ultramarino.

Fue una guerra que buscó reordenar el espacio colonial a escala mundial, con foco en el control de las rutas atlánticas. Esta economía abierta, que ya requería de las posesiones coloniales como trampolín para el desarrollo nacional, marca un cambio de época, y una demostración del adelantamiento de Gran Bretaña, los Estados Unidos y finalmente Francia en la carrera por su ocupación.

La guerra concluyó con la victoria de Gran Bretaña, lo que quedó registrado con la firma del Tratado de París en febrero de 1763. La victoria representó un incremento en las posesiones coloniales británicas y la reconversión de Prusia en una gran potencia europea.

Francia perdió territorios en América del Norte y la India, y España debió ceder algunos de sus territorios al reino de Portugal.

Tres consecuencias importantes resultan de esta guerra. En primer lugar, la consolidación de Prusia y el control sobre pequeños reinos y principados en el centro de Europa, lo que irá conformando un mercado interno más amplio. Bajo el control de Federico II el grande (rey de Prusia entre 1740 y 1786) el territorio no solo se afianzó en el centro de Europa, sino que se modernizó, vio un fuerte avance de la ciencia y la cultura, el desarrollo militar y fue convirtiéndose en una potencia industrial gracias a la afluencia de capitales (algunos provenientes de Gran Bretaña).

En segundo lugar, la independencia de las Trece Colonias. El control obtenido por Gran Bretaña en los territorios de América del Norte luego de la Guerra de los Siete Años restringió las libertades comerciales de las colonias e impuso cargas tributarias cada vez más pesadas. Las colonias habían desarrollado desde sus orígenes un sistema relativamente democrático de producción y comercio, con una base agrícola en general igualitaria. Este fenómeno ocurrió principalmente en las colonias del norte fronterizas con el Quebec. Los colonos americanos no quisieron perder esta forma de organización, y temerosos de caer bajo control del absolutismo francés apoyaron a los británicos durante la guerra, pero cuando esta finalizó no fueron igualmente recompensados.

Poco después de finalizado el conflicto, el Parlamento británico aprobó, el 22 de marzo de 1765, un impuesto llamado *Stamp Act* que ponía cargas sobre el papel impreso y los juegos de azar. Poco después surgirá un movimiento de protesta que recuperó el lema de la revolución inglesa, *No taxation without representation*, dando

inicio al movimiento contestatario. En los años subsiguientes se fueron incorporando nuevos impuestos. En mayo de 1773 el Parlamento emitió un nuevo impuesto, el *Tea Act* promulgado en favor de la Compañía Británica de las Indias Orientales donde se les cedía el monopolio del té sin pagar impuestos en las Trece Colonias. Fue rechazada e incluso provocó un motín el 16 de diciembre de 1773.

Luego del Motín del Té y de la respuesta represiva de los británicos, pocos días después, las colonias demostraron su descontento en un principio de sublevación que concluyó con la conformación del Primer Congreso Continental, en 1774. Se le pidió al rey de Inglaterra el respeto por el derecho de las colonias para manejar los asuntos internos. El mismo fue desoído, lo que desató a partir de abril de 1775, la guerra de independencia. Las filas del ejército americano fueron creciendo, integrado por granjeros, pequeños productores y comerciantes descontentos con la política británica. Invadieron territorios ocupados por los británicos y, por decisión del Segundo Congreso Continental, esas tropas dispersas quedaron bajo el mando del general George Washington. La respuesta cerrada de los británicos aceleró la proclama independentista fijada en la declaración redactada por Thomas Jefferson y corregida por Benjamin Franklin, John Adams, Roger Sherman y Robert Livingston. Fue aprobada el 2 de julio y publicada el 4 de julio de 1776.

La sociedad colonial se enfrentaba al Imperio defendiendo los principios del liberalismo, pero también otras proclamas de la Ilustración (en gran parte inspirados por el británico John Locke) tales como los derechos inalienables a la vida, a la libertad, a la

felicidad, y al gobierno consensuado por los gobernados. Esta sociedad buscó resolver, por medio de la vía revolucionaria y de la guerra independentista, las presiones provocadas por la monarquía británica.

Los franceses firmaron en febrero de 1778 un tratado con los colonos y se sumaron a la guerra buscando revancha contra los ingleses luego de la derrota de la Guerra de los Siete Años. De ese modo, el reino de Francia enviaba tropas y financiamiento a los independentistas. La guerra de independencia continuó hasta 1781 cuando los británicos fueron finalmente derrotados en Yorktown.

Un nuevo tratado firmado en París el 3 de septiembre de 1783 estableció la independencia de las colonias. Del mismo modo Francia recuperó parte de los territorios de ultramar que había perdido anteriormente, pero los gastos afectaron las arcas del Estado incrementando la presión impositiva sobre los campesinos y los artesanos franceses.

Esta sería la tercera consecuencia determinante, a mediano plazo, de la Guerra de los Siete Años. Los costos materiales y humanos de la guerra imposibilitaron que la economía francesa se recuperase. La monarquía francesa decidió a su vez financiar y apoyar el proceso de independencia de las colonias americanas, lo que socavó aún más las arcas del Estado. El sistema desarrollado en Francia de *laissez faire* permitía la libre acción comercial, por lo que el Estado solo podía recaudar a partir de los impuestos cobrados a los productores directos. Existía aun un agravante. La herencia de estructuras feudales y el sistema clientelar de la monarquía absolutista con la nobleza no habilitaba el cobro de impuestos en un sector importante de los terratenientes. En paralelo

hubo a lo largo del siglo XVIII un importante crecimiento poblacional y, sin el adecuado desarrollo de los medios de producción, no se logró el abastecimiento. A la crisis agrícola le siguió la crisis por desempleo en los sectores urbanos.

Es cierto que la intervención de Jacques Necker²⁵ en el Ministerio de Finanzas entre 1776 y 1781 provocó una serie de reformas progresivas. Nombró funcionarios revocables y con salarios fijos; redujo las competencias de las sociedades privadas recaudadoras de impuestos. En línea con los planteos de Colbert, Necker entiende que el Estado debe tener un papel activo en lo económico y social. Pero la oposición conservadora lo obligó a dimitir en mayo de 1781.

En cualquier caso, más allá de complejidades que no abordaremos, se estaban gestando desde las bases —una burguesía emergente que tomaba los postulados de la Ilustración como parte de su programa político; un campesinado y sectores urbanos cada vez más hambreados; así como un sector de bajos funcionarios descontentos— exigencias de reformas con las que la corona y la alta aristocracia se mostraban inflexibles. Cuando en 1783 Charles Calonne tomó el cargo de controlador general de Finanzas, la deuda pública era insostenible. En 1787 propuso un impuesto a todas las propiedades, lo que provocó el enfado de los nobles, pero la misma afectaba también a sectores medios de París. Producto del descontento generalizado fue obligado a renunciar y enviado al exilio por el propio rey Luis XVI.

La expulsión de Calonne provocó el regreso de Necker en el contexto de la fuerte crisis agrícola de los años 1787 y 1788. Necker no solo se convirtió en director general de Finanzas, sino también en ministro de Estado. Desde su cargo, y acuciado por la realización de

reformas impositivas, convenció al rey sobre la necesidad de convocar a los Estados Generales²⁶.

El proceso revolucionario abierto, en el marco del fracaso de la convocatoria a los Estados Generales, muestra por un lado el descontento de una mayoría de la población carente de sus medios de reproducción y, por otro, las contradicciones abiertas entre el antiguo régimen y el nuevo desarrollo productivo en manos de una burguesía emergente que impulsó todo un sistema jurídico adecuado al novedoso desarrollo que buscaba consolidar al Estado en el camino del sistema capitalista. La libertad de contrato, la defensa de la propiedad privada y la igualdad jurídica, la libertad de comercio y el desarrollo del mercado pasaron a ser ejes fundamentales del nuevo sistema.

No nos interesa detallar los acontecimientos del período revolucionario, sino marcar que esa convulsión social sirvió para transformar los estatutos jurídicos y la forma de gobierno en manos de una nueva clase social.

La historiografía tradicional caracteriza la Revolución Francesa como el hecho que pone fin a la Modernidad para dar paso a la Edad Contemporánea. Es, sin duda, un hecho fundamental, pero tomado en su contexto es el epílogo de un largo proceso de descomposición del sistema feudal y de una serie de transformaciones políticas y sociales que tuvieron su corolario en la Guerra de los Siete Años y, luego, en la guerra de independencia americana. Las consecuencias inmediatas de la Revolución Francesa serán las independencias latinoamericanas, montadas en las ideas de la Ilustración, del liberalismo económico y en la posibilidad de emanciparse de una estructura colonial en

decadencia, el Imperio Español, y poco tiempo después, su inclusión (o apertura) al nuevo régimen comercial mundial.

Es el principio de nuestro mundo, la sociedad capitalista, así como del resto de este libro.

Bibliografía

Anderson, Perry. (1997). *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*. México DF: Siglo XXI.

Barbero, M. Inés y otros. (1998). *Historia económica y social general*. Buenos Aires: Macchi.

Cameron, Rondo y Neal, Larry. (2014). *Historia económica mundial, desde el Paleolítico hasta el presente*. Madrid: Alianza.

Campagne, Fabián. (2005). *Feudalismo tardío y revolución*. Buenos Aires: Prometeo.

Cipolla, Carlo. (1997). *Entre la historia y la economía*. Barcelona: Folio.

Cortés Conde, Roberto. (2012). *Historia económica mundial. Desde el Medioevo hasta los tiempos contemporáneos*. Buenos Aires: Ariel.

Fernández López, Manuel. (1998). *Historia del pensamiento económico*. Buenos Aires: A-Z.

Ferrer, Aldo. (2008). *La economía argentina*. Buenos Aires: FCE.

Ricossa, Sergio. (1990). *Diccionario de economía*. México DF: Siglo XXI.

Smith, Adam; Ricardo, David; Quesnay, François. (1977). *La economía política clásica*. Buenos Aires: CEAL.

[1.](#) Los gremios actuaban como corporaciones de productores y comerciantes vinculados a un mismo oficio. Contaban con estatutos propios que regulaban la cantidad de talleres, la producción total, el precio y la calidad de la materia prima, e incluso los cargos al interior donde se destacaban los aprendices, los oficiales y los maestros. Entre los gremios que podemos destacar se encuentran alfareros, joyeros, herreros y drogueros, entre otros.

[2.](#) La primera Cruzada fue convocada en 1095 por el papa Urbano II (1088-1099) como campaña para repeler el avance de los turcos selyúcidas sobre el Imperio Bizantino. Pronto su objetivo cambió en la búsqueda por conquistar Tierra Santa. Las Cruzadas fueron nueve campañas en total, la última de ellas finalizó en 1291 luego de la caída de Acre y el abandono de la región por los cruzados.

[3.](#) Uno de los análisis que se hace en torno a la crisis consiste en que la caída poblacional revirtió la lógica del ingreso. Ahora los señores feudales no podían impedir que los campesinos migraran hacia las ciudades o campos deshabitados, por lo que se vieron en la obligación de retenerlos. Se condonaron impuestos y deudas permitiendo una diferenciación social al interior del campesinado, lo que provocó que un sector acumulara excedente frente a una población que, mayoritariamente, aún padecía condiciones penosas de vida. Esto alentó el surgimiento de la forma asalariada, donde los campesinos pobres ofrecían su mano de obra a cambio de un salario, bien a los propios señores o bien a los campesinos capacitados para pagar.

[4.](#) El valenciano Rodrigo de Borja (1431-1503) se convirtió en el papa Alejandro VI el 11 de agosto de 1492. Los lazos con las familias monárquicas españolas convirtieron a estas en aliadas estratégicas de los Estados Pontificios. Fue así como Alejandro VI otorgó a los reyes hispánicos el título de “Reyes Católicos”, extendió una serie de bulas favoreciendo a los castellanos en 1493 y firmó el Tratado de Tordesillas para dirimir los conflictos territoriales con la corona de Portugal.

[5.](#) El Tratado de Tordesillas fue firmado el 7 de junio de 1494 entre los reyes católicos y el rey Juan II de Portugal. Allí se estableció un reparto de las zonas de navegación y conquista del océano Atlántico y de las nuevas tierras descubiertas estipulada en el meridiano que se encuentra 370 leguas al oeste de las islas del Cabo Verde. El acuerdo buscaba mantener la paz entre ambos reinos impidiendo que los viajes de conquista de unos se superpusieran sobre los de otros. En la práctica permitió el control de los territorios africanos por los portugueses y de casi la totalidad del continente americano por los españoles.

[6.](#) Los europeos incorporaron el maíz, la papa y el cacao entre muchos otros recursos alimenticios a su dieta cotidiana.

[7.](#) El Sistema fue establecido durante el reinado de Felipe II. Consistía en la concentración de barcos en la bahía de La Habana (actual Cuba) donde los barcos cargarían las riquezas provenientes de todas las zonas explotadas de América. Los bienes provenientes del Virreinato de Nueva España (México) saldrían únicamente del puerto de Veracruz, mientras que aquellos provenientes de Sud América lo harían desde Portobelo (actual Panamá). Luego, y dos veces al año (en enero y en junio), el convoy de barcos españoles cruzaría el Atlántico transportando las riquezas. La intención de esta medida consistió en intentar reducir las pérdidas provocadas por los robos de las incursiones de los corsarios provenientes de otros reinos.

[8.](#) Actualmente se discute el concepto de genocidio para alguna de estas circunstancias a la vez que se discute que el fin buscado haya sido solo la evangelización, sino el afán en la búsqueda de riquezas.

[9.](#) La lógica planteada por la crematística medieval consideraba que la acumulación de riquezas y los préstamos con interés se relacionaban con el pecado. La práctica de la actividad económica estaba basada en la agricultura y la autosubsistencia, reduciendo el intercambio mercantil al mínimo necesario.

[10.](#) Durante el reinado de Alfonso X de Castilla (rey entre 1252 y 1284) las agrupaciones de pastores se fusionaron en una institución llamada Real Sociedad de Ganaderos de la Mesta. La Mesta había sido reglamentada durante el reinado de Alfonso XI (rey entre 1312 y 1350) pero alcanzó su máximo esplendor con la conquista de los territorios musulmanes hacia 1492. El sistema otorgaba libertad de trashumancia a los ganados dando orden de paso, así como la elección de los cargos que debían dirigir la Mesta. De este modo la producción del ganado ovino ganó preponderancia frente a la producción agrícola en la región.

[11.](#) La Guerra de los Ochenta Años enfrentó a las Provincias Unidas de los Países Bajos contra el Imperio Español. Comenzó en 1568 y concluyó en 1648 con el tratado de Münster donde las Provincias Unidas conquistaron su independencia.

[12.](#) Estamos hablando de la travesía del *Mayflower* que partió de Plymouth, Gran Bretaña, en septiembre de 1620, transportando más de cien personas. Arribó el 11 de noviembre a las costas de América del Norte donde los “peregrinos” fundaron una primera colonia de habla inglesa cuyo nombre fue Colonia de Plymouth.

13. Justamente el lema *No taxation without representation* sería enarbolado por los revolucionarios de las colonias americanas (casi ciento cincuenta años después) frente al incremento impositivo luego de la Guerra de los Siete Años, que culminaría con la declaración de la independencia.

14. “Ley económica que propone que, en la medida que el progreso técnico reduce los costos de transporte, el mercado para bienes no agrícolas se ampliará, lo que induce la reasignación de la mano de obra de la agricultura a actividades no agrícolas” (https://es.wikipedia.org/wiki/Ley_de_Petty-Clark).

15. Se conoce como *jacquerie*, en Francia, a los diversos levantamientos campesinos.

16. Las primeras colonias francesas que perduraron en el tiempo fueron Port Royal, fundada en 1605, y Quebec en 1608, en territorios del actual Canadá.

17. Por ejemplo, se gravaba con altas tasas los bienes suntuarios que Francia producía.

18. Como señala Aldo Ferrer, “dados los elementos condicionantes de la localización de la actividad económica en la América colonial (ubicación geográfica y disponibilidad de recursos naturales aptos para la producción exportable), se explica que el actual territorio argentino haya sido uno de los menos desarrollados durante la época” (Ferrer, 2008: 53).

19. La polémica fue dirigida por dos monjes. El sacerdote Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573) y el fraile dominico Bartolomé de las Casas (1474-1566). El primero abogaba por el derecho a la esclavitud de los indios y la conversión forzada imponiendo el derecho de tutela. Por su parte, De las Casas denunció los abusos de los conquistadores españoles hacia las poblaciones del continente y abogó por una conversión a través de la predicación. Entendió la evangelización como un derecho de los “naturales” y no una obligación de los españoles. A su vez se opuso a la esclavización de los indígenas. Una de sus obras más conocidas es la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, donde describe las consecuencias de la conquista.

20. Ya desde 1542 las Nuevas Leyes establecieron que no se asignarían nuevas encomiendas y las ya existentes vencían con la muerte de sus titulares. A su vez se les quitaron las encomiendas a los miembros del clero, y prohibían la esclavitud de los indígenas.

21. Las reformas borbónicas fueron una serie de cambios administrativos, impulsados por el rey Felipe V (rey entre 1700 y 1746) de España. Buscó la centralización y la protección de los territorios contra los ataques enemigos. A su

vez buscó enfrentar la corrupción en los gobiernos coloniales. Buscó limitar el poder del clero y la aristocracia criolla. Las medidas lograron una mayor centralización, lo que disminuyó los ingresos de las colonias y su crecimiento económico, lo que desató una serie de protestas contra la metrópoli.

[22.](#) La Ilustración fue un movimiento filosófico-cultural comenzado en el contexto de la Revolución Gloriosa en Inglaterra y que perduró hasta entrado el siglo XIX. Impactó centralmente en el Reino Unido, Francia y los condados alemanes. Su nombre se debe a su finalidad de disipar las tinieblas de la ignorancia mediante las luces del conocimiento.

[23.](#) François Quesnay (1694-1774) nació en una familia de labradores cerca de Versalles. En 1718 se recibió de maestro cirujano y pudo ingresar en 1754, gracias a la ayuda de *madame* de Pompadour, a la corte del rey Luis XV para convertirse en su médico y asesor.

[24.](#) Turgot (1727-1781), proveniente de una familia noble y vinculado a la política, fue economista y prior. También colaboró en *La Enciclopedia* y fue discípulo de Quesnay especialmente en cuanto a su pensamiento económico.

[25.](#) Jacques Necker (1732-1804) fue un banquero ginebrino quien encaró una fuerte polémica con Anne Robert Jacques Turgot, contra el liberalismo en la venta de grano impidiendo la exportación y levantando barreras para la importación. Buscaba de ese modo hacer frente a la carestía.

[26.](#) Los Estados Generales en Francia fueron asambleas convocadas por el rey, de manera excepcional, con la intención de resolver problemas de primer orden. Fueron relativamente comunes en el siglo XIV para luego ir siendo convocados con menor asiduidad. Se realizaron treinta y cuatro asambleas entre 1302 y 1789. Las asambleas contaban con representantes del clero, de la nobleza y de las ciudades.

Capítulo 2

La Revolución Industrial

María Virginia Benavent

Introducción

Al momento de escribir estas líneas, algunas ideas deben aclararse. En primer término, dejar asentado que este capítulo está pensado como parte de una obra colectiva, que tiene el objetivo de facilitar al estudiante la aproximación a diversos contenidos respecto de los tópicos sobre la historia económica mundial. En ese sentido, no encontrarán aquí, una tesis, ni un ensayo. La propuesta es ofrecerles un texto didáctico que se aproxima a un trabajo de divulgación. Debe ser tomado como una hoja de ruta, que luego, con futuras lecturas, contribuya a conformar un panorama lo más acabado posible de este proceso que cambió la historia de la humanidad. “En un mundo inundado de información irrelevante, la claridad es poder” dice Yuval Noah Harari en un libro de reciente publicación (Harari, 2019: 11). La expectativa es ofrecerles cierta claridad sobre un contenido tan importante como lo es la Revolución Industrial.

La propuesta del trabajo consiste en exponer el cómo, el dónde y el por qué se originó dicha gran transformación y en qué medida cambió al mundo. El “salto cuántico en el nivel de vida material para

una parte creciente de la humanidad” (Ferguson, 2012: 270), el modelo occidental de producción y consumo masivo que se expandió por el mundo, la explotación de la clase obrera según conceptos del marxismo, entre otras, serán cuestiones que irán surgiendo a lo largo del capítulo y los conducirán a una reflexión propia, un necesario trabajo de análisis que todo estudiante debería plantearse.

Existe un intenso debate —de larga data— entre historiadores, acerca de las consecuencias sociales de la Revolución Industrial. Diversas líneas de investigación avanzan sobre el análisis del nivel de los salarios reales, las pautas de consumo y la distribución de la renta nacional. Pareciera que en este como en muchos otros debates, los historiadores no logran ponerse de acuerdo entre las distintas visiones, más pesimistas algunas y más optimistas otras. A estas cuestiones también hará referencia este trabajo.

Adelantando este punto de las consecuencias, puede afirmarse siguiendo criterios puramente materiales, que el nivel de vida del ser humano a comienzos del siglo XXI es significativamente superior que a comienzos del siglo XX, a pesar del crecimiento exponencial de la población. Y a su vez, a principios del siglo XX, era superior al de comienzos del siglo XIX. Aunque quizá nunca hayan reflexionado al respecto, la Revolución Industrial tuvo algo —o bastante— que ver con esto. Por ejemplo, ya no existen hambrunas generalizadas como en el mundo preindustrial. En palabras de Harari, “en muchas sociedades hay más gente en peligro de morir de obesidad que de hambre” (2019: 295). En síntesis, el proceso tuvo dos características hasta entonces desconocidas: el aumento de la renta per cápita

alcanzó una magnitud superior a cualquier otro anterior en la historia y se convirtió en sostenido.

Por supuesto que existe la posibilidad de otra perspectiva de análisis. No contradice lo antedicho, reconocer que la humanidad ha alterado el equilibrio ecológico de nuestro planeta de tantas maneras que ello deparará consecuencias nefastas. En ese sentido la Revolución Industrial aceleró el consumo de forma fenomenal y trastornó la existencia de todas aquellas sociedades en las que se fue imponiendo. Las consecuencias medioambientales de una nueva manera de producir son indudablemente un problema y a la vez un desafío para las próximas generaciones, aunque ya es observable en algunas sociedades, un aumento de la toma de conciencia al respecto.

Una periodización y un intento de despejar el sentido de la expresión Revolución Industrial

Tanto la cronología de la revolución, como el sentido de la expresión han dado lugar a discusiones. Fechar el inicio de la industrialización tal vez sea un acto arbitrario, sin embargo, contribuye a la comprensión del fenómeno. Convencionalmente se suele ubicar sus inicios hacia 1750/60 aunque el consenso no es unánime. Todo dependerá de los datos que se seleccionen y de los aspectos que se enfaticen.

Respecto de la expresión “revolución industrial”, hasta la década de 1980, algunos historiadores defendieron la idea de la revolución como una gran ruptura que, en el transcurso de pocas

generaciones, hizo posible el paso de una economía agraria a una industrial. Esta interpretación ha sido revisada. Otros enfoques han analizado la revolución desde una perspectiva más procesual, y tienden a verla no como una ruptura sino como una transición gradual y con fuertes diferencias regionales. Hoy prevalecen las concepciones que priorizan la continuidad por sobre la ruptura, proceso más que revolución. Se sabe que convivieron viejas y nuevas tecnologías, y también antiguas y nuevas formas de organización del trabajo, con lo cual ese carácter dual de la economía hizo que el crecimiento fuera más lento que lo que antes se creía.

Hechas estas salvedades, se ha ensayado dividir la revolución en etapas, utilizando diferentes criterios. Siguiendo un criterio referido a la *naturaleza de la industrialización* (al cambio técnico y a sus derivaciones) es clásico distinguir dos fases: Primera y Segunda Revolución Industrial. La primera es la etapa en la que la economía inglesa comenzó a diferenciarse de las de Europa continental dando un salto en su nivel de producción y podría fecharse desde 1750/60 hasta 1850/60 con la difusión y generalización del ferrocarril. La segunda arrancarían por 1870 cuando comienzan a desarrollarse “una serie de innovaciones técnico-industriales, fundadas en el acero barato, la química, la electricidad, el petróleo, el motor de combustión interna, la nueva empresa moderna y los nuevos tipos de gestión del trabajo y organización industrial” (Barbero, 1998: 196). Estos cambios generarán un proceso industrializador diferente del anterior y serán motivo de análisis en el capítulo 4 de este libro.

Siguiendo un criterio *temporal* suele diferenciarse la experiencia británica, la primera, de las otras que le siguieron. Se alude a una

primera oleada de países que acompañaron de cerca a Gran Bretaña, los iniciadores (los *first-comers*) y se industrializaron para mediados de siglo XIX. Ellos son Bélgica, Francia, la futura Alemania y los Estados Unidos. Y otra oleada un poco más tardía, los seguidores (*late-comers*) que se industrializarán a lo largo de la segunda mitad del mismo siglo, como Italia, Rusia, Holanda, los países escandinavos y Japón. Al final de este capítulo se presenta una síntesis del proceso industrializador de los iniciadores.

Una aproximación al concepto

Como ya especificamos, no haremos aquí un repaso minucioso de las diferentes maneras en que la historiografía abordó el tema de la llamada Revolución Industrial. Sí parece apropiado mencionar que la expresión fue utilizada por primera vez en la década de 1820 por escritores franceses, que la compararon con la gran revolución política de 1789. Más tarde, en 1884, cuando el historiador inglés Arnold Toynbee publicara las *Conferencias sobre la revolución industrial en Inglaterra* la expresión cobró fama (Cameron, 1995: 199).

Desde entonces el énfasis en diferentes aspectos de la revolución ha ido variando. Las primeras descripciones hacían hincapié en la tecnología (los grandes inventos) y, siguiendo a Cameron, en “la dramática naturaleza de los cambios”, esto es, sus consecuencias. Luego en la década de 1930 se puso atención a los ciclos de la economía industrial. Con la Segunda Guerra Mundial el foco se deslizó hacia el tema del crecimiento económico y así los enfoques siguieron cambiando según las épocas. Por eso existen distintas

definiciones de lo que se ha dado en llamar Revolución Industrial. Aquí se presenta una que aporta claridad al asunto. María Inés Barbero la define como el proceso de cambio estructural en el que se combinan el crecimiento económico (derivado de un aumento de la productividad) y la innovación tecnológica (máquinas y nuevas fuentes de energía) y organizativa (fábrica), con profundas transformaciones en la sociedad (descenso del sector primario de la economía y aumento del secundario y servicios, extensión de la urbanización, aparición de nuevos sectores sociales) (Barbero, 1998: 66).

La revolución científica

La Revolución Industrial marca la transición entre dos etapas de la historia de la humanidad, una caracterizada por una economía y sociedades agrarias y la otra por una economía y sociedades industriales, modernas. Para contextualizar debidamente esta transformación, resulta imprescindible hacer referencia a la precedente revolución científica, que venía desarrollándose en el siglo XVII y aun antes. En ese entonces entra en crisis la fe ciega en los dogmas del mundo antiguo que había prevalecido en la Edad Media. En oposición al dogma surge una búsqueda crítica y experimental y empiezan a reconocerse los errores de los clásicos.

En vez de seguir mirando el pasado como una edad dorada, los europeos decidieron mirar hacia adelante pensando en términos de progreso y búsqueda de lo nuevo. La física y la mecánica hicieron grandes progresos. Dios mismo fue descrito como un perfecto “relojero” (Cipolla, 1976: 213). Cada vez fue más común dar una

expresión cuantitativa a los fenómenos que se querían describir. Se intentó medir los hechos no solo en el sector de la mecánica o la astronomía, sino también en los de la economía, la demografía y la administración pública. Galileo (1564-1642), Kepler (1571-1630), Newton (1643-1727) son fruto de este período.

En ese clima de época, lo racional iba desplazando a lo irracional. En la Edad Media, como herencia de la Antigüedad, ciencia y técnica habían permanecido separadas y distintas.

La ciencia era filosofía y la técnica era el *ars* de los artesanos. Los filósofos no contribuyeron a ninguno de los progresos realizados en los siglos por los artistas, y eso era sustancialmente a causa de que la ciencia oficial no sentía interés ni inclinación por el fenómeno tecnológico (Cipolla, 1976: 215).

El desarrollo cultural del siglo XVII acercó las dos ramas y creó las condiciones para la colaboración entre ellas, que sería la base y la esencia del desarrollo industrial. Pero ciencia y tecnología recién se anudaron en el siglo XIX. Gobernantes y hombres de negocios comenzarán a preocuparse por financiar la investigación en física, biología o economía. “El circuito recurrente entre la ciencia, el imperio y el capital ha sido sin ninguna duda el principal motor de la historia durante los últimos 500 años” (Harari, 2019: 304).

¿Por qué fue Gran Bretaña la primera en industrializarse?

Existen *factores de orden político e institucional*. Un país con un gobierno estable (una monarquía parlamentaria desde 1688) donde

se respetaban los derechos de propiedad, ofrecía mejores oportunidades a la inversión y al trabajo asalariado que otros países que, hacia la misma época, estaban embarcados en políticas absolutistas diferentes en cuanto a la “seguridad jurídica” necesaria para el desarrollo industrial. Autores como Douglas North destacan la importancia del marco institucional como condición necesaria para el crecimiento de la economía. Por otro lado, Gran Bretaña contaba con un sistema financiero desarrollado, bajas tasas de interés y un sistema impositivo eficiente.

La *geografía* también ayudó. Gran Bretaña está conformada por un conjunto de islas con una posición geopolítica excepcional, buenos puertos, y hacia el interior un sistema hidrográfico unido por canales que comunicaban a todas las regiones, permitiendo el desarrollo de un mercado interno muy conectado. También tenían a su favor una dotación importante de *recursos naturales*: carbón y hierro, decisivos en los primeros tiempos de la revolución. El carbón era abundante y accesible, por lo tanto, más barato que en países como Francia. Se lo utilizó como combustible, como fuente de calor y para las transformaciones químicas que requería la industria del hierro. Cumplió un papel muy importante en el desarrollo del ferrocarril. Los primeros fueron construidos a principios del siglo XIX justamente para transportar el carbón.

Y *last but not least*, no puede dejar de mencionarse el recurso humano, *la población*. Su crecimiento a lo largo de todo el siglo XVIII impulsó la industrialización al aumentar el mercado de consumo. “La sociedad de consumo resulta hoy tan omnipresente que es fácil suponer que ha existido siempre. Pero en realidad es una de las innovaciones más recientes que propulsaron a Occidente por

delante del resto del mundo” (Ferguson, 2012: 270). Las familias comenzaron a comprar en el mercado, bienes que antes producían domésticamente, lo que generó una demanda ampliada para la producción industrial. De todos modos, en palabras del historiador Roberto Cortés Conde, “parece haber acuerdo en que los cambios fueron impulsados más por la oferta que por la demanda” (2012: 97).

Cuadro 1. Población estimada en millones

Países	1680	1820	1900
Inglaterra	4,9	11,5	30,5
Francia	21,9	30,5	38,5
Holanda	1,9	2,0	5,1
Alemania	12,0	18,1	43,6
Europa occidental	71,9	116,5	201,4

Fuente: Wrigley, E.A. (1992). *Gentes, ciudades y riquezas*. Barcelona: Crítica (tomado de Barbero, 1998: 103).

El descenso de la mortalidad es una de las razones del crecimiento demográfico, pero no la primera. Parece ser que el impulso vino dado por el aumento de la fecundidad, debido a matrimonios más tempranos y al aumento mismo de los matrimonios, gracias a una mejora en las rentas. Las previsiones de Thomas Robert Malthus¹ de que llegaría un momento en que la cantidad de alimentos sería insuficiente para alimentar a la población parecen no haberse cumplido en la Inglaterra de fines del siglo XVIII. La creciente demanda de alimentos que generó el aumento de población pudo ser satisfecha gracias al incremento de la producción agrícola. Pero ¿cómo se generó dicho incremento?

Incremento agrícola

Como se dijo, el incremento de la producción contribuyó al crecimiento poblacional, pero además permitió que una proporción cada vez más grande de individuos pudiera trabajar en actividades no agrícolas. Algunos historiadores denominan revolución agrícola a los cambios y avances que se dieron en este terreno. He aquí la enumeración de las novedades: la introducción de cultivos nuevos (trébol, alfalfa, nabos, remolacha) que no agotaban los nutrientes del suelo; la alimentación de la ganadería en establos, produciendo más carne, leche, lana y abono; la utilización de arados de hierro más perfeccionados tirados por caballos y no por bueyes y finalmente, la supresión del barbecho con la introducción del sistema Norfolk (de rotación cuatrienal). Esto es lo que para algunos merece llamarse una verdadera revolución agrícola, concepto actualmente en debate.

Cuadro 2. Producción de cereales (1701-1874)
(En millones de quintales)

Años	Francia	Gran Bretaña
1701-1710	59	27
1751-1760	61	29
1771-1780	75	33
1781-1790	85	35
1800-1813	94	43
1815-1824	104	49
1825-1834	116	-
1835-1844	131	-

1845-1854	146	64
1855-1864	158	68
1865-1874	160	70

Fuente: Mitchell B.R. European Historical Statistics. 1750-1970. Macmillan, 1978 (<http://www.jstor.org/stable/40343058>, Aula-Historia Social, No. 5 (Spring, 2000), pp. 39-47 Doc 8)

Una condición importante para la ejecución de la rotación de cultivos y la cría selectiva de ganado fueron los cercamientos y la consolidación de explotaciones antes dispersas. A comienzos del siglo XVIII aproximadamente la mitad de las tierras se explotaba con el sistema de campos abiertos utilizado desde la Edad Media. Las leyes de cercamientos (*enclosure acts*) darán fin a esta forma de explotación, permitiendo que los propietarios concentraran tierras. Esta abolición de normas feudales contribuyó a incrementar la producción agraria, con la incorporación al cultivo, de tierras comunales y baldías y la incorporación de avances tecnológicos por parte de grandes propietarios que disponían de cierto capital. Tuvo otras consecuencias. En principio, determinó el desplazamiento de los pequeños propietarios que no pudieron competir ventajosamente con los grandes y se vieron obligados a vender sus tierras, y también como es obvio, la expulsión de los campesinos que ocupaban espacios comunales. Algunos migraron a las ciudades en busca de trabajo, aumentando la oferta de mano de obra disponible para el trabajo en la fábrica. Otros permanecieron en las áreas rurales como jornaleros o arrendatarios. Desde la perspectiva del historiador inglés Eric Hobsbawm, esta transformación fue un éxito en términos de productividad, pero una tragedia en términos de sufrimiento humano. Reconoce que una economía industrial

necesita trabajadores y es lógico que los obtenga del sector antes no industrial, pero no coincide con aquellos historiadores que sostienen que el aumento de trabajo procedía del crecimiento poblacional. Para Hobsbawm “el afán de liberarse de la injusticia económica y social era el estímulo más efectivo, al que se añadían los altos salarios en dinero y la mayor libertad de las ciudades” (2016: 52).

En síntesis, estos cambios en la agricultura tuvieron efectos notorios en el camino a la industrialización. Produjeron una caída de los precios de los alimentos que permitió a los trabajadores convertirse en consumidores de productos industriales que se vieron potenciados. Y, por otro lado, esta agricultura capitalista proveyó parte del capital requerido en los primeros tiempos de la Revolución Industrial.

Trabajo

Respecto de la incidencia del factor trabajo en la industrialización, los historiadores debaten diferentes perspectivas. Una es la que afirma que cuando los trabajadores libres son abundantes, y por consiguiente es barato contratarlos, las regiones se industrializan primero. Otros sostienen que cuando el trabajo es caro se produce un incentivo a reemplazarlo incorporando bienes de capital, lo que promovería la innovación en tecnología. El historiador inglés Niall Ferguson adhiere a la segunda hipótesis para el caso británico. Uno de los factores que según este historiador condujo al surgimiento de la revolución en Gran Bretaña (además del carbón barato debido a su abundancia) fue que el trabajo era más costoso que en ninguna

otra parte. Desde mediados del siglo XVIII el salario real de un trabajador parisino era, apenas, algo mayor que la mitad del de un londinense. Esta razón explica por qué los empresarios británicos estaban más motivados por conseguir innovaciones tecnológicas que los continentales. En Gran Bretaña tenía más sentido que en ninguna otra parte sustituir la costosa mano de obra humana por máquinas alimentadas con carbón barato (Ferguson, 2012: 277).

Como señalábamos más arriba, desde otra visión, algunos historiadores de la Revolución Industrial sostuvieron que una abundante mano de obra desplazada del sector rural y con ello de su medio habitual de vida por los cercamientos, hacía cola en las puertas de las fábricas solicitando empleo por bajos salarios. Hoy se sabe que la mayoría de esas personas desahuciadas de sus tierras no se trasladaron de inmediato a las ciudades, sino que buscaron empleo agrícola en campos cercanos, en la recuperación de tierras y en obras de construcción de canales o carreteras. Y también se reconoce el hecho de que muchos trabajadores de distritos rurales se vieron atraídos por el empleo industrial pese a las largas jornadas de trabajo en fábricas insalubres y a salarios que no eran excelentes, pero eran un poco más elevados que los que se pagaban en las granjas. Otras razones se suman para entender por qué la industria atrajo mano de obra: primera, que la vida en la ciudad se consideraba más amena que en el campo, segunda que era más fácil conseguir trabajo y menos inestable que en los distritos rurales y tercera que casi todos los miembros de la familia podían emplearse en la industria por un sueldo (Clough, 1962: 272).

Otro aspecto para tener en cuenta respecto de la disponibilidad de mano de obra es que esta iba siendo cada vez más móvil que en

siglos anteriores. Los trabajadores de Inglaterra y Escocia eran más libres que los de otras zonas de Europa con respecto a las restricciones del sistema gremial. En Inglaterra la mayoría de los gremios de las ramas textil y metalúrgica habían relajado sus reglamentaciones coercitivas por lo que muchos obreros podían trabajar con los nuevos métodos de producción. Y una ventaja con la que pudo contar este país en el sector de la fuerza laboral fue el elevado nivel técnico que tenían muchos trabajadores. La disponibilidad de mano de obra más calificada se corresponde con las áreas de mayor interés por la investigación, donde la instrucción primaria estuvo más difundida y donde los mecánicos ingeniosos vieron oportunidades de desarrollo. El sistema escocés de educación primaria fue el mejor y el más ampliamente difundido de todos en la cultura de Occidente. No es casual que muchos de los primeros inventores fueran escoceses (Clough, 1962: 275).

Pronto, en otros países se dieron cuenta de que los ingleses poseían técnicas industriales que les daban ventajas y decidieron assimilar esas técnicas. Francia, los Países Bajos, Austria, Renania, Estados Unidos, se mostraron interesados en los conocimientos de las nuevas máquinas, pero el éxito de su implantación también dependía de una mano de obra calificada. Rápidamente trataron de captarla. Los franceses ofrecieron subsidios a los que trajeran técnicos ingleses; los belgas y los norteamericanos se beneficiaron también de dichos técnicos. Por su parte los ingleses trataron de evitar esa exportación y divulgación de conocimientos con poco éxito. En 1774 y 1781 sancionaron leyes que convertían en delito la exportación de herramientas, planos, modelos o descripciones de máquinas textiles. Lo mismo respecto de los “secretos de los oficios”

(Clough, 1962: 276). De más está decir, que estas prohibiciones no tuvieron mucho éxito...

En el cuadro que aparece a continuación puede observarse cómo a lo largo del siglo XIX la población activa se va desplazando en líneas generales, del sector primario al secundario a la par que va creciendo el sector servicios. Todo ello es consecuencia de la Revolución Industrial.

Cuadro 3. Distribución de la población activa por sectores productivos

País / año	Primario	Secundario	Terciario
Inglaterra 1801	36 %	30 %	34 %
1821	29 %	39 %	32 %
1841	22 %	41 %	37 %
1861	18 %	44 %	38 %
Francia 1850	53 %	28 %	19 %
1870	49 %	30 %	21 %
Bélgica 1850	50 %	37 %	13 %
1870	38 %	44 %	18 %

Fuentes: 1750 y 1800: Mitchell, B.R. (1978). *Historical Statistics. 1750-1970*. Macmillan. 1820-1870: Maddison, A. (1997). *La economía mundial, 1820-1992. Análisis y estadísticas*. OCDE.

Tecnología

La *innovación tecnológica* explica gran parte del aumento de la productividad de la tierra, el trabajo y el capital. Tal como mencionamos antes, que en esta época no hubo una conexión

estrecha entre ciencia y tecnología. Gran parte de los inventos del período fueron llevados a cabo por artesanos habilidosos o por técnicos. Muchas veces los inventos surgían de la necesidad de resolver problemas concretos o de mejorar máquinas ya existentes. No obstante, esta ausencia de una gran sofisticación en el plano tecnológico, en términos de producción, la revolución industrial implicó una búsqueda constante de eficacia, que fue llevando a mejoras continuas y reajustes en las máquinas. Los sectores pioneros en la aplicación de los cambios tecnológicos fueron *la industria algodonera y la metalúrgica*.

Vestirse ha sido siempre una necesidad del ser humano. El aumento de la renta per cápita, sumado al crecimiento demográfico, elevaron el consumo de tejidos. Al agregarse la demanda del mercado externo se compone un círculo virtuoso que alienta los avances en el sector de la manufactura textil.

La *spinning jenny* de James Hargreaves (1766), la hiladora hidráulica *water frame* de Richard Arkwright (1769), la *mule jenny* de Samuel Crompton (1775), el telar de vapor de Edmund Cartwright (1787) o la “selfactina” de Richard Roberts (1830) permitieron fabricar más hilo o tejido por hombre por hora (Ferguson, 2012: 273).

Como se explicará más adelante, la nueva maquinaria contribuyó al pasaje del sistema doméstico al fabril. Y gracias a estas innovaciones, en las nuevas fábricas británicas, el precio por unidad de algodón descendió alrededor de un 90 por ciento entre mediados de la década de 1790 y 1830 (Ferguson, 2012: 273).

Casi huelga decir que la materia prima “estrella” de la primera revolución fue el algodón. Los británicos lo obtuvieron a partir de sus

victorias militares en la India y posteriormente lo introdujeron con éxito en sus colonias americanas. Después del invento de la desmotadora de algodón en 1793, los suministros americanos de algodón aumentaron fuertemente. “A la máquina se debió gran parte del aumento del cultivo de algodón en los Estados Unidos, donde se pasó de una cosecha de 1.500.000 libras en 1790 a la de 85.000.000 en 1810” (Clough, 1962: 296). Antes de esta invención, recoger las semillas de las cápsulas de algodón era una operación muy lenta y dificultosa.

Cuadro 4. Industria textil de algodón. Consumo de algodón en rama (1751-1884)
(En miles de toneladas)

Años	Gran Bretaña	Francia	Alemania
1751-1760	1,3	-	-
1781-1790	8,1	4,0	-
1825-1834	105,6	33,5	3,9
1875-1884	605,0	99,5	134,4

Fuente: Mitchell, B.R. (1978). *European Historical Statistics. 1750-1970*. Macmillan, (<http://www.jstor.org/stable/40343058>. *Aula-Historia Social*, 5, 39-47).

El crecimiento de los textiles de algodón tuvo efectos multiplicadores. Hacia atrás la industria textil dio impulso...

...a los sectores que le proporcionaban *inputs* y maquinaria (algodón, carbón, siderurgia y química). Lateralmente, fomentó la urbanización y, por lo tanto, industrias como la de la construcción y también los servicios. Hacia adelante, contribuyó a incrementar el comercio y a mejorar los transportes (Escudero, 2000: 25).

El siguiente esquema grafica lo expuesto:

DOCUMENTO 1	
	<i>Innovaciones Tecnológicas (1700-1850)</i>
1700-1800	Generalización en Inglaterra del sistema de rotación cuatrienal importado desde los Países Bajos hacia 1680. Arados de hierro más perfeccionados. Máquinas sembradoras tiradas por caballos y amplia utilización de este ganado en las labores.
1700	Fuerza hidráulica para la gran industria (Polhem, Suecia).
1701	Estampado de algodón (Inglaterra).
1709	Carbón mineral para la producción de arrabio (Darby. Inglaterra).
1711	Máquina de vapor atmosférica (Newcomen. Inglaterra).
1714	Termómetro de mercurio con escala (Fahrenheit. Alemania).
1733	Lanzadera volante (Kay. Inglaterra).
1738	Hiladora de husos mecánicos (Paul y Wyatt. Inglaterra).
1740	Producción de ácido sulfúrico mediante el método de campana (Ward. Inglaterra).
1740	Acero fabricado en crisol (Hunstman. Inglaterra).
1743	Termómetro centígrado (Celsius. Suecia).
1752	Pararrayos (Franklin. Norteamérica).
1755	Raíles para vagones de hulla (Inglaterra).
1756	Cemento (Smeaton. Inglaterra).
1761	Fuelles de cilindro para metalurgia (Smeaton. Inglaterra).
1764	Máquina de hilar <i>spinning-jenny</i> (Hergreaves. Inglaterra).
1767	Destilación de la hulla (Watson. Inglaterra).
1769	Patente máquina de vapor (Watt. Inglaterra).
1769	Máquina de hilar <i>water-frame</i> (Arkwright. Inglaterra).
1773	Primer puente de hierro en Coalbrookdale (Darby-Wilkinson. Inglaterra).
1774	Taladro hidráulico (Wilkinson. Inglaterra).
1775	Máquina de vapor perfeccionada (Watt y Boulton. Inglaterra).
1776	Máquina de vapor utilizada en fueles altos hornos (Wilkinson. Inglaterra).
1779	Máquina de hilar <i>mule-jenny</i> (Crompton. Inglaterra).
1781	Segunda máquina de vapor de Watt (Inglaterra).
1783	Globo atmosférico (Montgolfier. Francia).
1784	Pudelado para afinar hierro colado (Cort. Inglaterra).
1786	Telar mecánico de Cartwright (Inglaterra).
1786	Primera experiencia de alumbrado con gas (Inglaterra).
1791	Sosa cáustica utilizando sal y ácido sulfúrico (Leblanc. Francia).
1792	Alumbrado con gas (Murdock. Inglaterra).

Fuente: Aula-Historia Social No. 5 (Primavera, 2000), págs. 39-47, Fundación Instituto de Historia Social. Extraído de: <http://www.jstor.org/stable/40343058>

En la metalurgia, un cambio significativo ocurrió al reemplazarse el carbón vegetal por el carbón mineral. A esto siguió una mejor utilización del hierro, con el procedimiento del pudelado, un sistema patentado por Henry Cort en 1784, que permitía eliminar las impurezas de carbono mediante un horno de reverbero². El mismo Cort inventó el proceso de laminado del metal que permitió obtener series de formas estandarizadas (vigas, barras, rieles) que fueron la base de la industria, la construcción y el transporte (Barbero, 1998: 119). Otros avances fueron el proceso de fundición con coque (combustible que se obtiene de la destilación seca del carbón mineral) y la famosa máquina de vapor de Watt. Veamos cómo se llegó a ella³.

El primer paso importante en el uso del vapor en una bomba data del siglo XVII y lo dio Edward Somerest (1601-1667), futuro marqués de Worcester. Más tarde Thomas Savery (1650-1715), oficial del ejército británico, perfeccionó la máquina atmosférica del marqués, pero todavía no era todo lo eficiente que se requería para extraer el agua de las minas. Será un herrero de Dramouth, Thomas Newcomen (1664-1729) quien hacia 1708 llegue a una nueva síntesis trascendente que permitió elevar el agua más económicamente que cualquier procedimiento anterior. Con el correr del siglo XVIII se fue perfeccionando hasta que llegamos a la intervención de James Watt (1736-1819) quien, al agregarle un condensador independiente, hizo que la máquina cuadruplicara su eficiencia. Para que el aparato pudiera influir en la evolución de la industria hubo que seguir introduciendo cambios costosos. Matthew Boulton (1728-1809), un rico hombre de negocios de Birmingham fue quien financió el negocio. Watt se dio cuenta de las posibilidades

que ofrecía la fuerza del vapor como fuerza motriz primaria. Las máquinas de Watt se siguieron utilizando para elevar agua, pero se aplicaron también a la industria textil, a las destilerías y a otras industrias menores. En 1807 Robert Fulton (1765-1815) impulsó un barco en el río Hudson, en Estados Unidos, por medio de la máquina de vapor y en 1814 Robert Stephenson (1803-1859) lo implementó para el transporte terrestre al construir una locomotora (Clough, 1962: 309).

Seguramente sea la máquina de Watt el invento más sofisticado de esta primera etapa de la Revolución Industrial. Como afirma Ferguson:

En 1870, el conjunto de todas las máquinas de vapor de Gran Bretaña generaba un total de cuatro millones de caballos, equivalentes al trabajo de 40 millones de hombres. Alimentar a una cantidad tal de mano de obra habría requerido el triple de la producción total de trigo inglesa (2012: 273).

Aun cuando la máquina a vapor se convirtió en la fuente de energía mecánica más generalizada, la rueda hidráulica siguió siendo importante, sobre todo donde había abundantes saltos de agua y escaso carbón (como en Escandinavia, los Alpes o los Apalaches). Asociadas a la energía hidráulica se inventaron la turbina de agua (para utilizar grandes masas de agua con poca velocidad de caída) y la rueda de Pelton⁴ (para caudales pequeños de gran velocidad).

En el campo de la mecánica surgieron una serie de inventos que permitieron reemplazar el trabajo manual como la sierra circular, la sierra de cinta y el cepillo mecánico aplicados a la industria de la madera; una máquina para elaborar papel continuo, otra para

acuñar moneda; se mecanizó la industria de la guerra y la de las comunicaciones. Finalmente, las aplicaciones de la química a la industria serán de enorme trascendencia y descollarán en la segunda fase de la Revolución Industrial.

En el fondo, la Revolución Industrial ha sido una revolución en la conversión de la energía. Aprender cómo dominar y convertir efectivamente la energía resolvió el otro problema que hace que el crecimiento económico sea lento: la escasez de materias primas. A medida que los humanos averiguaban cómo dominar grandes cantidades de energía barata, pudieron empezar a explotar depósitos de materias primas previamente inaccesibles (Harari, 2019: 373).

Capital

En general hay acuerdo en que la dotación de capital en esta primera fase del proceso industrializador no fue tan grande. No se requería de inversiones tan abultadas, tal como ocurriría desde mediados del siglo XIX, para instalar una empresa siderúrgica, de transportes o química. Al principio, muchas de las unidades industriales se componían de pequeñas empresas familiares o bien de consorcios de dos o tres amigos. Las primeras fábricas textiles crecieron al calor de los beneficios no consumidos de las propias empresas y de un mercado informal de capitales mucho más que de uno formal como sería en la segunda fase. “En 1760 no había nada que pudiera llamarse con justicia un mercado de capital. Los préstamos, en su casi totalidad, eran asuntos personales y locales” (Ashton, 1981: 129).

Sintetizando, fue la iniciativa privada doméstica la que financió a la industria en esta primera fase. La baja demanda de capital de las industrias de consumo, que eran las dominantes, permitió que el acceso al crédito de familiares, amigos y vecinos alcanzara para la financiación inicial. Los altos beneficios obtenidos hacían innecesario recurrir a una financiación en el mercado de capitales, bastando con la reinversión de esas ganancias.

Parece discutible entonces, que el sistema bancario haya sido una fuente de primera importancia para la aplicación del capital a la industria. El Banco de Inglaterra existía desde 1694 pero sus actividades estaban dirigidas principalmente a servir al Estado y a las compañías comerciales de Londres. Desde 1708 tenía el monopolio de la emisión de billetes. No se mostró muy inclinado a abrir sucursales y pocos de sus billetes penetraron en zonas industriales (Ashton, 1981: 120).

Si bien es amplio el debate que trata de determinar el origen del capital que se invirtió en las nacientes industrias, puede afirmarse que en su mayoría provino de las actividades mercantiles y de la nobleza propietaria de tierras. Al tiempo que se incrementaba el capital, aumentaba la capacidad de ahorro y, sobre todo, la voluntad de emplear esos ahorros en forma productiva. Como se dijo más arriba, en las décadas que precedieron a la Revolución Industrial, Gran Bretaña contaba con bajas tasas de interés y un sistema impositivo eficiente. Todo esto sumado a un aumento de los precios y una gran expectativa de beneficios proporcionaron un incentivo indispensable para la industrialización.

Mercado interno y externo

A lo largo del siglo XVIII el mercado interno fue creciendo gracias al aumento de la población, a una geografía que contribuyó a la unificación de dicho mercado, a un sistema de transporte ágil y barato que recorría todo el territorio —ya sea por la vía fluvial o terrestre—, y a una demanda creciente de los centros urbanos impulsada por las clases medias en ascenso. A ello se sumó la posibilidad de que Gran Bretaña contara con un mercado externo gracias a sus colonias y a los mercados ultramarinos de otros países. En ese sentido, cuando la producción en el mercado interno llegaba a su techo, Gran Bretaña disponía de estos mercados externos para ubicar lo que no se vendía a nivel local. Qué papel jugaron el mercado interno y el externo en el desarrollo de la revolución es materia de debate entre historiadores. Para Hobsbawm el mercado exterior fue la “chispa” que encendió la Revolución Industrial y el mercado interno se subordinó a aquel. En cambio, para otros historiadores como Giorgio Mori, el impulso industrializador provino de la demanda interna, de una masa de consumidores en constante expansión por los precios bajos de los nuevos productos, sobre todo, textiles (Bianchi, 2005: 109).

Formas tradicionales de producción

Una de las dificultades de la reconstrucción histórica es que para expresarnos debemos usar el lenguaje corriente. Las palabras que usamos hacen referencia inevitablemente a imágenes del mundo contemporáneo. Al hablar de “organización del trabajo” nuestra mente evoca la imagen de una fábrica. Pero la fábrica en sentido moderno no existía justamente hasta la Revolución Industrial. Eso

no significa que antes no se produjeran bienes. Significa que la organización del trabajo era otra.

En realidad, previo a la fábrica coexistieron distintas maneras de organizar el trabajo y la producción. Una era la tradicional producción artesanal urbana, que procedía de la Baja Edad Media; otra, el sistema de trabajo a domicilio, que apareció esporádicamente como consecuencia de la crisis del siglo XIV y luego se expandió desde el siglo XVI y trasladó la producción al área rural, y finalmente, la manufactura centralizada en aquellos rubros que requerían mucho capital debido a la escala de producción —minería, metalurgia, vidrio, papel, entre otros.

La producción artesanal urbana creció desde la Baja Edad Media, regulada por los gremios, pero hacia el siglo XVIII en Inglaterra y Escocia la mayoría de los gremios había relajado sus reglamentaciones coercitivas. La industria a domicilio, como su nombre lo indica, era aquella radicada en los hogares de los trabajadores en el ámbito rural. Estos generalmente eran dueños de sus herramientas, pero trabajaban para un comerciante que les suministraba la materia prima y luego retiraba el producto elaborado y les pagaba por pieza (*putting out system*). La mayoría de los trabajadores eran campesinos que hacían las tareas artesanales en los tiempos libres que les dejaban los trabajos agrícolas. Era un sistema más flexible que la industria artesanal urbana y la producción se regulaba dependiendo de la demanda. Trabajaba toda la familia, en un régimen que distaba mucho de ser lo idílico que pretendieron algunas corrientes de pensamiento más adelante, al contraponerlo al sistema fabril. Se aplicó principalmente a la producción textil.

Además de la industria artesanal urbana y de la industria domiciliaria, existió un tercer tipo de organización del trabajo, caracterizada por las mayores dimensiones de la empresa: la manufactura centralizada —grandes talleres no mecanizados— como por ejemplo las de Francia del siglo XVII que producían gobelinos⁵ o porcelanas y tuvieron influencia en la génesis de la gran industria que se desarrollaría más tarde. El carácter de monopolio que les dio el Colbertismo⁶ favoreció su desarrollo. Estos grandes talleres concentraban los procesos que requerían mayor capital físico como los preparatorios y acabados de la industria textil (prensado, cardado, tintura, estampado), las cervecerías, la elaboración de papel y vidrio, las refinerías de sal y de azúcar. Estas manufacturas en el siglo XVIII estaban dirigidas más al consumo interno que a la exportación.

El sistema fabril

A lo largo del capítulo hemos hecho referencia al crecimiento de la productividad —gracias a la utilización de nuevas fuentes de energía y de maquinarias— como un hecho característico de la fase inglesa de industrialización. Ese aumento deriva también de una nueva manera de organizar el trabajo: el sistema fabril.

El sistema de fábrica apareció en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVIII como la solución a los problemas planteados por la difusión de la industria rural en un contexto de rápida expansión de la demanda. Comenzó en el rubro textil, más precisamente en el de las hilanderías, aproximadamente hacia 1760. Varios factores se conjugaron para explicar su surgimiento.

Las razones que llevaron a los empresarios a reunir a los trabajadores en un solo lugar fueron varias: en la industria del hierro era imposible producir en pequeña escala y en la algodonera era más ventajoso producir fuerza motriz por medio de máquinas si se contaba con un gran número de obreros. Por otra parte, para conservar la calidad del producto era indispensable que la fabricación estuviera sujeta a control. Y también debe tenerse en cuenta que no era sencilla la movilización del trabajador del siglo XVIII, tanto por las dificultades de transporte como por inseguridad y por restricciones legales que inducían a las personas a no cambiar de parroquias para no perder la asistencia que eventualmente las mismas les brindaban. Una característica entonces del nuevo sistema de producción será la *centralización del trabajo* en un amplio taller y con operarios que trabajan con una dedicación exclusiva, que ya no alternan con otras actividades como en el caso del sistema domiciliario. La *mecanización* superó el trabajo artesano disperso y promovió el sistema fabril, caracterizado por la concentración de operarios en los establecimientos industriales.

El trabajo fabril estaba sujeto a una férrea *disciplina* y a un ritmo intenso. Las faltas se castigaban con despidos, multas muy elevadas y en algunos casos con castigos corporales. La entrada, la salida, los tiempos para la comida, todo estaba pautado y sujeto a *horarios* estrictos. La *jornada laboral era extensa*. A comienzos del siglo XIX sobrepasaba las catorce horas diarias (Barbero, 76).

También contribuyó al aumento de la productividad una innovación organizativa que es característica de la fábrica: la *división del trabajo*. El primer capítulo del conocido libro de Adam Smith *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of*

Nations, publicado en 1776, trata sobre este tema. Toma a modo de ejemplo una fábrica de alfileres y compara la cantidad de piezas que puede fabricar la empresa bajo las condiciones de la división del trabajo o sin ese método. Calcula que, empleando 10 obreros, una fábrica sin división del trabajo podía producir 200 alfileres por día, mientras que con división del trabajo podía llegar a fabricar 48.000.

Aunque el cálculo fuera exagerado, muestra cómo la división del trabajo aumenta la productividad. El trabajador se especializa en una o varias tareas, no hace el alfiler completo desde el principio hasta el fin.

Un hombre estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo corta, un cuarto lo afila, un quinto lo lima en un extremo para colocar la cabeza; el hacer la cabeza requiere dos o tres operaciones distintas, el colocarla en una tarea especial y otra el esmaltar los alfileres; hasta el empaquetarlos es por sí mismo un oficio; y así la producción del alfiler se divide en hasta dieciocho operaciones diferentes (Smith, 1996: 34).

La mayor productividad se debe a tres circunstancias según Smith:

Primero, al aumento en la destreza de todo trabajador individual; segundo, al ahorro de tiempo que normalmente se pierde al pasar de un tipo de tarea a otro; y tercero, a la invención de un número de máquinas que facilitan y abrevian la labor y hacen que un hombre haga el trabajo de muchos (Smith, 1996: 37).

Evolución industrial: expansión de la industrialización en la primera mitad del siglo

XIX

Entre mediados del siglo XVIII y las décadas de 1860-1870 Gran Bretaña primero y luego Bélgica, Francia y Alemania experimentaron un crecimiento económico de gran magnitud y sostenido en el tiempo. Por una multiplicidad de causas dichos países elevaron su productividad: nuevas tecnologías aplicadas a los sectores agrario, industrial y los transportes, la aparición del sistema fabril (tal como explicamos antes), la especialización económica, un cambio estructural que determinó el desplazamiento de población activa del sector primario al secundario y desde ambos al terciario, entre otras razones.

Fueron precoces en su industrialización Francia y Bélgica. En Alemania la Revolución Industrial fue más tardía pero también más rápida. Los Estados Unidos se industrializaron entre 1830-1840 y 1880. Luego apareció un grupo de países rezagados donde el proceso se inició en la segunda mitad del siglo XIX: Países Bajos, Escandinavia y Japón (Escudero, 2000: 19).

A diferencia de la industrialización británica, en el caso de la continental, el impulso ante la escasez y prudencia del capital privado provino en gran medida del Estado. Otra distinción estriba en que al coincidir con el establecimiento de infraestructura básica (ferrocarriles especialmente) su ritmo fue más veloz. Europa recibió el *know how*, la maquinaria y la experiencia de los ingleses.

Presentamos a continuación un esbozo de las características más sobresalientes de la industrialización en los tres países europeos que afrontaron el proceso luego de Gran Bretaña, a los que

sumamos al país extracontinental que creció de forma más extraordinaria en el siglo XIX: los Estados Unidos.

Bélgica

Este pequeño país en cuanto a dimensiones territoriales se industrializó con bastante rapidez. Ello se explica por factores tales como su gran densidad poblacional, el equilibrado reparto entre campo y ciudad, su excelente ubicación geográfica (proximidad a Gran Bretaña), su tradición industrial, sus recursos naturales abundantes (yacimientos de carbón, metales ferrosos y algo de hierro) junto a unos cursos fluviales y canales muy desarrollados.

Iniciada con el bloqueo continental del período napoleónico, la industrialización belga se asentó definitivamente cuando se independizó de Holanda en 1830. El empuje de la independencia nacional, con apoyo de la corona y la banca, logró que para la década de 1840 Bélgica fuera el país más industrializado de Europa continental y en términos de capital, siguiera muy de cerca a Gran Bretaña (Cameron, 1995: 277). Se lo considera un ejemplo de industrialización por difusión del modelo inglés, a través de la transferencia de tecnología, de recursos humanos y de capitales.

La industria textil algodonera creció en la ciudad de Gante. Fue importante el desempeño de la minería del carbón en Lieja y en el Henao (Mons y Charleroi) con fuertes inversiones de capital francés. La industria del hierro tenía una larga tradición y se instaló junto a la del carbón sobre todo en el área de Lieja. Allí un técnico inglés, William Cockerill, comenzó a fabricar máquinas de hilar y luego máquinas de vapor. Hacia 1829 la firma Cockerill era probablemente

la mayor empresa industrial del continente con una integración vertical que incluía minas de carbón y de hierro, altos hornos, refinerías, laminadores y fábricas de maquinaria (Cameron, 1995: 276).

Ya independiente, el Estado belga impulsó la construcción de ferrocarriles y promovió innovaciones en el campo de la banca y las finanzas. El primer banco de inversión en forma de sociedad anónima fue la Société Générale de Belgique fundada en 1822. En la década siguiente capitales privados crearon otra sociedad anónima bancaria, el Banco de Bélgica. Los bancos de inversión tuvieron un papel destacado en el proceso de industrialización al favorecer la formación de sociedades anónimas y atraer capitales extranjeros, sobre todo franceses. Ese país tuvo especial importancia para Bélgica ya que a fines del siglo XIX el 50 % del Producto Nacional Bruto procedía de las exportaciones y Francia ocupaba un lugar destacado en este aspecto.

Francia

En Francia la adopción de nuevas técnicas fue bastante lenta y en cambio un rasgo distintivo de su industrialización en el siglo XIX fue la persistencia de sistemas de producción tradicionales. Muchas explicaciones se han dado al respecto. Los historiadores hablan de “dualismo industrial” en alusión a la coexistencia de formas tradicionales y formas innovadoras de producción industrial.

Francia no tenía la dotación de recursos naturales con la que contaron Inglaterra, Bélgica o Alemania, eso explica la lenta adopción de la máquina de vapor y un papel no tan destacado de la

industria del carbón y del hierro. Una de las industrias que más se expandió fue la textil que combinó viejas y nuevas formas de producción y dentro de ella el sector algodonero de la región de Alsacia fue el que más se modernizó. A su vez impulsó el desarrollo de la industria química y de maquinarias. También se destacó la industria de la seda con centro en Lyon.

Decíamos que hay muchas explicaciones y un intenso debate sobre el modelo de industrialización francés y su atraso relativo. Explicaciones psicológicas y sociales como falta de iniciativa de los empresarios o apego a viejas costumbres laborales. Explicaciones económicas tales como escasez de materias primas, política fiscal rígida, canalización del ahorro hacia inversiones exteriores, capital fijo reducido, fuerza hidráulica más barata que el vapor, mano de obra más barata que la maquinaria, etc. Sin embargo, hoy se discute la noción de atraso relativo y se la matiza apuntando a las singularidades de las diferentes vías de industrialización. Contribuyen a esta nueva perspectiva los estudios cuantitativos sobre las tasas de crecimiento de la economía francesa en el siglo XIX y la comparación con otros países. En este sentido el crecimiento del producto nacional francés fue más lento que el de otros países, pero también fue menor el crecimiento de su población. Por tanto, el producto per cápita no fue inferior al de otros países de industrialización exitosa (Barbero, 1998: 161)⁷.

Sin entrar en detalle debe contemplarse también el marco institucional complejo, los vaivenes políticos que sufrió Francia a lo largo del siglo XIX desde la depresión posterior a las guerras napoleónicas, pasando por las crisis políticas y económicas de 1848-1852 y la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Pero el país

se recuperó de un modo asombroso. La construcción de ferrocarriles fue un poderoso estímulo para la economía. Se multiplicaron las producciones de hierro y carbón y creció el comercio exterior. En 1882 nuevamente una fuerte depresión golpeó al país hasta fin de siglo, pero pudo sobreponerse iniciando su *belle époque*.

Finalmente, interrelacionados con las dos características peculiares de la industrialización antes mencionadas —el bajo índice de crecimiento demográfico y la escasez de recursos, en especial carbón— debemos considerar el bajo índice de urbanización y la estructura empresarial francesa. Los bajos índices de urbanización se relacionan con su lento crecimiento demográfico y con la alta proporción de población empleada en la agricultura. Pero del otro lado hay que considerar que Francia era la única nación de Europa que a principios del siglo XIX se autoabastecía de productos agrícolas e incluso exportaba. Con respecto a la estructura de la empresa, Francia se caracterizaba por la pequeña escala de sus firmas que producían artículos de alto valor agregado (bienes de lujo) y que estaban dispersas geográficamente. En parte esa dispersión venía determinada por la naturaleza de las fuentes de energía disponibles. A propósito, respecto de la dotación de carbón, cabe agregar que un tercio de su consumo dependió de las importaciones. Para compensar esta escasez se valió mucho más que otros países de la energía hidráulica.

Alemania

A comienzos del siglo XIX Alemania aún no se había constituido en un Estado unificado. Su territorio se hallaba fragmentado en varias unidades políticas independientes entre sí, lo que constituía un obstáculo para la formación de un mercado unificado. El primer paso en ese sentido lo constituyó la creación de una unión aduanera (*Zollverein*) en 1834. Finalmente, la unificación política se completó en 1871. Superados estos obstáculos institucionales, Alemania contó con una serie de factores ventajosos que posibilitaron su industrialización. Ellos fueron: la existencia de recursos naturales, principalmente hierro y carbón, una fuerte tradición industrial doméstica y artesanal y un sistema educativo avanzado que tendió a la enseñanza técnica y científica (Barbero, 1998: 164).

Existían marcadas diferencias regionales, con una zona occidental más industrializada y otra oriental predominantemente agrícola. A medida que avanzó la industrialización ambas regiones tendieron a complementarse. Las zonas de Sajonia y Renania mecanizaron su industria algodonera tempranamente en una etapa que los historiadores denominan “primera industrialización” y se extiende entre 1780 y 1840.

A partir de esa fecha se acelera el proceso industrializador, sobre todo gracias a la construcción de los ferrocarriles que impulsó a las industrias metalúrgica y siderúrgica. Esta última se concentra en Silesia y en el Ruhr (clave también por la explotación de sus yacimientos de carbón) y su característica es la gran concentración empresarial. Por ejemplo, en el Ruhr existían cinco grandes empresas que producían el 80 % del acero de la región. También en la alta Silesia la industria estaba muy concentrada. Las grandes corporaciones como la Phönix A. G., poseían minas de carbón,

refinerías de acero, líneas férreas propias, transportes fluviales y un puerto en Rhurort⁸. Posteriormente fue superada por la casa Krupp de Essen (Vázquez de Prada, 1968: 76). Entre las restantes industrias se destacan la química, asentada en Renania, y la alimenticia, principalmente las refinerías de azúcar en Silesia.

El caso alemán es un ejemplo de industrialización derivada, influenciado fuertemente por el modelo inglés. Se basó en los mismos sectores: carbón, hierro, industria mecánica y textil, aunque esta última fue limitada en comparación con la industria pesada y de bienes de capital. En los comienzos del proceso recibió capitales extranjeros e importó insumos industriales, pero más tarde la industria local sustituyó las importaciones y la inversión contó con financiación interna. El Estado jugó un rol importante en el proceso de sustitución de importaciones fijando aranceles proteccionistas y alentando el *dumping* y también promovió las exportaciones industriales. Respecto de las inversiones, el crédito bancario fue muy importante para el desarrollo industrial. En las últimas décadas del siglo XIX los grandes bancos se convirtieron en accionistas de las grandes empresas industriales.

Por último, vale la pena destacar el rol que desempeñaron las grandes empresas en la industrialización alemana. Como se mencionó antes, una característica distintiva del modelo alemán fue su tendencia a la concentración e integración vertical con el objetivo de controlar todas las fases del proceso productivo. Y desde 1870 formaron acuerdos de cooperación entre empresas que derivaron en la formación de *kartells*⁹ para controlar el mercado, mitigar las caídas de precios y la sobreproducción del período de la Gran Depresión de fines del siglo XIX (Barbero, 1998: 179).

Estados Unidos

Este país fue el ejemplo más espectacular de crecimiento nacional rápido. El proceso de industrialización se vio favorecido por la disponibilidad de recursos naturales, por la existencia de un amplio mercado interno y por un gran crecimiento demográfico: pasó de 4 millones de habitantes en 1790 a casi 40 millones en 1870 y vale acotar, que ello se debió a una tasa muy alta de crecimiento vegetativo. Además, fue el país que más emigrantes europeos recibió gracias a una política de inmigración muy abierta hasta la Primera Guerra Mundial. Sumado a estos factores experimentó un proceso constante de innovación tecnológica y organizativa.

Respecto de este último punto, uno de los rasgos que diferenció a los Estados Unidos fue el alto costo de la mano de obra que impulsó a la adopción de tecnología que permitiera ahorrar mano de obra, tanto en el sector primario como en el secundario. A comienzos de siglo hubo incorporación de innovaciones procedentes de Gran Bretaña, pero luego se combinaron con aportes originales como el llamado *american system* (por ejemplo, la utilización de piezas intercambiables en la fabricación de bienes industriales) y la producción estandarizada destinada a un mercado de masas. Sumado a la innovación tecnológica se destaca, como dijimos, la innovación organizativa: a partir de la década de 1870 se fueron desarrollando nuevos métodos de gestión de las empresas y organización del trabajo.

En un país tan extenso y con recursos naturales, un factor clave fue el desarrollo de los transportes que potenciaría un mercado interno fenomenal. Tempranamente los Estados y lo municipios en

cooperación con intereses privados emprendieron un amplio programa de construcción de canales y caminos. Luego se inició la era del ferrocarril, casi en simultáneo con Gran Bretaña. En 1840 la longitud de vías terminadas excedía la de toda Europa (Cameron, 1995: 271). El tema del ferrocarril ha dado lugar a fuertes debates entre historiadores, cuestionando en algún caso el papel del ferrocarril como generador de eslabonamientos hacia atrás con otras industrias (como la del hierro) puesto que hasta 1860 la demanda que generaba se cubría con importaciones. Otros enfatizan el rol que desempeñó el ferrocarril contribuyendo al nacimiento de la gran empresa moderna, ya que la complejidad de su financiación y administración condujo a la adopción de las modernas técnicas de gestión empresarial (Barbero, 1998: 187). Más allá de los debates y las discrepancias entre historiadores norteamericanos, es comprobable que la industria siderúrgica se convirtió, a fines de siglo XIX, en la mayor de los Estados Unidos en términos de valor agregado y la expansión de la demanda de los ferrocarriles transcontinentales tuvo bastante que ver con ello.

Sin embargo, a pesar del rápido crecimiento industrial en el siglo XIX Estados Unidos seguía siendo un país preponderantemente rural y buena parte de la producción fabril estaba asentada en áreas rurales ya que la energía hidráulica era barata y eficaz. Recién con la construcción de las centrales generadoras de energía eléctrica, comenzará el ocaso de la industria de base rural. La producción agrícola siguió dominando las exportaciones norteamericanas hasta la década de 1880 cuando la renta proveniente de la industria comenzó a superar a la de la agricultura. Las regiones agrícolas por excelencia eran el sur y el oeste. Ambas abastecieron a las

industrias y a las poblaciones del nordeste y fueron mercados de consumo para la producción industrial del norte (Barbero, 1998: 189).

Consecuencias de la Revolución Industrial

Como hemos expuesto, entre las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX se produjeron cambios que impactaron en los contemporáneos pero que, sin saberlo estos, transformarían la sociedad occidental para siempre. Entre los rasgos que caracterizaron al período se pueden citar: el ritmo del cambio económico —con una aceleración muy diferente respecto de las etapas previas y sostenida en el tiempo—, el desarrollo del capitalismo y el aumento de la productividad, derivada de tres cambios interrelacionados.

En primer lugar, hubo un cambio estructural: la transferencia de recursos de una agricultura de baja productividad a industrias y servicios de alta productividad. En segundo término, se dio un incremento de los factores intervinientes, esto es, de la población y de la acumulación de capital; una ampliación de las áreas de cultivo y un masivo incremento de la extracción de materias primas (especialmente carbón y hierro). Y, por último, una creciente eficiencia, que se manifestó en una mejor organización económica a través del desarrollo de la fábrica. En ella se conjugaron una capitalización del trabajo gracias al cambio tecnológico, un perfeccionamiento del capital humano a través de un nivel educacional y alimentario más adecuado, economías de escala y

una creciente división del trabajo que permitió un mayor grado de especialización (Hartwell, 1974).

Existen muchas interpretaciones sobre el impacto de la revolución, que responden a su vez a diversas ideologías y a distintos enfoques metodológicos. Justamente el debate entre optimistas y pesimistas se perpetúa probablemente debido a las diferencias en las posiciones ideológicas de historiadores y economistas, pero también, entre otros escollos, por las dificultades para estimar los salarios reales¹⁰.

El debate acerca de las consecuencias de la revolución en el nivel de vida de la clase obrera británica data de las primeras décadas del siglo XIX, cuando pensadores tan disímiles como Federico Engels¹¹ o Stuart Mill¹² ya pusieron de manifiesto el deterioro existente. Desde entonces y por mucho tiempo el interés se centró en la distribución y en los males de la industrialización. Sin embargo, fueron apareciendo voces que trasladaron el foco de atención de la distribución a la producción y destacaron otro aspecto: el crecimiento económico indudable surgido de la revolución. El debate continúa hasta el presente, pero entrar en el detalle excede los objetivos de este capítulo.

Hecha la salvedad acerca de lo complejo del asunto, mencionaremos que existen varias perspectivas de análisis. Encontramos a aquellos que se centran en los elementos pecuniarios del bienestar (el consumo, el ritmo de crecimiento de la renta per cápita, la distribución funcional y personal de la riqueza) y los que focalizan en elementos no crematísticos del bienestar de la clase obrera (como las condiciones laborales, la mortalidad, el índice de alfabetización, el aumento en la expectativa de vida). A

fines del siglo XX ingresó al debate una nueva línea de investigación: la antropometría, que analiza el cambio en la estatura de la población buscando una relación entre la talla y el nivel de salarios reales, consumo, renta, etc. (Escudero, 2000: 36).

Están los historiadores que sostienen que el aporte más importante a la lucha contra la pobreza fue la industrialización y el crecimiento económico que ella generó, tanto mediante el aumento de la productividad de la economía como por el mejoramiento de la calidad de vida de la gente. Y en la otra vereda, están los historiadores en los que abunda el pesimismo, manifestando que debieron de transcurrir cerca de cien años para que los trabajadores se beneficiaran sustancialmente del crecimiento económico.

Lo cierto es que la mayoría de los países hoy en día producen bajo patrones derivados del sistema fabril que nació en la Gran Bretaña del siglo XVIII. De lo cual se deriva que los cambios no fueron menores ni pasajeros y en ese sentido, la Revolución Industrial ha tenido una influencia decisiva en la historia de la humanidad. Fue “la gran transformación” al decir de Karl Polanyi¹³, ya que marcó la línea divisoria entre un mundo en crecimiento lento y un mundo en crecimiento sustancial y sostenido.

En el largo plazo modificó la estructura y el funcionamiento de la economía y condujo a un crecimiento económico sostenido e incomparable con el de los siglos precedentes, mejorando la vida de las personas. Y dio origen a algo que hoy nos resulta tan familiar que lo pasamos por alto como si siempre hubiera existido: la sociedad de consumo. En el corto plazo, sin duda hubo víctimas directas de la industrialización, especialmente los trabajadores manuales que eran desplazados por las máquinas, de los cuales los

tejedores constituyen el ejemplo más conocido y numeroso. O el trabajo infantil y el femenino, del que dan cuenta numerosos testimonios.

Modificó valores sociales, reemplazándose la costumbre por el contrato, por ejemplo, en la fijación de los salarios. Introdujo cambios en el medio, dando origen a un nuevo medio urbano que en muchos sentidos era menos amigable que el anterior. Sin embargo, esa perspectiva que interpreta la revolución industrial inglesa como una catástrofe para las clases trabajadoras, tiene matices. La pobreza era moneda corriente en el mundo preindustrial y la revolución probablemente aumentó la escala a través del incremento de la población y la urbanización, tornándola más obvia. Hartwell (1974) afirma que la pobreza rural dispersa de la Inglaterra preindustrial no era tan espectacular (aunque sus efectos fuesen más letales) como la de los míseros barrios bajos de las ciudades industriales.

Muchos cambios trascendentes para las sociedades, sobre los cuales probablemente ni siquiera hemos reflexionado, derivan de la Revolución Industrial. Por ejemplo, ella transformó el horario en un patrón para casi todas las actividades que el hombre realiza: escuelas, hospitales, oficinas gubernamentales, tiendas de comercio, transportes públicos, medios de comunicación, etc., se rigen por horarios. En una nota reciente de divulgación, por lo demás bastante curiosa, el historiador Roger Ekirch cuenta cómo la Revolución Industrial cambió nuestra manera de dormir¹⁴. El cambio en los hábitos del sueño y la adaptación a la tiranía del reloj son solo algunas de las transformaciones menos pensadas que trajo consigo la Revolución Industrial.

La urbanización, la desaparición del campesinado, la aparición y el aumento del proletariado industrial, la atribución de poder a la persona común, la democratización, la cultura juvenil, la desintegración del patriarcado y la revolución social más trascendente que jamás haya acaecido a la humanidad, esto es, el desplome de la familia y de la comunidad local y su sustitución por el Estado y el mercado son algunas de las consecuencias que enumera Harari en su libro *De animales a dioses* (2019: 390).

Por último, el mundo preindustrial se caracterizó por una gran continuidad. Si pudiéramos teletransportar a un artesano de la Roma del siglo II a. C., a la Roma de 1800, no se hubiera sentido tan desconcertado como si a un militar de la Francia napoleónica lo premiaran con un viaje de estudio a West Point en 2001. En un caso pasaron veinte siglos y en el otro dos. La continuidad se rompió con la Revolución Industrial, que en el transcurso de unas tres generaciones produjo una irrevocable discontinuidad en el proceso histórico. En nuestro capítulo hemos tratado de develar las razones de esos cambios y algunas de sus consecuencias fenomenales.

La Revolución Industrial no está terminada. Se habla de una tercera revolución en referencia a los cambios generados por la tecnología digital desde mediados del siglo XX y aún de una “cuarta Revolución Industrial” que ha tomado el relevo de aquella surgida hace más de dos siglos. Este concepto, acuñado por el economista alemán Klaus Schwab en 2016 abarca desde la secuenciación genética hasta la nanotecnología, las energías renovables y la computación cuántica. Esta cuarta revolución está modificando no solo la forma en que trabajamos, sino también el modo en que nos relacionamos y en definitiva cómo vivimos. Somos contemporáneos

de estas transformaciones y avanzamos naturalizando sus consecuencias, así como probablemente la gente de principios del siglo XIX asistió entre incrédula y nostálgica al paso de la carreta al ferrocarril.

Bibliografía

- Ashton, Thomas. (1981). *La Revolución Industrial*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Barbero, María *et al.* (1998). *Historia económica y social general*. Buenos Aires: Macchi.
- Bianchi, Susana. (2005). *Historia social del mundo occidental*. Quilmes: Editorial Universidad Nacional de Quilmes.
- Cameron, Rondo. (1995). *Historia económica mundial*. Madrid: Alianza.
- Cipolla, Carlo. (1976). *Historia económica de la Europa preindustrial*. Madrid: Revista de Occidente.
- Clough, Shepard. (1962). *La evolución económica de la civilización occidental*. Barcelona: Omega.
- Cortés Conde, Roberto. (2012). *Historia económica mundial. Desde el Medioevo hasta los tiempos contemporáneos*. Buenos Aires: Ariel.
- Escudero, Antonio. (2002). "Volviendo a un viejo debate: el nivel de vida de la clase obrera británica durante la Revolución Industrial". *Revista de Historia Industrial*, (21), 13-62.
- Escudero, Antonio. (2000). "La Revolución Industrial". *Aula-Historia Social*, 5, 16-38.

- Ferguson, Niall. (2012). *Civilización. Occidente y el resto*. Buenos Aires: Debate.
- Flinn, Michael. (1989). *El sistema demográfico europeo, 1500-1820*. Barcelona: Crítica.
- Galbraith, John. (1993). *Historia de la economía*. Barcelona: Ariel.
- Harari, Yuval. (2019). *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Buenos Aires: Debate.
- Hartwell, Ronald. (1974). *The Long Debate on Poverty: Eight Essays on Industrialisation and "the Condition of England"*. Londres: The Institute of Economic Affairs.
- Hobsbawm, Eric. (1988). *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*. Madrid: Siglo XXI.
- Hobsbawm, Eric. (1998). *Industria e imperio*. Barcelona: Ariel.
- Hobsbawm, Eric. (2016). *La era de la revolución 1789-1848*. Buenos Aires: Crítica.
- La Nación* (2022, 23 de enero). "La sorpresiva (y olvidada) manera en la que dormía la gente en la Edad Media". Recuperado de www.lanacion.com.ar
- Landes, D. S. (1979). *Progreso tecnológico y Revolución Industrial*. Tecnos: Madrid.
- Mori, G. (1983). *La Revolución Industrial*. Barcelona: Crítica.
- Roser, Max. (2020). "The short history of global living conditions and why it matters that we know it". Oxford Martin School. Recuperado de ourworldindata.org
- Rubio, Jaime. (2018, 25 de enero). "Los gráficos que muestran el avance espectacular de la humanidad en los últimos dos siglos". *El País*. Recuperado de verne.elpais.com

Smith, Adam. (1996) [1776]. *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza.

Vázquez de Prada, Valentín. (1968). *Historia económica mundial*. Tomo II. Madrid: Rialp.

1. Thomas Robert Malthus (1766-1834) fue un clérigo y científico británico dedicado al estudio de la demografía y la economía. Su libro *Ensayo sobre el principio de la población*, de 1789, consistió en un compendio de trabajos que giraron en torno a tres problemas centrales: los límites de los medios de subsistencia; el crecimiento poblacional dado de manera más acelerada que la de los posibles obstáculos para ese crecimiento; y finalmente, que ese crecimiento redundaba necesariamente en miseria social. Su pensamiento suele ser inscripto dentro de la escuela de la Economía Clásica.

2. Véase es.wikipedia.org

3. Como ustedes se darán cuenta, no es necesario memorizar toda esta serie de avances, pero es destacable su proceso ininterrumpido producto de una generación de hombres habilidosos.

4. Véase es.wikipedia.org

5. El gobelino es un tapiz bordado hecho en la Manufacture Royale des Gobelins (francés) que toma su nombre del artesano medieval Jehan Gobelins.

6. Colbertismo es el nombre con el que se conoce la doctrina económica elaborada por Jean-Baptiste Colbert (1619-1683), ministro de Finanzas de Luis XIV que basaba sus propuestas en la acumulación de riqueza en metálico, el proteccionismo del mercado y los productores internos y el subsidio a las exportaciones.

7. Véase el Cuadro 1 de este capítulo.

8. Ciudad-puerto ubicada en las confluencias de los ríos Rin y Ruhr.

9. En español cartel o cártel, convenio entre empresas para evitar la competencia. Habitualmente asociada a la idea de una adecuación o acuerdo de los precios de un producto.

10. Ello se debe a varios factores: la escasa fiabilidad de los datos, la dificultad de deflactar salarios nominales en reales, la dificultad de escoger los años de arranque y conclusión de la serie ya que hubo grandes fluctuaciones de precios entre 1770 y 1850 en Gran Bretaña y también debido a la segmentación de los mercados laborales según actividad y según regiones.

11. Federico Engels (1820-1895) fue un teórico comunista alemán, amigo y colaborador de Carlos Marx. Un libro fundamental de este autor que ilustra el tema al que nos referimos es *Situación de la clase obrera en Inglaterra* publicado en 1845.

12. John Stuart Mill (1806-1873) fue un filósofo y pensador que orientó algunos de sus estudios a los problemas de la economía y la sociedad. Puede ser incluido en el grupo de los economistas clásicos.

13. *La gran transformación* (1944) es un libro escrito por el filósofo y antropólogo Karl Polanyi (1886-1964).

14. Puede accederse a la nota en el siguiente enlace: www.lanacion.com.ar

Capítulo 3
Una época de transformaciones
revolucionarias.
La primera mitad del siglo XIX en Europa
Oscar Daniel Duarte

Introducción

Muchos historiadores afirman que, a lo largo de toda la historia humana, solo existieron dos grandes revoluciones productivas. La primera de ellas fue la revolución neolítica, la segunda de ellas la Revolución Industrial. Estos conceptos fueron elaborados originalmente por el antropólogo australiano Vere Gordon Childe (1892-1957) y resumen las enormes transformaciones vividas por la humanidad a partir del surgimiento de nuevas técnicas que permitieron cambiar la organización productiva y, con ella, la totalidad de su forma de vida.

La primera habría ocurrido en un largo período que va desde hace unos 10.000 años hasta hace unos 6500 años, cuando el fin de la era glaciaria habría permitido el control de la producción agrícola. La humanidad pasó así de ser una especie nómada en busca de recursos para asentarse en valles fértiles y cercanos a fuentes de agua, controlar los ciclos agrícolas y la ganadería.

La segunda revolución, la industrial, habría ocurrido más recientemente, entre los siglos XVIII y XIX. Tuvo su origen en Inglaterra, pero pronto se contagió a sus colonias americanas y a Europa noroccidental. Consistió en una transformación productiva de escala, donde lo central del proceso se orientaba a la producción en masa para intercambiar productos en el mercado, lo que la diferenciaba de la economía de supervivencia que la había precedido.

La humanidad ingresaba así a una era revolucionaria, con cambios sustanciales en la organización económica, política y social. De esa transformación se ocupa este capítulo.

¿De dónde viene el mundo del siglo XIX?

Principales rasgos del siglo XVIII

Hacia fines del siglo XVIII, cuando Europa continental se encontraba convulsionada por los acontecimientos de la Revolución Francesa y muchas de sus regiones reaccionaban a ella desde la impronta determinada por el control monárquico que aún imperaba en sus Estados, Gran Bretaña avanzaba en un camino determinado por una notable mejora en el área productiva. Contaba para ello con instituciones novedosas que, a su vez, impulsaban dicho desarrollo.

Mientras que las estructuras aristocráticas se sostenían aun en Europa a lo largo del siglo XVIII, los avances políticos alcanzados por una revolución anticipada en la Inglaterra del siglo XVII, más la diferenciación social generada al interior de su propio campesinado, prepararon el escenario para una nueva forma de organización de la

producción. Una nueva legislación en favor de la propiedad privada (tal como vimos en los capítulos precedentes); las transformaciones agrícolas de principios del siglo XVIII; el control colonial del Atlántico (y luego del océano Índico) reforzado gracias a la Guerra de los Siete Años (1756-1763), y toda una serie de las libertades comerciales y civiles inspiradas desde un siglo antes por la joven y dinámica burguesía inglesa, sentaron las bases para una nueva forma de organización de la economía y la sociedad.

Ese tipo particular de desarrollo alcanzó muy pronto características que revolucionaron la forma de organizar la producción. Con una mano de obra libre en crecimiento —por la progresiva liberación de campesinos que perdían sus tierras— y con un mercado también en crecimiento —por el aumento de la demanda entre esos mismos campesinos, la ampliación de la clase media urbana y el incremento poblacional en las colonias— el nuevo sistema buscó producir con el objetivo de ocupar dicho mercado de manera creciente. Se rompió así con las viejas ataduras productivas impuestas por el orden gremial-artesanal del mundo feudal.

Este fenómeno, a grandes rasgos, dio impulso a lo que la historiografía llamó luego la “revolución industrial”. Una acelerada transición de una economía de producción de bienes para el uso a la de una economía pensada para el intercambio en el mercado, que empleó, para ello, la mano de obra asalariada como forma más general de explotación del trabajo. Los principales componentes de esa nueva forma productiva fueron la fábrica, las ciudades —como centros productivos esenciales—, la disminución proporcional de campesinos —provocando una mayor oferta de mano de obra y una mayor demanda de bienes de consumo—, un régimen de trabajo de

libre contratación, la implementación de desarrollo técnico constante al sistema productivo y organismos de crédito que comenzaran a financiar préstamos para impulsar dicha área de la economía — vemos, en el siglo XIX, la aparición de los llamados bancos industriales que realizaban préstamos a largo plazo para inversiones de tipo productivo.

Mientras esto ocurría en Gran Bretaña, Europa continental contaba aún con monarquías absolutistas donde la presión servil sostenía la base más general de la economía y, por lo tanto, limitaba el desarrollo de instituciones modernas. En muchos casos, como en la Rusia zarista o en la Prusia de los Hohenzollern, eran las mismas familias gobernantes quienes intentaban avanzar en la modernización frente a la resistencia de las tradicionales familias aristocráticas de su propia corte.

Las regiones económicamente más desarrolladas se encontraban con las limitaciones impuestas por estos regímenes políticos. El norte de Francia, Flandes, ciertas regiones de lo que actualmente forma parte de Alemania avanzaban, por sus condiciones naturales, y por imitación, en un proceso de producción industrial símil al británico. La explotación de minas (en especial las carboníferas) pero también el desarrollo de los textiles —con cierto sector del artesanado que ya había roto con los límites gremiales—, dieron lugar a una nueva forma de crecimiento económico también en el continente. Comerciantes y profesionales, entre los que sobresalían abogados, médicos y filósofos, completaban el panorama de una nueva clase social que buscaba romper con los viejos preceptos políticos y jurídicos del antiguo orden.

El desarrollo progresivo y creciente de esa nueva clase social no tardó en chocar con los intereses de las viejas clases dirigentes de manera violenta. La burguesía urbana se encontraba aún con viejas instituciones que limitaban su capacidad de acción y le imposibilitaban formar parte del poder político. Varias son las razones que explican el cambio de época. El ejemplo británico; las presiones tributarias que la nobleza imponía en un sector dinámico de la economía; la necesidad de libertades para la acumulación de valor y la libre competencia; la libre asociación y la disposición de mano de obra; los límites de esta clase para intervenir en el poder del Estado, son apenas algunos títulos que provocaron toda una transformación revolucionaria de la sociedad europea entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX. La Ilustración será la corriente filosófica que más se adecuó a estas transformaciones e incluso presentó un programa de acción y una nueva forma de ver el mundo que se aproximaba, el mundo del capitalismo.

La Ilustración y las bases ideológicas del proceso revolucionario

La filosofía más adecuada para el desenvolvimiento de esta crítica, y que actuó en muchos casos como un verdadero programa político, fue la Ilustración. Heredera de las transformaciones de los siglos anteriores —la convulsión provocada por las guerras de religión europeas (siglos XVI y XVII) y a su vez por la revolución científica— permitió poner en cuestionamiento el “antiguo régimen”. La

autoridad de la Iglesia y de las monarquías comenzó a ser cuestionada en el marco de un nuevo desarrollo productivo, pero encabezado por una nueva clase social.

Originada en Inglaterra en el marco de los debates abiertos por el proceso revolucionario del siglo XVII —la guerra civil (1642-1649); la República (1648-1660); la Revolución Gloriosa (1688)— se extendió pronto al resto del continente y a sus colonias. La Ilustración se comportó como una intensa corriente de pensamiento cuestionadora del orden establecido, de lo que podemos resaltar la crítica al centralismo político y la necesidad de basarse en el uso de la razón, el conocimiento, y ya no en la autoridad de una palabra revelada.

La emergencia de la sociedad burguesa alentó nuevos criterios de análisis científico y político permitiendo el surgimiento de nuevas corrientes de pensamiento. Serán la base ideológica de la revolución americana (1775-1783) y luego de la Revolución Francesa (1789-1799). Pensadores, políticos, filósofos, científicos y artistas abrevaron en las aguas de La Ilustración desde diferentes planteos. John Locke (1632-1704), Isaac Newton (1643-1727), Gottfried Leibniz (1646-1716), Montesquieu (1689-1755), Voltaire (1694-1778), Benjamin Franklin (1706-1790), David Hume (1711-1776), Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), Denis Diderot (1713-1784), Jean Le Rond d'Alembert (1717-1783), Immanuel Kant (1724-1804), Thomas Jefferson (1743-1826), entre muchos otros, serán protagonistas en cuanto a las innovaciones en ciencia, política y filosofía en regiones donde la burguesía buscaba hacerse con el poder político y ya competía internacionalmente por el control del comercio marítimo.

No obstante, las proclamas de igualdad y libertad, de emancipación del conocimiento y de la tiranía no se verán concretadas en un ciento por ciento luego del ciclo revolucionario que recorrió el mundo occidental entre 1775 y 1820, abierto en América del Norte y que, luego de pasar por Europa, se cerrará en América del Sur con las luchas de independencia. Pero esa inconcreción pondrá en cuestión las ideas de la Ilustración para transformarlas en nuevas filosofías. De allí emergerán el liberalismo y el socialismo, que atravesarán el siglo XIX como corrientes de pensamiento que buscarán pensar la problemática social desde los intereses de distintas clases sociales.

La época de la revolución

El ciclo revolucionario abrió transformaciones en todos los frentes. En el productivo con la Revolución Industrial y una acelerada transición de una economía de subsistencia a una de producción y productividad creciente. En el político la revolución americana y luego la Revolución Francesa marcaron el rumbo de toda una serie de revoluciones que sentaron las bases del nuevo orden jurídico liberal en Europa y América. La revolución en el pensamiento acompañó este período. Las nuevas bases del desarrollo material permitieron el surgimiento de una nueva corriente de pensamiento que cuestionó las antiguas estructuras de conocimiento, de organización política y de desarrollo tecnológico orientado a la producción.

Como vimos antes, la Ilustración se convirtió en la filosofía del siglo XVIII en Europa. Permitted debates que profundizaron en las

nuevas preocupaciones de las elites ilustradas de la época; el avance del conocimiento científico; el debate filosófico; la institucionalidad política; y, como parte de todo ello, también el estudio de la economía. Sin duda los fisiócratas franceses Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781) —quien ocupara el puesto de intendente de Limoges entre 1761 y 1774 haciéndose cargo de una de las zonas más pobres de Francia— y François Quesnay (1694-1774) —médico de la corte de Luis XV—, sentaron las bases del pensamiento económico y sistematizaron los sistemas impositivos. Las problemáticas propias de una Francia en quiebra y con una producción centrada en la agricultura no les permitieron a estos fisiócratas comprender el fenómeno que estaba desarrollándose al otro lado del Canal de la Mancha.

Gracias a esa particularidad regional, el filósofo de la época que abordó el estudio de la moderna economía con mayor agudeza fue sin duda el escocés Adam Smith (1723-1790) quien publicó en 1776 su famoso libro *La riqueza de las naciones* presentando el primer estudio serio sobre el funcionamiento de la nueva economía capitalista.

La resistencia de las antiguas aristocracias al cambio, y la presión impositiva que mantenían sobre el campesinado, el artesanado urbano y la burguesía en formación abrieron todo un ciclo de movilizaciones sociales que cuestionaron el antiguo orden hasta derribarlo. De ese modo, alcanzando el poder político de sus Estados, esta nueva y próspera clase social logró establecer las condiciones para armar un mundo “a su imagen y semejanza”...

La Revolución Francesa ayudó a la creación de condiciones institucionales favorables a la industrialización. Abolió los últimos residuos del orden feudal e

instituyó un sistema jurídico que garantizó las libertades individuales y de propiedad privada. Fueron suprimidas las corporaciones e instituida la libertad económica. La nueva legislación fue recopilada en el Código Civil y el Código de Comercio, que fueron adoptados por la mayor parte de los Estados europeos (Barbero, 1998: 139).

Las revoluciones buscaron en líneas generales el cambio en la dirección política de los Estados inspirándose en los principios de la Ilustración. Los mismos suponían la igualdad entre las personas, la fraternidad entre los pueblos, y toda una serie de libertades que garantizaban la prosperidad económica. Pero pronto quedó claro que la institucionalización ponía límites a estas proclamas. La inconclusión de las tareas asumidas por el proceso revolucionario francés fue mostrando los límites de la Ilustración a la hora de concretar sus postulados para dar lugar a nuevas corrientes que atravesarán todo el período contemporáneo.

La herencia revolucionaria

Es claro que la Ilustración, como cualquier otra escuela de pensamiento, no es tributaria de una única línea de pensamiento. De hecho, hemos visto que se puede considerar “ilustrados” a múltiples personajes dentro de un período histórico amplio y provenientes de diversas regiones. Es una demasía decir que existieron tantas “ilustraciones” como “ilustrados”, pero en líneas generales podemos afirmar que la Ilustración como movimiento intelectual incorporó a pensadores de las más diversas corrientes, imbuidos por diferentes problemáticas políticas y sociales, dependiendo de su tiempo y su lugar de origen.

Pero mientras que a fines del siglo XVIII en Gran Bretaña se debatían los problemas científico-técnicos del nuevo desarrollo industrial, en Francia la preocupación estaba centrada en las necesarias reformas del Estado para evitar la quiebra y poder competir libremente con Inglaterra en el mercado exterior. Los filósofos prusianos se encontraban todavía en un estadio anterior. Su preocupación recababa en cómo consolidar un Estado y en la conformación de toda una serie de instituciones modernas.

La Revolución Francesa perturbó esos debates. A grandes rasgos, los ilustrados tomaron partido por diferentes posiciones. Por un lado, un sector conservador (muchos de ellos prusianos) aseguró que la Ilustración no era responsable de los excesos del terror francés. Otro sector, a ambos lados del Rin, defendía la posibilidad de reformas pensadas y planificadas que dieran una nueva estructura de poder en la forma de monarquías parlamentarias. Un tercer sector defendió la revolución como la manera de emanciparse políticamente de las antiguas estructuras.

El escarceo del propio proceso revolucionario dio lugar a que muchas de las tareas planteadas quedaran inconclusas, muchas otras se mostraron impracticables y aquellas que sostenían a ultranza la igualdad entre las personas fueron prontamente abortadas cuando los sectores conservadores de la revolución lograron hacerse con el poder. De ese modo la filosofía que permitió liberar el pensamiento, o que apelaba a ello, pronto mostró sus límites y abrió el juego a nuevos planteos político-filosóficos que surgían como hereditarios del proceso revolucionario y de sus bases ideológicas.

La continuidad de la Ilustración se puede marcar en dos líneas de pensamiento en principio contrarias entre ellas. El liberalismo, anterior a la Revolución Francesa, que se distanciaba del pensamiento fisiócrata en tanto que incluía al sector industrial entre aquellos sectores progresivos para la producción. Por otra parte, surgiría la corriente filosófico-política conocida como socialismo. Los políticos y filósofos que vieron en la Revolución Francesa la posibilidad de igualdad y emancipación humana también comprendieron que, víctima de los propios sucesos y del carácter social de la revolución “burguesa”, pronto se alcanzaron los límites en los planteos de “igualdad, libertad y fraternidad”.

El liberalismo

El liberalismo se convirtió en la nueva doctrina para el nuevo tiempo. Es cierto que sus planteos venían desarrollándose desde años anteriores y que ya habían impactado en Gran Bretaña, América del Norte y algunas regiones europeas. Ya desde la revolución científica y las reformas protestantes del siglo XVI la libertad individual y la libre elección del propio culto comenzó a ocupar un lugar preponderante frente a las imposiciones gremiales (en lo productivo) y religiosas (en lo jurídico) heredadas de la Europa feudal.

Las principales características que irá adquiriendo el liberalismo serán absolutamente consistentes con el nuevo desarrollo de la producción bajo la lógica de la propiedad privada y el trabajo asalariado. Es decir, el liberalismo surge gracias a ese nuevo orden productivo, pero a su vez lo retroalimenta dándole consistencia ideológica y jurídica. La libertad de expresión, de prensa, el principio

de igualdad ante la ley, el derecho a una propiedad privada e inalienable surgen como avances defendidos por los liberales, frente a las antiguas imposiciones de los Estados absolutistas.

Se consolidará finalmente hacia fines del siglo XVIII. Defiende la libertad del individuo para invertir, movilizar su capital, establecer precios para los productos que produce y vender sin limitaciones impuestas por corporaciones o el mismo Estado. Así alienta la competencia entre productores y entre vendedores, quienes buscan colocar sus mercancías al mejor precio posible. Pero esa libertad no sería absoluta, sino que estaría regulada por la propia acción de la competencia.

La forma de gobierno parlamentaria se convierte así en la más acorde al nuevo principio de organización de la economía. Ya que en el mercado compiten diferentes intereses, también lo hace la sociedad civil a través de sus representantes políticos. Desde esta perspectiva, el Estado debería intervenir en regulaciones sociales (el derecho a la vida), en la custodia de dichas libertades (la condena del robo) y, finalmente, en mantener alejada la intervención de corporaciones (por ejemplo, con la separación de la Iglesia respecto del Estado).

Pero en la medida que se consolidaba el sistema capitalista, y se difundía el liberalismo como principal doctrina político-económica, la propia dinámica convertía a una masa mayoritaria de la población en personas desposeídas de cualquier medio de subsistencia. Contaban solo con su capacidad de trabajar para otros, pero los salarios eran bajos y las condiciones de trabajo paupérrimas. Esta diferenciación social ampliada durante estos primeros años incentivó las protestas y permitió el desarrollo de una nueva doctrina, también

heredera del ciclo revolucionario burgués, pero que cuestionaba las diferencias sociales y las nuevas formas de opresión.

El socialismo

Como dijimos anteriormente, el socialismo se monta en muchas de las ideas de la Ilustración y surge producto de los límites del propio proceso revolucionario que nunca logró establecer para toda la población los ideales de libertad e igualdad. Un ejemplo de ello es lo ocurrido durante la revolución haitiana. Esa contradicción es expresada por Neil Faulkner cuando explica:

En febrero de 1794 los jacobinos habían aprobado un decreto aboliendo la esclavitud; en 1801 Napoleón envió a Haití un ejército para restaurarla. Ese contraste muestra el carácter contradictorio de la revolución burguesa: el poder de las masas necesario para impulsar hacia adelante la revolución es una amenaza para un orden social basado en la propiedad privada (2021: 222).

La Revolución Industrial trajo aparejado el crecimiento de la miseria. Millones de campesinos perdieron sus tierras en manos de terratenientes y debieron buscar trabajo en las ciudades a cambio de salarios que no alcanzaban a cubrir necesidades básicas. Las ciudades no se encontraban en condiciones para recibir tanta población sometiendo a los habitantes de los distritos fabriles a condiciones de vida infrahumanas. La clase obrera en Inglaterra, Escocia, Irlanda, Francia, los Países Bajos y Prusia se conformaba de ese modo como un nuevo actor social. Sus carencias la llevaron a organizarse a partir de luchas aisladas que iban desde la

destrucción de las máquinas de hilar (movimiento conocido como ludismo y que suponía que el aumento del desarrollo técnico disminuía la necesidad de trabajadores), hasta organizaciones gremiales de nuevo tipo (ya no de productores artesanales sino de la clase obrera).

La filosofía política del socialismo no solo cuestionaba el nuevo sistema, proponía la administración de la producción de tal modo que pueda ser redistribuida con un orden diferente al impuesto por el mercado. El principio de administración cooperativa y la planificación consciente de la producción también son tributarias de esta filosofía. Con el paso del tiempo el socialismo se convertirá en una doctrina filosófico-política con una multiplicidad de variantes. Sin embargo, en sus orígenes se reducía a una crítica moral a los desequilibrios económicos y las injusticias sociales provocadas por las transformaciones impuestas por la Revolución Industrial y el peso específico del mercado capitalista.

Tampoco es extraño que hayan sido franceses los primeros en elaborar propuestas en este sentido. Uno de ellos, considerado precursor del socialismo, fue Henri de Saint Simon (1760-1825). Introdujo la idea de que las necesidades de los trabajadores debían ser satisfechas con una nueva forma de organización de la sociedad e incorporó al pensamiento socialista posterior la idea de la administración planificada y la redistribución de recursos. Su propuesta consistía en que los mismos empresarios debían hacerse cargo de esta tarea en beneficio del común de la sociedad.

Otro referente fue Charles Fourier (1772-1837) quien es considerado el padre del cooperativismo, su propuesta consistía en la formación de comunidades autosuficientes llamadas falansterios.

En dichas unidades todos trabajarían en condiciones de igualdad, afirmó que la mujer gozaba de los mismos derechos y libertades que los hombres y que la proporción de la distribución refería directamente a las necesidades personales dentro de un sistema regulado y planificado.

Años después, y en otro contexto, Karl Marx y Friedrich Engels criticarán estas doctrinas considerándolas utópicas, para embarcarse en un estudio pormenorizado del sistema capitalista, de sus virtudes y sus contradicciones.

El nuevo orden europeo. El Congreso de Viena

Si es cierto que los siglos no se condicen estrictamente con fechas redondas podríamos afirmar que el siglo XIX comenzó unos días antes del 1 de enero de 1800, más exactamente el 9 de noviembre de 1799. Ese día, el 18 de brumario según el calendario revolucionario francés, Napoleón Bonaparte junto a integrantes del ejército y un importante apoyo popular dieron un golpe de Estado corriendo al Directorio¹ para establecer un nuevo gobierno, el Consulado².

Las causas del golpe fueron múltiples: la falta de una dirección militar adecuada, las sucesivas crisis financieras y el desprestigio del Directorio por tomar acciones antidemocráticas. Entre las clases poderosas de Francia se escondía el temor a que el descontrol permitiera el retorno de los jacobinos al poder.

Poco duraría el Consulado ya que, hacia 1804, la concentración de poder en la figura de Napoleón Bonaparte aseguraba la constitución de una centralidad política que daba lugar a una nueva

forma de gobierno, el Imperio. La expansión sobre Europa Central y Oriental y el crecimiento colonial serían la base geográfica del Imperio Francés —también conocido como Imperio Napoleónico— que duraría hasta la derrota final de este en la batalla de Waterloo (junio de 1815) a manos de una alianza de ejércitos europeos comandados por el duque de Wellington³.

El Imperio Napoleónico significó para Europa una etapa de fuertes transformaciones. En Francia se elaboró toda una serie de leyes que impulsaron el liberalismo (códigos Civil, Comercial, Penal, y tribunales de trabajo y de casación). Las regiones ocupadas fueron poco a poco adoptando estas legislaciones que, incluso, se mantuvieron luego de la caída de Napoleón. Se desarrollaron obras de infraestructura (caminos y puentes, así como canales de agua y mejoras en puertos como el de Amberes y el de Dunkerque) que permitieron una más veloz circulación del capital y las mercancías al interior del continente.

El novedoso escenario permitió la industrialización de nuevas zonas de Europa. Desde principios del siglo XIX el Piamonte italiano fue absorbido por Francia impulsando, gracias al arribo de capitales de ese país, el desarrollo de la región. Algo similar ocurriría en el Sacro Imperio Romano Germánico cuando, gracias a la anexión napoleónica, se conformó la Confederación del Rin como resultado de la unión de centenares de pequeños ducados y principados...

Napoleón creó en 1806 una Confederación del Rin en la que se abolió la servidumbre, se estableció la libertad de comercio y se introdujo un código legal uniforme. En el Congreso de Viena de 1815 las grandes potencias entregaron Renania a Prusia, pero las reformas liberales se mantuvieron y el número de Estados alemanes semiindependientes se redujo a 39 (Faulkner, 2021: 244).

Aunque parezca contradictorio, la nueva legalidad revolucionaria y el desarrollo industrial moderno impulsados a través de Europa por las conquistas napoleónicas concluirían de manera trágica para Francia. Prusia y el Piamonte se convertirían en los motores de las unificaciones alemana e italiana y enfrentarían a Francia en cruentas guerras como la Franco-prusiana de 1870 y las dos guerras mundiales del siglo XX.

El fin del expansionismo de las tropas napoleónicas entre 1812 y 1815 marcó el fin de los intentos imperiales de Francia sobre Europa y el principio de los intentos por imponer un nuevo orden político. El Congreso de Viena consolidó una serie de acuerdos desde el aspecto diplomático que buscó establecer ese nuevo orden europeo. Su tarea central consistió en redistribuir las posesiones territoriales y en instaurar el principio de “equilibrio” al interior del continente. Para ello se restituyó el poder monárquico, convirtiendo a esas monarquías en los garantes personales de la paz continental.

En cualquier caso, aunque las negociaciones se alargaron por más de un año —desde septiembre de 1814 hasta el tratado final firmado con Francia en noviembre de 1815 donde se establecieron las fronteras que el país tenía antes de la revolución de 1789— la situación nunca pudo retrotraerse a las formas político-económicas anteriores al proceso revolucionario.

La crisis de 1816 en Gran Bretaña y un nuevo ciclo revolucionario

El fin de las guerras reabrió el mercado europeo para la principal potencia industrial del momento, Gran Bretaña. Durante todo este período el Estado había impreso dinero para afrontar los gastos de la guerra a través de bancos provinciales cuya moneda no contaba con sustento en oro. Además, la industria británica continuaba a un ritmo creciente de producción que no encontraba cómo realizarse en el mercado europeo —producto del bloqueo impuesto por Francia entre 1806 y 1812—. Esto llevó a que Inglaterra buscara nuevos horizontes comerciales en la actual Sudáfrica, Montevideo y Buenos Aires, ciudad que intentó ocupar en dos ocasiones entre 1806 y 1807.

Una vez concluidas las guerras napoleónicas las fábricas británicas buscaron inundar de productos los mercados europeos, pero la calamitosa situación económica del continente convirtió a los productos ingleses en mercancías invendibles aumentando su *stock*.

La supresión repentina de los encargos militares provocó el cierre de numerosas fábricas de uniformes, armas y navíos, al mismo tiempo que doscientos o trescientos mil hombres se reincorporaron a la vida civil. Este flujo de mano de obra resultaba todavía más difícil de emplear, puesto que, durante la guerra, se había desarrollado el maquinismo y perfeccionado la división del trabajo, lo cual creó una capacidad de producción netamente superior a la demanda en tiempos de paz (Flamant y Singer Kerel, 1971: 11).

Fue así como la caída de los precios del agro por falta de demanda (y la consecuente promulgación de las Corn Laws), el aumento de circulante sin sustento, el aumento del *stock* industrial y el crecimiento del desempleo abrieron una primera crisis a partir de 1816 que fue entendida por los estudiosos del momento como una crisis por subconsumo.

Estos eventos tuvieron su correlación en la formación de corrientes políticas. El empresario galés Robert Owen (1771-1858) demostró cómo el aumento de la maquinización en el ámbito industrial generaba una disparidad entre la oferta potencial y el mercado de consumo —la demanda—. Como consecuencia de esto desarrolló una teoría de base socialista que planteaba la necesidad del cooperativismo y de la organización productiva en el marco de la fraternidad humana. Escribió varios textos, entre ellos su libro *A New View of Society* (1813) donde explicó una teoría que luego llevaría a la práctica en su propia fábrica. Consideraba que el ser humano es producto de su contexto social y natural por lo que mejores condiciones de vida mejorarían sus condiciones de convivencia. Fue un empresario que, sin embargo, encabezó la organización de la clase obrera inglesa cuando en 1833 buscó crear un sindicato nacional que coordinara la lucha reivindicativa con experiencias de economía cooperativas.

Las condiciones de vida de la clase obrera inglesa de principios del siglo XIX eran paupérrimas. Otra consecuencia de las hambrunas provocadas por la crisis de 1816 consistió en una serie de movilizaciones políticas radicales que exigieron una reforma parlamentaria que incorpore a los sectores sociales más bajos a la vida política. Aunque la movilización concluyó en Manchester con la matanza del Campo de San Pedro (Peterloo) de 1819 fue una nueva crisis económica, a mediados de la década de 1820, la que incrementó la movilización, la sindicalización y las luchas de los tejedores, quienes “destruyeron las máquinas a las cuales imputaban su falta de trabajo” (Flamant y Singer Kerel, 1971: 16).

Recién años después, en 1832, se avanzó en una serie de reformas parlamentarias que actualizaron el sistema de elección británico.

La convulsión política provocada por los resultados del Congreso de Viena y los intentos restauracionistas no se restringieron a Gran Bretaña y abrieron todo un ciclo revolucionario entre 1820 y 1825 encabezado por sectores liberales. A la movilización británica le siguieron los casos de España, Portugal, Nápoles, Grecia, Piamonte, Francia e incluso Rusia. Las sociedades secretas — algunas de tinte liberal y otras de tipo nacionalista— conspiraron contra los regímenes monárquicos impulsando reformas que permitieran la apertura del sistema político y habilitaran reformas liberales de mercado.

De todos estos casos el único que podemos caracterizar como triunfante fue el caso griego, país que logró su independencia del Imperio Otomano en marzo de 1821 en el marco de una guerra que se extendería hasta 1830.

La teoría ricardiana

No es de extrañar que en este contexto el economista inglés David Ricardo (1772-1823) haya publicado su libro *Principios de economía política y tributación* (1817). Ricardo logró un avance notable respecto de los análisis desarrollados por sus antecesores Adam Smith y François Quesnay (ambos pensadores del siglo XVIII) ya que desentrañó varios problemas como el del valor-trabajo; la ley de hierro de los sueldos; la ley de la renta diferencial de la tierra, y alcanzó un alto grado de comprensión de los intercambios de mercancías a escala internacional al hacer énfasis en la

especialización de productos dependiendo de la eficiencia con la que se desarrollan en cada región.

Fue sin duda el personaje más genial de la económica política de la primera mitad del siglo XIX. Ricardo creció en un contexto de ideas liberales y de prosperidad económica. Contaba apenas cuatro años cuando Adam Smith publicó su libro *La riqueza de las naciones* (1776). Su padre optó para él por una educación práctica orientada a los negocios, tarea a la que se dedicó con éxito como corredor de bolsa. Luego de hacerse rico, Ricardo decidió estudiar economía, encontrando los principales puntos de conflicto de la teoría de Smith. El principal de estos consistía en comprender cómo se repartía la riqueza generada entre los terratenientes, los industriales y los obreros.

Los conflictos sociales que estos enfrentamientos traerían aparejados no eran percibidos aun en el siglo XVIII, pero ya eran una realidad a principios del siglo XIX. Ricardo entendió que en aquellos lugares donde la ganancia o la renta era menor, los salarios serían menores llegando a mínimos de subsistencia, y que estos establecerían el costo promedio de la mano de obra. Aunque con posterioridad esta teoría fue muy criticada e incluso superada con premios en los salarios por eficiencia u otras compensaciones, en líneas generales se mantiene y queda demostrada en economías con alto nivel de desempleo ya que esta situación (la ausencia de salario en una masa de personas que buscan incorporarse al mercado de trabajo) tiende a bajar el sueldo del sector empleado.

Esta teoría se basó en otra elaborada por Ricardo, la de la renta diferencial de la tierra. La misma sostenía que la renta de la tierra se debe a las diferencias en su fertilidad. Mientras menos fértil sea la

tierra su rendimiento será decreciente. Según Ricardo cuando la población es poca con respecto a las tierras disponibles, solo serán cultivadas las mejores, no existiendo por tanto renta, ya que nadie estaría dispuesto a pagarla mientras existan otras igualmente buenas y no ocupadas. Contrariamente, cuando toda la tierra está ocupada, serán las menos fértiles las que establecerán el promedio dando mayor rentabilidad a las tierras más fértiles.

En ese sentido fue uno de los primeros en abogar por la derogación de las Corn Laws, leyes de aranceles a la importación de cereales que se aplicaron en Gran Bretaña entre 1815 y 1846 beneficiando a los terratenientes protegiendo los precios del grano local frente a la competencia exterior.

De acuerdo con David Ricardo, ¿qué ocurriría si se eliminaban las leyes del maíz? Habría un flujo de cereales extranjeros baratos. Los obreros no tendrían que lidiar con los altos precios de la comida y los capitalistas tendrían una factura menor por salarios, porque sus empleados no necesitarían gastar tanto en comida. Las ganancias de los capitalistas aumentarían y comenzarían a invertir de nuevo. La creación de riqueza se aceleraría (Kishtainy, 2019: 49).

En términos históricos las leyes del maíz fueron derogadas en 1846 gracias a la acción de la Liga Anti Corn Law encabezada por Richard Cobden (1804-1865) abriendo el comercio británico a la compra de grano en el exterior y bajando de ese modo los costos industriales. Este hecho trasformaría la realidad política en Europa del Este y, sobre todo, del sur de América latina.

La última de las teorías ricardianas a las que haremos mención refiere a la ley del valor o, para ser justos, en cómo Ricardo amplió

la teoría del valor elaborada por Adam Smith. Siguiendo entonces los planteos de David Ricardo:

Empieza por referirse a la distinción establecida por Smith de los dos usos de la palabra valor. Admite que es esencial la utilidad para que una mercancía tenga valor en cambio, pero la rechaza como medida de ese valor. El valor, en cambio, se deriva de la escasez o del trabajo. [...] Ricardo descubre la confusión que hay en la exposición de la teoría que hace Smith y concluye que es “la cantidad relativa de mercancías que produciría el trabajo lo que determina su valor relativo presente y pasado, y no las cantidades relativas de mercancías que se dan al trabajador a cambio de su trabajo” (Roll, 1975: 178).

Su teoría logró diferenciar tres conceptos fundamentales en el pensamiento económico; el valor de uso, el valor de cambio y la utilidad⁴. Consecuente con este planteo, demostró que el valor de cambio de una mercancía cae en la medida que se incorpora mayor cantidad de capital fijo con relación al trabajo humano o capital variable incorporado.

La expansión del comercio inglés, la guerra del opio y el patrón oro

La competencia establecida entre Francia e Inglaterra a lo largo de todo el siglo XVIII redundó en las actividades bélicas como forma de resolver el reparto del mercado mundial y el control de las rutas comerciales. Gran Bretaña será la gran vencedora del período. En un primer momento en los mares, cuando luego de la Guerra de los

Siete Años (1756-1763) se apoderará de las colonias francesas en la India y Canadá. Luego en el mismo continente europeo.

La victoria del duque de Wellington en la batalla de Waterloo en 1815 acabó con la Francia napoleónica. Gran Bretaña siguió siendo a partir de entonces la superpotencia global dominante durante casi todo el siglo XIX. Entre 1815 y 1914 no tuvo que participar en ninguna guerra importante en Europa. Ese dominio fue posible gracias a su victoria geopolítica sobre Francia y su ventaja en la Revolución Industrial. Ambos logros estaban insertos en la transformación revolucionaria de la sociedad británica desde mediados del siglo XVII (Faulkner, 2021: 200).

El bloqueo continental francés de 1805 obligó a Gran Bretaña a avanzar sobre nuevos puertos que concluyeron por ser estratégicos para el control de los mares. De ese modo pudieron intervenir en 1806, y con relativa facilidad, en Ciudad del Cabo (Sudáfrica) ocupada hasta entonces por colonos neerlandeses. En un intento similar sobre Buenos Aires el mismo año los británicos encontrarían una inusitada resistencia en manos de una milicia urbana.

A partir de ese momento la política de su majestad se inclinaría por el apoyo a las independencias que garantizaran el libre comercio o la invasión directa en aquellos territorios que se opusieran al establecimiento de vínculos comerciales con la metrópoli. Así se firmó con Buenos Aires un empréstito en 1824 y el “Tratado de Amistad, Comercio y Navegación celebrado entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y Su Majestad Británica” en 1825.

En el Mediterráneo la situación era aún más compleja. Aunque los británicos controlaban ciertas posiciones estratégicas en las islas Jónicas, la lucha griega amenazaba con ser derrotada y las tierras recuperadas por el Imperio Otomano, o resultar triunfante gracias al

apoyo del Imperio Ruso. La actitud británica consistió en firmar un tratado con el Imperio Ruso y apoyar militarmente los intentos independentistas griegos expulsando a los otomanos del territorio. El enfrentamiento ruso-otomano y la intervención británica serían la antesala de dos conflictos posteriores, la Guerra ruso-turca de 1877-1878 y luego la Primera Guerra Mundial.

Más allá de la estrategia de Londres y la mayor o menor resistencia ofrecida por los diferentes enclaves, todo el mundo (en forma de colonias o de Estados independientes vinculados a la política de libre comercio) parecía quedar a los pies del Imperio Británico. Solo un territorio parecía inconvertible: China. Pero este territorio, que en la década de 1830 contaba con un estimado de 400 millones de habitantes, se convertía en un preciado bocado para una potencia industrial como lo era Gran Bretaña.

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción, con las facilidades increíbles de su red de comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. El bajo precio de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza (Marx y Engels, 1999).

Estas palabras pertenecen al *Manifiesto del Partido Comunista* publicado en 1848. A pesar que este folleto tenía otro objetivo supo describir el espíritu de la época, aunque la realidad fue bastante menos poética.

Es cierto que la dinámica del mercado británico necesitaba del mercado chino donde colocar mercancías excedentarias y, al igual que con la India, poder obtener materias primas para retroalimentar su industria. También es cierto que el Imperio Chino se mostraba impermeable a dicha penetración. Durante los últimos siglos las potencias europeas habían ocupado ciertos puertos costeros, pero el interior del territorio chino parecía no sucumbir a las potencias de Occidente.

Finalmente, también es cierto que el avance tecnológico aceleró el control mundial. La primera locomotora fue puesta a prueba en Gales en 1804; el primer buque a vapor con casco de hierro fue construido en 1821; el telégrafo en 1833. Pero fueron los cañones y la pólvora (irónicamente, un invento chino) lo que permitió el control total del comercio con Oriente.

Los mercaderes europeos habían codiciado las riquezas de China desde los viajes de Marco Polo en el siglo XIII, pero China era conservadora y autosuficiente; no necesitaba nada de lo que los europeos le pudieran ofrecer. La Compañía Británica de las Indias Orientales resolvió este problema a principios del siglo XIX dedicando grandes zonas de India al cultivo de una mercancía que crea su propia demanda: el opio. En 1810 la compañía vendía 350 toneladas de opio al año en China. Cuando el gobierno imperial chino intentó interrumpir el tráfico, los británicos fueron a la guerra en nombre de la libertad de comercio. Las dos Guerras del Opio de 1839-1842 y 1856-1860 emprendidas por el imperio británico lo fueron en beneficio de los barones de la droga asociados en la Compañía (Faulkner, 2021: 296).

Las Guerras del Opio concluyeron con una serie de acuerdos conocidos como “tratados desiguales” a partir de los cuales China debió abrir sus puertos al comercio extranjero, pagar las

indemnizaciones de guerra y permitir la libre evangelización al interior de su territorio.

Esta etapa de apertura de mercados y de cierta prosperidad luego de una leve crisis en 1836 llevó a establecer un planteo propuesto por David Ricardo e impulsado por el primer ministro británico entre 1834 y 1835 y luego entre 1841 y 1846, Robert Peel (1788-1850). La Peel's Act o Bank Charter Act (1844) restringió la emisión privada y estableció el control de la emisión en manos de un departamento autónomo del Banco de Inglaterra estableciendo los depósitos en oro como el patrón de la emisión. Esta ley fue suspendida, sin llegar a derogarse, con los pánicos de 1847 y 1866... ese año comenzaría una larga decadencia del Imperio Británico hasta ser suplantado como primera potencia por los Estados Unidos luego de la Primera Guerra Mundial.

El segundo acto notable de Robert Peel fue la derogación de las Corn Laws, otra propuesta de Ricardo, impulsada por Cobden y la liga Anti Corn Law. La plaga de la patata, que afectó a Irlanda en 1844, provocó grandes hambrunas. Peel tomó la decisión de abrir el comercio de grano para hacer frente a la crisis en 1846, pero perdió el apoyo de su partido, los Tories, y de los terratenientes británicos debiendo renunciar a su cargo.

La industrialización europea

En paralelo a estos eventos (y en gran medida como producto de ellos) se desarrolló en Europa continental un acelerado proceso de industrialización (analizado en el capítulo 2 de este libro). La base sobre la cual se desplegó proviene de siglos de desarrollo en

cuanto a transformaciones agrícolas, la explotación minera y la revolución de los sistemas de transporte, de los cuales el ferrocarril y la navegación fluvial fueron sus principales impulsores.

La Revolución Francesa abolió en ese país, y luego en gran parte de Europa, los últimos residuos del derecho feudal, instituyendo un sistema jurídico garante de las libertades individuales, de mercado, la salvaguarda de la propiedad privada y de comercio necesarias para avanzar en el camino de lo que sería el sistema capitalista. Nuevas legislaciones como los códigos civiles y de comercio fueron imitadas por los nuevos Estados que se vinculaban al mercado mientras que las nuevas medidas avanzaban en la supresión de las antiguas corporaciones gremiales y los derechos de explotación comunal.

Las transformaciones que tuvieron lugar en Gran Bretaña cambiaron la situación de los países continentales, que debieron hacer frente a la competencia de los productos ingleses, que eran mucho más baratos, tanto en sus mercados internos como en los mercados de exportación (Barbero, 1998: 140).

Tal como analiza el libro *Historia económica y social general* (1998) el papel del Estado para el desarrollo del capitalismo continental fue fundamental. A diferencia del caso inglés, los Estados de la Europa continental impulsaron ciertas medidas con el objetivo de favorecer la industrialización y acelerar el proceso frente a la avanzada del mercado británico. En primer lugar, el ya citado surgimiento de códigos civiles y de comercio que se encargaron de establecer las bases jurídicas del nuevo sistema. Por otro lado, el desarrollo de aparatos educativos encargados de formar a las

nuevas generaciones de trabajadores emancipándolas de antiguas tradiciones campesinas. En tercer lugar, mediante subsidios directos, préstamos estatales y tasas a la importación de productos extranjeros. Por último, el Estado ocupaba el rol de inversor y empresario a la hora de afrontar ciertas tareas tales como la fabricación de ferrocarriles y el entramado de caminos y comunicaciones. El surgimiento de bancos de crédito industrial consistió en una novedad a la hora de otorgar préstamos de capital a largo plazo, lo que incentivó el desarrollo industrial. Originados en Bélgica en 1822, se expandieron hacia la década de 1850 por Francia y Alemania (Barbero, 1998).

Así, por imitación del caso inglés, gracias a un fuerte apoyo estatal y al surgimiento de bancos prestamistas, se impulsó la industrialización en diferentes países de Europa.

Bélgica se convirtió en el principal productor de carbón en el continente. También fue importante la producción de hierro. A fines de la década de 1820 la firma Cockerill se había convertido en uno de los principales productores de máquinas de hilar de Europa, poco tiempo después avanzaría en la construcción de locomotoras y de barcos acorazados para el reino de los Países Bajos.

Francia pudo avanzar en el camino que imponía la revolución industrial de manera discontinua. Se inició en los centros urbanos hacia fines del siglo XVIII, pero la crisis política abierta por la revolución, y luego por las guerras napoleónicas, detuvo momentáneamente ese desarrollo. Lo que sí fue incentivado durante ese período fue una producción que abasteciera al ejército (armas, textiles, alimentos) y que impusiera condiciones económicas en ciertas regiones ocupadas (exportación de capitales al Piamonte y

Renania). Pero en líneas generales la “industrialización” se reactivó a partir de 1815, alcanzando sus mayores índices recién en la década de 1840.

Aunque el rendimiento total de la economía fue bastante respetable, su índice de crecimiento experimentó variaciones (aparte de las fluctuaciones a corto plazo a las que estaban sujetas las economías en vías de industrialización). Entre 1820 y 1848, la economía creció a un ritmo moderado o incluso rápido, interrumpido por fluctuaciones ocasionales de orden menor (Cameron, 2014: 264).

La economía francesa volvió a sufrir un retroceso con la crisis de 1848 para recuperarse luego del golpe de Estado perpetrado por Napoleón III en 1851.

Europa en la década de 1830

La convulsiva situación política atravesada por Europa durante el expansionismo napoleónico no concluyó con el Congreso de Viena. Con posterioridad se desarrollaron nuevos movimientos revolucionarios que afrontaron el problema de la independencia nacional de burguesías locales que buscaban emancipar sus territorios de los controles comerciales de potencias extranjeras. La historiografía tradicional reconoce tres etapas, las ya citadas revoluciones de 1820, las de 1830 y las de 1848. Cada una de ellas habría sido impulsada por diferentes sectores políticos quienes impregnaron su propia lógica y su propio programa.

Mientras que las revoluciones de 1820 fueron enmarcadas dentro de un programa liberal, frente a los intentos de restauración

conservadora impulsados por el Congreso de Viena, y que habría alcanzado el éxito solo en Grecia, las de 1830 se caracterizaron por propuestas de índole nacional a la hora de avanzar en la constitución de Estados nacionales o, en otros casos, de gobiernos que respondan a los intereses de burguesías locales. Las revoluciones de 1830 impactaron de manera diversa en cada país, aunque tal como afirma el historiador Eric Hobsbawm:

De todo ello se infiere que la ola revolucionaria de 1830 fue mucho más grave que la de 1820. En efecto, marcó la derrota definitiva del poder aristocrático por el burgués en la Europa occidental. La clase dirigente de los próximos cincuenta años iba a ser la “gran burguesía” de banqueros, industriales y altos funcionarios civiles, aceptada por una aristocracia que se eliminaba a sí misma o accedía a una política principalmente burguesa, no perturbada todavía por el sufragio universal, aunque acosada desde fuera por las agitaciones de los hombres de negocios modestos e insatisfechos, la pequeña burguesía y los primeros movimientos laborales (Hobsbawm, 2012: 111).

El primer suceso ocurrió en Francia. El conflicto comenzó cuando Carlos X (rey de Francia entre 1824 y 1830) buscó disolver la Cámara de Diputados en un intento por restablecer características absolutistas a su monarquía. Se desarrollaron una serie de protestas que culminaron con su destitución y el establecimiento de Luis Felipe de Orleans en el trono de Francia (fue rey entre 1830 y 1848). Esta monarquía, de tintes liberales, se caracterizó por acompañar el ascenso de la burguesía, el rápido incremento industrial y por la irrupción del proletariado.

Los sucesos de Francia pronto impactaron en Bélgica. La movilización exigía la independencia nacional del Estado. Apoyada

por Inglaterra y Prusia conquistó su independencia de los Países Bajos alcanzando la autonomía. Su industria textil logró desarrollarse de manera independiente, y su producción mineral (centralmente carbón y hierro) consiguió producir suministros para el mercado local y algunos mercados exteriores.

También en Polonia y en los territorios que actualmente conforman Italia comenzaron a desarrollarse movimientos nacionalistas que buscaron la independencia nacional. En el caso italiano surgieron los movimientos que impulsaron la unificación de los diversos Estados de la península. Los revolucionarios debieron enfrentar las delegaciones papales y al Imperio Austriaco que buscaba expandirse sobre los territorios del norte de la península. Aunque los levantamientos fracasaron, sentaron las bases de la posterior unificación.

En el caso alemán ya desde 1828 se desarrollaba un proceso de unión aduanera entre sus ducados y principados. El 1 de enero de 1834 entró en vigor el Zollverein⁵, con una fuerte influencia de Prusia, que se convirtió en el primer paso de la unidad nacional alemana.

Las necesidades de fortalecer el mercado interno y el rápido avance de la producción industrial forzaron a las burguesías locales de Europa a intentar consolidar Estados centralizados y con instituciones modernas. La resistencia de las aristocracias ya aparecía como débil principalmente al acompañamiento popular conseguido por estos levantamientos. La clase obrera ya conformaba una importante fracción de la población europea.

En 1836 una nueva crisis económica impactó en Gran Bretaña y los Estados Unidos. Aunque no fue tan grave como las anteriores y

se restringió solo a esos países sí tuvo importantes consecuencias políticas. El movimiento obrero inglés, el más organizado en ese momento, comenzó un ciclo de protestas que dieron lugar al cartismo, un movimiento radical de reclamos políticos para la clase obrera entre los que se destacaron: el sufragio universal masculino; el voto secreto; el sueldo anual para diputados; elecciones anuales al Parlamento; participación de obreros en el Parlamento, y el establecimiento de circunscripciones electorales.

La industrialización en Alemania impulsa la unidad nacional

A principios del siglo XIX no existía, propiamente, un Estado alemán. El territorio estaba fragmentado en múltiples unidades políticas de pequeña extensión de las cuales la más importante por su predominio militar era Prusia. Sin embargo, la derrota frente a Francia en 1806 dejó al desnudo la debilidad de un pequeño Estado absolutista ante la potencia impulsada por Francia en el marco de su propio desarrollo capitalista.

Prusia inició así un proceso de reformas que buscaron modernizar y expandir su Estado y brindar libertades comerciales. Se realizaron: en 1807 la reforma del sistema educativo, con educación obligatoria financiada por el Estado; en 1808 se abolió la servidumbre, liberando mano de obra para el desarrollo industrial; en 1810 se introdujo la libertad de comercio, y en 1813, cuando los ejércitos napoleónicos comenzaban a retroceder, Prusia implantó el servicio

militar obligatorio reformando su ejército y preparándose para la liberación nacional.

Vencido Napoleón, los acuerdos alcanzados con el Congreso de Viena en 1815 habilitaron a Prusia a convertirse en un Estado gendarme. El objetivo consistía en contar con una potencia que pudiera controlar una nueva avanzada francesa por el norte de Europa. Así, a la industria textil se le sumó la industria armamentística. Pero la acelerada dinámica impuesta a las industrias y el reducido territorio saturaron rápidamente su mercado interno lo que fue llevando poco a poco a Prusia a intervenir la economía de los pequeños reinos circundantes con quienes aún existían barreras aduaneras que dificultaban el expansionismo de su mercado.

Luego del Congreso de Viena, Prusia obtuvo en recompensa, por la victoria, las regiones de Sajonia y Renania. Se conformó así la Confederación Germánica, una entidad de Estados federados bajo control austriaco, pero que objetivamente actuaban a la sombra de Prusia. Hacia 1818 comenzó la eliminación de las barreras aduaneras internas en camino al proceso de unificación nacional. En este contexto se desarrolló el pensamiento del economista liberal Friedrich List (1789-1846).

Sus ideas empezaron a tomar forma cuando se inició la construcción de una red ferroviaria alemana centralizada en Berlín (desde 1833), y se hicieron realidad cuando, en 1834, se concertó la Unión Aduanera (Zollverein) de los diversos Estados en que se hallaba dividida políticamente Alemania, a fin de formar un único mercado que, protegido de la competencia exterior por fuertes barreras aduaneras, sirviera de cimiento para la expansión de la revolución industrial en el país (Fernández y Tamaro, 2004).

La hegemonía alcanzada por Prusia dio lugar a la conformación de una unión aduanera en 1834, el Zollverein. De ese modo Prusia evitó saturar su mercado interno expandiendo sus dominios comerciales sobre el resto de los ducados y principados. Esa acción dio inicio al proceso de unidad nacional, y habilitó el expansionismo del mercado prusiano por la región, acelerando el proceso productivo y las posibilidades de acumular capital por medio de la producción industrial.

La “Unión” alcanzó lo que podemos llamar su propia revolución industrial hacia la década de 1840. El proceso se inició de manera tardía. Aunque ya existía un principio de industrialización desarrollado centralmente entre las décadas de 1780 y 1840 lo más importante del período fue el proceso de liberación de mano de obra, la toma de medidas liberales y la conformación del mercado interno. Durante este período se desarrolló el sector textil y metalúrgico, se extendió el terreno cultivable, creció la población y se avanzó en la mecanización. La industria que actuaría como el motor del crecimiento sería el ferrocarril, cuyo eslabonamiento productivo incentivó las industrias del carbón, el hierro y otras subsidiarias.

Aún en 1840 la industria siderúrgica alemana presentaba un aspecto primitivo. El primer horno de pudelado entró en funcionamiento en 1824, pero estaba financiado por capital extranjero. En la década de 1840 se utilizaban todavía forjas medievales. La fundición con coque comenzó en Silesia, pero hablar del desarrollo del oeste de Alemania es prácticamente sinónimo de desarrollo en la cuenca del Ruhr, y este no llegó hasta la década de 1850 (Cameron, 2014: 271).

Las idas y vueltas en la liberación de siervos en todo el territorio concluyeron recién en 1850. Los campesinos fueron lentamente desposeídos perdiendo sus antiguos derechos sobre las tierras y sobre los espacios comunales.

Así, si bien en Prusia una parte de los campesinos particulares pasaron a ser propietarios libres, fue el terrateniente quien más beneficiado salió con la reforma, ya que de la pérdida de la servidumbre hereditaria, de las prestaciones y de su señorío sobre los bienes de los campesinos, quedó sobradamente compensado por la supresión del deber de protección a estos, por la parte de tierra que le cedía el agricultor emancipado y, además, por la circunstancia de que la reglamentación dejaba de afectar a un crecido número de campesinos. El señor siguió disponiendo de los servicios de los pequeños labriegos, sujetos a prestaciones personales (Eumed, 2022).

Las medidas, más la libre disponibilidad de trabajadores industriales, provocaron la migración del campo a las ciudades, incrementando la mano de obra libre y, consecuentemente, el número de pobres tanto en el campo como en la ciudad.

En 1842 comenzó a editarse en la ciudad renana de Colonia la *Gaceta Renana*, un periódico de tinte liberal. Friedrich List, que en 1841 había publicado su obra más importante, *El sistema nacional de economía política*, fue propuesto como editor, pero él mismo rechazó la propuesta. La tarea quedó en manos de un joven doctor en Filosofía recientemente graduado en la liberal Universidad de Jena, Karl Marx.

La sociedad renana veía a los prusianos como opresores y consideraba necesarias las reformas liberales que suprimieran al antiguo régimen y una representación parlamentaria acorde. Marx inició su actividad periodística defendiendo estos ideales,

especialmente la libertad de prensa, pero pronto pudo ver cómo la Dieta Renana implementaba medidas en contra de la mayoría de la población. La expropiación de los campesinos de la región del río Mosela lo obligó a revisar su posición política. Las críticas escritas en la prensa concluyeron con la censura de la *Gaceta Renana* en 1843, Marx debió escapar hacia París donde se vincularía con el movimiento socialista. Allí revisaría todos sus postulados anteriores.

El capitalismo se asienta como el nuevo sistema económico

El desarrollo humano puede ser planificado, pero siempre se imponen las condiciones de posibilidad. La historia es un proceso multicausal y, por lo tanto, irreducible a una variable económica, política, filosófica, o de cualquier otra índole. Es absurdo pensar a esta altura que el sistema capitalista que se impuso a escala global a partir del siglo XIX ya se encontraba en la mente de los primeros campesinos británicos que apostaron a producir un bien pagando mano de obra asalariada hacia fines del siglo XVII. La modernidad fue preparando el escenario, es decir esas condiciones de posibilidad, pero no adquirió su forma hasta que todas las variables fueron ordenándose en ese sentido.

Sea como fuere, a principios del siglo XIX ya nos encontramos con un mundo transformado por la Revolución Industrial. La sociedad burguesa impulsó esta dinámica por Europa y América del Norte. La esclavitud se comportó durante el período como un régimen de trabajo tributario del sistema capitalista que se imponía.

La competencia entre naciones por el control del comercio permitirá un desarrollo a escala mundial pocos años después. La clase obrera se conformaba ahora como la mayoría de la población que hacía funcionar los engranajes del nuevo sistema. Esa realidad abría las puertas a nuevos conflictos sociales antes desconocidos.

¿Pero qué es exactamente el capitalismo? Para no complejizar demasiado las cosas diremos simplemente que es una forma de organización de la producción. Entre sus particularidades se encuentra una forma más general de explotación del trabajo, el trabajo asalariado; el constante desarrollo de la ciencia y de la técnica, orientada a la producción, resultado de la competencia entre capitalistas; la necesidad de ocupar nuevos mercados donde colocar esos productos. Esa expansión redundaba a su vez en el control de territorios donde pueda obtener materias primas a menor costo. Es decir, un sistema caracterizado por el aumento constante de su productividad (una relación entre esfuerzo y cantidad obtenida) y su rentabilidad (una relación de costos y beneficios).

A su vez es una forma de organización de la producción que responde a un momento histórico particular. El siglo XIX es ese momento histórico. En él se desarrollaron las principales potencias que luego hegemonizarían el mundo capitalista. Las revoluciones que dieron lugar a nuevos sistemas políticos desde fines del siglo XVIII son muestra de ello. Los Estados que surgieron de allí se consolidarían a lo largo de todo el 1800 y disputarían la hegemonía mundial a lo largo de todo el siguiente siglo.

Del otro lado, el sistema capitalista también requirió de una masa de trabajadores que fueron, poco a poco, ganando en capacidad organizativa y reclamando por sus derechos políticos y económicos.

Esa masa creciente impulsó un proceso de abandono de los campos, en detrimento de las ciudades.

El siglo XIX vio nacer así el sistema económico-político más complejo y revolucionario de la historia humana. Capaz de producir riqueza como nunca, pero también productor de las mayores diferencias y atrocidades de la historia. Esa dinámica se irá complejizando con el correr de los años... Su expansión global, y sus nuevas crisis, serán temas del próximo capítulo.

Conclusión

El desarrollo de este capítulo muestra las complejidades del período. Las transformaciones ocurridas en Europa durante la primera mitad del siglo XIX que cambiaron la fisonomía del mundo para siempre y en un breve lapso. Eric Hobsbawm afirma, a la hora de hacer un balance sobre el período: “Empezamos examinando la situación del mundo en 1789. Conclui[re]mos con una ojeada sobre él unos cincuenta años más tarde, al final del medio siglo más revolucionario que la historia había conocido hasta aquella fecha” (2012: 279).

La Revolución Francesa, imbuida del espíritu de la Ilustración mostró el camino de la burguesía hacia la toma del poder, de las independencias nacionales, del desarrollo del parlamentarismo moderno. Pero también se abrió camino al *laissez faire*, a la mano de obra libre, al comercio internacional. El capitalismo europeo subvirtió otras economías a sus necesidades, necesidades de explotaciones de materia prima y de aperturas de nuevos mercados donde colocar sus mercancías y, luego, sus capitales.

Es, en síntesis, el contenido de este capítulo. Luego de una breve introducción donde intentamos describir las particularidades del siglo XVIII mostramos el inicio del ciclo revolucionario con la Revolución Francesa. De ella surgió toda una tradición revolucionaria en lo político, pero también en lo productivo, abriendo Europa al desarrollo de la libre industria aboliendo los antiguos preceptos feudales subsistentes.

El Congreso de Viena intentó restaurar los antiguos regímenes, pero la historia nunca retrocede. La nueva dinámica productiva trajo nuevos progresos, nuevas contradicciones, y nuevas crisis. Una nueva clase social emergía como producto de las necesidades propias de la industrialización, la clase obrera. Sobre ella se montaría, todavía por un tiempo más, la burguesía y los sectores reformistas, con el fin de limpiar definitivamente el antiguo orden y comenzar con el establecimiento de los Estados modernos. También nuevas corrientes de pensamiento surgieron de esa convulsión, el liberalismo y el socialismo.

Las transformaciones iniciadas en Gran Bretaña comenzaron en el resto del continente luego de la década de 1820. Mientras tanto, la monarquía británica impulsaba la expansión marítima de su sistema y constituía un imperio mundial. Francia y una incipiente unión germánica, rezagadas, trataban de imitarla. Aún no se habían desarrollado las contradicciones suficientes, o si se quiere, aún no se había saturado el mercado lo suficiente como para un gran enfrentamiento bélico entre estas potencias... Llegará recién a principios del siglo XX. Entre la crisis de 1848 y esa guerra ocurrió un sinfín de acontecimientos que ameritan ser analizados en el capítulo siguiente.

Bibliografía

- Barbero, María I. *et al.* (1998). *Historia económica y social general*. Buenos Aires: Macchi.
- Cameron, Rondo y Neal, Larry. (2014). *Historia económica mundial. Desde el paleolítico hasta el presente*. Madrid: Alianza.
- Eumed. (2022). *La emancipación de los campesinos y la libertad profesional en Alemania*. Recuperado de www.eumed.net [fecha de acceso: 25 de julio de 2022].
- Faulkner, Neil. (2021). *De los neandertales a los neoliberales*. Barcelona: Pasado y Presente.
- Fernández, Tomás y Tamaro, Elena. (2004). "Biografía de Friedrich List". *Biografías y Vidas*. La enciclopedia biográfica en línea [Internet]. Recuperado de www.biografiasyvidas.com [fecha de acceso: 25 de julio de 2022].
- Flamant, Maurice y Singer Kerel, Jeanne. (1971). *Crisis y recesiones económicas*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Hobsbawm, Eric. (2012). *Historia del mundo contemporáneo*. Barcelona: Crítica.
- Kishtainy, Niall. (2019). *Breve historia de la economía*. Barcelona: Biblioteca Nueva.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. (1999) [1848]. *El manifiesto del Partido Comunista*. Recuperado de www.marxists.org [fecha de acceso: 25 de julio de 2022].
- Roll, Eric. (1975). *Historia de las doctrinas económicas*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

1. El Directorio francés fue la forma de gobierno impuesta por la constitución del año III (1795), luego del período jacobino. De carácter más conservador, contaba con un Legislativo bicameral, un Ejecutivo formado por cinco directores. Podían participar de las elecciones solo los hombres contribuyentes de más de 21 años. Funcionó desde el 2 de noviembre de 1795 hasta el golpe de Estado de Napoleón del 9 de noviembre (18 brumario en el calendario de la revolución) de 1799.

2. El golpe de Estado derrocó al Directorio instaurando un nuevo gobierno conformado por tres cónsules, Emmanuel Sieyès, Roger Ducos y Napoleón Bonaparte.

3. Arthur Wellesley, duque de Wellington (1769-1852), fue un militar y político británico de origen irlandés que encabezó los ejércitos que concluyeron con la derrota napoleónica. Fue primer ministro entre 1828 y 1830 y por unos días en 1834.

4. El valor de uso es la aptitud que tiene un producto para satisfacer necesidades humanas, está caracterizado por propiedades objetivas (gusto, color, energía, etc.) y el uso que se le pueda dar. El valor de cambio es el valor que obtiene un producto pensado para el intercambio. La teoría del valor-trabajo argumenta que el mismo también cuenta con propiedades objetivas en la medida en que el mismo se mide a partir de la cantidad de tiempo de trabajo requerido para realizar el producto. Finalmente, la utilidad responde a componentes subjetivos en tanto responde a la medida de satisfacción por la cual se eligen determinados bienes o servicios.

5. El Zollverein fue la organización que suprimió los aranceles aduaneros al interior de la Confederación Alemana.

Capítulo 4

Una época de transiciones explosivas.

La segunda mitad del siglo XIX y el imperialismo

Oscar Daniel Duarte

Introducción

En su libro *La era del capital* el historiador Eric Hobsbawm nos informa respecto de una idea clave. Probablemente en la década de 1840, pero con asiduidad desde la década de 1860, se instaura en el vocabulario político económico el concepto de “capitalismo” (Hobsbawm, 2012). La aparición de este concepto debemos tomarla no como un descubrimiento, sino como un síntoma. Es la demostración de que algo había cambiado.

Europa ya no era la región de los aristócratas (aunque siguió habiéndolos), sino la de los capitalistas, los terratenientes y de los obreros. La Europa rural daba paso velozmente a la Europa industrial y se aceleraba la transición productiva del campo a la ciudad. Pero la nueva forma de organización productiva ya era una realidad también en Norteamérica, y aprovechaba el escenario preparado por los cuatrocientos años anteriores de expansión

ultramarina para extender sus relaciones hacia todos los rincones del planeta.

Este capítulo abordará la historia económica mundial durante el período que transcurre desde la crisis económica de 1847 hasta la Primera Guerra Mundial. Es un período particularmente complejo en el que se dieron todas las acciones políticas y económicas que concluyeron por definir el capitalismo como sistema moderno. Es también una etapa de transición y transformación en la que el acelerado proceso de constitución de los Estados modernos se comportó como la arista que acompañó las transformaciones del mercado de trabajo, el capital financiero, y las exportaciones de mercaderías y capitales a escala global.

Un nuevo sistema

Quizá la característica más general de la economía durante este período consiste en que, por primera vez en toda la historia humana, las crisis económicas comenzaron a desarrollarse producto de un fenómeno propio del nuevo sistema, la sobreproducción. Crisis financieras, bancarias, productivas, de menor o mayor escala, comparten de fondo este mismo problema, una tendencia constante a producir mercancías por encima de la capacidad del mercado de absorber esa producción.

La nueva dinámica aceleró un proceso gestado desde la Edad Moderna donde los Estados se regían, en líneas generales, por los preceptos (y conceptos) del mercantilismo. La expansión mundial de la economía capitalista integró rápidamente economías con otras particularidades en su desarrollo y las subordinó (por lo general de

manera violenta) a una única forma de organización más general de la economía, el trabajo asalariado y la inversión libre de capitales. Por lo tanto, debemos introducirnos al capítulo marcando tres fenómenos: en primer lugar, el de un sistema capitalista que no solo es expansivo, como tantos otros, sino que requiere la subordinación de todos los espacios afectados a una misma forma de organización de la economía; en segundo lugar, ese carácter expansivo es causa y consecuencia de la propia dinámica de productividad siempre creciente del nuevo sistema; finalmente, se caracteriza por establecer una dinámica constante de crisis económicas y sociales como producto de la propia organización del sistema y no, no solo al menos, producto de fenómenos externos (como el clima o una invasión).

A diferencia de los sistemas económicos anteriores, que no requerían la imposición de una forma particular de la economía, para el capitalismo la adopción de su forma de organización resultó una condición necesaria. Esto se debe a la manera en que se ejecuta la expropiación del excedente. Mientras que en otros casos la expropiación se daba de forma extraeconómica, en el caso del sistema capitalista la forma de expropiación es necesariamente intraeconómica. Es por ello por lo que, en la medida que la relación social capitalista se expandió, también obligó a las diferentes poblaciones a adoptar esa forma de organizar la producción. En algunos casos por imitación y en otros por imposición a través del comercio o la dominación militar el capitalismo como sistema logró, en un período relativamente breve de tiempo, consolidarse a escala mundial.

Aunque es cierto que nunca desaparecieron del todo formas anteriores de organización económico-social, ni mucho menos sus particularidades culturales, la organización de la economía capitalista supo subordinarlas a su propio funcionamiento.

La producción, a lo largo de toda la historia humana estuvo vinculada a la subsistencia. El mercado se convertía apenas en un espacio de intercambio de productos necesarios. En el capitalismo, en cambio, el mercado se convierte en el espacio donde se dirime la realización de la expropiación de valor. Es por ello un espacio de enorme relevancia donde se clarifica el éxito o el fracaso del productor. Esto obliga a un alto nivel de competencia entre diferentes productores. Esa competencia, a su vez, dinamiza la producción. La disminución de costos (con el objetivo de ser más productivo en el proceso) conlleva: el desarrollo tecnológico —bajando los costes de las herramientas para la producción y de los medios de transporte, así como de la fuerza física requerida para el trabajo—; la baja de los costes de materias primas —facilitando su obtención a escala mundial—, y abaratando la mano de obra —en múltiples formas tales como requerir de menor cantidad de ella para obtener más mercancías, obtener más mano de obra barata en espacios periféricos, requerir de una misma cantidad de mano de obra para obtener mayor cantidad de productos o contar con una cantidad de población no incorporada al mercado de trabajo de tal manera que permita el *dumping* salarial de la mano de obra ocupada, entre otras.

El desarrollo tecnológico, la competencia, o la ampliación del mercado, son apenas algunos de los factores (aunque no los principales) que explican la tendencia a la sobreproducción y a la

integración de nuevos mercados a escala mundial. Así es que se fomenta la unidad comercial y, por lo tanto, logra aceitar los mecanismos a partir de los cuales las crisis inherentes al sistema ya no se reducirían a los espacios nacionales, sino que progresivamente crecerían en su escala geográfica.

El último fenómeno al que queremos hacer mención, al menos por el momento, consiste exactamente en la caracterización de esas crisis. Gracias al desarrollo de la mecanización la economía abandona poco a poco su dependencia de los fenómenos naturales. Las crisis iniciadas durante esta etapa ya no serán crisis por subproducción, sino por su fenómeno contrario. La inconclusión de los principales preceptos igualitarios de la Revolución Francesa más la conformación de una nueva clase social, con nuevas particularidades organizativas y reivindicativas, la clase obrera, generará toda una serie de contradicciones que estallarán a lo largo del período que aquí abordamos.

Es por ello por lo que en la segunda mitad del siglo XIX se desarrollaron dos de las tres escuelas de pensamiento económico (con sus consecuentes filosofías y posicionamientos políticos) que atravesarán toda la historia posterior hasta nuestros días. Por un lado, el marxismo o la crítica a la economía política clásica. Por el otro, la ortodoxia o los neoclásicos.

Un cambio de época. La crisis y la revolución

La crisis económica de 1846-1847 fue la última crisis importante que contó un carácter bicéfalo. Por un lado, el desarrollo industrial permitía una producción creciente de mercancías. Por otro, la

producción agrícola descendió encareciendo los costes de bienes esenciales para la producción (tales como el algodón) pero mucho peor en los alimentos, en especial en las plantaciones de papas que desde 1844 venían afectando la producción de alimentos en regiones como Irlanda y obligaban a acrecentar las importaciones de trigo derogando, por ejemplo, las Corn Laws en el Reino Unido. Se incrementó así el déficit en la balanza comercial de los principales países europeos. En líneas generales la población con menores ingresos se volcó a buscar alimentos más caros, dejando de lado los bienes de producción industrial o artesanal. Muchos de esos bienes agrícolas provenían de regiones tan distantes como los Estados sureños de América del Norte, Centroamérica, Sudamérica, Egipto y la India.

La crisis en Inglaterra continuó del siguiente modo:

El mercado de trigo fue sede de una fuerte especulación. Pero la cosecha fue mejor de lo que habían previsto los especuladores, y la caída de los precios arruinó a muchos negociantes en otoño [de 1847]. Las quiebras condujeron a la suspensión de pagos de muchos bancos. De ello siguió el pánico y la contracción del crédito (Flamant y Singer-Kerel, 1971: 21).

En Francia el crecimiento de la década de 1840 se debió centralmente a la construcción ferroviaria y al desarrollo de la metalurgia. Pero la industria textil entró en crisis en 1845 en respuesta a las malas cosechas. El desempleo en la industria textil aumentó en todas sus ramas. Los ingresos nacionales cayeron mientras que el Estado debió aumentar la importación de granos y sostener las de hierro y fundición, con derechos de aduana muy

elevados, provocando el desequilibrio de la balanza comercial. (Flamant y Singer-Kerel, 1971).

La población de ambos países priorizó, frente a la crisis agrícola y el aumento del desempleo, la compra de alimentos, dejando de lado los bienes industriales, lo que aceleró el sobrestock de mercancías reproduciendo el desempleo. La ruina de los campesinos, la crisis en ciertos sectores empresariales, pero sobre todo la miseria obrera fue el fermento de la revolución de 1848 que atravesó Europa con más intensidad aún que la misma crisis económica.

La revolución de 1848

El 24 de febrero de 1848 se publicó en Londres *El manifiesto del Partido Comunista*. La redacción de este fue encargada por la Liga Comunista de Alemania a Karl Marx, de 29 años, y a Friedrich Engels, de 27. El mismo contenía un análisis del desarrollo revolucionario de la burguesía y su capacidad para transformar las fuerzas productivas, pero presentaba una ambigüedad política que, hasta ese momento no parecía ser una contradicción. Los revolucionarios de la época buscaban apoyar las revoluciones burguesas en aquellos territorios donde la misma no había ocurrido aún (o el derrocamiento de una monarquía que se había vuelto conservadora para el caso de Francia), por lo que se consideraba a la burguesía liberal como aquel sector social que debía dirigir dicho movimiento. Pero en las últimas líneas del *Manifiesto* Marx y Engels hacían un llamamiento a una nueva clase social.

Marx y Engels habían descrito, como nadie antes, las condiciones de explotación en las que se encontraba sumergido el proletariado

europeo. Sus críticas fueron publicadas en múltiples periódicos en Alemania, Francia, Bélgica e Inglaterra. Sus notas serían republicadas incluso en los Estados Unidos. Esa experiencia les permitió comprender inmediatamente que las crisis agrícolas de la década de 1840 y luego la crisis industrial provocarían un levantamiento social. Nunca imaginaron que el impacto de este llegara a ser tan grande y tampoco tuvieron en cuenta sus consecuencias.

Lo primero que podemos decir del ciclo revolucionario de 1848 consiste en su amplitud geográfica. Los levantamientos más importantes ocurrieron en París, entre febrero y junio de ese año. Pero no se limitaron al caso francés. El Imperio Austriaco vivió levantamientos en todas las regiones de su territorio, tanto centrales como periféricas, cargadas muchas de ellas con una serie de demandas de tipo nacional que ponían en jaque la gobernabilidad imperial en un reino conformado por múltiples nacionalidades. Algo similar ocurrió en Polonia, donde los revolucionarios exigieron la independencia respecto de las potencias vecinas, o en Rumania pidiendo la independencia del Imperio Otomano.

Dos casos interesantes, en este contexto, fueron los de la península itálica y la Confederación Germánica. Aunque los levantamientos ocurridos allí no alcanzaron las dimensiones del de París (donde unos 1900 trabajadores murieron en los enfrentamientos entre febrero y junio y unos 3000 más fueron fusilados luego de concluido el proceso), las jornadas de marzo en Alemania y los levantamientos independentistas en Italia sentaron las bases de lo que luego sería el proceso de unificación en ambos Estados.

El segundo elemento por el cual las revoluciones de 1848 fueron importantes se relaciona con las conclusiones políticas a las que llegaron los revolucionarios. Ninguno de ellos consideraba que estas revoluciones fueran “anticapitalistas”, de hecho, según el historiador Eric Hobsbawm (2012) el término “capitalismo” ni siquiera apareció en el vocabulario de los revolucionarios. En todos los casos los levantamientos buscaron implantar gobiernos liberales, en la mayoría de los casos independientes de las antiguas monarquías. La dirección política del proceso correspondía entonces a la burguesía liberal, y la movilización proletaria debía acompañar siempre reclamando las reivindicaciones —políticas y económicas— propias de su clase.

En esa época Marx se asentó en Colonia, donde participó de la publicación de la *Nueva Gaceta Renana*, un periódico desde el que los miembros de la Liga de los Comunistas publicaban noticias de los sucesos europeos. En paralelo Stephan Born —otro de los miembros de la Liga— hacía algo similar en Berlín donde, además, fundó la Fraternidad Obrera Alemana. Hacia 1849 el proceso se encontraba agotado y sin mayores resultados. Marx fue expulsado del territorio alemán, primero a París para migrar luego a Londres. La *Nueva Gaceta Renana*, órgano de difusión de los revolucionarios, fue clausurada.

Entonces, ¿qué había ocurrido con la revolución? Para los revolucionarios las conclusiones serían evidentes, a partir de estos resultados quedaba claro que la “emancipación” de los trabajadores dependería en adelante, estrictamente, de ellos mismos. La burguesía liberal, temerosa de un recrudecimiento de la situación,

prefirió pactar con los sectores conservadores antes que profundizar las mejoras de la clase obrera. Así lo describe Eric Hobsbawm:

Aparte de esta *débâcle* general, ¿existía alguna otra alternativa? Casi seguro que no. Como hemos visto, de los principales grupos sociales implicados en la revolución, la burguesía, cuando había por medio una amenaza a la propiedad, prefería el orden a la oportunidad de llevar a cabo todo su programa. Enfrentados a la revolución “roja”, los liberales moderados y los conservadores se unían (2012: 351).

Más adelante dirá: “Por consiguiente, las revoluciones de 1848 surgieron y rompieron como grandes olas, y detrás suyo dejaron poco más que el mito y la promesa. ‘Debieran haber sido’ revoluciones burguesas, pero la burguesía se apartó de ellas” (Hobsbawm, 2012: 355-356). Esta situación sería determinante para los hechos posteriores y marcaría el principio de ruptura del movimiento obrero con la burguesía liberal.

La revolución de 1848, además, dio continuidad a la crisis económica que venía desarrollándose previamente. En París se aceleró el pánico bursátil y el desempleo, los efectos políticos se sintieron con la renuncia al trono del rey Luis Felipe de Orleans y el inicio de la Segunda República francesa.

El cierre de la bolsa del 23 de febrero al 6 de marzo condujo al establecimiento del curso forzoso de los billetes. La crisis económica se agravó. En París, entre marzo y junio se censó un paro correspondiente al 56 % de los efectivos empleados a comienzos del año (Flamant y Singer Kerel, 1971: 23).

El Estado impulsaría los talleres nacionales con el objetivo de disminuir el desempleo, pero la medida concluyó en un fracaso y

con la incorporación de gran parte de los trabajadores más jóvenes a las filas de la guardia nacional.

Una serie de reformas políticas tranquilizó la situación. La implementación del sufragio masculino dio lugar a la conformación de un nuevo gobierno y hacia fines de 1848 la llegada a la presidencia de Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), sobrino de Napoleón Bonaparte.

La inestabilidad política y económica habilitó a Luis Napoleón a dar un golpe de Estado en 1851 apoyado por el sector industrialista de Francia. Tomó así el control del Estado como nuevo emperador de Francia, bajo el nombre de Napoleón III, cerrando el período de la Segunda República y conservando el poder hasta 1870.

La década de 1850

En líneas generales, el cambio sustancial que se dio en la economía con posterioridad a 1850 redundó en un incremento sin precedentes de la producción. El incremento en la producción de algodón, y con ello de la industria textil, no tardó en afectar las tasas de valorización en dichas empresas estimulando un acelerado corrimiento de capitales hacia sectores más rentables de la economía. Se diversificó la producción mientras que, en paralelo, se incrementaba la cantidad producida. La otrora pujante industria textil alcanzó en aquella época mínimos de rentabilidad lo que provocó una migración de los capitales invertidos.

El camino más rápido para ello consistió en el fortalecimiento del sector bancario (en especial para la realización de préstamos) y el crecimiento de un sector financiero que catapultó capital para la

inversión en otros sectores. Este rápido movimiento permitió el avance en lo que tradicionalmente se conoce como Segunda Revolución Industrial con el crecimiento de sectores tales como el energético (con el desarrollo de la electricidad, el petróleo y la industria química hasta inicios del siglo XX) u otras industrias que provocaron un eslabonamiento de la economía, tales como la industria ferroviaria y marítima.

El crecimiento fue acompañado por el incremento de oro a escala global.

A partir de 1853, el auge se generalizó tanto en Europa como en Estados Unidos. El descubrimiento de yacimientos de oro en California (1848-1849), y más adelante en Australia (1851), aumentó en un tercio la cantidad de oro en circulación en el mundo entre 1848 y 1856. Esto contribuyó a la baja de los tipos de interés y originó movimientos internacionales de capitales y mercancías; probablemente constituyó el origen del largo movimiento de alza de precios (1848-1873) (Flamant y Singer Kerel, 1971: 23).

Sin embargo, el motor de crecimiento en todo el mundo vino de la mano de la construcción de ferrocarriles. En los Estados Unidos “la longitud de las vías terminadas pasó de 16.000 kilómetros en 1851 a 39.000 kilómetros en 1857” (Flamant y Singer Kerel, 1971: 23). Con ella crecieron la siderurgia y la industria del carbón con la aparición también de nuevos yacimientos. El mismo fenómeno se desarrolló en Europa.

En términos generales la década de 1850 fue un período confuso y muy agitado. Con el proceso revolucionario tan reciente y la llegada de Napoleón III al poder en Francia comenzó a colapsar el orden global establecido por el Congreso de Viena. La constitución de nuevos Estados forzaba cierto proteccionismo (como en el caso

alemán) o, al menos, los intentos por priorizar los mercados internos (como en el caso de los Estados Unidos en el mismo período). La lucha también se daba en torno de la consolidación territorial. En Estados Unidos con una agresiva política de expansión hacia los territorios del oeste. En el caso británico con la consolidación de sus territorios coloniales (consolidación de la India, ingreso a China). Francia buscó recuperar la hegemonía perdida luego de 1815 y extendió sus ambiciones también a Oriente, mientras que Rusia ingresaba al contexto internacional con la venta de grano y extendiendo su territorio. La Guerra de Crimea (1853-1856) sirvió, en ese punto, para un reacomodamiento europeo y, luego de la derrota de Rusia, con su subordinación a los intereses de los imperios británico y francés.

Luego de una breve experiencia republicana entre 1848 y fines de 1851, el presidente de Francia Luis Napoleón organizó una especie de autogolpe de Estado plebiscitando su poder. El 14 de enero de 1852 se dictó una nueva constitución que otorgaba a Napoleón III poderes autoritarios convirtiéndolo en emperador de Francia. Esta acción política provocó desconfianza en el resto de los países europeos llevándolos al rearme ejecutando gastos estatales para ello. Pero la colaboración con Gran Bretaña en la guerra de Crimea y luego en la Segunda Guerra del Opio (1856 a 1860) dejó claro que los intereses llevaban, más que nada, a un desarrollo del mercado.

Los límites de la economía proteccionista forjaron nuevos acuerdos que concluyeron con el tratado Cobden-Chevalier¹ reabriendo un período liberal para la economía de ambos países y luego del resto del mundo. Dicho liberalismo no sería gratuito, en especial para las economías subsidiarias. Inmediatamente generaría

consecuencias en la economía mundial en regiones tan diversas como Rusia, Estados Unidos y Argentina.

La constitución de los Estados Nacionales

Las transformaciones en favor de la economía de mercado fueron aboliendo las formas antiguas de organización social por otras nuevas vinculadas con el sistema capitalista moderno. Esa nueva forma de organización económico-social requirió de un nuevo sistema jurídico con reglas claras respecto de la propiedad y la contratación de mano de obra, fronteras reconocibles y aceptadas internacionalmente, instituciones modernas —sistema educativo y tribunales de justicia, por ejemplo— libre disponibilidad de capitales —obtenibles a través de un sistema bancario moderno— y una forma de organización gubernamental que permitiera dirigir dicha modernización. Esta tendencia queda demostrada con una serie de eventos históricos ocurridos a partir de la década de 1860 que tendieron a la constitución definitiva de los Estados contemporáneos.

Estados Unidos

En los Estados Unidos de América existían todavía, unos ochenta años después de la declaración de la independencia, fuertes tensiones entre los distintos Estados que emergieron de su proceso emancipador. Esto se debió al desarrollo diferenciado de cada región. Los Estados norteros habían impulsado en los dos siglos

anteriores un sistema productivo relativamente autónomo, de base industrial (en especial a partir de la modernización desarrollada hacia fines del siglo XVIII), con una tradición democrática y un capitalismo de base agraria. Los Estados del sur, más aptos para ciertos cultivos requeridos por las regiones fabriles del mundo — centralmente Inglaterra—, desarrollaron una economía agrícola montada en grandes extensiones en manos de terratenientes y sostenida por el trabajo esclavo.

La revolución industrial que triunfa en Inglaterra, a fines del siglo XVIII incrementa la demanda de materia prima en la industria algodonera, cuyo gran proveedor es el sur de Estados Unidos. La cosecha de algodón del sur alcanza un valor de 160 millones de libras en 1820 y se duplica cada diez años. En 1850 alcanza 1000 millones de libras y 2300 millones en 1860. Por esa fecha, el algodón representa las dos terceras partes de las exportaciones de Estados Unidos. Los Estados sureños son los más aptos para este cultivo (Georgia, Carolina del Sur, Tennessee, Alabama, Misisipi y parte de Texas), y a él se consagran exclusivamente, adquiriendo en el exterior todos los productos industriales y buena parte de sus alimentos (Néré, 1965: 8).

La forma que adquirió la economía sureña no se correspondía tanto con algún tipo de “atraso”, sino con las inmejorables ventajas que constituían para los terratenientes de la región los requerimientos del mercado mundial y los costos de la mano de obra esclava para dichas tareas. La compensación consistía en fantásticas ganancias monetarias que los llevaban a mantener el sistema. Sabiendo esto debemos conocer ahora el punto de vista de los Estados nortteños.

Con todo, el norte de Estados Unidos, a medida que avanzamos en el siglo XIX, se convierte en una sociedad fundada sobre la libertad. Esa libertad no

es un principio abstracto: es algo de lo que depende la vida de cada individuo; para el comerciante y el industrial es la creencia en la libre empresa; para el asalariado, la creencia en la igualdad de oportunidades, la esperanza de ser algún día completamente independiente, de establecerse por cuenta propia y realizar una de esas prodigiosas ascensiones hacia la riqueza cuyos ejemplos comienzan a manifestarse ante sus ojos; nada de ello es posible en el sur, cuya sociedad, basada sobre la esclavitud, es estática y jerarquizada. Para el pionero de la “frontera”, que en el oeste rotura la tierra surco tras surco, esta necesidad de libertad e igualdad es más fundamental aún; a ella se une la necesidad de ir cada vez más lejos. Más todavía que las plantaciones del sur, la sociedad libre del norte está hambrienta de nuevas tierras en que los desheredados puedan encontrar su oportunidad con más facilidad. Así se inicia la carrera hacia el oeste, entre un norte y un sur irreductiblemente distintos (Néré, 1965: 14-15).

Esas distinciones irreductibles a las que se refiere Jacques Néré muestran dos sistemas económicos muy distintos, entre territorios cercanos, donde uno de ellos era necesariamente expansivo. El norte, ya avanzada su economía industrial, requirió de una mayor porción del mercado, mano de obra libre y materias primas baratas. El sur contaba con todo ello, pero sus terratenientes no estaban dispuestos a dilapidar su capital —las tierras y los esclavos lo eran— cuando el intercambio con el mercado británico les dejaba amplios márgenes de ganancia.

La victoria de Abraham Lincoln en las elecciones presidenciales de 1860 aceleró la secesión. La nueva dirección política consideró imperioso mantener la “Unión”. La respuesta —el bombardeo de Fort Sumter por parte del Estado de Carolina del Sur— inició una larga y cruenta guerra². El resultado terminó por resolverlo la enorme desproporción existente entre las economías sureña y norteña.

En tiempos de paz, el Sur importaba -del Norte o del extranjero- casi todos los elementos que necesitaba. El Norte, por el contrario, con su gran variedad de recursos, no tenía problemas de abastecimiento. No solo producía prácticamente todos los géneros alimenticios y era gran exportador de trigo, sino que poseía notables industrias textiles y metalúrgicas, casi todos los centros comerciales y financieros y, tenía en Nueva Inglaterra, una de las grandes regiones marítimas del mundo, vivero de curtidos marinos y gran centro de construcciones navales. Esto último era una ventaja particularmente importante, pues muy pronto el Norte iba a asegurarse el dominio del mar, mediante el bloqueo, y lograría la asfixia económica del Sur, que era, como acabamos de ver, particularmente vulnerable en ese punto. (Néré, 1965: 32-33)

El resultado fue, cuatro años de guerra, la muerte de casi 700 mil personas, y más de 400 mil heridos. La Guerra de Secesión concluyó por ser un hecho fundamental en la historia del capitalismo norteamericano. Comenzó el camino de la unificación de los Estados Unidos y de la centralización del poder político por sobre la de los Estados. Permitió también el crecimiento económico — expansión de los ferrocarriles, pertrechos militares, etc.— además de la incorporación de los territorios del sur al capitalismo norteamericano. Finalmente, el abastecimiento de mano de obra —ahora liberada— y de materias primas que antes quedaban circunscriptas al espacio de la Unión y de sus intercambios con Inglaterra.

El norte ganó gracias a su desarrollo industrial acelerado que le proveía armas y otros pertrechos militares mientras que los Estados del sur debían comprarlos en el mercado exterior. Se expandieron las vías férreas y se aceleró la ocupación de los territorios del oeste. Una vez superada la guerra, el capitalismo norteamericano pudo

desarrollarse de manera expansiva y avanzar, incluso, sobre territorios de Centroamérica y el Pacífico.

Rusia

Luego del fin de la Guerra de Crimea (1853-1856) Rusia y Francia, a pesar de haber estado enfrentadas en el conflicto, establecieron tratados bilaterales. Se impulsó de este modo un nuevo avance en el constantemente interrumpido proceso de modernización del Imperio Ruso. Se introdujeron así importantes cambios en la legislación industrial y comercial, y se diseñaron planes para la construcción de vías férreas. Pero las inversiones, particularmente la francesa, se vieron limitadas como producto de un problema en particular, la carencia de mano de obra libre en el territorio.

Uno de los principales obstáculos para la incorporación de Rusia al mercado mundial capitalista (ya en una etapa avanzada de su desarrollo), consistía en la existencia de la servidumbre de la gleba. El zar Alejandro II tomó la decisión de abolirla con la reforma emancipadora de 1861. Muchos campesinos pudieron convertirse así en pequeños propietarios, pero la gran mayoría de ellos no pudieron afrontar los costos de su emancipación y se convirtieron en mano de obra libre y endeudada que debió migrar a las ciudades.

Esta medida es analizada por algunos historiadores como una transformación desde arriba de la antigua organización feudal del Estado absolutista. De hecho, Alejandro II (zar de Rusia entre 1855 y 1881) impulsó varios proyectos de reformas que, luego del atentado contra su vida³, fueron detenidos por sus sucesores Alejandro III y Nicolás II.

De este modo, también en Rusia la década de 1860 se convertía en un momento de transformaciones nodales respecto de sus vínculos con el mercado capitalista. Sin embargo, la orientación autocrática de los sucesores de Alejandro II tendieron a conservar la dirección imperial impidiendo la modernización del Estado. Dicha rigidez, y la falta de respuesta a los reclamos obreros y campesinos fomentaría su radicalización llevando a una serie de estallidos revolucionarios a principios del siglo XX.

Italia

Todavía a principios del siglo XIX la península itálica estaba conformada por múltiples unidades territoriales que contaban aún con una forma de organización feudal de su economía. El control que existía por parte de Austria de los territorios del norte impedía la unificación, pero la política impulsada por el conde de Cavour⁴ y su alianza con Napoleón III (rival del Imperio Austriaco) fomentaron la unidad de los Estados del norte de Italia para frenar el poderío austriaco. La región de Piamonte-Cerdeña contó con inversiones francesas que permitieron el desarrollo de su industria (en un primer momento textil y metalúrgica).

El creciente poderío de la novel burguesía piamontesa y la inmediata saturación del mercado interno forzaron a la unificación de los diversos reinos y ducados. En 1859 el Piamonte anexo Lombardía y unos meses después la Toscana. El proceso contó con aportes de capitales provenientes del imperio francés, así como de logística militar, ya que buscaba unificar mercados, pero sobre todo, mantener a raya al Imperio Austriaco. Mientras los sardo-

piamonteses ocuparon los territorios del norte de Italia, al mismo tiempo, Garibaldi⁵ impulsaba la unidad desde el Reino de las dos Sicilias, al sur, enfrentado a los acuerdos alcanzados por Cavour y Napoleón III. No obstante, la amenaza de los ejércitos del norte en la frontera napolitana, más una serie de plebiscitos, forzaron la unidad en manos del rey Víctor Manuel II fundando el 17 de marzo de 1861 el reino de Italia.

Los últimos territorios en incorporarse fueron el Veneto, en 1866, y los Estados Pontificios que cayeron bajo control del reino de Italia en 1870.

Argentina

También en Sudamérica 1861 fue un año determinante producto de las dificultades en el proceso de integración y la escisión en dos territorios, la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires, luego de la batalla de Caseros el 3 de febrero de 1852. La resistencia de la dirección política bonaerense por integrarse se correspondía con su capacidad material para vincularse con mayor facilidad al mercado mundial gracias al puerto y el control de los ríos interiores. Los nueve años entre Caseros y la batalla de Pavón, ocurrida el 17 de septiembre de 1861, fueron atravesados por varios enfrentamientos y negociaciones.

La ya citada batalla de Caseros dio lugar a la sanción de la Constitución, el 1 de mayo de 1853, pero Buenos Aires no la aceptó y se mantuvo al margen de la unión. La secesión se profundizó con la llegada de Valentín Alsina a la gobernación de la provincia de Buenos Aires en 1857, lo que provocó la batalla de Cepeda, el 23 de

octubre de 1859 y el pacto de San José de Flores (o de Unión Nacional) en noviembre de ese año. Aunque la provincia de Buenos Aires aceptaba incorporarse a la Confederación, lo cierto es que la revisión constitucional de 1860 consumó nuevas discordias y un nuevo enfrentamiento. Esto fue la batalla de Pavón, que concluyó finalmente con un discutido triunfo de Bartolomé Mitre, al mando de las tropas porteñas, que iniciaría el proceso de organización nacional.

La República Argentina comenzaba su organización territorial y estatal para vincularse al mercado mundial. A diferencia de la experiencia de América del Norte, América del Sur contaba con otra tradición política y productiva. En el territorio argentino no existían experiencias de industrialización avanzada ni de una previa acumulación de capitales por esa vía. La carencia de mano de obra tampoco incentivaba al desarrollo de esta. Las grandes extensiones de tierras (máxime con la incorporación de los territorios de los pobladores originarios en el Chaco y la Patagonia) quedaron en manos de grandes terratenientes vinculando el territorio al mercado mundial a partir de la venta de materias primas, especialmente al mercado inglés.

Alemania

El 2 de enero de 1861, a sus 63 años, Guillermo I se convertía en rey de Prusia. Apenas diez años después, el 18 de enero de 1871 ya era emperador de Alemania. Estos cambios tan acelerados se dieron como producto de múltiples factores. Una agresiva política prusiana de ocupación de territorios que antes contaban con

gobiernos independientes; así como el desarrollo, y la saturación, de su mercado interno.

Prusia era, desde el siglo XVIII, el reino más desarrollado de lo que antes había sido el Sacro Imperio Romano Germánico. Contaba con una incipiente industria textil que luego avanzó hacia la metalurgia y finalmente al desarrollo armamentístico. Impulsó la industria del acero, carbón y hierro y, ya en el siglo XIX, impulsó un fuerte desarrollo ferroviario con el resto de los Estados alemanes unificando de hecho el mercado.

No obstante, el primer proceso de unidad se dio gracias a la invasión napoleónica que en 1806 estableció la Confederación del Rin. Luego de la derrota de Napoleón, el Congreso de Viena instituyó en 1815 la Confederación Germánica bajo la tutela de la Casa de Austria. Dicha estructura se mantuvo en el tiempo con la supremacía de Prusia que logró imponer una unión aduanera en 1834 abriendo las fronteras internas para sus productos.

No obstante, los avances del mercado mundial durante la etapa de la Segunda Revolución Industrial, el gran crecimiento de Inglaterra y Francia y su alianza luego del tratado Cobden-Chevallier de 1860, y la llegada de una dirección política que consideró la necesidad inmediata de la unidad territorial, aceleraron la tarea.

Guillermo I nombró, en 1862, ministro presidente y luego canciller a Otto von Bismarck, considerado el arquitecto de la unificación. Pero la unificación en un solo país debía desarrollar instituciones sólidas bajo la guía del reino de Prusia. La misma se consolidó como una monarquía con un sistema de elección censitario solo para el Parlamento.

La guerra contra Dinamarca en 1864 y la guerra austro-prusiana de 1866 incorporaron nuevos ducados a lo que a partir de 1867 comenzó a ser la Confederación Alemana del Norte. La disputa histórica con Francia por los territorios de Alsacia y Lorena (ricos en hierro y carbón) impulsó la guerra franco-prusiana de 1870-1871. La victoria de Alemania concluyó con la fundación del Imperio Alemán el 18 de enero de 1871.

Japón

El ejemplo de Japón nos muestra que el fenómeno de la unificación territorial y los intentos por superar estructuras económicas divergentes del capitalismo impulsadas desde la dirección de un Estado centralizado no se circunscribieron solo a Europa o América.

El proceso en Japón comenzó en 1866 con lo que se conoció como la Alianza Satcho. Un grupo de samuráis⁶ decidió apoyar al Emperador e impulsar el proceso de centralización política en su figura frente al shogunato Tokugawa (Edo). El enfrentamiento dio lugar a una guerra civil entre 1868 y 1869, la Guerra Boshin, que concluyó con el triunfo de los integrantes de la Alianza Satcho. El Emperador concentró el poder y el control político y económico de los feudos que se fueron suprimiendo rápidamente. Fue abolida la casta de los samuráis, muchos cayeron en la pobreza, pero muchos otros pudieron dedicarse a tareas administrativas y comerciales e incluso utilizar sus riquezas personales para invertir en una producción moderna y ágil.

Japón se había mantenido aislado del comercio occidental hasta 1853 (solo mantenía relaciones de intercambio con China y los

Países Bajos). Ese año, la Armada estadounidense irrumpió en el país y obligó al Japón a firmar un tratado de comercio muy desventajoso. Como Japón carecía de Armada no pudo ofrecer resistencia, lo que llevó a varios samuráis a pensar que la única forma de poder hacer frente a las potencias extranjeras, y no caer bajo su control, solo podía lograrse con la unidad. Para ello debían eliminar los elementos que representaban el atraso feudal, el shogún⁷, y avanzar en la constitución de un Estado moderno.

Una vez superada la guerra civil, los ex samuráis se hicieron con el poder restableciendo la figura del emperador a la cabeza del Estado. El hijo de uno de estos samuráis, Iwasakii Yataró (1835-1885), en ese momento comerciante de arroz, se vinculó con comerciantes occidentales. En 1870, superada la guerra, alquiló tres barcos con los que estableció la compañía de correo a vapor Tres Diamantes (Mitsubishi). En poco tiempo se convirtió en la compañía naviera más grande del Japón diversificando sus actividades a construcciones navales, minas de metal y de carbón.

Las disparidades del proceso histórico

La reseña breve de estos casos nacionales ilustra cómo, en líneas generales, durante la década de 1860 muchas regiones vinculadas al mercado mundial aceleraron su proceso de integración constituyendo Estados modernos. Pero es cierto que los procesos históricos son discontinuos y diferenciados a pesar del “clima de época”.

Hacia principios del siglo XIX, Inglaterra, Estados Unidos y Francia ya habían atravesado su revolución burguesa, contaban con

un territorio consolidado (Estados Unidos concluirá el proceso luego de su guerra civil) y contaban con regiones productivas fuertemente industrializadas. Italia, Alemania y Japón alcanzarían ese nivel recién hacia la década de 1870, con un proceso revolucionario impulsado desde “arriba” es decir desde los sectores de poder que consideraban necesaria la integración y centralización estatal. Lo cierto es que, cuando estas potencias salieron al mundo a buscar dónde colocar el excedente de mercancías, producido bajo la nueva lógica capitalista, o bien dónde conseguir materias primas para su industria, gran parte del mundo ya se encontraba bajo el dominio colonial de Inglaterra, Francia o controlada militarmente por los Estados Unidos.

No es extraño que los primeros países formaran un bloque para frenar el expansionismo de los segundos en dos guerras mundiales durante la primera mitad del siguiente siglo.

La constitución de los Estados modernos (con su forma parlamentaria) se desarrolla en el marco de la Revolución Industrial. Es característico que los principales Estados hayan definido sus políticas entre la década de 1860 y 1870, precisado sus territorios y su vinculación al mercado mundial. Con excepción de Inglaterra, y parcialmente Francia, el resto de los países se constituirá como Estados nacionales recién hacia fines del siglo XIX.

Los límites territoriales alcanzados por los principales Estados capitalistas, sin embargo, no marcaron los límites de su dominio comercial y político. Ayudados por la fuerza militar, estos Estados europeos (luego se sumarán Estados Unidos y Japón) expandieron su control sobre todo el territorio mundial. Los límites del crecimiento capitalista, la crisis en la tasa de valorización y, finalmente su “fuga

hacia adelante”, abrirán todo un nuevo período en la organización del capitalismo: el imperialismo.

Las tendencias librecambistas y proteccionistas se fueron alternando a lo largo del siglo XIX dependiendo, en gran parte, de las necesidades de desarrollo del mercado de los principales competidores continentales, Inglaterra y Francia. Al interior de los demás Estados esas políticas dependían de su propio desenvolvimiento. Por ejemplo, luego del Congreso de Viena se estableció un reino unificado de los Países Bajos que mantenía unidas a Bélgica y Holanda. Sin embargo, mientras que Holanda contaba con una política librecambista producto de siglos dominando las rutas comerciales del norte de Europa, Bélgica requería desarrollarse evitando la fuga de capitales. Una revolución, la de 1830, permitió la independencia de Bélgica y su consecuente desarrollo como nación industrial luego de la implantación de un rígido sistema proteccionista.

La primera mitad del siglo XIX vio en los principales países europeos esta orientación. Solo Inglaterra (y parcialmente Holanda) sostenían el libre comercio. El resto de los países salvaguardaba sus fronteras del ingreso de productos británicos como forma de alentar la industria local.

Otra particularidad del siglo XIX fue la sucesión de crisis económicas que afectó de manera diversa las economías europeas, pero, sobre todo, la política. La de 1846-1847, primera crisis donde encontramos la sobreproducción como un factor clave, dio como resultado los movimientos revolucionarios de 1848 y luego ciclos económicos regulares de crecimiento, crisis y recesión. Con la

importante participación del crédito bancario y las finanzas el siglo XIX muestra un cambio de ritmo.

De acuerdo con los magistrales estudios de Charles Kindleberger, estos pánicos tempranos reflejaban ciertas tendencias que serían características de todas las crisis bancarias y bursátiles posteriores. La anatomía de la crisis podía describirse en función de una trayectoria común: se partía de una fase de expansión de crédito que iba acompañada por una fuerte especulación en la bolsa o en bienes físicos, hasta llegar a un pico de extraordinaria agitación, seguido por un súbito hundimiento de la confianza de los inversores, lo que provocaba una caída en los precios de los valores. Luego se desencadenaban los pánicos bursátiles y las corridas bancarias que, en su conjunto, generaban un colapso económico (Marichal, 2009: 17).

La forma de hacer frente a estas crisis consistió en expandir el mercado. El tratado de libre comercio establecido por Francia e Inglaterra en 1860 estableció un nuevo escenario en el continente, lo que resultó en una conmoción para el resto de los territorios que buscaron, prontamente, sumarse a la nueva lógica. El descubrimiento de nuevos yacimientos de oro y la crisis británica de 1866 darían el golpe final, para esta etapa, provocando la necesidad de reorganizar la economía capitalista.

Las crisis son los puntos más altos de desarrollo, los momentos en los que se desarrollaron todos los elementos progresivos y se da comienzo a tendencias contrarrestantes generadas durante la época de crecimiento. Es importante, para un profesional del área, intentar comprender el proceso histórico previo a la crisis para tratar de entender cuáles fueron los elementos que entraron en contradicción y que desarrollarán la recesión posterior.

El primero en realizar un planteo de este tipo fue Joseph Clément Juglar, un médico y economista parisino quien en 1862 publicó su libro *Las crisis comerciales y su reaparición periódica en Francia, Inglaterra y Estados Unidos*. Lo novedoso en la propuesta de Juglar consistió en un pormenorizado análisis estadístico donde afirmaba que las crisis no se daban de manera casual, sino como producto de fluctuaciones cíclicas de la actividad económica. Esos ciclos tienen una duración estimada de entre siete y once años donde se verifican ciclos de crecimiento y decrecimiento económico.

Lo más destacable en este punto consiste en el hecho de que, a medida que la actividad económica se va complejizando, también lo hacen los estudios y las investigaciones que refieren a ella. Con Juglar se establece un criterio que afirma que las crisis no se dan producto de problemas de coyuntura, sino que responden a oscilaciones estructurales de la economía capitalista.

La crisis de 1866 y las nuevas escuelas económicas

La concatenación de hechos históricos nos permite pensar que el tratado de libre comercio anglofrancés de 1860 tuvo sus repercusiones a escala global. Pero a su vez, uno de esos hechos históricos repercutiría de manera muy negativa en la economía británica. Nos referimos a la Guerra de Secesión norteamericana. Con el inicio de la guerra, los industriales norteamericanos repatriaron créditos desde Inglaterra (afectando sus reservas), los comerciantes dejaron de comprar una gran cantidad de productos

(afectando el mercado inglés) y, finalmente, el aumento en los precios del algodón disminuyó las importaciones de esta materia prima quebrando a los pequeños productores. En consecuencia, el desempleo aumentó y cayeron los salarios, afectando el mercado interno, obligando a muchos trabajadores a migrar.

Además, la caída en las exportaciones de algodón obligó a Inglaterra a buscar dicho recurso en otras regiones⁸, Brasil, Egipto, India (estos últimos países parte de su imperio colonial), pero las colonias exigían el pago en plata generando una corrida hacia ese metálico por parte de los importadores británicos.

Las adquisiciones de plata por parte de los importadores británicos provocaron en 1864 una fuerte baja de las reservas del Banco de Inglaterra, el cual elevó el tipo de descuento. Cada vez el numerario refluía. La crisis monetaria tuvo escasa influencia sobre la industria y el comercio y, sin embargo, los precios descendieron a un mínimo (Flamant y Singer Kerel, 1971: 28).

La consecuencia final, a largo plazo, consistió en el hecho de que la propia Guerra de Secesión aceleró el capitalismo industrial norteamericano, permitió acumular valor y la expansión territorial sobre el sur y el oeste de Norteamérica y luego sobre Centroamérica y el Pacífico. La Bolsa de Nueva York creció en importancia para convertirse en un jugador clave de la economía mundial. La hegemonía británica se veía, de este modo, paulatinamente desplazada por su competidora transatlántica.

El marxismo

Fue en este contexto que Karl Marx desarrolló el trabajo más importante de su extensa obra.

Karl Marx, luego de la revolución de 1848, se radicó en Londres, ciudad en la que se quedaría hasta el final de su vida. Allí continuó con su militancia en la Liga de los Comunistas para participar en 1864 en la fundación y dirección de la Asociación Internacional de Trabajadores, luego conocida como Primera Internacional. Cuando estalló la crisis de 1866 Marx ya contaba con un trabajo muy avanzado que analizaba la dinámica de la sociedad capitalista. Desde hacía años venía trabajando en el estudio del capital, el trabajo asalariado, la propiedad de la tierra, así como de las clases sociales; la burguesía, la clase obrera y los terratenientes. Apoyándose en los economistas clásicos desarrolló su propia teoría del valor que explica cómo la mercancía incorpora ese valor en función de la cantidad de tiempo de trabajo que se requiere socialmente para producir un bien en particular. En 1867 publicó el Tomo I de *El Capital, crítica de la economía política*, su obra cumbre. El mismo lleva por subtítulo *El proceso de producción capitalista*. Los otros tres tomos de la obra serían publicados luego de su muerte.

En paralelo, Friedrich Engels (1820-1895), amigo de Marx, realizó aportes notables al materialismo histórico. Fue él quien, con su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de 1845, aportó los elementos para comprender la problemática de la explotación y la lucha de clases. También cuenta con una extensa obra que permite estudiar la filosofía y la economía desde una perspectiva crítica con las corrientes en boga. Los tomos II y III de *El Capital* fueron corregidos y completados por él antes de su publicación (el tomo IV

fue corregido y publicado por Karl Kautsky). Su carácter militante a favor de la causa obrera lo acompañó durante toda su vida siendo un hecho a destacar su participación en la fundación de la Segunda Internacional.

Entre los principales aportes de Marx podemos subrayar la intención de establecer, a través del materialismo dialéctico, un método de análisis integral del desarrollo histórico. De este método se desagrega la lucha de clases, y el desarrollo de las fuerzas productivas, como factores dinámicos en la transformación social. El conocimiento profundo de los hechos se presenta como esencial para la investigación. Esos hechos solo pueden ser comprendidos sin disociar sus diferentes componentes. Marx profundizó aún más la teoría del valor-trabajo de Ricardo con el objetivo de comprender el fenómeno de la plusvalía y, aunque le interesó explicar cómo la plusvalía migra hacia los sectores más rentables, su objetivo principal estaba orientado, tal como afirma Eric Roll, a “servir de base a su teoría de la explotación” (1971: 263).

También avanzó en lo que él mismo consideró su “ley fundamental” al establecer la “tendencia decreciente de la tasa de ganancia” que explica cómo se producen las crisis de rentabilidad capitalista, aunque también expuso los efectos contrarrestantes que permiten su recomposición.

Más allá de las múltiples interpretaciones y opiniones que puedan existir en torno a la obra de Marx, dos cosas parecen ser imposibles de negar. En primer lugar, Marx intentó dotar de un carácter científico al estudio de la economía. No solo por su intento de conocer los hechos y establecer leyes para mejor comprender su funcionamiento, sino por su capacidad para vincularla a los

procesos históricos y, por lo tanto, enmarcarla dentro del cuadro de las ciencias sociales. En detrimento de las críticas morales de los socialistas anteriores, Marx se esforzó por realizar una crítica analítica, mostrando el funcionamiento y las contradicciones del sistema capitalista. La segunda es su impacto. Más allá de las discusiones (innecesarias desde nuestra perspectiva) sobre si sus planteos son aplicables o no, sobre si las posiciones tomadas por sus seguidores son estrictamente sus planteos o no, o si (incluso) dijo todo lo que la literatura posterior dice que dijo, lo que parece innegable reside en el impacto de sus postulados, o de quienes lo citaron como una autoridad, para toda la historia mundial posterior.

El marginalismo o la teoría neoclásica

Aunque es incorrecto englobar a los siguientes autores dentro de la “teoría marginalista” el estudio de la historia económica suele ubicarlos como miembros de ella. Lo cierto es que, en los casos que citaremos los estudios se fueron dando en paralelo como producto de una serie de fenómenos que se venían desarrollando en el continente europeo.

En primer lugar, el desarrollo del capitalismo como sistema complejo, más los nuevos fenómenos propios del siglo XIX habían “avejentado” la teoría clásica de Smith y Ricardo, por lo que se volvía necesario realizar nuevos aportes para mejor comprender los fenómenos de la nueva época. En segundo lugar, estos autores se formaron con posterioridad a la crisis económica de 1846-1847 y realizaron sus principales investigaciones y aportes con posterioridad al crecimiento de la década de 1860 momento en el

cual se fomentaban principios liberales para la economía mundial. Finalmente, como respuesta a una serie de teorías críticas que se desarrollaron a partir de los levantamientos de la revolución de 1848, propias del movimiento anarquista y socialista, entre las cuales se puede desatacar el materialismo histórico propuesto por Marx.

Esta escuela se desarrolló centralmente entre intelectuales vinculados a universidades europeas tradicionales. Sus principales referentes fueron:

William Jevons (1835-1882), formado en el University College de Londres, logró vincular el álgebra y la lógica con la economía. Desechó la teoría del valor-trabajo de la escuela clásica para enfocarse en los aspectos subjetivos de la utilidad marginal (de allí el nombre que posteriormente tomaría la escuela). En sus investigaciones invirtió el fenómeno que explica la procedencia del valor. “Él fue quien hizo con los fragmentos dispersos del antiguo análisis de la utilidad una teoría del valor, del cambio y de la distribución” (Roll, 1971: 371). Desde su perspectiva el valor del trabajo debe determinarse a partir del valor del producto, sobre el cual influyen la utilidad y el deseo del consumidor. La base de su teoría afirma que el beneficio obtenido de la última porción de la producción disminuye en grado respecto de lo producido con anterioridad. Su obra principal fue *Theory of Political Economy* de 1871 donde “repite y amplía la vindicación de la abstracción y el método matemático, junto con una referencia explícita al hedonismo” (Roll, 1971: 371). Entre sus seguidores sobresale Alfred Marshall (1842-1924) quien, desde la Universidad de Cambridge,

logró sistematizar la teoría marginalista de su maestro. Su obra más importante fue *Principios de economía*, publicada en 1890.

En paralelo a los análisis de Jevons también aparecieron otros pensadores con preocupaciones similares. Uno de ellos fue Carl Menger (1840-1921). Fue fundador de la Escuela Austriaca de Economía y entre sus principales aportes podemos citar la “teoría subjetiva del valor”. Al igual que Jevons, Menger puso el acento en el carácter subjetivo, en este caso, de las necesidades de los consumidores. Recuperó parte de la teoría de Jean Baptiste Say (1767-1832), y desechó los postulados de Smith y Ricardo, al determinar que el precio de los bienes es determinado por las decisiones de los individuos. Con él surge el concepto de “utilidad” al cual diferencia del de “valor” propio de la economía clásica. Su primer trabajo de importancia fue publicado, también, en 1871 y llevó por nombre *Principios de economía*. El discípulo más renombrado de Menger fue Eugen Böhm von Bawerk (1851-1914) impulsor junto con su maestro de la Escuela Austriaca y, en su caso, del desarrollo de las finanzas corporativas.

El tercer personaje que podemos incluir en este apartado fue el francés León Walras, quien desarrolló el grueso de su teoría en la Escuela de Lausana, Suiza. Entre sus aportes figura la inclusión de la matemática en la teoría económica avanzando en la teoría general del equilibrio, que luego profundizaría Kenneth Arrow (1921-2017), y la teoría marginal del valor trabajada previamente por Jevons. Walras pudo sistematizar sus investigaciones en el libro de 1883, *Théorie mathématique de la richesse sociale*. Entre sus seguidores se destaca Vilfredo Pareto (1848-1923).

La crisis de 1873 y la larga depresión

La crisis de 1866 fue muy importante en el contexto mundial por sus particularidades políticas. Ya explicamos la influencia que tuvo en ella la Guerra de Secesión norteamericana, pero debemos agregar dos consecuencias posibles. La miseria de la clase obrera inglesa por la quiebra de las empresas textiles fomentó la solidaridad obrera internacional siendo uno de los hechos que motivó la formación de la Asociación Internacional de Trabajadores. Por otro lado, la Guerra de la Triple Alianza, producto de la especulación de los industriales británicos quienes presionaron para que los hechos ocurridos en Norteamérica no se repitieran en el sur del continente. Pero entre las principales consecuencias económicas podemos remarcar la crisis de las reservas en plata, y el comienzo del retroceso de la hegemonía británica.

La crisis obligó al capitalismo inglés a una nueva “fuga hacia adelante”. Ocurrió de diversas formas; con el control de nuevos territorios (relación comercial con Sudamérica, por ejemplo); con una acelerada inversión en el sector financiero (lo que permitía conseguir más capital y movilizarlo a más velocidad hacia cualquier región de la Tierra), y con la inversión de esos capitales en sectores rentables o bien en áreas que aceleraran la circulación de mercancías (como ferrocarriles, puertos, telégrafos, etcétera).

No obstante, este modelo de desarrollo capitalista tuvo en Inglaterra al principal referente hacia fines del siglo XIX, pero fue seguido por todos los países donde existía un desarrollo capitalista avanzado. Incluso, cuando Alemania, Austria, Japón e Italia se incorporaron al concierto mundial, impulsaron las mismas medidas

tanto en lo productivo, en lo financiero, como con la búsqueda de nuevos mercados coloniales.

La inversión en acciones de empresa se convirtió en un rentable negocio para todo un nuevo sector. La actividad bursátil creció de manera exponencial. Esto generaba el beneficio de catapultar capital permitiendo realizar inversiones con mayor cantidad de dinero e impactó mucho en la transformación industrial de fines de siglo XIX (la conocida como Segunda Revolución Industrial) con todo un intenso desarrollo en fuentes de energía (petróleo, electricidad) o de otras áreas de la industria química.

La contraparte consistía en que muchos inversionistas esperaban la valorización de sus acciones sin participar directamente del capital productivo, sino que se apropiaban, por medio de esas acciones de una parte de la inversión. Por otro lado, la fuerte especulación que dicha actividad provocaba, ya que la acción se vende a partir de la previsión de lo que valdrá.

En un mercado en crecimiento, las acciones se valorizan satisfaciendo los resultados de la especulación previa. El problema se generaba cuando dichas mercancías no encontraban lugar para realizarse en el mercado (haciendo caer el valor real de la acción); cuando existía algún pánico generando ventas masivas de acciones que no se compraban inmediatamente y, por lo tanto, veían descender sus precios; o, finalmente, cuando simplemente se falseaban datos respecto de la valorización real de las mismas.

Es lo que ocurrió en 1873. Las empresas más rentables en todo el mundo eran las de ferrocarriles, no solo por lo que significaban en la dinámica del transporte de mercancías, sino por el llamado

“eslabonamiento”, es decir, las múltiples ramas de la producción que se veían incentivadas por ellas.

A pesar de la gravedad de algunos de los descalabros anteriores del siglo XIX, es factible argumentar que no fue hasta 1873 que se produjo lo que podríamos denominar una *crisis financiera mundial*. Esto comenzó en Austria a principios de mayo de 1873, a raíz de un pánico bancario y bursátil en Viena que luego se transmitió a los mercados financieros en Alemania, Italia y otros países europeos. En septiembre tuvo lugar un fuerte desplome bursátil y ferroviario en Estados Unidos, que iniciaría un período de recesión en ese país que duró hasta 1877. Desde el primer momento, la inestabilidad financiera se propagó a nivel internacional, provocando múltiples quiebras bancarias y comerciales en decenas de países, y se vio agudizada por una caída en los flujos de capitales internacionales, la contracción del crédito bancario y una baja pronunciada de los precios de los *commodities*, sobre todo, productos agrícolas y materias primas. Sin duda, una de las singularidades de este colapso fue que, en contraste con la mayor parte de las anteriores crisis financieras del siglo XIX, que fueron provocadas por pánicos en los mercados de Londres o París, la de 1873 se inició con el hundimiento de mercados bancarios y bursátiles en Europa Central y en Estados Unidos. Esto era reflejo del proceso de expansión y creciente integración del capitalismo a escala internacional (Marichal, 2009: 17).

La crisis desencadenó una recesión sin precedentes, en particular por la caída del crédito y la inversión. Esto perjudicó a los países endeudados, comenzando por Centroamérica, América del Sur y el Imperio Otomano (regiones que tomaban deuda con el objetivo de vincularse con el desarrollo tecnológico necesario para participar del mercado mundial). El Reino Unido, que había comenzado un período de prosperidad desde 1869 vivió un aumento pronunciado de quiebras de empresas “de 7490 en 1873 a 13.130 en 1879” (Flamant y Singer Kerel, 1971: 36). Una leve recuperación en torno

a 1880 pareció calmar la desesperación, pero luego la crisis se aceleró. Algunos autores afirman que la recesión posterior a la crisis de 1873 duró hasta 1896, año en el que se frenó el movimiento de larga duración de la caída de precios de los *commodities*. No podemos dejar de lado que, en medio de la recesión, la Argentina provocó una profundización del problema con la crisis de 1890 y su posición de impago frente a la deuda con la casa Baring.

A las causas que venimos describiendo, caída en los precios de las materias primas y fin del ciclo progresivo en la inversión ferroviaria, Carlos Marichal agrega otra causa para la crisis: la derrota de Francia, y el posterior pago de indemnizaciones, frente a Alemania en la guerra franco-prusiana de 1870⁹.

Los principales bancos de Londres y de París organizaron la operación financiera: reunieron los fondos en un lapso extremadamente breve y los remitieron a Berlín. Esta indemnización fue la mayor transferencia financiera realizada en el siglo XIX y canalizó un flujo masivo de oro a las economías de Europa Central, lo que simultáneamente impulsó un grado de especulación sin precedentes, desestabilizando los mercados financieros de toda Europa (2009: 19).

En cualquier caso, la economía capitalista había colapsado y su impacto se sintió en todo el mundo. La crisis aceleró toda una serie de transformaciones necesarias que dieron un giro a la organización del sistema capitalista y comenzaron a moldear la forma que este tendría en el siglo subsiguiente.

A rasgos generales, la inversión capitalista en el sector productivo se realiza en múltiples áreas, pero tres son centrales para la producción de mercancías: la inversión en materias primas, en tecnología y en mano de obra¹⁰. Quien invierte busca bajar al

máximo los costos y aumentar al máximo posible la producción. De ese modo la empresa se vuelve más rentable que sus competidores y puede “ganar” en el mercado. La recesión sirve entonces como un proceso de “acomodamiento” en la medida que muchas empresas quiebran (y su mercado es absorbido por aquellas que quedan en pie) y los costes caen. Sin embargo, este proceso es un proceso histórico ya que afecta e influye en toda la vida social.

Por ejemplo: la caída en los precios de las materias primas permitió a su vez un aumento en el volumen de compra. Es claro que si se abaratan los costos se puede comprar más, pero también lo es para el productor, que solo puede recuperar sus índices de ganancia vendiendo por volumen lo que antes ganaba solo por los precios. Este fenómeno llevó a la expansión sin precedentes de la frontera agraria. Se ocuparon regiones de África, del centro de Australia, se concluyó con la conquista del oeste norteamericano y se realizaron en la Argentina las campañas del Chaco y del Desierto.

Respecto de la tecnología, aunque es cierto que se frenó la inversión del sector más rentable hasta el momento (los ferrocarriles), también es cierto que se aceleraron las investigaciones en nuevas fuentes de energía (que permitieran producir mayor cantidad y más rápido o bien transportar mayor volumen y más rápido). Así comenzó en la década de 1880 la “guerra de la electricidad” o el derrumbe (real y nominal) en los precios del petróleo entre 1860 y 1891. Sería interminable numerar los descubrimientos e invenciones desarrolladas durante este período (podemos resaltar la invención del automóvil, una de las industrias más dinámicas del siglo XX, o la industria química) pero lo

que parece ser más importante viene de la mano del desarrollo energético, lo que permitió un incremento descomunal de una producción que ya no dependía del vapor, del carbón ni de la tracción a sangre.

Finalmente, la mano de obra. El aumento de las quiebras, la incorporación de energía y maquinarias al proceso productivo y el aumento de la población, provocaron una caída en los salarios y un aumento de los desempleados. Muchos de ellos fueron absorbidos por otras ramas del mercado (servicios) o bien por el Estado (la profesionalización de los ejércitos en el contexto de conquista y violencia internacional aceleró este proceso). No obstante, la gran mayoría seguía perteneciendo a una clase obrera con salarios cada vez más pauperizados o, directamente, desocupada. Esto abrió un nuevo período de conflictividad, acompañado por la existencia (ya para ese momento muy arraigada en la vida política europea) de partidos de izquierda y sindicatos. La conflictividad y la necesidad de mano de obra en otras regiones para continuar con el desarrollo capitalista en regiones despobladas (o pobladas por sociedades que no se vinculaban aún al mercado capitalista) aceleró la inmigración.

Si a la crisis le sumamos el avance de las organizaciones comunistas y las organizaciones obreras, debemos afirmar que es cierta la frase de Hobsbawm quien afirma que, en ese cuadro, la migración funcionó como válvula de escape a la convulsiva realidad europea. Desde 1870 hasta la Primera Guerra Mundial millones de personas migraron de Europa a otros lugares (principalmente el continente americano) transformando la vida política y social de los países que los recibían.

Como dijimos antes, la resolución de la crisis fue con una impresionante “fuga hacia adelante”. La forma en la que el capitalismo como sistema logró seguir en pie, luego de esta *larga crisis*, solo se puede explicar de una forma... la ampliación de mercados a escala global, la caída en los costes de producción y el desarrollo cada vez más virulento de sus propias contradicciones.

Imperialismo

Una sucesión de hechos muestra a la década de 1870 como un cambio de época. La consolidación del Imperio Alemán, luego de derrotar a la Francia de Napoleón III, trastocó las cosas al interior del continente europeo. Ya mostramos la consideración de Marichal respecto de que, dicha guerra, pudo ser uno de los elementos que aceleró la crisis posterior. No obstante, también provocó una sucesión de acontecimientos políticos determinantes. La Comuna de París, una reacción del pueblo parisino frente a la miseria y la derrota provocada por la guerra fue considerada la primera experiencia de gobierno obrero. Es decir, no solo se ejecutaban alternativas de poder a la ya afianzada burguesía, sino que además se convertía en faro de los nuevos movimientos políticos vinculados con el socialismo y el anarquismo. Por lo que a la guerra debemos sumarle los procesos revolucionarios, y a la crisis económica nuevos enfrentamientos bélicos entre las potencias que ahora se disputaban el mundo.

Conflictos internacionales por la ocupación de territorios

Un hecho clave en este sentido fue la guerra ruso-turca de 1877-1878. El Imperio Ruso buscaba una salida al mar Mediterráneo. Los pueblos balcánicos apoyaron la incursión rusa contra un Imperio Otomano cuyo dominio en la zona ya llevaba cuatro siglos. El Imperio Austrohúngaro también ambicionaba las regiones que ahora se disputaban rusos y turcos. Hacia febrero de 1878 el ejército imperial ruso había llegado a las fronteras de Estambul (capital otomana). Temerosa de que Rusia adquiriera zonas estratégicas en el control del Mediterráneo, la flota inglesa intervino favoreciendo al Imperio Otomano y forzando el fin del conflicto.

El mismo quedó plasmado con la firma del tratado de San Stefano, donde los otomanos reconocían la independencia de la Gran Bulgaria, un nuevo reino aliado de Rusia. Sin embargo, los diplomáticos británicos y austrohúngaros decidieron desconocer el acuerdo y llamaron a una nueva negociación en el Congreso de Berlín de junio de 1878. El resultado final fue la “balcanización” de la región (término utilizado a partir de allí para demostrar la fragmentación de los territorios para repartir y mejor administrar entre las potencias intervinientes). Así Bosnia quedó bajo control austrohúngaro y Serbia como aliado de Rusia. Finalmente, con estas negociaciones, el Reino Unido recuperaba influencia en la zona.

Este hecho no es anecdótico ya que se convertiría en uno de los disparadores de la guerra de 1914 y la muestra cabal del intento por

parte de las potencias por dominar territorios en diferentes regiones del mundo.

Otro ejemplo fueron las guerras de los bóeres (la primera de 1880 a 1881 y la segunda de 1899 a 1902) en las cuales el imperio británico desplazó a colonos neerlandeses para quedarse con sus tierras. El objetivo inmediato fue incrementar el control de tierras en el sur de África, aunque en 1887 fueron halladas reservas de oro en Witwatersrand. Con el control de la región y la fundación de la Unión Sudafricana en 1910 los planes británicos por controlar el continente en toda su extensión norte-sur se volvían una realidad.

Esas mismas pretensiones habían provocado en 1898 el incidente de Fachoda. El Reino Unido impulsaba conectar con una vía férrea sus colonias en el norte y el sur de África, mientras que Francia buscaba hacer lo mismo en la extensión oeste-este del continente. Las expediciones enviadas por ambos imperios se encontraron en la localidad de Fachoda¹¹ lo que casi provoca un enfrentamiento en octubre de 1898. El conflicto se resolvió con el retiro de la expedición francesa.

Hacia principios del siglo XX la presencia francesa y británica en el mapa colonial era abrumadora. Estados Unidos tomaba posesiones clave, que antiguamente habían pertenecido a un imperio español ahora en retroceso (particularmente a partir de la guerra hispano-estadounidense de 1898). Rusia contaba ya con el territorio más extendido del mundo y buscaba conectar los diferentes océanos para exportar sus productos (salida al Mediterráneo para exportar petróleo y aceite de la zona del Cáucaso, e intentos por controlar el Pacífico). Alemania, Italia y

Japón, en ese escenario quedaban a la retranca del reparto internacional.

El Imperio Alemán, luego de incorporar territorios a su espacio político dentro del continente europeo salió a la búsqueda de territorios de ultramar. El surgimiento de entidades como la Sociedad Colonial Alemana o el Consorcio de Nueva Guinea aceleraron la incorporación de territorios (Togo, Camerún, Tanganica, Nueva Guinea) que no obstante no fueron suficientes para el nuevo gigante del capitalismo europeo. El control monopólico que tenía el reino de Bélgica sobre el Congo (en particular sobre la explotación del caucho) beneficiaba a sus aliados británicos, pero repercutía negativamente en las nacientes industrias eléctrica y automotriz alemana. Es otra de las aristas que explican el estallido de la guerra en 1914.

Un camino similar, aunque más lento, fue el seguido por el reino de Italia. Luego de varios años logró ocupar el cuerno de África desde Eritrea hasta la frontera del Chad. Entre 1911 y 1912 entró en guerra con el Imperio Otomano en la guerra ítalo-turca donde consiguió la ocupación de Libia.

El último conflicto al que queremos hacer referencia es la guerra ruso-japonesa. Ambos países se disputaban el control de zonas con importantes reservas energéticas en Manchuria y la península de Corea. En el caso del Imperio Ruso buscaba, además, controlar algún puerto de aguas cálidas con salida al océano Pacífico. Japón ya venía avanzando en el control del territorio. Luego de la guerra sino-japonesa de 1894-1895 los nipones se habían hecho con la isla de Taiwán, la península de Corea y el control de la península de Liaodong. Dicho expansionismo era una amenaza para un arcaico

Imperio Ruso que veía imposibilitado su objetivo de controlar nuevas rutas marítimas. Las negociaciones diplomáticas entre ambos por el control de la zona fracasaron, por lo que los japoneses iniciaron la contienda en febrero de 1904.

En poco más de un año los japoneses propinaron a los rusos una humillante derrota. El desarrolló capitalista japonés, de sus industrias navales y armamentistas, así como una organización moderna de su ejército marcaron la diferencia frente a un imperio con una estructura militar atrasada e imposibilitado de hacer llegar recursos desde Europa hasta la zona oriental de su territorio. La derrota no solo significó la pérdida del control zonal, sino un aumento de la miseria producida por las presiones impositivas (particularmente sobre el campesinado), así como la primera gran insurrección, la revolución de 1905¹², la que se comportaría como el ensayo general¹³ de los hechos de 1917.

El período que transcurre entre los años 1871 y 1914 es comúnmente conocido como el de la Paz Armada. Como vemos no consistió en el enfrentamiento de un bloque contra otro, sino que existieron múltiples conflictos entre todas las potencias que, con el correr de los años irían, por medio de la diplomacia, conformando alianzas de mutua protección frente a la amenaza de alguna otra potencia. A fin de cuentas, el desarrollo acelerado de la industria armamentista fue otro de los caminos que permitieron el crecimiento económico, del mismo modo que la conformación de ejércitos profesionales ayudó a reducir el desempleo y la conflictividad social.

En poco tiempo Alemania y Francia ya contaban con más de 500 mil hombres en armas preparados ante un posible enfrentamiento entre ambas. Los austriacos alcanzaban los 400 mil hombres y el

ejército imperial ruso superaba el millón trescientos mil efectivos. La maquinaria bélica estaba en marcha y los principales países en el concierto mundial comenzaban a financiar ejércitos profesionales. Los mismos ayudaban a la ocupación de diferentes regiones del mundo, asistían a los Estados frente a la situación de constante revuelta interna ocasionada por los trabajadores y, finalmente, actuaban como reserva frente a un esperable conflicto internacional.

Debates en torno del imperialismo

¿A qué nos referimos con el término “Imperialismo”? A grandes rasgos el imperialismo es el dominio político y económico de Estados poderosos sobre otros Estados o regiones más débiles. Resulta central entender que esos territorios son, necesariamente, incorporados al mercado capitalista.

Los debates en torno al nuevo fenómeno excedieron esta versión simple y comenzaron a cuestionar los elementos novedosos del proceso político y económico de la época. Dichos debates se dieron, centralmente, al interior de la socialdemocracia europea y rondaron en torno a dos preguntas generales. Por un lado, sobre si la incorporación de colonias y territorios aceleraba el desarrollo del capitalismo a escala global y, por lo tanto, una transición más rápida hacia una nueva forma de organización de la producción, el socialismo. El otro debate consistió en si esa transición hacia el socialismo debía darse de manera revolucionaria (con la toma del poder por parte de los explotados) o si los partidos socialistas debían integrarse al régimen social para así, por medio de reformas y acciones parlamentarias, avanzar en el camino transformador.

Las preguntas pueden parecer pasadas de moda, pero establecieron toda una serie de problemáticas para los debates políticos posteriores. La descolonización, la globalización, el desarrollo desigual de los Estados dentro del contexto mundial. Pero también fue importante la pregunta sobre si el capitalismo, como sistema, ya se encontraba agotado y si era posible una transición hacia otras formas de organización social.

Además de estos debates se realizaron importantes aportes. El primero en plantear la problemática y usar el término fue el británico John Hobson (1858-1940) en su libro *Imperialism: A Study* de 1902. Lo novedoso en el planteo de Hobson consistió en correr la mirada nacionalista sobre la competencia entre los Estados y mostrar que lo que verdaderamente motivaba al imperialismo era la búsqueda de nuevos mercados y oportunidades de inversión. La saturación del mercado interno llevaba a una crisis por sobrantes de *stock* que los empresarios debían colocar en otras regiones del globo. Hobson entendió el proceso como un acto inmoral, pero concebía que, sin el mismo, la lucha civil al interior de los países metropolitanos podría ser inevitable.

A partir de esta idea central se desarrollaron las teorías de la sobreproducción y del subconsumo. Fue Rudolf Hilferding (1877-1941), un economista austromarxista y miembro del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), quien renovó la visión marxista incorporando al análisis el estudio del capital financiero, los monopolios, la sobreproducción y la estabilidad relativa de la acumulación capitalista. Quien debatió con él fue Rosa Luxemburg (1871-1919). Al igual que Hilferding, Luxemburg, también militante del SPD, defendió la línea revolucionaria frente a la reformista que

defendía su par. En su libro *La acumulación de capital* de 1912, Luxemburg se cuestiona si existe una demanda creciente que permita la realización de la plusvalía e interpreta la acumulación de capital solo como la acumulación de capital dinero, por lo que entiende que la única clase capaz de demandar nuevos productos sería la clase capitalista dando lugar al fenómeno de la acumulación del capital.

Ya desde 1910 Karl Kautsky (1854-1938), uno de los principales referentes del SPD, había aceptado la visión revisionista de la transformación social. Adscribió así a la posibilidad de que

la clase obrera podía recorrer un camino verdaderamente democrático hacia el socialismo solo a través de una combinación de una lenta, pero constante, “acumulación de fuerzas” en los sindicatos y en el partido, y de la “conquista” del Estado existente por medio de elecciones legislativas (Post, 2021).

En un breve texto de 1914 llamado “Ultraimperialismo” este planteo quedó claro. La confianza de Kautsky en la posibilidad de acumular, lentamente, espacios de poder para la clase obrera y en que la tendencia al monopolio permitiría un dirigismo de la economía sufrieron el impacto, pocos días después, de la Primera Guerra Mundial.

Ya en ese contexto la socialdemocracia rusa ingresó al debate con dos textos luego convertidos en clásicos. En 1915, Nikolái Bujarin (1888-1938) escribió un largo texto llamado “La economía mundial y el imperialismo”, que fue recién publicado en 1918 ya superada la censura zarista. Allí realizó un análisis del imperialismo, desde la perspectiva marxista, donde el peso de los monopolios y su alianza con los Estados forman parte de un todo integral del

desarrollo social moderno. Lenin, luego de leer este trabajo, avanzó en un escrito, publicado en 1916 llamado *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, donde incorpora la idea de que el sistema capitalista ya se encontraría en su etapa de máximas contradicciones. Finalmente fue Nikolái Kondrátiev (1892-1938), socialdemócrata ruso, quien intervino en estas problemáticas retomando los planteos de Juglar y de su maestro Mijail Tugan-Baranovski (1865-1919), formulando que la economía capitalista se ve restringida a ciclos económicos largos de entre 48 y 60 años de duración. Kondrátiev sería uno de los arquitectos de la economía soviética, pero al oponerse a las colectivizaciones impulsadas por el estalinismo fue detenido y enviado a un campo de prisioneros hasta que fue fusilado en 1938.

Todos estos textos y debates colocaron al marxismo al nivel de otras teorías económicas. Aunque, sin duda, fue la misma Revolución Rusa la que permitió revitalizar al marxismo y convertirlo en una corriente esencial para comprender el siglo XX.

La transición entre los siglos XIX y XX

Desde la crisis de 1846-1847 podemos vislumbrar, por primera vez, los problemas generados en la economía producto de la sobreproducción industrial. La misma se vio acompañada por una serie de levantamientos populares (centralmente en Francia y Alemania) que mostraron la importante participación de una clase social nueva que se consolidaba al ritmo de la industrialización, la clase obrera. Es el balance hecho por los revolucionarios quienes

comprendieron que las tareas del socialismo debían fundamentarse en la acción proletaria y la lucha de clases.

Un nuevo ciclo de prosperidad pareció desmentir los pronósticos, pero el pesimismo volvió a hacerse presente a partir de 1873. Allí vemos no solo una crisis, sino una crisis global que afectó a todo el mundo integrado al mercado capitalista. A su vez, la recesión posterior se extendió, dependiendo de los análisis y el sector de la economía estudiado, hasta 1896. La salida a esta larga crisis se dio de la mano de lo que llamamos una “fuga hacia adelante”. Se potenció al sector industrial, se incorporaron nuevas regiones al mercado mundial y se exportaron capitales a regiones de la tierra donde nunca se habían realizado inversiones capitalistas. De ese modo el mundo se “globalizaba” imprimiendo una nueva dinámica a la economía mundial. Los conflictos económicos y políticos al interior de Europa (y la carencia de trabajadores en otras regiones del mundo) fomentaron la inmigración.

Pero la expansión del capitalismo no solo permitió recuperar las tasas de rentabilidad, también generó contradicciones. La opresión sobre los territorios coloniales, las disputas territoriales entre Estados, el auge del nacionalismo como justificativo para las políticas implementadas.

La economía se dinamizó y, en la medida que el mercado se convirtió en un fenómeno creciente, también debió hacerlo la producción. La electricidad y el petróleo se convirtieron en las fuentes de energía óptimas para impulsar medios de transporte más veloces y con mayor volumen de carga, o para poner a funcionar fábricas con mayor capacidad de producción. El taylorismo, como un ordenador del trabajo, y el fordismo, como el camino más eficaz

para la producción en masa aparecieron como formas óptimas para la organización del trabajo en esta etapa del desarrollo capitalista. La cadena de montaje fue aplicada por la empresa Ford en 1913 para la fabricación de autos. También se usaría, poco después, para la producción de armas.

La industria química y las investigaciones en física también permitieron un descomunal avance en la producción y en amplios beneficios para la sociedad. Por otro lado, desarrollaron las armas químicas que se usarían en el conflicto iniciado en 1914.

Los enfrentamientos comerciales provocados por la sobreproducción devinieron en conflictos diplomáticos, principalmente entre los Estados con un anticipado desarrollo capitalista (Inglaterra, Francia, Estados Unidos) frente a aquellos de desarrollo más tardío (Imperio Alemán, reino de Italia, Imperio Austrohúngaro, o el Imperio del Japón) o diferenciado (Imperio Ruso, Imperio Otomano). Y los conflictos diplomáticos devinieron en enfrentamientos bélicos que tuvieron su corolario en la Gran Guerra... el primer acto de lo que Hobsbawm llamará "el siglo de los excesos".

Bibliografía

Flamant, Maurice y Singer-Kerel, Jeanne. (1971). *Crisis y recesiones económicas*. Barcelona: Oikos-Tau.

Hobsbawm, Eric. (2012). *Historia del mundo contemporáneo*. Barcelona: Crítica.

Marichal, Carlos. (2009). *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*. Barcelona:

Debate.

Néré, Jacques. (1965). *La Guerra de Secesión*. Buenos Aires: Eudeba.

Porter, Glenn. (1999). “Los ferrocarriles en los Estados Unidos: mitos y realidades”, en Muñoz Rubio, M., Sanz Fernández, J. y Vidal Olivares, J. (Eds.). *Siglo y medio del ferrocarril en España 1848-1998. Economía, industria y sociedad*. Madrid: Fundación de los Ferrocarriles Españoles.

Post, Charlie. (2021, 10 de enero). “Lo ‘mejor’ de Karl Kautsky no es suficientemente bueno”. Recuperado de jacobinlat.com

Roll, Eric. (1975). *Historia de las doctrinas económicas*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

1. “Este tratado franco-británico de 1860 pretendía promulgar la libertad de comercio, reduciendo y eliminando todos los aranceles entre los dos países firmantes, lo que provocó una oleada de acuerdos arancelarios bilaterales entre los demás países europeos. Casi todos estos acuerdos incluían la cláusula de nación más favorecida, por lo que se generalizaron las concesiones arancelarias, abriendo el camino hacia un comercio multilateral”. Recuperado de es.wikipedia.org

2. Antes de la asunción de Abraham Lincoln, siete Estados del sur se habían separado de la Unión formando la Confederación. Sus milicias lograron la rendición de varias guarniciones, pero otras seguían en manos de la Unión. La amenaza que presentaba Fort Sumter para el Estado de Carolina del Sur dio lugar al ataque el 12 de abril de 1861 dando comienzo a la guerra civil.

3. El atentado que terminó con la vida del Zar fue orquestado por la organización revolucionaria Narodnaya Volya (de raigambre anarquista) y ejecutado el 13 de marzo (1 de marzo según el calendario juliano) de 1881.

[4.](#) Camilo Benso, conde de Cavour (1810-1861), fue un fuerte promotor de las reformas económicas y políticas que impulsaron la unificación italiana. Durante este período ocupó el cargo de presidente del Gabinete de Ministros del Reino de Cerdeña (1852-1859 y 1860-1861) y presidente del Consejo de Ministros durante tres meses en 1861 antes de su muerte.

[5.](#) Giuseppe Garibaldi (1807-1882), militar patriota quien impulsó la unificación italiana junto al conde de Cavour y el rey Víctor Manuel II.

[6.](#) Los samuráis, o elite militar, fueron un cuerpo de guerreros especializados que ayudaban a mantener el orden político del Japón. A partir del siglo XVII comenzaron a perder privilegios, muchos de ellos se convirtieron en guerreros a sueldo lo que les permitió acumular riquezas, una mayoría se vio restringida a la vida campesina.

[7.](#) El shogún, “comandante”, fue la figura política central de la historia del Japón incluso por encima del emperador. Las concesiones realizadas a los extranjeros en la década de 1850 enfadaron a las elites (entre ellos los samuráis) que encontraron en el Emperador un aliado sobre quien restablecer el poder, destituir al shogunato y modernizar la estructura del Estado.

[8.](#) La corriente historiográfica del revisionismo en la Argentina afirma que la Guerra de la Triple Alianza o del Paraguay, fue impulsada por Inglaterra. Dos hechos parecen comprobarlo. En primer lugar, la intensa producción algodonera de las regiones ocupadas por Brasil y la Argentina. El segundo es el hecho de que la Guerra de la Triple Alianza comienza cuando la Guerra de Secesión ya está casi definida en favor del norte industrial.

[9.](#) La consecuencia más notable de esta derrota fue, no obstante, la Comuna de París.

[10.](#) De aquí procede el gran debate entre marxistas y neoclásicos. Los primeros, retomando los postulados de la economía clásica consideran que el valor se incorpora en el proceso productivo regulado por el capital variable (es decir la mano de obra) de allí que todo proceso de trabajo sería expropiatorio. Mientras que los segundos afirman que hay un pasaje idéntico de valor (por lo que se pone por delante el riesgo empresario). La diferencia radica en considerar que para los primeros el valor se extrae y se incorpora a la mercancía en el proceso de trabajo, mientras que para los segundos el valor se incorpora en el mercado dependiendo de la subjetividad del comprador.

[11.](#) Fachoda, actualmente llamada Kodok, es un pequeño poblado situado a orillas del Nilo en lo que hoy es Sudán del Sur. goo.gl

[12.](#) La revolución de 1905 fue un levantamiento insurreccional que atravesó Rusia. Las causas fueron múltiples, la más inmediata se correspondía con la guerra ruso-japonesa ya que las derrotas del imperio zarista dejaban al desnudo la corrupción y la ineficacia de la estructura imperial. La carestía y la falta de apertura política fueron otros de los motivos. El hecho cúlmine, y el más recordado, fue el Domingo Sangriento (9 o 22 de enero de 1905) en el que una movilización pacífica, encabezada por el clérigo Gueorgui Gapón, fue violentamente reprimida por las fuerzas zaristas. El resultado de la revolución fue la apertura de la Duma estatal.

[13.](#) En *Tres concepciones de la Revolución Rusa* (1939), León Trotsky afirma que la revolución de 1905 no solo fue el ensayo general de la revolución de 1917, sino el laboratorio donde se conformaron las diferentes tendencias del marxismo ruso.

Capítulo 5

La Primera Guerra Mundial.

El mundo en vilo

Agustina Vence Conti

Introducción

¿Qué sabían las grandes masas de la guerra en 1914, tras casi medio siglo de paz? Era una leyenda y precisamente la lejanía era lo que la había vuelto heroica y romántica, la seguían viendo desde la óptica de los manuales escolares y los cuadros en los museos.

Stefan Zweig, *El mundo de ayer*.

El despreocupado mundo europeo de principios de 1900 fue puesto en jaque en junio de 1914 luego del asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero al trono del Imperio Austrohúngaro, en manos de un grupo nacionalista serbio.

Europa occidental a finales del siglo XIX había dejado atrás los problemas económicos provocados por la crisis de 1873. El constante crecimiento y desarrollo logrado con la Segunda Revolución Industrial (como tratamos en el capítulo 4) pareció convencer a los contemporáneos de que la Belle Époque, esta

nueva etapa de prosperidad de principios del siglo XX se desarrollaría sin límites y sin freno. Una Europa vibrante crecía a la par del consumo de nuevos productos, de la expansión del comercio mundial y de la consolidación del sistema capitalista. La región, en pocas décadas, había logrado la dominación política, económica y militar de África y Asia producto de la aplicación de políticas imperialistas adoptadas desde 1880.

En esta aparente calma y despreocupación europea empezaban a vislumbrarse algunos nubarrones. En primer lugar, la idea del balance de poder que se había establecido en el Congreso de Viena en 1814 fue puesta en jaque en 1871 con las unificaciones de Italia y de Alemania. En el caso puntual de la creación del Imperio Alemán, un punto de inflexión para la estabilidad europea fue la guerra franco-prusiana (1870-1871). El triunfo aplastante de Alemania impuso sanciones a Francia, económicas (pago de reparaciones) y territoriales (entrega de Alsacia y Lorena), sumiendo a Francia en un proceso de declinación, así como también en fuertes sentimientos de revanchismo.

Alemania contaba con una alianza militar denominada La Liga de los Tres Emperadores¹, la cual fue deshecha, luego de que Rusia ganara la guerra ruso-turca en 1878², por solicitud de Austria ante la posible influencia rusa en la región de los Balcanes. En 1879 Alemania y Austria formaron una nueva alianza que en 1882 se convertiría en la Triple Alianza con la incorporación de Italia. Unos años más tarde, entre 1894 y 1907 se iniciarían las alianzas entre Francia, Gran Bretaña y Rusia que darían forma a la Entente Cordial³. Para finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la idea del “concierto de Europa” era irreconocible.

Si bien entre 1890 y 1904 se produjeron crisis, estas fueron principalmente debido a rivalidades coloniales y solo afectaron a determinadas potencias. En cambio, en la década anterior a la Gran Guerra, se produjo una serie de crisis que involucraron a los dos bloques⁴. Los líderes militares estaban familiarizados con la idea de que los preparativos militares junto con los grandes bloques de alianzas podían funcionar como disuasivos en términos de una ofensiva. Aunque, si ambos bandos creían que la guerra era necesaria y que la podían ganar, dichas medidas estaban destinadas a fracasar. Por otro lado, este equilibrio europeo estaba siendo puesto en jaque por el ascenso de Japón como potencia en Asia y de los Estados Unidos en América. Para 1914, las sucesivas crisis, la carrera armamentística y el temor de Alemania por el cerco que se le había construido producto de la creación de la Entente, tenía una intensidad que se reforzaba mutuamente. Si bien la diplomacia europea logró contenerlo en un primer momento, terminarían iniciando la Primera Guerra Mundial.

El asesinato del heredero: ¿el inicio de la guerra?

El heredero al Imperio Austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, junto a su mujer, Sofía Chotek, se encontraban de visita protocolar en la ciudad de Sarajevo, Bosnia. El país había sido anexionado al Imperio Austrohúngaro a pesar de los reclamos del reino de Serbia y del Imperio Ruso. Las medidas de seguridad adoptadas en dicha ocasión fueron casi inexistentes. Un grupo

nacionalista serbio llamado La Mano Negra organizó el atentado que terminaría con la vida del heredero, y de su mujer, el 28 de junio de 1914.

La noticia del asesinato tomó por sorpresa a gran parte de la prensa internacional, en un primer momento solo se publicaron notas necrológicas, pero nada indicaba o hacía pensar que dicho suceso implicaría una acción política contra Serbia. La policía austriaca rápidamente detuvo a los perpetradores del atentado, pero la situación entre Austria y Serbia se tornó cada vez más tensa.

A las pocas semanas el gobierno austriaco anunció que no dejaría el crimen impune. El escritor austrohúngaro Stefan Zweig se preguntaba: “¿Qué nos importaba esa eterna escaramuza con Serbia, que, en el fondo, como todos sabíamos, se había iniciado a raíz de unos tratados comerciales sobre la exportación de cerdos serbios?”⁵ (2021: 286). Según la investigación austriaca, detrás del atentado había una conspiración patrocinada por el gobierno serbio, por lo que varios políticos intentaron convencer al viejo emperador austriaco de responder con un ataque militar a Serbia. Otros, por su parte, eran más reacios a esto dada la alianza entre Serbia y el Imperio Ruso, y por ende consideraban prudente lograr el apoyo alemán antes de embarcarse en una guerra. No obstante, los políticos austriacos eran conscientes de que un enfrentamiento armado pondría en funcionamiento el sistema de alianzas generado unos años antes.

En un primer momento, la impresión era que Austria solo había ordenado llevar a cabo una investigación. Los líderes de este país suponían que una guerra contra Serbia implicaría una guerra contra Rusia, y sin el apoyo de Alemania sabían que no podían ganar. Por

consiguiente, obtuvieron en secreto de Alemania una promesa de apoyo, lo que se conoce como el “cheque en blanco”, además ambos países formaban parte de la ya mencionada Triple Alianza. El 23 de julio de 1914, Austria elaboró y presentó ante el gobierno serbio un ultimátum, con cláusulas que para muchos fueron humillantes, que debía ser respondido en menos de 48 horas. El gobierno de Belgrado (capital de Serbia) aceptó todas las demandas, pero solo admitía la participación austriaca en la investigación judicial si dicha investigación se realizaba bajo la constitución serbia. Esta respuesta fue utilizada por el gobierno de Viena para romper, de manera inmediata, relaciones con Serbia. En simultáneo, la diplomacia inglesa se propuso como mediadora entre Serbia y Austria, a través de Alemania y Rusia. El día 24 de julio Austria rompió relaciones diplomáticas con Serbia, mientras que este último declaró la movilización de tropas. Por su parte, el gobierno inglés sugería una reunión con Alemania, Francia e Italia con el objetivo de resolver la disputa y evitar el inicio de una guerra.

A pesar de las gestiones diplomáticas para evitar el estallido bélico⁶, la declaración de guerra no se hizo esperar. El 28 de julio de 1914 Austria le declaró la guerra a Serbia. A los dos días el sistema de alianzas se puso en funcionamiento con la intervención de Rusia. Esto dio pie a que Alemania, aliado de los austriacos, enviara un ultimátum a Francia el día 31 de julio y le declarara la guerra a Rusia el 1 de agosto. Ese mismo día invadiría Luxemburgo. Dos días más tarde, el 3 de agosto, le declaró la guerra a Francia e invadió Bélgica. El día 4 de agosto Gran Bretaña le declaró la guerra a Alemania.

La guerra había comenzado.

La gestión de una economía en guerra

El impacto inmediato del inicio de la guerra en 1914 fue el desplazamiento del comercio internacional. Esto llevó al establecimiento de bloqueos, el trazado de nuevas rutas comerciales, y a que los países neutrales, como por ejemplo Estados Unidos, vieran la oportunidad de incrementar la producción no solo para abastecer a su propio mercado interno sino también al resto de los mercados. Europa demandaba más productos y a su vez había abandonado sus mercados coloniales.

Los gobiernos beligerantes tuvieron que hacer frente, casi de inmediato, a los problemas de producción y distribución. Respecto de lo primero, se incorporó el trabajo femenino en las fábricas, se reclutaron hombres de las colonias y se obligó a los propietarios de tierras sin trabajar, a ser cultivadas, bajo penas monetarias o de expropiación. En relación con la distribución, esta situación se agravó a medida que la guerra se prolongaba. En el ámbito interno, se establecieron controles de precios y cartillas de racionamiento, aunque estas medidas no pudieron evitar el aumento de precios. En el sector externo, uno de los grandes problemas fue el de los transportes marítimos. Los gobiernos también establecieron cupos de importación y restricciones que en algunos casos llegaron a ser prohibitivas.

La guerra significó un aumento del gasto del Estado que podía ser financiado a través de tres mecanismos: emisión de moneda, aumento de impuestos, endeudamiento. Los países mayoritariamente recurrieron a la emisión monetaria, que tuvo como consecuencia un proceso inflacionario en todos los países. Esta

forma de financiación se debió a sistemas impositivos bastante anticuados, a la falta de financiamiento externo y un mercado local incapaz de absorber toda la deuda interna emitida.

La tecnología en función de la guerra

La Segunda Revolución Industrial, iniciada a finales del siglo XIX, había provocado fuertes cambios en los procesos de industrialización y producción. Las innovaciones técnicas y tecnológicas: el uso de nuevas fuentes de energía (gas, petróleo y electricidad); los nuevos materiales (acero, aluminio, níquel); los descubrimientos en la química (colorantes artificiales, explosivos, fertilizantes); los cambios en los sistemas de transporte (autos, aeroplanos) y comunicaciones (telégrafo y radio), se sumaron a los nuevos métodos de organización del trabajo (taylorismo)⁷ y de producción en serie (fordismo)⁸. Todos ellos fueron sumamente necesarios para la nueva dinámica productiva y, por supuesto, aplicadas desde tiempo atrás a la industria bélica. La investigación aplicada durante la guerra, con el objetivo de superar a las naciones rivales, generó varios desarrollos relevantes durante el transcurso de esta.

Este período fue conocido, también, como la Paz Armada (1885-1913) donde las principales potencias europeas impulsaron un intenso desarrollo bélico y el incremento en el número de efectivos en sus ejércitos. En la antesala de la guerra los diferentes gobiernos europeos estaban al tanto de la capacidad destructiva de la nueva industria militar lograda gracias a los avances técnicos, científicos e industriales. No obstante estos desarrollos, toda la dirección política

consideró que el enfrentamiento iniciado en 1914 sería de corta duración.

En el caso de la artillería, esta había sido necesaria para la guerra de movimientos de finales del siglo XIX, pero para la guerra de trincheras era inadecuada. Esto requirió que la industria armamentística comenzara a desarrollar cañones de mayor tamaño y alcance, así como también la creación de los primeros cañones antiaéreos.

La tecnología naval atravesó grandes cambios. El desarrollo de nuevas técnicas metalúrgicas permitió fabricar mejores barcos y cañones. En 1906 se produjo una revolución naval cuando la Royal Navy lanzó a los mares el *HMS Dreadnought*, una nueva generación de acorazados monocalibre. Las características de este acorazado eran su propulsión por turbinas a vapor, lo que lo convertiría en uno de los barcos más rápidos, además las zonas críticas del barco estaban protegidas por acero cementado y contaba con cinco torretas de cañones. Pero los cruceros acorazados rápidamente se volverían deficientes frente a los cruceros de batalla. Estos nuevos barcos eran similares en términos de armamento a los acorazados, pero eran mucho más veloces y portaban menos blindaje. Durante la guerra los cruceros de batalla sirvieron de apoyo a las flotas acorazadas.

Otro de los desarrollos más importantes fueron los portaviones, los cuales revolucionarían las batallas al no tener que depender de bases terrestres para organizar las operaciones de los aviones. En los años previos al inicio de la guerra, Francia e Inglaterra estaban experimentando con el desarrollo de portaviones. Ya durante el conflicto, la Armada japonesa y la inglesa fueron las primeras en

utilizar este nuevo tipo de ataque aéreo con éxito, en 1914, contra los alemanes. Posteriormente, la idea iría perfeccionándose hasta llegar a los portaviones modernos.

Uno de los grandes avances en la carrera naval fueron los submarinos. Al poder sumergirse y al disponer de torpedos podían hundir a los buques de guerra sin ser detectados o atacados. Uno de los primeros blancos de los submarinos alemanes fueron los barcos mercantes ya que hasta ese momento no existía forma de evitar el ataque. La idea era cortar el suministro de bienes vitales⁹. Ante el avance de la guerra submarina, la Entente puso en funcionamiento un sistema de convoyes escoltados por destructores, lo cual dificultó las operaciones submarinas alemanas. Por su parte, Inglaterra estableció un bloqueo naval sobre Alemania e intervino sobre aguas internacionales con el objetivo de evitar que cualquier barco llegara al enemigo. Para finales de 1914, el Mar del Norte fue declarado zona de guerra por Inglaterra, haciendo peligrar el comercio de los buques neutrales. Los alimentos fueron considerados contrabando de guerra y el gobierno alemán interpretó la medida como un intento de matar de hambre a su población. De ahí surgió la decisión de imponer un bloqueo submarino a Inglaterra. Para inicios de 1915, las aguas que bordeaban Inglaterra fueron declaradas zona de guerra por los alemanes y cualquier barco mercante enemigo sería destruido. Asimismo, se notificaba a los buques neutrales que podían ser atacados en caso de encontrarse en zona de guerra. En mayo de 1915, el crucero *RMS Lusitania* fue atacado provocando la muerte de varios pasajeros norteamericanos. Luego de este suceso, el gobierno alemán se comprometió a no

atacar buques trasatlánticos. La política de guerra submarina se retomaría en 1917.

La aviación también tuvo grandes avances. En un primer momento el avión era utilizado principalmente para el reconocimiento de zonas estratégicas al no estar preparado para llevar cargamento pesado ni contar con armamento. En 1915, los franceses modificaron los aviones para el combate aéreo incorporando la ametralladora. Roland Garros fue el primer piloto francés en abatir un avión enemigo. Luego los alemanes copiaron y mejoraron la tecnología, permitiéndoles llevar la delantera en los combates aéreos. Posteriormente, serían utilizados por los alemanes y los británicos para bombardear algunas ciudades. A partir de este momento nacería una carrera en el desarrollo de nuevas y mejores tecnologías aéreas.

No fue menor el desarrollo de gases tóxicos utilizados en el campo de batalla¹⁰. Uno de los primeros agentes químicos utilizados fue el gas lacrimógeno, desarrollado por la industria química francesa. Primero bajo la forma de granadas de mano y luego mediante la creación de dispositivos para su lanzamiento. Con el avance de la guerra, los alemanes comenzaron a usar gases letales contra las trincheras enemigas tales como el cloro. Fue puesto en práctica en la segunda batalla de Ypres; a partir de este hecho se marcaría el inicio del uso de armas químicas en la guerra.

Uno de los problemas de usar gas cloro consistía en que su detección era bastante fácil y además uno podía protegerse cubriendo la boca y la nariz con un paño húmedo. Para cuando los alemanes volvieron a utilizarlo, los aliados ya habían desarrollado máscaras de gas. En 1917 comenzó a utilizarse el gas mostaza con

el objetivo de incapacitar al enemigo. Los alemanes fueron culpados por haber introducido los gases tóxicos en la guerra. Esta acusación se convertiría a posteriori en una de las denuncias de crímenes de guerra presentadas en la conferencia de paz.

Por último, los tanques fueron otro de los grandes avances, aunque no tuvieron el rol que posteriormente tendrían en la Segunda Guerra Mundial. Desarrollados por Inglaterra y Francia, fueron puestos en combate en 1916 en la Batalla del Somme, con el objetivo de franquear las trincheras enemigas, pero tuvieron un éxito relativo debido a su escasa potencia, contaban con poco armamento y era un blanco fácil de la artillería enemiga, solo sirvieron en un primer momento para facilitar el traslado de las tropas.

La guerra y sus frentes

Cuando se piensa en la Primera Guerra se suele pensar en sólo dos frentes de batalla: el occidental y el oriental. Aunque en realidad existieron múltiples teatros de operaciones a lo largo de los casi cinco años que duró el enfrentamiento. Además de los dos mencionados, que luego serán detallados, la guerra también tuvo lugar a lo largo del Océano Atlántico, en el Pacífico y en África. Esto se debió a que, durante el surgimiento de la etapa Imperialista, las potencias europeas habían dominado territorios a lo largo de todo el mundo. A finales de agosto de 1914 Japón, que tenía una alianza con Gran Bretaña desde 1902, le declaró la guerra a Alemania. Gran parte de las islas del Pacífico que habían sido colonias alemanas ahora pasaban a manos japonesas. El expansionismo de dicho país sobre el Pacífico y parte de las antiguas colonias

británicas provocaría, posteriormente, la ruptura de la alianza con Gran Bretaña.

El frente oriental

El Imperio Ruso, luego de la derrota contra Japón en 1905, había comenzado un proceso de rearme militar que, junto con las inversiones francesas en ferrocarriles, convenció al Zar y a su gobierno de estar en condiciones de entrar en la guerra. En el contexto de la guerra y de las alianzas preestablecidas, Rusia tuvo que optar por luchar contra su principal adversario, Austria, o concentrar sus fuerzas en ayudar a los franceses en su lucha contra los alemanes. El 1 de agosto Rusia emitió su declaración de guerra contra la Triple Alianza. Gran parte de la sociedad y de los políticos apoyó el ingreso a la contienda.

Rusia contaba con suficientes materias primas, entre ellas alimentos, para no tener que depender del comercio durante la guerra. Por otro lado, la gran extensión de su territorio complicaba cualquier intento de invasión. Pero en términos netamente armamentísticos carecía de una gran artillería, municiones y el vasto territorio jugaba en contra en los procesos de reclutamiento de tropas.

El primer ataque ruso fue contra Prusia Oriental en el transcurso de 1914, la superioridad numérica se impuso frente a los alemanes, que en ese momento estaban peleando contra Francia y no podían contar con refuerzos. En un primer momento el triunfo inicial ruso preocupó a las autoridades alemanas. No obstante, durante el transcurso del primer año de combate ambos ejércitos tuvieron

significativas bajas, en una pulseada tensa por el control del territorio.

A pesar de que el ejército ruso superaba en número al alemán, el atraso en el desarrollo del primero complicó sus acciones de guerra. La falta de información, el desabastecimiento de las tropas (muchas veces por la imposibilidad de transportar víveres de una región a otra), la falta de municiones (por una industria atrasada que no estaba al nivel de las potencias occidentales) y la desertión de soldados fueron complicando la situación. Unos años después del inicio se calculaba que, de continuar la contienda, no habría reservistas para cubrir el frente de combate. Esta situación se agravaba debido al aumento en el número de desertores. Ya en 1915 las falencias en la organización y planeación de la guerra comenzaron a evidenciarse y, sumado a las derrotas en el frente y a la falta de alimentos, el entusiasmo empezó a desvanecerse, dando lugar a las primeras huelgas que fueron reprimidas por el gobierno del Zar.

La Revolución Rusa

Alguno de los grandes problemas que debió enfrentar la oficialidad rusa fueron la falta de armamento, el descontento de los soldados y la falta de oficiales que comandaran a las tropas. Esta situación se volvió extremadamente tensa, aumentando la desconfianza en los oficiales y los soldados. Para hacer más compleja la situación del gobierno, en 1915 el ejército ruso emprendió la Gran Retirada, abandonando territorios en la frontera. Este evento marcó el colapso de las líneas rusas y la debilidad de su ejército. El Zar relevó a sus

principales líderes militares en un intento por restablecer la confianza. Sin embargo, en el frente interno, los problemas económicos y sociales hacían cada vez más difícil sostener la permanencia en la guerra.

Estas crisis se intensificaron entre finales de 1916 y principios de 1917, preanunciando la Revolución de Febrero. La prolongación de la guerra estaba acentuando los problemas sociales, económicos y políticos que venían acechando a la población y al gobierno desde varias décadas previas al inicio del conflicto armado. Durante estos años, una serie de malas decisiones respecto de la guerra y de varias derrotas en el frente de batalla, sumada a intentos de derrocamiento de la monarquía, llevaron a que algunos miembros de la familia real intentaran convencer al Zar de conceder algunas libertades para evitar la caída. La situación se volvió extremadamente tensa a principios de 1917. El aumento de las huelgas y manifestaciones que reclamaban por la falta de alimentos se sumaba a un proceso de inflación creciente.

En enero de 1917 estalló una gran huelga en el aniversario del Domingo Sangriento¹¹, las movilizaciones en contra del gobierno se fueron acrecentando producto de las carencias y por el establecimiento de cartillas de racionamiento. El 23 de febrero, fecha conmemorativa del Día Internacional de la Mujer¹², se realizaron varias movilizaciones que planteaban fuertes críticas políticas y económicas, a las que se agregaron manifestaciones de mujeres por la falta de pan. Así iniciaba un levantamiento popular que terminaría con la monarquía.

Con el correr de las horas se sumaron trabajadores y trabajadoras de diferentes fábricas. Si bien las manifestaciones habían

comenzado por un reclamo económico, rápidamente comenzaron a dar paso a reclamos políticos, como el fin de la guerra y el derrocamiento del Zar. Al día siguiente, las movilizaciones y manifestaciones continuaron y las autoridades ordenaron el emplazamiento de ametralladoras con el objetivo de dispersar a los manifestantes. El 25 de febrero las movilizaciones eran masivas. Varios miembros de los cuerpos de seguridad se unieron a los manifestantes, mientras otros se mantenían fieles al gobierno.

Se impuso el estado de sitio y se disolvió la Duma. El 1 de marzo, la ciudad de Petrogrado había sido tomada y al día siguiente el Zar abdicaba y se formaba un gobierno provisional. A partir de este momento se creó una situación de poder dual en Rusia, por un lado, el gobierno provisional, por el otro lado el Soviet de Petrogrado. La situación era por extremo compleja, el gobierno provisional y la mayoría de los partidos políticos querían evitar la rendición en la guerra, mientras que la opinión pública y los bolcheviques estaban en contra de esta. La llegada de Lenin, en abril de 1917, dio un nuevo impulso a la facción bolchevique. Las consignas de “pan, paz y tierra” y “todo el poder a los soviets”, sumadas a una crisis económica cada vez más grave y junto a la falta de reformas en el gobierno, empezaron a tener más seguidores.

Los bolcheviques tomaron el poder, finalmente, en octubre de 1917. El nuevo gobierno impulsó medidas económicas que tendrían consecuencias importantes para el desarrollo histórico posterior. En la inmediatez intentaron cumplir con las proclamas populares que los habían llevado al poder: el reparto de tierras para campesinos, el control del comercio internacional (intentando controlar los precios) y el fin de la guerra.

El armisticio se firmó a mediados de diciembre de ese año. El gobierno de Lenin inició las negociaciones para sacar al país de la guerra, pero existían dentro del nuevo gobierno dos corrientes; la que buscaba prolongar las negociaciones, y aquella que buscaba la salida inmediata. Ante la incapacidad de continuar prolongando las negociaciones, los delegados alemanes notifican que el 18 de febrero se reiniciarían las operaciones militares. Esto implicó un duro golpe para el gobierno bolchevique que había prometido el final de la guerra y estaban al tanto de que los soldados rusos no estaban dispuestos a volver a luchar contra el ejército alemán. Ese mismo día se comunicó que se aceptaban las condiciones de paz.

El Tratado de Brest-Litovsk se firmó el 3 de marzo de 1918. Allí se estableció el final de la guerra en el frente oriental. Rusia debió ceder a la Triple Alianza varios de sus territorios, entre ellos, Polonia, Bielorrusia, Estonia, Letonia, Finlandia, Ucrania. También fue obligada a pagar reparaciones de guerra a los alemanes. Sin embargo, la derrota alemana en noviembre de 1918 hizo que este tratado fuera anulado y no reconocido por la Entente.

El frente occidental

Ya en 1905 el Estado Mayor alemán había diseñado el Plan Schlieffen¹³, el cual tenía por objetivo una rápida ocupación de Francia a través del cruce por la frontera belga¹⁴, para luego avanzar sobre territorio ruso. Por su parte, Francia, luego de la derrota en la guerra franco-prusiana de 1871, contaba con diferentes estrategias militares para defender la frontera. En 1914 se puso en práctica el denominado Plan XVII, cuyo objetivo era

recuperar las provincias de Alsacia y Lorena. Esto hizo que concentrara la mayor parte del ejército en dicha región dejando desprotegida la frontera franco-belga. El plan alemán fue puesto en marcha en agosto de 1914 y para septiembre de dicho año las tropas francesas e inglesas habían logrado detener el avance alemán a unos kilómetros de París en la Batalla del Marne. Luego de esta batalla, ambos ejércitos se atrincheraron generando un frente estático que duraría tres años. La guerra de trincheras generaría serios impactos a nivel económico como social.

El año 1915 estuvo marcado por varios eventos. Uno de ellos fue el fallido desembarco en Galípoli (Turquía) planeado por Winston Churchill¹⁵. La resistencia otomana, que peleaba del lado de la Triple Alianza, liderada por Mustafá Kemal¹⁶, no solo logró frenar el ataque, sino también repelerlo. La incorporación del Imperio Otomano a la guerra se dio por las motivaciones de recuperar los territorios perdidos frente a los países europeos entre finales del siglo XIX y principios del XX. A principios de agosto de 1914, dicho Imperio había formalizado una alianza con los alemanes, aunque también se mantenían, en simultáneo, conversaciones con los miembros de la Entente. Finalmente, el Imperio se alió a la Triple Alianza. Para Alemania, la incorporación de los otomanos servía para desviar la atención y los esfuerzos de los ejércitos rusos e ingleses, mientras ellos llevaban a la práctica su plan de avance rápido sobre Francia.

Por su parte Italia, que formalmente era un Estado miembro de la Triple Alianza, se había negado a enviar tropas en ayuda de Alemania y Austria argumentando que la Triple Alianza había sido creada con fines defensivos y, en este caso, Austria había sido el

atacante. En este contexto, la Entente prometió de manera secreta territorios a Italia en caso de pasarse de bando y derrotar a Austria, por su parte el gobierno austriaco le ofreció el territorio de Túnez ante el temor de una traición. Finalmente, luego de la firma del Tratado de Londres en abril de 1915, Italia decide ingresar a la guerra, pero del lado de la Entente Cordial.

En 1916 se dieron dos de las batallas más importantes de la Primera Guerra: la de Verdún y la del Somme. En ambas el aparato industrial pensado para la guerra, además del desarrollo de la industria química, se pusieron a prueba de una verdadera industria pensada para matar. Entre ambas batallas se contaron cerca de dos millones de bajas en ambos bandos con casi 600.000 muertos y desaparecidos.

Por otro lado, Rumania (que al igual que Italia había formado parte de la Triple Alianza) decidió entrar en la guerra también en el bando de la Entente. Los alemanes ya pensaban que para ese año no sería posible atravesar las líneas de trincheras enemigas, y las batallas de Verdún y el Somme habían minado su capacidad ofensiva. Por consiguiente, el plan alemán se basó en dos estrategias: ataques selectivos para causar la mayor cantidad de bajas francesas y retomar la guerra submarina para interrumpir los suministros a los aliados desde ultramar. Para los funcionarios alemanes, esta política llevaría a la rendición de Inglaterra en el plazo de seis meses.

En 1917 se produjo un cambio en la guerra con el ingreso de los Estados Unidos. La declaración de la guerra submarina sin restricciones por parte de Alemania presuponía un posible ingreso del gran país americano que, a pesar del hundimiento de varios

barcos desde 1915, se había mantenido neutral. En los primeros días de abril, el Congreso norteamericano aprobó el ingreso en la guerra. Pero lo llamativo fue que solo declaró la guerra a los alemanes y se reconocía como “potencia asociada” lo cual le permitía reservarse el derecho de alcanzar la paz por separado. La idea norteamericana era entrar a la guerra para vencer a los alemanes y ser el moderador en el tratado final (Stevenson, 2013: 342).

Para finales de dicho año, a pesar del retroceso del ejército alemán en territorio francés y del malestar social interno, la decisión del gobierno fue la de continuar con la guerra. A principios de 1918 con la firma de la rendición rusa, los líderes alemanes esperaban poder vencer a los ejércitos de la Entente previo al envío masivo de tropas norteamericanas. Para mediados de año, el escenario era complejo. Aun así, el gobierno alemán no pensaba en la rendición a pesar de que el comandante del ejército había comunicado al emperador que la situación era desesperada y se sugería solicitar un alto al fuego a la Entente y la aceptación de los Catorce Puntos de Wilson. El 29 de octubre los marinos de la flota de Kiel, simpatizantes socialistas y anarquistas que contaban con el ejemplo de la Revolución Rusa, se negaron a sacar sus flotas al mar provocando el comienzo de la rebelión. Las revueltas populares en contra de la guerra y la inminente derrota provocaron la abdicación del emperador alemán. Guillermo II temió que se repitiera una situación como la ocurrida en Rusia con la familia de los zares y abdicó el 9 de noviembre de 1918 escapando a los Países Bajos.

El 11 de noviembre Alemania firmó el armisticio por el cual se comprometían al cese de las hostilidades y el retiro de todas las

tropas en todos los frentes de combate, a la entrega de todo material bélico, incluyendo municiones, barcos, aviones y camiones, a la renuncia del tratado de Brest-Litovsk (firmado con Rusia) y a aceptar la continuación del bloqueo naval. Estas medidas luego fueron confirmadas por la Conferencia de París de 1919.

América latina en la guerra

El inicio de la guerra puso en jaque casi medio siglo de integración comercial, financiera y diplomática entre América latina y Europa. La coyuntura bélica incidió de dos maneras en la región, por un lado, al aumentar las exportaciones a Europa y al generar una barrera proteccionista potenció el desarrollo industrial, permitiendo una aceleración de los procesos de industrialización. Por el otro, provocó una situación de crisis por la caída del comercio con Europa. Para los historiadores económicos la pregunta era si la situación durante la guerra se correspondía a una fase de *take off*, caracterizada por una aceleración de la industrialización o si, por el contrario, fue un período de contracción que ralentizó el proceso de desarrollo. Para los Estados Unidos, la guerra significó un importante aumento de su capacidad de producción, para abastecer las necesidades de su mercado interno, pero también al de Europa. Por otra parte, el retraimiento comercial y productivo del Viejo Continente, le permitió avanzar y consolidarse sobre mercados latinoamericanos que previamente habían sido de exclusividad europea.

Latinoamérica y la guerra: ¿neutralidad o beligerancia?

En un primer momento, la noticia del asesinato del heredero gozó de poca atención en los periódicos de la región, al igual que había sucedido en Europa. Pero para finales de julio y principios de agosto, cuando los países europeos iniciaron formalmente su entrada en la guerra, todos los medios hacían referencia a dichos acontecimientos. Los diarios no solo empezaron a incluir cables que detallaban la situación de guerra en Europa, sino que también funcionaron para movilizar a los ciudadanos residentes en el extranjero.

Los gobiernos en América latina tenían la misma sensación que en Europa de que el conflicto sería breve, que era la culminación lógica de la vieja rivalidad franco-alemana, y del resultado de las ambiciones imperiales europeas. Por consiguiente, la decisión de los gobiernos latinoamericanos en agosto de 1914 fue la de decretar la neutralidad y la de mantener un distanciamiento respecto de la situación europea.

En los primeros años de la guerra varios eventos llevaron a la sociedad a cuestionar el sostenimiento de la neutralidad por parte del continente americano¹⁷, mientras que los gobiernos continuaban sosteniéndola. Parte de la decisión sobre la neutralidad se debía a que la región estaba atravesando un período de crecimiento y de fuerte integración en las redes comerciales mundiales (Compagnon, 2014: 51). Además, debe recordarse que estas economías eran dependientes de la venta de materia prima o de minerales y de la importación de productos manufacturados tanto de Europa como de

los Estados Unidos. Por otra parte, el financiamiento europeo era fundamental para la modernización de las economías regionales.

Por consiguiente, el ingreso a la guerra, fuera a favor de la Entente o de la Alianza, podría llevar a un distanciamiento de los socios financieros y/o comerciales que frenaría dicho proceso de modernización. Como resultado de esa decisión, América latina continuó proveyendo a sus clientes ofreciéndoles facilidades de pago, puesto que la neutralidad parecía la mejor alternativa hacia el restablecimiento del *statu quo* (Compagnon, 2014: 55). No obstante, el accionar de América latina no fue necesariamente pasivo durante el conflicto europeo.

El impacto económico de la guerra

Una de las primeras consecuencias económicas de la guerra fue la salida de la convertibilidad del oro a principios de 1914. Los gobiernos de la región decidieron cerrar sus cajas de conversión y prohibir la exportación de oro. Por otra parte, los gobiernos europeos exigieron el reembolso de los préstamos concedidos, al mismo tiempo que anulaban los que estaban a punto de implementarse. América latina tuvo que enfrentar de manera inmediata las consecuencias económicas de la guerra, las cuales se agravan a partir de 1915. La reducción de las inversiones europeas durante los primeros años de la guerra apenas pudo ser compensada en parte con los capitales norteamericanos.

El comercio internacional se vio desde el inicio afectado por la guerra naval declarada entre los países beligerantes. Entre 1914 y 1915 la caída del tráfico transatlántico, afectado por la falta de

créditos y de barcos mercantes, provocó una acumulación de *stocks* generando un derrumbe en el precio de las materias primas. Con el transcurso de la guerra y la reconversión de las economías de los países beligerantes, las necesidades de estos de productos estratégicos estimularon las exportaciones latinoamericanas generando un alza de las cotizaciones. Pero la reconversión europea tuvo un costo para la región, los proveedores tradicionales de bienes de consumo y de equipamiento ya no podían seguir respondiendo a la demanda. Esto generó dos situaciones, en primer lugar, un excedente comercial, a favor de América latina, en los primeros años del conflicto y, en segundo lugar, la incorporación de los Estados Unidos como proveedor de insumos frente a la salida de Europa.

En términos de las finanzas públicas, la guerra significó una caída de los ingresos por derechos de importación, lo cual implicó dificultades para sostener el servicio de la deuda externa. Los sectores vinculados a la exportación de productos estratégicos se vieron fuertemente beneficiados. Sin embargo, el alza de las materias primas no generó los esperados excedentes financieros y los gobiernos y la sociedad tuvieron que enfrentar cuatro años de una precaria situación económica en un contexto de alza continua en los precios de los productos de primera necesidad¹⁸.

La neutralidad cuestionada

América latina era neutral, pero eso no significó pasividad. Como mencionamos anteriormente, el no ingreso en la guerra residía en la dependencia económica regional y, por ende, en la necesidad de

mantener relaciones comerciales y financieras con todos los países beligerantes. Desde el inicio de la guerra submarina en el Atlántico en 1915 los flujos comerciales se vieron fuertemente afectados. Por otra parte, la Entente hizo todo lo posible para impedir que las potencias centrales accedieran a los recursos latinoamericanos, intentando controlar a los países neutrales que podían servir de intermediarios y a inicios de 1916 establecieron las famosas Listas Negras, lo cual implicó más limitaciones a la libertad comercial y a una mayor contracción de los flujos comerciales.

Los acontecimientos de 1917, año clave de la guerra, permitieron a las potencias cuestionar las políticas de neutralidad latinoamericanas. La revolución en Rusia; el restablecimiento de la guerra submarina por parte de Alemania¹⁹, y el ingreso de Estados Unidos al conflicto. La guerra ya no era un evento del otro lado del Atlántico, ya no era solo un asunto europeo.

Estados Unidos había sido afectado desde el inicio de la guerra submarina en 1915, pero en esa oportunidad solo amenazaron con romper la neutralidad. Con la nueva escalada de la guerra submarina en 1917 y con el conocimiento del telegrama Zimmermann²⁰, el gobierno norteamericano se convenció de la inevitabilidad de entrar en el conflicto. Varios países de la región decidieron sumarse a la guerra, mientras que la Argentina optó por seguir manteniendo la neutralidad. Esto se debió a que se estaba negociando un acuerdo sobre la venta de cereales con Londres y París. El convenio fue firmado a inicios de 1918 y se preveía la venta de 2,5 millones de toneladas de cereales y el otorgamiento de un crédito de aproximadamente 20 millones de libras a cada uno. Por consiguiente, en términos formales se continuaba con la

neutralidad, pero en términos económicos la Argentina había elegido uno de los bandos.

Otro motivo alentaba a los Estados Unidos a ingresar al conflicto. Antes de la guerra existieron intensas discusiones en los parlamentos europeos para definir cómo se financiaría la guerra. Existían tres mecanismos posibles; la emisión, el endeudamiento, o la venta de activos. Todos los países debieron romper con el oro como patrón de cambio para contar con la posibilidad de emitir moneda libremente, de ese modo se financiaba la industria armamentística y la compraventa de pertrechos sin el riesgo de una fuga de las reservas. Las consecuencias, especialmente para los países derrotados, consistirían en una incontrolable inflación. Todos los países hicieron uso de este recurso, aunque Inglaterra y Francia también utilizaron los otros dos. Antes de la guerra ambos países pidieron créditos a los Estados Unidos por 40 millones de dólares, el retraso en el triunfo y la amenaza alemana hacían peligrar la posibilidad de que ambos países pudieran devolver su deuda, este fue uno de los motivos por los que Estados Unidos finalmente ingresó a la contienda. Así se fue preparando el escenario de la situación económica posterior.

El saldo de la guerra

La Primera Guerra Mundial modificó no solo los hábitos individuales sino también la concepción económica liberal que prevalecía de la Belle Époque. El establecimiento de una economía de guerra hizo que los Estados tuvieran una mayor intervención en la economía para asegurarse los suministros necesarios para sus ejércitos. La

planificación errónea de la guerra, al pensar en una corta duración, hizo que gran parte de los países tuviera que enfrentar faltantes, no solo en relación con el armamento sino también con los alimentos, lo que ponía en riesgo el abastecimiento tanto de la población civil como de los soldados. Frente a esta situación, los gobiernos se vieron obligados a establecer cartillas de racionamiento en un intento de reducir las hambrunas. Por otro lado, se estableció un fuerte control de las importaciones y fijaciones de precios. La caída en las condiciones de vida de la población civil nos permite comprender el incremento de los episodios revolucionarios y las deserciones en los ejércitos hacia los años finales de la contienda.

Los tratados de paz

Al poco tiempo de finalizada la guerra, los principales vencedores iniciaron las negociaciones que terminarían estableciendo los tratados con cada uno de los países perdedores. Las negociaciones comenzaron el día 18 de enero de 1919. De las mismas participaron, entre otros, los representantes de los gobiernos de Inglaterra, Francia, Italia y los Estados Unidos. Cada uno tenía diferentes objetivos, por ejemplo, Inglaterra quería territorios en África y Asia junto con la destrucción de la flota alemana. Francia, buscaba recuperar las regiones en disputa de Alsacia y Lorena (por sus riquezas en hierro y carbón), además de debilitar definitivamente a Alemania. Estados Unidos buscó hegemonizar la economía mundial y convertirse en un factor de control político. Para ello su presidente Woodrow Wilson propuso la creación de la Sociedad de Naciones y la aplicación de los Catorce Puntos²¹ que

regularan, de manera abierta, el comercio y la diplomacia internacional.

Pero la mayoría de los diplomáticos coincidía en imponer el pago de indemnizaciones de guerra por parte de Alemania. Si bien Italia formó parte del consejo, no recibió todos los territorios que se le habían ofrecido por el Tratado de Londres²² (ni en Europa ni los de Medio Oriente). La traición fue contemplada por miembros del gobierno italiano como una “victoria mutilada”. Japón, que había participado de la guerra en favor de la Entente, buscaba el establecimiento de una cláusula de igualdad la cual no fue atendida por los cuatro líderes de la conferencia. Japón no tuvo un lugar en las negociaciones ni obtuvo los territorios que reclamaba. La Rusia soviética, por su parte, fue excluida directamente de las negociaciones.

Cada uno de los países que formaron parte de la Alianza tuvieron sus propios tratados de paz. El Imperio Austriaco debió aceptar las condiciones impuestas en el Tratado de Saint Germain. Su territorio quedó limitado a las zonas en las que se hablaba alemán, lo cual dio lugar a la independencia de Hungría y a la creación de nuevos países como Checoslovaquia y Yugoslavia. Además, quedó obligado al pago de indemnizaciones de guerra y a una reducción de su ejército.

Bulgaria, quien debió firmar el Tratado de Neuilly, también sufriría de un recorte territorial con entrega de tierras a Rumania y a la nueva Yugoslavia. Su ejército sería reducido y se prohibía el servicio militar y debería enfrentar el pago de indemnizaciones. Por su parte, el Imperio Otomano también sufrió una importante reducción de sus territorios, luego de la firma del tratado de Sèvres, quedando

limitado a la Península de Anatolia y la parte europea de la ciudad de Estambul. Los territorios en Medio Oriente fueron repartidos entre ingleses y franceses²³.

Finalmente, el Tratado de Versalles, que afectaba a Alemania, fue firmado el 28 de junio de 1919. Alemania debía reconocer su responsabilidad por los daños y perjuicios causados como consecuencia de la guerra y se le estableció el pago de reparaciones, pero sin establecerse el monto. Tanto Inglaterra como Francia habían aumentado sustancialmente sus déficits y sus niveles de endeudamiento interno y externo, por ende, Alemania debía pagar por los daños causados.

Este problema generó un intenso debate entre los miembros de la diplomacia británica y francesa. Por un lado los franceses, que comparten frontera con Alemania y arrastraban problemas territoriales con ellos desde hacía más de cien años (cuando Napoleón organizó la Confederación del Rin en 1806), querían duras sanciones para los germanos. Los británicos, en cambio, tuvieron planteos más condescendientes. Entre los diplomáticos que presionaron por no agravar la situación alemana se encontraba John Maynard Keynes (1883-1946) quien abogó por esta posición desde dos perspectivas. La primera de ellas consistía en tratar de bajar la tensión revolucionaria, que ya había estallado en Rusia y los países derrotados de Europa. En segundo lugar, la previsión de que un retraso en la recuperación comercial del continente europeo daría demasiado poder a la economía norteamericana corriendo el eje financiero de Londres a Nueva York. Todas estas previsiones fueron publicadas en un libro llamado *Las consecuencias económicas de la paz* publicado en 1919.

Por su parte, el gobierno norteamericano buscaba que Alemania pagara una pequeña cantidad y que esta fuera fijada rápidamente. El supuesto detrás de esto era que la reconstrucción europea financiada por préstamos norteamericanos sería imposible mientras las reparaciones que debía pagar Alemania fueran inciertas. No obstante, el monto que la Comisión de Reparaciones estableció recién en 1921 fue bastante mayor a la capacidad real de pago de un país que había quedado destruido luego de la guerra.

Finalmente, el nuevo Estado Alemán fue sometido a las siguientes sanciones:

En primer término, se destacan las prohibiciones referidas a las capacidades militares: entrega de todo el material militar y de la flota de guerra; ocupación de la orilla izquierda del Rin y desmilitarización de Renania; reducción del ejército a 100.000 hombres y 4000 oficiales, sin artillería pesada, submarinos ni aviación. Prohibición de fabricar material de guerra. Disolución del Estado Mayor del Ejército y supresión del servicio militar obligatorio en Alemania. En cuanto a la cuestión territorial, Alemania perdió 13 % de su territorio: de tener 540.766 km² pasó a tener 468.787 km² y fue obligada a ceder todo su imperio colonial, que fue repartido entre las naciones vencedoras, principalmente entre el Reino Unido y Francia. Las partes Novena y Décima del Tratado establecían la creación de una Comisión de Reparaciones de Guerra, la cual fijó los montos y los recursos financieros y económicos que debían pagar los alemanes. Entre ellos se destaca: una cantidad inusitada de marcos en oro; importantes ventajas y privilegios económicos y comerciales para las naciones vencedoras; la entrega de la mitad de la producción química y farmacéutica, carbón, cabezas de ganado, producción agropecuaria y todos los barcos de la flota mercante (Kreibohm, 2019).

Estas condiciones impedirían la recuperación económica y social de Alemania y serían un fuerte condicionante para toda la situación posterior.

Consecuencias territoriales y humanas

El fin de la guerra llevó a la desaparición de cuatro imperios: el alemán, el austrohúngaro, el ruso y el otomano. Esta fragmentación tuvo grandes implicancias al romper la estructura económica de cada imperio, provocando elevados gastos de reconversión industrial en un contexto de posguerra.

La creación de nuevos países multiplicó las fronteras aduaneras, la creación de nuevas monedas y de sus respectivos bancos centrales y nuevos sistemas fiscales e impositivos. Todos estos cambios se dieron en un contexto de no ayuda internacional. Además de estos problemas, estos nuevos países enfrentaron los inconvenientes de reestructurar los vínculos comerciales entre las diferentes regiones que ahora conformaban ese país, en función de consolidar un mercado interno y vincularse al externo.

En términos poblacionales, se estima que 10 millones de soldados murieron en la Primera Guerra y más de 20 millones fueron heridos, mientras que las víctimas civiles se calculan en 7 millones. Uno de los grandes problemas a enfrentar por parte de los Estados, una vez terminada la guerra, fueron los millones de soldados que retornaron a sus países con heridas físicas (desfiguraciones, amputaciones, etc.) y psicológicas (estrés postraumático) que les impedían reinsertarse en la vida civil. A esta situación de base hay que sumarle los millones de personas que murieron luego de la guerra por enfermedades²⁴, y malnutrición.

El rol de la mujer cambió drásticamente con la guerra. Hasta 1914 las mujeres se dedicaban en su mayoría a las tareas domésticas y en caso de acceder a algún trabajo su remuneración era menor que

la del hombre. La masiva muerte de varones en los frentes de batalla hizo que las mujeres comenzaran a trabajar en la industria pesada y en otras actividades que, hasta ese momento, habían sido exclusivas de los hombres. Esta conquista en el ámbito laboral intensificó la lucha por el acceso al voto que se había iniciado para principios del siglo XX. En varios países las mujeres pudieron votar luego de la guerra.

Los costos económicos de la guerra

La guerra no solo significó la pérdida de millones de vidas humanas y el desmembramiento de los imperios, sino que también tuvo un gran impacto en la destrucción de los cultivos, vías de comunicación, infraestructuras, fábricas, máquinas y de varias ciudades.

El sector industrial, que desde 1914 se había desarrollado en generación de productos para la guerra dejando de lado las demandas de la sociedad civil, tuvo un lento proceso de reconversión que se vio entorpecido por la crisis económica desatada entre 1920 y 1921.

Una de las grandes preocupaciones de los países intervinientes en el conflicto consistió en la manera de financiar los gastos de la guerra. Todos recurrieron a una combinación de emisión de moneda, aumento de impuestos y emisión de deuda (interna y externa). La esperanza de los gobiernos, tanto de la Triple Alianza como de la Entente Cordial, era que cuando esta finalizase los perdedores iban a tener que pagar el costo de las reparaciones y

ese dinero sería utilizado para sanear las cuentas públicas. Esta ilusión nunca llegó a concretarse.

Respecto de los Estados Unidos, su participación en la guerra tenía claras diferencias con sus homólogos europeos. En primer lugar, su ingreso al conflicto fue tardío. En segundo lugar, la guerra no se peleó en su territorio. En tercer lugar, fue el principal proveedor de insumos, materiales y financiación para los países de la Entente. Al finalizar la guerra, Norteamérica no sólo había logrado expandirse económicamente sobre los mercados exteriores, sino que se había convertido en el primer prestamista a nivel internacional. El dólar reemplazó a la libra esterlina como instrumento de cambio en las transacciones internacionales y la Bolsa de Nueva York se consolidó como el centro financiero internacional. El fin de la Primera Guerra puso en jaque la idea de la hegemonía europea de inicio de siglo, dando lugar al ascenso de los Estados Unidos como un nuevo actor a nivel internacional.

Reflexiones finales

La Primera Guerra Mundial no fue un hecho ni fortuito ni azaroso, desde finales del siglo XIX las tensiones y rivalidades entre las potencias económicas e industriales europeas iniciaron un proceso de crisis y de guerras que devendrían en las formaciones de alianzas militares que azuzarían un estallido bélico de proporciones épicas.

La guerra no solo impactaría en Europa, lugar donde todo comenzó, sino que, a diferencia de los conflictos armados de las décadas anteriores, las batallas y enfrentamientos se darían a lo

largo de todo el globo. Los nuevos desarrollos industriales aplicados a la industria bélica permitieron que el mundo se convirtiera en un teatro de operaciones. Desde bombardeos y ataques a ciudades hasta los ataques a los buques mercantes y de pasajeros, nadie estaba a salvo de la guerra.

Atrás quedaban los años de la Belle Époque donde la integración económica y los desarrollos de la Revolución Industrial habían dado lugar a un período de prosperidad que parecía no tener fin. La prolongación del conflicto tuvo serios efectos en la población y en la economía en general, tanto en los países beligerantes como en los neutrales. América latina que, en un primer momento, se sentía segura por la distancia geográfica, sintió de lleno el impacto de la guerra en términos de las limitaciones comerciales y financieras.

Todos tuvieron que enfrentar restricciones económicas y de bienes esenciales sumadas a un proceso de alta inflación. Aunque no todos los países pudieron soportar la escasez de bienes básicos como el alimento y el carbón. La precariedad económica alentó una crisis social y política en Rusia que llevaría a un estallido revolucionario en 1917. Rusia se convertía en el primer país en adoptar el socialismo.

El fin de la guerra en 1918 generó algarabía en los países de la Entente, el armisticio ponía fin a casi cinco años de restricciones, la idea de una vuelta a la normalidad era posible. Para los países perdedores, la situación era más compleja al quedar a la espera de los tratados de paz. La Conferencia de París en 1919 estableció reducciones territoriales y militares junto al pago de reparaciones a los vencidos, en el caso puntual de Alemania el agregado de la culpabilidad de guerra. Pero en dicha conferencia, dos de los

aliados (Italia y Japón) no recibieron ni el trato ni los beneficios que se les habían prometido. Las traiciones y arbitrariedades de la Conferencia cimentarían las bases para un descontento que conduciría a una nueva guerra.

Bibliografía

Compagnon, Olivier. (2014). *América latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914, 1939)*. Buenos Aires: Crítica.

Kreibohm, Patricia. (2019, junio). “El Tratado de Versalles: la firma de una Paz Cartaginesa”. *Relaciones internacionales*, 28(56). Recuperado de www.scielo.org.ar

Stevenson, David. (2013). *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Debate.

Zweig, Stefan. (2021). *El mundo de ayer*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

- [1.](#) La alianza funcionó entre 1873 y 1878, formada por Alemania, Austria y Rusia.
- [2.](#) La guerra ruso-turca (1877-1878) fue un enfrentamiento entre Rusia y el Imperio Otomano concluido con la firma del tratado de San Stefano que daba al Imperio Ruso una importante influencia en la zona de los Balcanes. Medida que intentó ser revertida por las grandes potencias en el Congreso de Berlín en junio-julio de 1878. Rusia logró una presencia más fuerte en la zona del Cáucaso (Besarabia). Rumania, Serbia y Montenegro obtuvieron su independencia y se permitió que Austria-Hungría administrara las regiones de Bosnia y Herzegovina.

3. En 1894 se realiza la alianza entre Francia y Rusia. En 1904 se formaliza el acuerdo entre Francia y Gran Bretaña y en 1907 entre Rusia y Gran Bretaña.
4. Entre 1905 y 1906 se dio la primera guerra marroquí. Entre 1908 y 1909 la anexión de Bosnia por parte de Austria. En 1911 la segunda guerra marroquí y en 1913-1914, la segunda guerra balcánica.
5. Serbia era uno de los principales proveedores de cerdos a Austria. Ante el intento serbio de evadir el control económico establecido por los austriacos, estos últimos impusieron varias sanciones económicas en el año 1908.
6. A dichas gestiones diplomáticas entre Austria-Hungría, Alemania, Rusia, Francia y Gran Bretaña se las conoce como la “crisis de julio”.
7. Se conoce como “taylorismo” a una de las primeras formas de administración científica de los tiempos de trabajo en el marco del capitalismo. En la búsqueda por maximizar la rentabilidad la producción capitalista tiende a eliminar los tiempos muertos de producción. Los estudios de Frederick Taylor (1856-1915) permitieron elaborar un sistema de organización racional del trabajo que expuso en su obra *Principles of Scientific Management*, publicada en 1911.
8. Se conoce como “fordismo” al sistema de producción en cadena implementado por la empresa Ford para la fabricación de automóviles.
9. Se calcula que durante los primeros seis meses de la guerra los submarinos habían hundido más de 40.000 toneladas en pertrechos de guerra y abastecimientos.
10. Las empresas alemanas que avanzaron en la producción de gases tóxicos para su uso durante el conflicto fueron BASF, Hoechst y Bayer. Para más información puede consultarse historia.nationalgeographic.com.es
11. El domingo 9 de enero de 1905, en el marco de la guerra ruso-japonesa, los trabajadores rusos se movilizaron al Palacio de Invierno en reclamo de mejoras laborales. El gobierno ordenó disparar contra los manifestantes provocando una gran matanza. Posteriormente, en un intento por apaciguar la situación, el Zar concedió algunos derechos civiles y permitió la creación de la Duma Estatal.
12. El Imperio Ruso todavía utilizaba el calendario juliano que atrasaba 13 días con respecto al calendario gregoriano utilizado en Occidente.
13. El nombre se debe al jefe del Estado Mayor Alfred von Schlieffen. El plan pudo concretarse recién en 1914, con el inicio de la guerra, aunque nunca se llevó a cabo tal como fue planificado. Schlieffen había fallecido en 1913 y en 1914 la guerra había estallado primero en el frente oriental obligando a Alemania a mantener tropas para enfrentar al ejército ruso. No obstante, citar este plan sirve

como demostración para entender que mucho antes del estallido de la guerra los Estados se preparaban para un conflicto bélico, descartando la hipótesis de la espontaneidad o de un conflicto provocado solo por el atentado al archiduque.

[14.](#) La neutralidad belga estaba garantizada por Inglaterra por el tratado de Londres de 1839.

[15.](#) La idea inglesa consistía en abrir un nuevo frente contra el Imperio Otomano ocupando la península de Galípoli, al mismo tiempo que se buscaba dar asistencia a Rusia y Serbia.

[16.](#) Mustafá Kemal (Atatürk a partir de 1934) lideró el Movimiento Nacional Turco, fundado en 1919, que buscaría consolidar una República moderna en la región. En 1920 se rebelarían contra el gobierno, luego de que este firmara el Tratado de Sèvres, iniciando la guerra de independencia turca. Mustafá Kemal será electo como el primer presidente de la actual Turquía impulsando la creación de un Estado moderno, democrático y laico.

[17.](#) En agosto de 1914, el asesinato del vicecónsul argentino Rémy Himmer en Dinant (sede del consulado argentino en Bélgica) por parte de soldados alemanes; el hundimiento del *RMS Lusitania* el 7 de mayo de 1915 (transatlántico británico hundido por los alemanes donde murieron 128 tripulantes estadounidenses); la detención el 29 de noviembre de 1915 del barco *Presidente Mitre* (con bandera argentina) por la Royal Navy.

[18.](#) Rusia había sido uno de los principales exportadores de granos hacia Inglaterra y Francia durante la guerra. La salida de dicho país en 1917 benefició a los exportadores de granos latinoamericanos.

[19.](#) A partir de enero de 1917 Alemania reactivó sus ataques a los barcos de suministros que se aproximaban a las islas Británicas. Declaró la guerra submarina sin restricciones por lo que no solo se atacarían barcos enemigos sino también neutrales por considerar que aprovisionaban a las fuerzas enemigas.

[20.](#) El telegrama Zimmermann fue una comunicación diplomática secreta emitida por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en enero de 1917 que propuso una alianza militar entre el entonces Imperio Alemán y México. Si Estados Unidos entrara en la Primera Guerra Mundial contra el Imperio Alemán, México recuperaría Texas, Arizona y Nuevo México. El telegrama fue interceptado y descodificado por la inteligencia británica (https://es.wikipedia.org/wiki/Telegrama_Zimmermann)

[21.](#) Para conocer los Catorce Puntos consultar en dhpedia.wikis.cc

[22.](#) Tratado firmado el 26 de abril de 1915 por medio del cual Italia abandonó la Triple Alianza para ingresar a la guerra integrada a la Entente.

[23.](#) Por ejemplo, los mandatos británicos en Palestina (Jordania, Israel, Cisjordania y la franja de Gaza) y en Mesopotamia (Irak) y el mandato francés en Siria.

[24.](#) Por ejemplo, se convirtieron en endémicas enfermedades como tifus, tisis y malaria. Entre 1918 y 1920 el mundo fue atravesado por la pandemia de gripe española que dejó en todo el mundo entre 50 y 100 millones de muertos.

Capítulo 6

El mundo de entreguerras

Guillermo Nakhle

Introducción

La Primera Guerra Mundial ocasionó mucho más que destrucción material y pérdida de vidas humanas: alteró las relaciones económicas en los países. El período 1880-1914, conocido como la Belle Époque o la Primera Globalización (alta integración comercial y migraciones) llegó a su fin. El impacto de la guerra obligó a muchos países a buscar ahora nuevos caminos hacia la prosperidad, ya que los conocidos hasta entonces (como la adopción de un sistema internacional cambiario, como fue el patrón oro), no eran viables en el nuevo contexto. La cooperación de los países se había reducido notablemente como consecuencia del conflicto armado, y habría que esperar muchas décadas hasta que pudieran restaurarse la confianza y la credibilidad mutuas. Esto, sumado a la mayor competencia de nuevos países productores de bienes primarios (como los de América latina), traería mayores problemas a un mercado con sobreoferta de este tipo de bienes.

Los europeos estaban camino a la bancarrota mientras que Estados Unidos actuó como una enorme fuente de préstamos para financiar la recuperación de posguerra. Sin embargo, a fines de

1929 cuando el mercado de valores cayó, los banqueros exigieron el pago de préstamos, incluidos los internacionales. En muchos casos, estos préstamos no podían ser devueltos y miles de bancos quebraron; los consumidores tenían un ingreso monetario disminuido o ni siquiera un ingreso estable, debido al creciente porcentaje de desempleados.

De Rusia a la URSS

Suele decirse que Rusia es un país que “no tuvo siglo XIX”. Esta ingeniosa frase tiene dos lecturas o interpretaciones válidas. Por un lado, desde el punto de vista político, sostenía un régimen de monarquía absolutista, algo típico del siglo XVIII en la Europa continental (es decir, exceptuando el caso de la monarquía parlamentaria británica consolidada en 1688) y, por el otro, desde el punto de vista económico, ya que no había experimentado (otra vez, como el resto de Europa) una plena fase industrializadora. Tomemos por caso que en 1913 la agricultura empleaba al menos el 70 % de la fuerza laboral y representaba más de la mitad del producto nacional (Palomino Arias, 2018).

Un país también con carácter imperial pero opuesto a Rusia era Japón, que había derrotado militarmente a China a fines del siglo XIX y a la misma Rusia a principios del XX. El Zar de Rusia necesitaba una victoria rápida en la Primera Guerra Mundial. Su ejército era el más numeroso, pero estaba pobremente equipado desde el punto de vista tecnológico. Japón era el caso contrario en este sentido: un país territorialmente pequeño, pero con avanzado material bélico, especialmente en su Armada naval.

Muchos factores explican el estallido social de 1917: malos resultados en una guerra inesperadamente larga, la corrupción del Imperio y una economía en ruinas. A principios de ese año hubo múltiples huelgas y disturbios en Petrogrado (el nombre de San Petersburgo entre 1914 y 1924). A diferencia de la Revolución de 1905, en esta ocasión muchos soldados se unieron a los manifestantes y les entregaron armas. Desde el punto de vista político, los diversos partidos socialistas complotaron con los Soviets (consejos de obreros y soldados) para forzar la abdicación del Zar y formar luego un Gobierno Provisional. Este estaría en pie hasta octubre (noviembre según nuestro calendario), el llamado “octubre rojo” por el triunfo del comunismo encarnado en la facción bolchevique liderada por Vladimir Lenin¹. El nuevo régimen buscó la *tabula rasa*, viejo ideal revolucionario que consiste en “borrón y cuenta nueva” en todos los niveles.

En abril de 1917, los alemanes permitieron el regreso del líder bolchevique Lenin del exilio en Suiza a Rusia. Los bolcheviques, rompiendo con la idea de Marx de que la clase trabajadora lideraría el cambio revolucionario, creían que se necesitaba una elite de líderes para guiar la revolución. Una vez que Lenin regresó a Rusia, comenzó a dar discursos públicos apoyando la plataforma popular de “paz, pan, tierra” y rechazó explícitamente la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial. La promesa de “pan” y “tierra” resultaba altamente atractiva para las personas hambrientas y sin tierra (recordemos que la servidumbre había sido abolida en 1861 sin modificar mucho la situación de los campesinos), lo que valió un incremento en los apoyos al partido bolchevique.

Adicionalmente, desde un punto de vista ideológico, el socialismo revolucionario no consideraba la guerra entre Estados como un objetivo deseable. Si el Estado es el agente de la clase dominante (la burguesía), entonces las guerras son comandadas por quienes representan el enemigo de la clase oprimida (el proletariado), con lo cual nada bueno puede emerger de ellas. De todos modos, la revisión de estas políticas provocó que, cuando llegó la Primera Guerra Mundial, muchos miembros parlamentarios de los partidos socialistas votaron a favor de entrar en el conflicto (en Gran Bretaña, por ejemplo, o en Alemania provocando una ruptura en la Segunda Internacional): en la gran mayoría de la socialdemocracia europea el nacionalismo primó sobre otras convicciones más endeble.

Lenin no creía que la revolución pudiera avanzar a través de cambios pacíficos o negociaciones con otros líderes. En octubre de 1917, los bolcheviques llevaron a cabo un golpe en una reunión de los soviets² y tomaron el control de edificios gubernamentales, depósitos de armas y redes de transporte, entre otros puntos clave. A los pocos meses nacionalizaron industrias y bancos y comenzaron a buscar una retirada negociada de la guerra. Los alemanes ofrecieron un draconiano tratado de paz en Brest-Litovsk, que preveía la pérdida de territorios occidentales. A pesar de su inicial reticencia, los bolcheviques debieron aceptar el tratado. El objetivo de salir de la guerra para salvar la revolución no había perdido de vista su sueño mayor: una revuelta de la clase trabajadora de toda Europa que ayudaría a los revolucionarios rusos y restauraría los límites originales del país. Con el fracaso de la revolución internacional, el modelo se redujo al “socialismo en un solo país”.

Ahora que el frente externo estaba cerrado, el proceso que siguió fue la guerra civil entre el Ejército Rojo (comandado por León Trotsky) y el Ejército Blanco, pro monárquico (o sea, a favor de la restauración del Zar), que contó con tibios apoyos internacionales, dado que Rusia había traicionado a sus aliados de la Triple Entente al abandonar unilateralmente el conflicto en marzo de 1918. Los resultados económicos luego de dos años de conflicto eran devastadores. Si tomamos como base el año 1913, podemos afirmar una caída del 36 % de la producción rural y alrededor de 80 % en los sectores industriales y transporte. Las exportaciones e importaciones eran prácticamente nulas (Gregory y Stuart, 1986). La sociedad comunista que establecieron los bolcheviques fue muy diferente de la que habían imaginado los socialistas marxistas del siglo XIX. En lugar de que el Estado “se marchitara” después de una revolución obrera como planteó Marx, el Estado se hizo cada vez más poderoso y, a partir de diciembre de 1922, se conformó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Este bloque se ampliaría con el correr de las décadas y estaría vigente hasta 1991.

Desde el plano económico, en 1921 Lenin impulsó un nuevo programa que llevó por nombre NEP (Nueva Política Económica) en la que se permitirían elementos del capitalismo, como empresas privadas para impulsar la productividad. La NEP puso fin al racionamiento y a las requisas de grano ya que buscó el incentivo a que los agricultores produjesen más y vendiesen más en el mercado, es decir, en un sistema de precios determinados por la oferta y demanda. Desde una perspectiva comparativa, la NEP quizás fue “ la primera experiencia de economía mixta, en la que el Estado desarrollaba una función programadora general y

administraba una serie de empresas nacionalizadas [...] en este sentido, anticipó el experimento nazi de los años treinta y el francés de los años cincuenta y sesenta” (Zamagni, 2016: 167).

Lenin murió en enero de 1924. La dirección quedó en manos de un triunvirato formado por Stalin³, Kamenev⁴ y Zinoviev⁵ tomando posiciones intermedias entre la izquierda (liderada por León Trotsky⁶) y las posiciones más derechistas de Nikolái Bujarin⁷ y abandonando la postura de alentar la revolución mundial. El manejo burocrático de la información dio a Ioséf Stalin mayor control dentro del Partido consolidando su poder. En 1926 Stalin denunció a Kamenev y Zinoviev conformando una nueva troika con Bujarin y Rýkov⁸. En 1929 Trotsky y Zinoviev fueron expulsados del Partido Comunista, Kamenev destituido de sus cargos y Stalin abandonó a sus aliados para encaramarse con el poder político.

Lo cierto es que la URSS atravesaba desde 1928 una nueva crisis económica que fue aprovechada para impulsar la lucha por el control del Estado. Ese año fue votado el Primer Plan Quinquenal. En paralelo a la Gran Depresión (originada en los Estados Unidos en 1929), los soviéticos tenían grandes problemas, empezando por la escasez de alimentos. La nueva dirección estalinista culpó a los *kulaks*, o campesinos propietarios, presentándolos como chivos expiatorios de los múltiples errores de la economía soviética.

El objetivo de la nueva orientación económica consistió en reorganizar la economía agrícola convirtiendo las granjas individuales en granjas colectivas. Ucrania era una de las principales regiones agrícolas de la URSS, con lo cual los ucranianos fueron especialmente vulnerables a las campañas de colectivización forzada por parte del Ejército Rojo. Rebelándose contra el asesinato

y la opresión de sus amigos y vecinos, los granjeros a veces incluso sacrificaban su ganado o destruían sus cultivos antes que entregarlos al Estado soviético. Como resultado, hacia mediados de la década de 1930 el 90 % de las tierras productivas ya estaban colectivizadas, en paralelo las hambrunas y los procesos de “purgas” resultantes causaron al menos diez millones de muertos y detenidos que fueron forzados a trabajar en campos de concentración llamados *gulags*.

Por otra parte, la centralización absoluta de la vida económica (e incluso la vida social y política) alcanzada por el Estado soviético permitió un acelerado proceso de industrialización mediado a partir de los ya mencionados planes quinquenales. Estos planes consistieron en fijar metas de producción a cumplir en un plazo de cinco años, siempre con la industria pesada como prioridad.

Stalin admiraba especialmente a los Estados Unidos y pretendía igualar su modernización. Hizo construir ciudades enteras alrededor de nuevas fábricas y operaciones mineras. Con la ayuda de consultores estadounidenses y alemanes, la ciudad de Magnitogorsk se convirtió en el centro de la producción de acero soviético. El gobierno convocó a trabajadores, tanto hombres como mujeres, de todas las vastas tierras soviéticas para que trabajaran allí y en otras fábricas. Las condiciones de vida eran a menudo terribles y las de trabajo difíciles e incluso mortales.

La política de planes quinquenales se mantuvo en la URSS hasta su disolución en 1991. Sin embargo, los más memorables fueron los primeros tres. El primero de ellos (1928-1932) utilizó la colectivización de la tierra ya planteada para obtener recursos para el desarrollo industrial, las cuotas industriales superaron las

expectativas (máxime en el contexto de crisis que atravesaba la economía capitalista) pero se montó en un intenso aparato de propaganda y trabajo forzado que era ocultado por el Estado.

El Segundo Plan Quinquenal (1933-1937) trastocó la industria, reorientándola al desarrollo del aparato militar. El contexto europeo puso en alerta a los soviéticos desarrollando el armamento bélico en el contexto de una población que aún sufría importantes carencias. El Tercer Plan Quinquenal (1938-1941) fue cortado por el comienzo de la Segunda Guerra y, aunque sus metas no se cumplieron, terminaron por reforzar la industria militar soviética.

La experiencia de los planes quinquenales fue luego imitada por la Alemania nazi cuando Hitler también atrajo expertos internacionales, como el industrial Henry Ford y el aviador Charles Lindbergh, ambos de Estados Unidos, con el objetivo de imitar el primero de los planes impulsados en la URSS.

El fascismo: antiliberal, anticomunista

La Primera Guerra Mundial concluyó con un saldo de destrucción hasta ese momento desconocido. Con aproximadamente 17 millones de muertos y la pérdida de gran parte de su aparato productivo (tanto industrial como agrícola). La catástrofe ocurrió centralmente en el continente europeo, provocando una diferenciación muy importante entre los países de este continente respecto de los Estados Unidos. En términos monetarios, el *ranking* de países según Producto Bruto Nacional (medido en dólares) muestra la enorme brecha que se gestó entre los Estados Unidos y

los países europeos, incluso entre quienes habían librado la guerra desde el bando ganador.



Fuente: Ranking Charts (2021). *Top 10 Countries by GDP (1896-2022)*. <https://youtu.be/LCSVXo8ZUiA>

Toda una generación quedó marcada por el conflicto bélico. Italia había participado en el conflicto en el bando ganador, pero su economía estaba en serios problemas, con altos niveles de desempleo e inflación. Benito Mussolini fundó el Partido Nacional Fascista en 1921 con una plataforma que combinaba elementos nacionalistas, autoritarios, antiliberales y anticomunistas. Mussolini utilizó la violencia política y las milicias paramilitares (conocidas como Camisas Negras) para la confrontación con sus oponentes políticos. En 1922 organizó una masiva Marcha Sobre Roma con sus partidarios para exigir el poder. Ante la amenaza de una guerra civil, el rey Víctor Manuel III nombró a Mussolini como primer ministro a fines de ese año.

Uno de los aspectos centrales de la política económica de Benito Mussolini fue el corporativismo, según el cual la sociedad está compuesta de corporaciones que representan distintos sectores, tanto trabajadores como empleadores de cada rubro. El Estado, según esta concepción, es el árbitro que previene los conflictos sociales (por eso la revolución es una amenaza que debe ser sofocada) y regula la producción, el empleo y las relaciones laborales. El objetivo es mantener la estabilidad económica aun avasallando libertades individuales (piedra angular del liberalismo).

El caso alemán

En el caso alemán, el fracaso del proceso revolucionario más la desastrosa política económica durante la República de Weimar permitieron el crecimiento de la derecha hasta la toma del poder del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (nazi por sus siglas) en 1933.

John Maynard Keynes⁹ escribió en 1919 *The Economic Consequences of the Peace*, donde analizaba, entre otras cuestiones, los problemas que podían traer las duras imposiciones sobre Alemania. Keynes renunció a su puesto de Deputy for the Chancellor of the Exchequer por estar en profundo desacuerdo con las cláusulas del Tratado de Versalles referentes a las obligaciones de los derrotados, en especial Alemania. La economía alemana era el eje de la Europa centro-oriental y el acelerado sendero de depreciación que seguía la moneda, el marco, no era consecuencia de un descenso interno del valor sino por el brutal impacto de las reparaciones en el balance de pagos.

El resultado fue un abrumador déficit comercial, es decir, un exceso de importaciones (cada vez más caras en términos de marcos) sobre un nivel de exportaciones que para cumplir con los pagos mensuales al bando aliado debía multiplicarse por diez. Este déficit en la balanza comercial luego de una fuerte devaluación de la moneda contradecía el conocido efecto Marshall-Lerner¹⁰, quienes postularon que luego de un efecto-precio negativo sobre el saldo comercial, las exportaciones netas mejorarían con el tiempo. Esto en virtud del efecto-cantidad, ya que una moneda debilitada encarece las importaciones, y en contrapartida, abarata los productos nacionales respecto de los precios internacionales¹¹ (Mankiw, 1997).

A pesar de la reapertura de mercados en Europa oriental, el pago a los vencedores de la guerra era insostenible y los daños a la economía alemana incalculables. Precisamente este era el objetivo de la disposición por parte de los Aliados, especialmente de Francia. Irving Fisher (1867-1947), reconocido economista de la Universidad de Yale, quien irónicamente formuló la teoría cuantitativa de la moneda, experimentó en carne propia el mentado poder adquisitivo del dinero; en 1925 fue a Alemania a cobrar las regalías de un libro suyo que había registrado altas ventas antes de 1914. Cuando recibió el cheque del editor, se sorprendió al ver que el monto estaba expresado en marcos, y al convertirlos a dólares la suma no llegaba al 1 % de lo que hubiera cobrado con el tipo de cambio anterior a la guerra. Según Fisher, no se trataba de una estafa sino de una generalizada ignorancia, aun entre los comerciantes, sobre las consecuencias inflacionarias de una excesiva emisión monetaria como hacía el gobierno alemán (Fisher, 1925).

La situación llegó a su punto crítico en 1923. Ante el retraso de los pagos en concepto de reparaciones de guerra, tropas francesas y belgas ocuparon el Ruhr, zona rica en minerales, para cobrar en especie lo que no recibían en moneda. Esta estrategia fracasó — además de constituir un escándalo que la Sociedad de Naciones (comité internacional formado después de guerra, sin la adhesión de los Estados Unidos) no condenó—. Adicionalmente, al estar fuera del sistema de patrón oro, el gobierno alemán no estaba obligado a respetar la paridad fija entre la onza de oro y la moneda local, el marco. Los autores Cameron y Neal lo resumen así:

En 1914, el cambio del marco de oro alemán estaba en 4,2 por dólar. Al final de la guerra, el marco en billete estaba a 14 respecto del dólar; en julio de 1922 había caído a 493, y en enero de 1923, a 17.792. A partir de entonces la depreciación continuó exponencialmente hasta el 15 de noviembre de 1923, cuando la última transacción oficial registró un valor de cambio para el dólar de 4,2 billones (¡4.200.000.000.000!). El marco valía menos que el papel en el que estaba impreso. Llegado este punto las autoridades monetarias alemanas desmonetizaron el marco y lo sustituyeron por una nueva unidad monetaria, el *rentenmark*, que equivalía a un billón de marcos antiguos (2015: 388).

La salida a este descalabro monetario llegó con el llamado Plan Dawes en 1924. Este plan reestructuró el sistema de pagos de guerra alemán y facilitó la recuperación económica del país. El plan fue diseñado por una comisión liderada por el banquero estadounidense Charles G. Dawes, quien más tarde recibiría el premio Nobel de la Paz por esta iniciativa. El plan habilitó préstamos extranjeros a Alemania para estabilizar su economía y pagar las reparaciones de guerra a las naciones vencedoras. Estos préstamos

serían respaldados por garantías financieras proporcionadas por las potencias aliadas (principalmente, dólares de los Estados Unidos).

Recordemos que el dólar nunca dejó de ser convertible al oro (patrón oro), algo que muchos otros países europeos no pudieron sostener. Es cierto que hacia finales de la década de 1910 cerca de cincuenta países ya habían regresado al tipo de cambio fijo, pero este régimen no era idéntico al de preguerra. El nuevo “patrón de cambio oro” permitía a los bancos centrales acumular reservas en oro o, alternativamente, en monedas extranjeras que fueran convertibles. Los dólares y las libras esterlinas eran las monedas más confiables en este sentido. Así operaron estos países hasta que llegó la Gran Depresión en la década de 1930 (Marichal, 2010).

Pese a la extraordinaria carga que representaron las medidas de Versalles, Alemania tenía un gran capital físico y humano, que le había permitido liderar la Segunda Revolución Industrial desde fines del siglo XIX (incluso llegó a superar a los Estados Unidos en la innovación en algunos sectores como la química). Los problemas se acentuaron con la retirada de capitales por la crisis en la bolsa de Wall Street en 1929 y la economía alemana (al igual que casi todo el resto del mundo) entró en recesión y sucesivas quiebras bancarias.

Durante el régimen nazi en Alemania, que se extendió desde 1933 hasta 1945, liderado por Adolf Hitler, se implementó una serie de medidas económicas que buscaron superar la Gran Depresión. Desde antes de 1929, Hitler había promovido el odio y espíritu revanchista contra las medidas del Tratado de Versalles tras la Primera Guerra Mundial. En 1933, el año en el que Hitler llegó al puesto de canciller, seis millones de alemanes estaban desempleados; esto representaba un tercio de la fuerza laboral. A

diferencia de los hombres, las mujeres pudieron al menos mantener puestos de trabajo a tiempo parcial (como el lavado y el cuidado de niños). La tradicional imagen del hombre como quien “gana el pan” (desde mediados del siglo XIX el salario de uno podría sostener al resto del grupo familiar) estaba amenazada. Así es como comprendemos que tanto Hitler como Benito Mussolini en Italia afirmaran que querían restaurar no solo la reputación nacional sino la masculinidad, bajo la premisa de que sin hombres fuertes no hay patria.

El régimen nazi recurrió al financiamiento deficitario para construir infraestructura como modernas autopistas que permitieran que los hombres volvieran a trabajar. Hitler proclamó que los déficits serían cubiertos a través de futuras conquistas. En este sentido, la expansión territorial era clave; en términos del régimen, el “espacio vital” (*lebensraum*) serían aquellos nuevos territorios en Europa del Este que sumó al imperio (el Tercer Reich) incluso antes de 1939.

En 1935, Alemania comenzó a aumentar abiertamente su poder militar, que había sido limitado por el Tratado de Versalles y en 1936 las tropas alemanas ocuparon la región del Rin, un área en el oeste de Alemania fronteriza con Francia. Debido a la premisa de una nación, un líder y una raza (la denominada “aria”), el Estado instituyó un sistema de préstamos para parejas que dieran a luz a bebés considerados puros arios y cuyas madres renunciaran a su empleo. En 1938 Austria celebró su incorporación al Tercer Reich (lo cual estaba prohibido por el Tratado de Paz de París), y se procedió a confiscar la gran cantidad de oro de Austria, un acto que se repetiría en toda Europa junto con la confiscación de la riqueza de la población judía. En marzo de 1939, Alemania anexó

Checoslovaquia. Además de hacer acuerdos con Francia y el Reino Unido, Hitler hizo acuerdos con Stalin, intercambiando grano soviético por maquinaria alemana y otros bienes industriales.

Mussolini también desarrolló una política expansiva, enviando el ejército italiano a Etiopía en 1936, como parte de una campaña propagandística que evocaba las glorias de las legiones romanas del mundo antiguo.

Entre los pilares de la política económica nazi encontramos, consecuentemente, el rearme y la expansión militar. El gobierno invirtió en la construcción de infraestructuras relacionadas con la guerra. Esto creó empleo y estimuló la producción industrial, lo que redujo significativamente el desempleo en Alemania. El régimen implementó también políticas proteccionistas y promovió la autosuficiencia económica. Ante una hipótesis de guerra (lo que sería la Segunda Guerra Mundial entre 1939 y 1945), el régimen buscó reducir la dependencia de Alemania de los productos extranjeros.

Asimismo, el gobierno controlaba y dirigía la economía de manera centralizada. Las empresas estaban sujetas a una fuerte regulación y dirección estatal. No hubo supresión de la propiedad privada (salvo en las confiscaciones a grupos étnicos perseguidos como los judíos) pero el Estado ejercía coacción sobre los empresarios en la búsqueda de los objetivos del régimen. Quien mejor ha sintetizado la concepción del trabajo de los regímenes fascistas, aun sin adherir explícitamente a un nacionalismo afiebrado, ha sido el filósofo y escritor alemán Ernst Jünger (1895-1992), quien describía en estos términos el clima de época con suma claridad:

Así es como, a la vez que se difuminan los estamentos y quedan recortados los privilegios de la nobleza, también va desdibujándose el concepto de casta guerrera; constituir la representación armada del país deja de ser el deber y el privilegio únicamente de los soldados profesionales y se convierte en tarea de todos los hombres aptos para las armas [...] junto a los ejércitos que se enfrentan en los campos de batalla surgen los nuevos ejércitos del tráfico, del abastecimiento, de la industria del armamento —el ejército del trabajo en general (1995: 96-97).

La expansión de Estados Unidos previa a 1930

En el caso de los Estados Unidos debemos decir que a principios del siglo XX no solo prosperó la industria automotriz, sino que la innovación tecnológica permitió el consumo masivo de bienes duraderos (por ejemplo, autos, radios y tocadiscos). El acero abundante y barato, facilitado por mecanismos ideados durante la Segunda Revolución Industrial (en particular el convertidor de Henry Bessemer¹²), permitió la construcción de rascacielos que redefinieron el ámbito urbano. En el colectivo imaginario eran tiempos de optimismo y progreso ininterrumpido.

La década de 1920 fue particularmente próspera para los Estados Unidos, que habían entrado tarde a la Primera Guerra y no habían tenido que pelear en su territorio. En segundo lugar, los avances tecnológicos cambiaron los hábitos de consumo, en un contexto urbano que se redefinía y modernizaba (por ejemplo, con la extensión de la red eléctrica).

A diferencia de Europa, Estados Unidos salió fortalecido de la guerra. Había pasado de ser deudor a acreedor y había conquistado nuevos mercados en el extranjero a costa de los productores

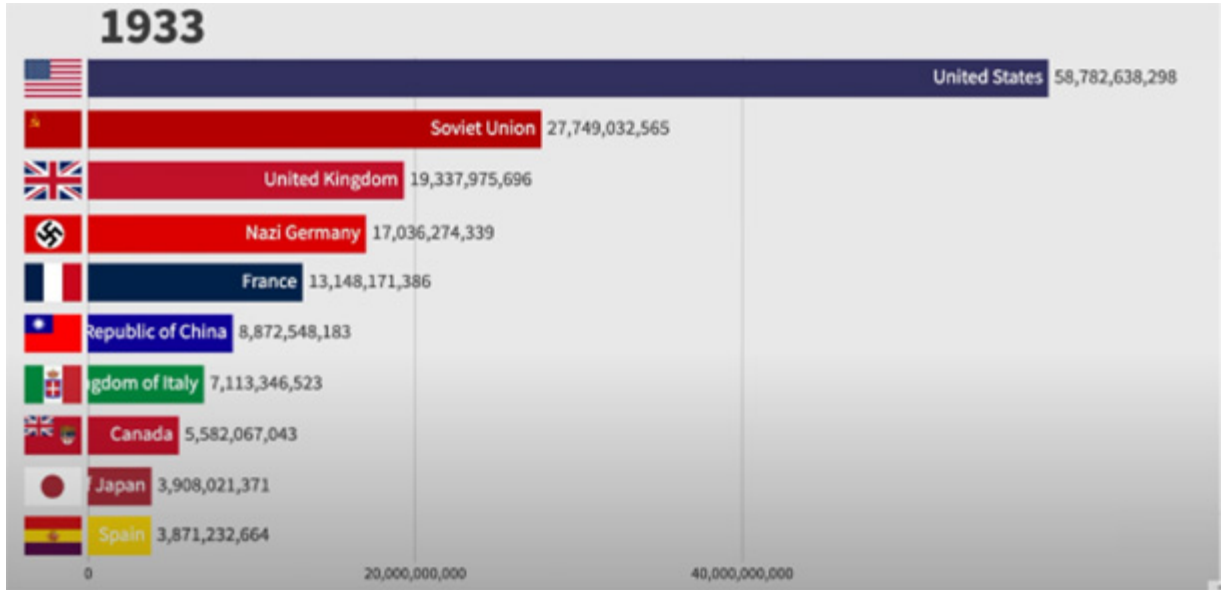
Europeos. En cuanto a los servicios financieros, esta época fue conocida como “la diplomacia del dólar”. Esta consistió en una enorme contratación de préstamos por parte de gobiernos y bancos regionales, en particular los de América latina. Los testimonios gráficos de la época muestran una nueva vida urbana asociada a un consumo hedónico, es decir, al placer y no a la pura necesidad. Esta tendencia marca también nuestra sociedad contemporánea.

Además de la caída de los precios agrícolas a nivel mundial desde 1925 y la desaceleración del crecimiento de la industria automotriz norteamericana desde principios de 1929, el factor especulativo en la Bolsa de Wall Street (en la cual también cotizaban acciones de empresas europeas) fue un elemento clave, y quizás el más célebre, que desató plenamente la Gran Depresión.

El mecanismo a través del cual muchos trataron de obtener ganancias rápidas con el alza de las acciones era el siguiente:

Los compradores de acciones tenían la seguridad de revenderlas en un plazo relativamente corto obteniendo beneficios sustanciales y, además, podían obtenerlas con poco dinero en efectivo, recurriendo al crédito bursátil. El volumen de estas operaciones a crédito creció de 2200 millones de dólares, en 1925, a 8500 millones en octubre de 1929, equivalentes al 80 % de las transacciones. La operatoria era simple: el comprador pagaba en efectivo el 10 % de las acciones adquiridas y el 90 % restante lo pagaba el corredor de bolsa a partir del crédito otorgado por algún banco. En poco tiempo se podían vender con un beneficio, por ejemplo, del 10 %, que se dividía entre el particular y el agente de bolsa; entonces recomenzaba la operatoria mencionada. Este procedimiento generó un aumento de los valores bursátiles que dejó de reflejar la evolución de la economía real para convertirse en una burbuja especulativa: mientras que la producción industrial aumentó un 30 %, las acciones aumentaron más de un 60 % (Lauro, 2014: 82).

En los siguientes cuadros podemos apreciar el antes y el después en la evolución del Producto Bruto de las principales economías del mundo, tomando como momento central la caída de la Bolsa de Wall Street.



Fuente: Ranking Charts (2021). *Top 10 Countries by GDP (1896-2022)*. <https://youtu.be/LCSVXo8ZUiA>

Luego del derrumbe de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929, siguió una ola de quiebras bancarias en varios países. Solo en Estados Unidos, de los 24.000 bancos que existían antes de la crisis apenas la mitad sobrevivía en 1932. Esto ocasionó una contracción del crédito, una baja en los niveles de consumo y un fenómeno deflacionario (baja de precios) muy dañino para la economía mundial. Esto se vio reflejado en los niveles de comercio internacional y una vuelta al proteccionismo.

Inglaterra conservó su papel como emisor de una moneda de reserva internacional, aunque progresivamente la *city* londinense se vería desplazada por Wall Street. Los países miembros de la comunidad del patrón oro antes de la Primera Guerra, iniciaron una etapa diferente, cargada de regulaciones y trabas comerciales.

Por un lado, muchos países abandonaron rápidamente el patrón oro para cuidar sus reservas y, por el otro, la firme decisión del presidente norteamericano Herbert Hoover¹³ de mantener la paridad del dólar con el oro, convencido de que se trataba de una crisis pasajera, como había sucedido hasta entonces siendo parte del funcionamiento cíclico del sistema capitalista. Además, para proteger a los productores locales y como respuesta a las devaluaciones de otros países (“políticas de empobrecer al vecino”), el gobierno decidió implementar una serie de aranceles, que intensificaron aún más su política comercial que ya era una de las más proteccionistas del mundo. Por otro lado, en sus primeros años de gobierno, Hoover mantuvo la ortodoxia fiscal, es decir, el equilibrio entre los ingresos y los gastos públicos.

En 1931 la situación internacional seguía empeorando y la recuperación no estaba “a la vuelta de la esquina” (*around the*

corner), como querían creer o hacer creer algunos economistas, incluso en los Estados Unidos. Muchos gobiernos elevaron las tarifas a la importación, fijaron precios mínimos y abandonaron el patrón oro para devaluar la moneda. Ese año, el país líder del siglo XIX, Gran Bretaña, devaluó su moneda respecto del oro. De nada sirvieron varios siglos de experiencia bancaria (el Banco de Inglaterra había sido fundado en 1694), una sofisticada organización en la que los depósitos se expandieron al ritmo de la actividad financiera o el frente exterior, con vínculos coloniales que le aseguraban un mercado para sus productos. La Gran Depresión aceleró la decadencia de la hegemonía británica (*pax britannica*).

En el espacio interno, el desempleo llegó en Estados Unidos a niveles muy elevados (25 % en promedio, casi un 40 % si consideramos solamente el sector industrial). La decisión de abandonar el régimen de patrón oro llegó tarde, y fue una de las primeras medidas de uno de los presidentes más influyentes del siglo XX: Franklin Delano Roosevelt¹⁴. Debido a que la crisis financiera de 1929 ya se había trasladado al sector real de la economía y afectó los niveles de producción y empleo, la respuesta del presidente Roosevelt fue su programa conocido como New Deal. El New Deal consistió en un programa de amplio espectro, destinado no solamente sacar al país de la crisis sino también buscó reformar a largo plazo el rol del Estado en la economía. Por ejemplo, no solo impulsó obras públicas en zonas desfavorecidas, sino que lanzó un sistema nacional de pensiones que sigue vigente hoy en día.

A finales de 1933, Keynes escribió una carta abierta al presidente Roosevelt, quien había asumido ese año. Keynes instaba al

presidente a no descuidar la recuperación, fundamental para ganar la confianza de los mercados. El principio keynesiano de incrementar el gasto público en tiempos de crisis fue uno de los pilares de la política económica de muchos países.

Las leyes que aprobó el Congreso en todos estos años (y en un tiempo récord) significaron medidas en favor de la recuperación económica pero también reformas sociales muy importantes. En principio, muchas de estas medidas se plantearon como una emergencia ante situaciones excepcionales, pero con el paso del tiempo quedó claro que habían llegado para quedarse. De ahí que el impacto del New Deal haya trascendido a la coyuntura de la crisis de 1929. La intención de Franklin D. Roosevelt consistió en mejorar la situación de los trabajadores, en general a través de la regulación de los beneficios o la cobertura que recibían los obreros. Por este tipo de iniciativas, muchos observan en estos años la configuración de un modelo de capitalismo de Estado de Bienestar.

Una consecuencia lógica del New Deal fue el notable crecimiento del déficit fiscal, producto de la política activa del Estado para reanimar la economía en crisis. Este gasto llegó a niveles récord a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual toda la industria norteamericana se reconfiguró y reorientó hacia el esfuerzo bélico. Por ejemplo, el ensamble de aviones bombarderos en poco más de una hora fue posible gracias a la línea de montaje diseñada por Henry Ford originalmente para automóviles.

En conclusión, la crisis de 1929 persistió por varios años. Ese período de Gran Depresión demandó respuestas excepcionales por parte del gobierno. De esto se trató el New Deal, un ambicioso programa de *recuperación* y *reforma* (objetivos explícitos del

momento, sumado a la asistencia inmediata, *relief*) que creó muchísimas agencias para ampliar la intervención del Estado en casi todos los aspectos de la vida económica y social. FDR ocupó la presidencia entre 1933 y 1945 y fue un hombre de acción. Durante sus mandatos, el gasto público alcanzó niveles inéditos y esto fue criticado por muchos, porque fue un gasto financiado con deuda y no con impuestos.

El rol de la Gran Depresión en la economía como disciplina científica

La Primera Guerra Mundial y la crisis económica de 1930 fueron catalizadoras de una mayor demanda estatal de especialistas ante el nuevo escenario. Hasta entonces, la economía, tanto como disciplina académica cuanto instrumento de la tecnocracia, había estado en la órbita de una elite social y políticos y no bajo el mando de grupos técnico-universitarios. A partir de la Depresión de 1930 resultó imposible disociar el poder económico del poder político. Los mecanismos automáticos de ajuste y la apertura comercial habían dejado de ser la norma.

Durante el período de entreguerras, se aplicaron nuevas técnicas (como la contabilidad del ingreso nacional y la programación lineal) para mejorar los mecanismos de coordinación de los esfuerzos de guerra. Mientras que la generación de economistas de fines del siglo XIX en los Estados Unidos creía que las teorías científicas debían tener asidero en el mundo real, los creadores de la Econometric Society en 1930 buscaban igualar el rigor científico con la

consistencia lógica, es decir, la simplificación de los problemas para que pudieran ser formulados como conjuntos de ecuaciones para luego formar parte de modelos matemáticos acordes (Backhouse y Fontaine, 2010). Este punto de vista fue muy influyente en el mundo académico occidental durante varias décadas.

Una de las características principales de la Gran Depresión de la década de 1930 fue el hecho de que casi todos los países abandonaron el sistema de patrón oro al mismo tiempo, algo que nunca había ocurrido entre 1880 y 1913. Durante la década de 1920 el cumplimiento de las normas del patrón oro no había garantizado la estabilidad monetaria, ni siquiera en los países centrales. Estos momentos críticos fueron catalizadores de una mayor demanda estatal de grupos técnicos.

A diferencia de la primera posguerra, el escenario que empezaba a configurarse con la victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial incluía intenciones de acuerdos internacionales a nivel comercial y financiero. La conferencia multinacional de Bretton Woods (1944) y algunas de las instituciones que siguieron —el Fondo Monetario Internacional, el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio— fueron prueba de esa nueva orientación.

Bibliografía

Backhouse, Roger y Fontaine, Philippe (Eds). (2010). *The History of the Social Sciences since 1945*. Cambridge: Cambridge University Press.

Cameron, Rondo y Neal, Larry. (2014). *Historia económica mundial. Desde el paleolítico hasta el presente*. Madrid: Alianza.

- Cortés Conde, Roberto. (2012). *Historia económica mundial. Desde el Medioevo hasta los tiempos contemporáneos*. Buenos Aires: Ariel.
- Gregory, Paul y Stuart, Robert. (1986). *Soviet Economic Structure and Performance*. Nueva York: Harper & Row.
- Fisher, I. (1925). "La ética en el sistema monetario". *Revista de Economía Argentina*, 88, 241-258.
- Jünger, Ernst. (1995) [1930]. *Sobre el dolor. Seguido de La movilización total y Fuego y movimiento*. Barcelona: Tusquets.
- Lauro, Elsa. (2014). "La economía de los años veinte: de la Gran Guerra a la Gran Depresión". Brauner Susana (Ed.). *El mundo después de la 1era. Guerra*. Buenos Aires: Temas.
- Mankiw, N. Gregory. (1997). *Macroeconomía*. Barcelona: Antoni Bosch.
- Marichal, Carlos. (2010). *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*. Barcelona: Debate.
- Palomino Arias, Medardo. (2018). "Industria fabril y crecimiento económico de la Unión Soviética: una mirada desde la historia económica". *Semestre Económico*, 21(48), 179-205. Recuperado de doi.org
- Zamagni, Vera. (2016). *Una historia económica. Europa de la Edad Media a la crisis del euro*. Barcelona: Crítica.

1. Vladímir Ilích Uliánov, Lenin, (1870-1924) fue un abogado y político ruso, reconocido por su militancia revolucionaria dentro del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR) y máximo dirigente de la fracción bolchevique

(luego Partido Comunista) del mismo. Con la toma del poder durante los acontecimientos de la revolución de 1917 se convirtió en presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo desde 1917 hasta su muerte en 1924.

2. La insurrección que llevó a la toma del poder fue organizada para el día 24 de octubre (7 de noviembre del calendario gregoriano) previo a la organización del Segundo Congreso Panruso de los Soviets. La idea consistía en llegar al congreso con el hecho consumado, pero la caída del Palacio de Invierno se retrasó hasta ya comenzado el Congreso el día 25.

3. Iósif Vissariónovich Dzhughashvilia (1878-1953) también conocido como Stalin (Acero) fue un militante revolucionario del PSDR y luego de la fracción Bolchevique (reconvertida en PCUS). Ocupó los cargos de secretario general del Partido entre 1922 y 1952 y presidente del Consejo de Ministros entre 1941 y 1953 centralizando en torno a su persona el poder político de la URSS.

4. Lev Kamenev (1883-1936) fue un militante revolucionario bolchevique y el primer jefe de Estado soviético en noviembre de 1917. Ocupó cargos relevantes hasta 1926 cuando la lucha de facciones lo enfrentó a Stalin. Fue destituido del partido en dos ocasiones antes de ser ejecutado en 1936 en el marco de los Procesos de Moscú.

5. Grigori Zinoviev (1883-1936) fue un militante revolucionario bolchevique. Fue presidente del Soviet de Petrogrado (Leningrado desde 1924) desde 1917 hasta 1926. Luego de la muerte de Lenin se unió al triunvirato formado por Stalin y Kamenev. Fue expulsado del Partido en el marco de las purgas impulsadas por el estalinismo. Años después fue acusado y asesinado luego de los juicios de Moscú.

6. Lev Davídovich Bronstein (1879-1940) también conocido como Trotsky. Fue un militante revolucionario que se suma a los bolcheviques en el marco de la revolución de 1917. Luego de la toma del poder fue comisario de Asuntos Exteriores (participando en la firma del Tratado de Brest-Litovsk) y de Asuntos Militares, dirigiendo el Ejército Rojo durante la guerra civil. Tras ser destituido y exiliado organizó la oposición a Stalin cuyo corolario se alcanzó con la fundación de la Cuarta Internacional en 1938. Fue asesinado en México por un agente del NKVD que respondía a las órdenes de Stalin.

7. Nikolái Bujarin (1888-1938) fue un militante revolucionario bolchevique. Economista y autor de *La economía mundial y el imperialismo* (1918). En 1921 apoyó la NEP como parte de planes transicionales en camino al comunismo. En un primer momento se mantuvo distante de la lucha sucesoria, pero se unió a

Stalin en 1926 con el objetivo de sostener la política económica. En 1929 se enfrentó a Stalin y fue destituido de sus cargos. Años después fue enjuiciado en el Tercer juicio de Moscú y luego de admitir cargos falsos que se le imputaban fue asesinado con otros acusados el 13 de marzo de 1938.

[8.](#) Alekséi Rýkov (1881-1938) fue un revolucionario bolchevique que ocupó cargos de mucha importancia durante el período revolucionario y con posterioridad hasta 1936. Durante la guerra civil presidió el Consejo Supremo de Economía. Fue acusado en 1937 de conspiración en el contexto de la Gran Purga y asesinado luego del Tercer Juicio de Moscú el 12 de marzo de 1938.

[9.](#) John M. Keynes (1883-1946), hijo del reconocido filósofo John Neville Keynes, tuvo una educación de elite en el Eton y en el King's College de Cambridge. Se graduó en Matemáticas e hizo cursos de Economía con Alfred Marshall y Arthur Cecil Pigou. Ejerció como funcionario del India Office en 1906 y luego como profesor en Cambridge hasta 1915. En 1916 ingresó en el Tesoro británico y estuvo como delegado de este organismo en la Conferencia de Paz de París. En 1919 renunció a su puesto como protesta ante el régimen de reparaciones impuesto a Alemania. En 1925 criticó la vuelta al patrón oro del gobierno británico por considerarlo una reliquia de un tiempo ya perimido (el período 1870-1914). En 1936 publicó *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, su principal obra, donde sostiene que el Estado tiene un rol central en sostener los niveles de demanda agregada y que las expectativas de los empresarios son cruciales para determinar el nivel de inversión (el ahorro no siempre se traduce en mayor inversión).

[10.](#) El Teorema de Marshall Lerner fue elaborado por el economista inglés Alfred Marshall y luego mejorado por el economista estadounidense Abba Lerner.

[11.](#) Mundell y Fleming habían señalado que se recuperarían de la depresión de 1930 aquellos países que redujeran el valor de su moneda (elevando la oferta monetaria, por ejemplo), lo cual estimularía las exportaciones y la producción.

[12.](#) Henry Bessemer (1813-1898) fue un inventor británico que perfeccionó los procesos de producción siderúrgicos. Su método fue implementado durante cien años, desde mediados de la década de 1850 hasta la década de 1950.

[13.](#) Herbert Clark Hoover (1874-1964) presidente de los Estados Unidos por el Partido Republicano entre 1929 y 1933. Había sido secretario de Comercio durante las presidencias de sus antecesores Warren Harding (1921-1923) y Calvin Coolidge (1923-1929).

[14.](#) Franklin Delano Roosevelt (1882-1945) o FDR, fue presidente de los Estados Unidos por el Partido Demócrata entre 1933 y 1945.

Capítulo 7

Los “treinta años gloriosos” del capitalismo.

Crecimiento, bienestar y crisis desde la segunda posguerra hasta los años setenta

Romina Berman

Introducción

En las vísperas de la finalización de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) las naciones que perfilaban para constituirse vencedoras no estaban dispuestas a enfrentar los mismos obstáculos que habían surgido tras la Gran Guerra (1914-1918). Esas huellas, que aún estaban latentes, habían dejado resultados traumáticos en términos económicos, con sus consecuentes castigos sociales sobre buena parte de la población europea. Esta vez se apuntó a configurar a tiempo un nuevo orden económico mundial: las sanciones para Alemania no estuvieron orientadas a asfixiar su economía; Estados Unidos favoreció con el Plan Marshall a los Estados europeos que mostraron su adhesión en el marco de la Guerra Fría; el país del norte decidió tomar las riendas y fijó los criterios a seguir a través del sistema de Bretton Woods. Estos factores no solo permitieron una rápida recuperación económica, sino que además sentaron las bases para una senda de crecimiento

sostenido durante casi treinta años. Crecimiento del que también participaron los países periféricos y hasta la Unión Soviética, aunque desde ya, con ritmos y condiciones particulares en cada caso (Hobsbawm, 1998; Marichal, 2010).

En este capítulo analizaremos cuáles fueron los elementos que dieron forma al citado período de expansión económica, fundamentalmente en los países occidentales, como así también sus límites. Para ello abordaremos la influencia de las instituciones políticas, las normativas internacionales, el desarrollo tecnológico, y cómo estas dimensiones impactaron en las regiones del Tercer Mundo.

El proceso de integración europea

Para 1945, Estados Unidos se instituyó como potencia mundial, al mismo tiempo que los países europeos que otrora habían ocupado ese lugar veían su propia subordinación como salida obligada. Es así como comenzó a cobrar fuerza la idea de la unidad para hacerle frente a los siguientes escollos que, según la historiadora Marie Thérèse Bistch (1996), aquejaban a aquellos Estados: la erosión del prestigio y el poder político a causa de la guerra; la debilidad económica extrema; la necesidad de contar con acuerdos regionales para resolver los problemas que podría acarrear Alemania en el futuro. A su vez, la creciente tensión entre la Unión Soviética y los Estados Unidos como cabecillas del nuevo e inminente orden bipolar inclinó a la dirigencia estadounidense a apoyar la idea de generar un bloque europeo, en el marco de su política de contención frente al comunismo. Quizás un poco en continuidad con

aspiraciones históricas y otro poco como reacción inmediata a las cuestiones coyunturales, la integración regional comenzó su curso.

El 5 de septiembre de 1944 se concretó el primer (y tímido) paso con la formación de una unión aduanera entre Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo, dando lugar al “Benelux”, que se pondría en funcionamiento concreto recién en 1948.

Una vez finalizada la guerra, Estados Unidos logró hacer pie en el continente europeo a través del Plan Marshall¹. Cabe resaltar que este financiamiento otorgaba autonomía a los países receptores para la distribución de los recursos. Para tal fin se creó la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE), encargada de la erogación según las necesidades de cada nación. Estaba compuesta por Francia, Gran Bretaña, Países Bajos, Bélgica, Turquía, Grecia, Italia, Portugal, Irlanda, Austria, Suiza, Suecia, Noruega, Dinamarca, Islandia, y al poco tiempo se sumó la República Federal de Alemania. La URSS respondió en 1949 impulsando el Consejo de Mutua Ayuda Económica (COMECON) con la intención de mantener unidas las naciones de Europa oriental bajo su órbita, lo que implicó el acatamiento de estas a los lineamientos económicos soviéticos.

Las instancias cooperativas inauguradas por la OECE se fortalecieron tras la instauración de la Unión Europea de Pagos (UEP) en 1950. La UEP significó un salto cualitativo ya que habilitaba el comercio multilateral entre miembros de la OECE con la posibilidad de realizar balances mensuales de las exportaciones e importaciones. Esto evitaba la necesidad de contar con dólares de manera inmediata para realizar dichas transacciones (esta moneda había sido establecida como divisa internacional en Bretton Woods),

y al cierre los déficits podían pagarse tanto en dólares como en oro. Así, se podía comerciar con una autonomía relativa respecto de Estados Unidos. Cameron (2014) afirma que la participación de este intercambio intraeuropeo es clave para comprender el crecimiento del comercio internacional de las dos décadas siguientes, que promedió el 8 % anual.

En 1951 se creó la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), vista con cierto recelo por Gran Bretaña, que desde el inicio trató de resistir este proceso para intentar conservar tanto sus privilegios con los miembros del Commonwealth² como su condición de “aliado especial” de los Estados Unidos (Vázquez, 2001). Con base en el eje franco-alemán más Italia y Benelux, la CECA impulsó la supresión de aranceles para la compra-venta de estos insumos clave para la industria. Asimismo, la declaración fijaba que esta integración regional sería el puntapié para una futura federación europea, a diferencia de los acuerdos previos que solo se habían enfocado en criterios comerciales.

Los Tratados de Roma (1957) constituyeron un punto de inflexión al crear la Comunidad Económica Europea (CEE), que posteriormente cambió su nombre a Comunidad Europea (CE). Se estableció una unión aduanera, lo que supuso la formación de un mercado común con libre circulación de bienes y servicios, personas y capital entre los países miembro. También se fundó la Comunidad Europea para la Energía Atómica (EURATOM) para el fomento de acciones conjuntas en el área. Como consecuencia de un nuevo rechazo a la iniciativa por parte de Gran Bretaña, nació el Área Europea de Libre Comercio (AELC), que sumó la participación de Suecia, Suiza, Dinamarca, Noruega, Austria y Portugal. Pocos años

después, golpeado por la pérdida de centralidad en la escena mundial, el Estado inglés solicitó la adhesión a la CEE, conducta que fue seguida por sus socios de aquel entonces.

Con el correr del tiempo nuevos Estados se incorporaron a la Comunidad Europea, y además las instituciones supranacionales se fueron fortaleciendo³. Las normativas financieras y comerciales, en consonancia con el nuevo andamiaje político, jugaron un rol determinante para que el continente formara parte del desarrollo económico que tuvo lugar en las décadas venideras.

La expansión económica de “los años dorados” en el capitalismo occidental

El período comprendido entre la segunda posguerra y la crisis de los años setenta del siglo pasado ha sido denominado por la literatura especializada como “los años dorados del capitalismo” o “los treinta años gloriosos”. Los motivos radican no solo en el registro de tasas de crecimiento sin precedentes, sino también en la atípica extensión temporal desprovista de fuertes crisis. Para entender este proceso en profundidad resulta necesario considerar una serie de factores y el modo en el que se interrelacionaron: la influencia de los acuerdos alcanzados en Bretton Woods⁴ y el papel protagónico de Estados Unidos; el desarrollo tecnológico; la progresiva relevancia de la industria en detrimento de las actividades primarias; cambios en los comportamientos sociales y en las relaciones entre Estado y mercado.

Luego de las restricciones en el comercio internacional surgidas por la crisis de 1929 primero, y por el conflicto bélico después, se intentaron agilizar estas prácticas a través de las instituciones establecidas en Bretton Woods. Si bien el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) fue firmado con posterioridad, en 1947, se considera que completó el esquema para la conformación de una institucionalidad económica de alcance mundial. En términos generales, el GATT fomentó la liberalización de las barreras aduaneras que venían funcionando hasta ese momento. Como puede observarse en el cuadro 1, estas medidas fueron exitosas, permitiendo superar niveles históricos en las relaciones mercantiles entre naciones.

Cuadro 1. Tasa de crecimiento del comercio mundial (intercambio)

Períodos	Porcentaje anual
1870-1913	3 al 4 %
1913-1950	Inestabilidad comercial (entreguerras)
1950-1973	8,5 %
1973-1996	4 al 5 %

Fuente: Arese (1999) en base a GATT, 1996.

Cabe señalar que esta relajación en los controles no se aplicó de manera uniforme para todos los tipos de bienes. Mientras que los aranceles para productos industriales disminuyeron en promedio del casi 50 % en 1950 al 2,6 % en 1994, los países con un desarrollo industrial más avanzado se negaron a incluir las materias primas en estos acuerdos. Esto significó que las regiones tradicionalmente

agroexportadoras se vieron desplazadas de la reactivación del comercio internacional. Hasta 1950, el 60 % de las importaciones de Estados Unidos estaba constituido por bienes primarios; cifra que ascendía al 70 % en el caso de Europa. A partir de ese momento, las transacciones ligadas a estos bienes se sostuvieron en un crecimiento de entre 3 y 4 %, mientras que el volumen total alcanzaba el 8,5 % para el período estudiado. Esta situación permite vislumbrar un pasaje del anterior eje comercial Norte-Sur a uno más vigoroso Norte-Norte, conformando este último el 70 % del total mundial (Arese, 1999; Barbero, 2001).

Esta concentración geográfica se vinculó además con la transnacionalización económica que comenzó a teñir el proceso. Las grandes corporaciones no eran algo novedoso, pues databan de finales del siglo XIX. Pero lo que sí irrumpió como primicia fue que estas empresas traspasaron sus fronteras nacionales para instalar unidades productivas en otros países. El liderazgo estuvo inicialmente en manos de los capitales de origen estadounidense: la bonanza de la segunda posguerra, la oportunidad de generar oferta para una Europa con carencias y la intención de consolidar el modelo capitalista en medio de la Guerra Fría explican esta posición. Estas nuevas *multinacionales* acaparaban además una buena parte de la producción: para 1960, las ventas de las principales 200 firmas equivalían al 17 % del PBI mundial. Y el 25 % del comercio mundial para 1970 se efectuaba entre filiales de una misma empresa (Hobsbawm, 1998).

El sector económico más activo para este período fue el industrial, con las siguientes ramas a la cabeza: automotriz, electrodomésticos, química y siderurgia. Estas actividades exigían una importante

infraestructura. Por lo tanto, se fue generando una tendencia oligopólica, que dejaba en pocas manos la satisfacción de las necesidades de mercados en continuo crecimiento. Muchas de las innovaciones tecnológicas desarrolladas durante la guerra fueron reconvertidas para ser explotadas en las economías de paz; además los recursos destinados a investigación y desarrollo se sostuvieron orientados a la mejora de los procesos. Materiales sintéticos como el plástico o el nailon comenzaron a implementarse en envases, indumentaria y todo tipo de elementos de uso cotidiano (utensilios de cocina, accesorios, juguetes, piezas, entre otros). También el descubrimiento de nuevas aleaciones permitió que estas resultaran más baratas y resistentes. En la química y la farmacología, el desarrollo de los antibióticos significó un cambio radical en los hábitos del cuidado y la salud. La miniaturización de los componentes electrónicos junto con las pilas habilitó la portabilidad de dispositivos como la radio, cámaras fotográficas y calculadoras. Como expresa Barbero (2001), la “revolución tecnológica” en el área de la información y la comunicación dio lugar a instancias de automatización gracias a la incorporación de la computadora en los procesos productivos. Así, la fluidez en el aprovisionamiento y los movimientos dentro de las fábricas alentó la difusión de las técnicas fordistas. No obstante, el contexto no era el mismo que el del surgimiento de este modelo décadas atrás en Estados Unidos; no solo en términos técnicos sino también respecto de la dimensión organizacional. A partir de la década de 1960 empezaron a aflorar críticas al “gigantismo” de las empresas, que se tradujeron en las nuevas herramientas de gestión propulsadas por la *revolución managerial*: descentralización, mayor margen de

autonomía en los gerentes para la toma de decisiones, organización de las tareas por proyecto y ya no según procedimiento (Boltanski y Chiapello, 2002).

La combinación de estos elementos más un factor clave, que fue la energía barata⁵ —fundamentalmente el petróleo y sus derivados—, dio como resultado una producción masiva con reducción de costos y precios. La tecnología sumada a la escala permitió mejoras en la productividad, superando ampliamente los progresos alcanzados en la primera mitad del siglo, como ilustra el Cuadro 2.

Cuadro 2. Aumento anual de productividad por hora/hombre

1870-1913	1913-1950	1950-1973
1,7 %	1,9 %	4,5 %

Fuente: Barbero (2001).

Muchos artículos que hasta ese momento habían sido considerados bienes de lujo pasaron a constituirse como bienes típicos para las clases asalariadas; el automóvil se convirtió en símbolo de esa democratización del consumo. En este sentido, la publicidad jugó un rol protagónico. La adquisición de bienes y servicios se mostraba como sinónimo de bienestar, y como prueba fehaciente del ascenso social. Los cánones que en Estados Unidos habían guiado las vidas de las familias obreras y de las clases medias durante los “locos años 20”, llegaban ahora a suelo europeo.



Publicidad de Citroen 2CV, 1959. “¡La alegría de vivir!”.

Durante estas décadas los niveles de crecimiento en el sector secundario de la economía fueron notables. En la primera mitad del siglo XX la producción industrial había tenido un incremento promedio del 3 % anual. Desde 1948 hasta 1971 esta cifra ascendió al 5,6 % (Van der Wee, 1986). Estas condiciones presentaban un fuerte estímulo para la inversión privada, que alcanzó cifras históricas, rondando en promedio el 25 % del PBI en varios países europeos (Barbero, 2001). La expansión de este modelo fabril también generó modificaciones en los mercados de trabajo en varios aspectos. Por un lado, absorbió mano de obra de manera creciente,

opacando al sector agrícola. Este último, además, se vio impactado desde inicios de la década de 1960 por la “revolución verde”: la modernización de la maquinaria en conjunto con nuevos fertilizantes y pesticidas generó mejores rendimientos, lo que derivó en la reducción de la cantidad de horas de trabajo humano necesarias. Por otra parte, esta “americanización” de la producción (Zamagni, 2016) requería tanto cuadros formados para las tareas de concepción, como así también trabajadores manuales para la línea de montaje. Como se señaló previamente, la investigación científica aplicada a la industria fue modificando las normas de producción, dando lugar a una división técnica del trabajo cada vez más pormenorizada. Así, se constituyó un sector minoritario altamente calificado dedicado a la planificación y el diseño de tareas, mientras que otro mayoritario ejecutaba las indicaciones asignadas por aquel. Si bien las tareas en la planta eran sencillas, estos operarios ya no realizaban exclusivamente movimientos y gestos que involucraran solo destreza física, sino que la progresiva automatización los fue reconduciendo hacia responsabilidades de control y mantenimiento. Esto también fue posible ya que esa clase obrera había comenzado a acceder a la educación formal, y paulatinamente adquirió habilidades que impactaron positivamente en su desempeño laboral. Por último, el sector servicios incorporó trabajadores de manera paulatina. Estas áreas se consolidaron a partir de las funciones requeridas por las grandes empresas y por el desarrollo de las estructuras estatales, al mismo tiempo que se implantaron como un componente más del bienestar material, como los restaurantes, locales de entretenimiento, centros de belleza, entre otros. La ampliación del acceso al automóvil permitió que este rubro

eslabonara hacia atrás y hacia adelante actividades asociadas, tales como la extensión y mejoras en las carreteras, prestaciones en las rutas, fomento de la construcción de viviendas y complejos vacacionales.

Las condiciones descritas se desplegaron en un escenario signado por un giro en las relaciones entre Estado y mercado. Esta tendencia no significó únicamente una mayor intervención en la economía, sino que implicó además la puesta en marcha de nuevas pautas y procesos sociales. Expresa Coriat (1994) que para estos años el fordismo no solo funcionó como una forma específica de gestión del trabajo al interior de la fábrica, sino que puede ser comprendido, en sintonía con las políticas públicas desplegadas, como un paradigma económico y social. Esto alude a una nueva forma de organización en términos más amplios, a la materialización de nuevas relaciones sociales y a una forma de vida diferente, que incluyó innovaciones en áreas ya mencionadas como el consumo, el capital educativo, las condiciones salariales, entre otros aspectos que desarrollaremos a continuación.

El nuevo rol del Estado

Lo acordado en Bretton Woods había sido un intento por prescribir la trayectoria económica de la segunda posguerra. La confianza en el *laissez faire* ya no oficiaba como marco de entendimiento predominante; políticos, funcionarios e intelectuales abrazaban ahora las propuestas keynesianas. De esta manera, una de las cláusulas consensuadas en aquellas reuniones habilitaba a cada Estado miembro a manejar libremente las políticas

macroeconómicas con el objetivo de alcanzar el pleno empleo. Se estimaba que, con ese objetivo cumplido, el crecimiento de la demanda agregada estaría asegurado. A su vez, esta iba a incitar a los empresarios a realizar inversiones. Desde esta perspectiva, esos movimientos no iban a generarse de modo espontáneo, sino que requerían de la acción estatal. Así fue como se arribó a un “capitalismo reformado” (Hobsbawm, 1998). Este se plasmó básicamente en un modelo de economía mixta, que proveía estímulos para el capital privado al mismo tiempo que otorgaba al Estado variadas herramientas para administrar regulaciones. Por consiguiente, la planificación comenzó a tener un rol preponderante en el rumbo económico de las naciones.

Este cambio de orientación exigió la construcción de nuevas alianzas entre los diversos grupos sociales. Para esta época, las fuerzas partidarias que llegaron a ser gobierno se caracterizaron generalmente por posturas moderadas; en Europa los sistemas parlamentarios condujeron a la formación de gobiernos de coalición, en los cuales las ideas más extremas terminaban disolviéndose en acciones con un tinte reformista. Este tipo de posicionamiento también era palpable en los sindicatos: atrás habían quedado las iniciativas combativas, propias de la inmediata posguerra. La clase trabajadora, a través de sus instituciones representativas, comprendió que la coyuntura habilitaba a atenuar sus reclamos a cambio de un bienestar económico. Estos compromisos permitieron la anticipación de potenciales conflictos, sumando estabilidad y previsión. Tal como sostienen Przeworski y Sprague (1988), las pesadas “piedras” fueron reemplazadas por suaves “papeles”: las prácticas radicalizadas para que las demandas encontraran

respuesta en la dirigencia política fueron sustituidas por la firma de acuerdos. Por su parte, los empresarios no veían con agrado lo que consideraban trabas al desarrollo de sus proyectos. Sin embargo, los ecos de los totalitarismos y la pervivencia del modelo soviético como amenaza resultaban motivos suficientes para admitir tales esfuerzos. La negociación tripartita entre capital, trabajo y Estado dio lugar a que se tejieran reglas consentidas, que requerían concesiones desde ambos sectores, con el respaldo estatal para su materialización. En este sentido, los convenios colectivos de trabajo establecieron las condiciones laborales, entre ellas la duración de la jornada de trabajo, los descansos, instancias de formación y capacitación, licencias, como así también los pisos salariales para cada sector de actividad. A su vez, una parte del gasto público estaba destinado a subsidiar servicios públicos como el transporte o la electricidad. Así, este aporte funcionaba como salario indirecto. Es decir, al cubrir el Estado una porción del gasto de las tarifas, los ciudadanos podían trasladar ese dinero a otros desembolsos, acrecentando el poder adquisitivo del salario sin que esto significara una mayor carga para el empleador. Buena parte de las empresas proveedoras de servicios públicos se encontraba bajo control estatal (total o parcial); esto otorgaba márgenes de maniobra para la fijación del importe final. Muchas veces el fin social opacaba los criterios técnicos o la viabilidad financiera, pero desde la lógica imperante, la sustentabilidad del aparato público se pensaba como un “juego de suma cero”, en el que era posible compensar pérdidas y ganancias transfiriendo recursos entre las diferentes dependencias.

Por otra parte, los subsidios alcanzaban también al capital, haciéndose cargo el Estado de parte de los costos de producción o de la energía utilizada en los procesos industriales. Esta medida era complementada con exenciones impositivas aplicadas a sectores específicos que se encontraban relegados en términos geográficos o que no exhibían altos márgenes de competitividad, con el fin de facilitarles condiciones sustentables para que pudieran subirse a la ola de prosperidad. Además, los créditos blandos —es decir, otorgamiento de préstamos a baja tasa de interés— generaban una oferta de dinero barato para la inversión, situación que era percibida de manera positiva por el sector privado. Del mismo modo, aquel se veía beneficiado por la fuerte inversión estatal en infraestructura: la mejora de carreteras y transporte disminuía los costos de fletes y distribución; el desarrollo de políticas energéticas mejoraba y abarataba la oferta. Mencionamos previamente el peso de la investigación aplicada al aparato productivo, que supo ser relevante en el alza de la productividad. Cabe subrayar que, en buena parte de los casos, los conocimientos generados provenían del sistema científico público.

El aumento del presupuesto consignado para el desarrollo tecnológico se encontraba en sintonía con las partidas destinadas a educación, que se incrementaron en aquellos años. El nuevo consenso implicaba no solo la elevación de los estándares de vida en términos materiales para sectores que hasta ese momento habían estado postergados, sino también la universalización en el acceso a servicios que comenzaban a ser concebidos como derechos. La pretensión de largo alcance de estas políticas tenía como meta la satisfacción general de las necesidades básicas, al

mismo tiempo que buscaba reducir la brecha social al propender a la igualdad de oportunidades. La noción de Estado de Bienestar fue la que emergió para denominar este direccionamiento⁶. Cabe aclarar que, si bien este proceso significó la democratización en variados aspectos, la equidad nunca fue plena. Muestra de esto son, por ejemplo, los resultados en la instrucción formal: los miembros de familias obreras accedieron a estudios secundarios y técnicos, pero no poblaron las aulas universitarias, reservadas a las clases medias y a un fuerte impulso de la matrícula femenina (Barbero, 2001).

Además de la instrucción formal, la salud y la vivienda se implantaron como otros pilares importantes. También se desarrollaron los sistemas públicos de protección social, cuya razón de ser radicaba en compensar desde la erogación estatal la disminución del ingreso en grupos específicos. Personas de avanzada edad que ya no estaban trabajando, población económicamente activa que se encontraba desempleada, o sujetos que no lograban insertarse en el mercado laboral debido a alguna discapacidad, encontraban en jubilaciones, seguros de desempleo y pensiones, respectivamente, su vía para el sustento.

Todo el despliegue descrito necesitó cuantiosos recursos: un Estado que crecía en tamaño y en ámbitos de intervención estaba en consonancia con un alza del gasto público. Las herramientas de política económica utilizadas para sostenerlo fueron la política fiscal y la política monetaria. En cuanto a la primera, se generalizó la utilización del déficit público para sostener el conjunto de las medidas de bienestar. Los sistemas impositivos fueron reformados para lograr una tendencia más progresiva. Esto implicaba que las personas y firmas con mayores ingresos debían pagar

proporcionalmente más impuestos que aquellas que percibían menos. Este diseño surgía de la intención de efectuar una redistribución del ingreso, a la vez que buscaba no mermar el poder del salario para sostener los niveles de consumo de bienes masivos. Para fines la década de 1960, en Francia, Inglaterra y Alemania la presión impositiva equivalía a un tercio del PBI generado por estos países, mientras que en Estados Unidos alcanzaba a un cuarto (Perren y Padín, 2009). Los sectores más acaudalados comenzaron a transferir parte de sus ganancias a territorios en los que la estructura tributaria era más flexible y menos hostil, dando nacimiento a lo que se conoce como “paraísos fiscales” (Hobsbawm, 1998).

En relación con los instrumentos monetarios, se consideraba que estos resultaban de utilidad para manejar los niveles de demanda agregada, según lo requiriera cada coyuntura específica. Siguiendo la preocupación por mantenerla elevada, generalmente los bancos centrales apuntaban a políticas expansivas. Esto suponía una fuerte oferta de dinero para mantener bajo su precio, el interés. Las bajas tasas de interés cumplían una doble función. Por un lado, desalentaban la preferencia por la liquidez, porque constituir un plazo fijo y dejar el dinero en el banco resultaba menos rentable que destinarlo a actividades productivas. Por otra parte, el dinero barato también estimulaba la adquisición de créditos para la modernización y el desarrollo industrial, como se señaló en un apartado precedente. Así, el fomento de los sectores secundario y terciario de la economía también aseguraba la tendencia hacia el pleno empleo, necesario para alimentar el consumo. La desocupación en el continente europeo en la década de 1960 promediaba el 1,5 %,

mostrando una significativa disminución respecto de la inmediata salida de la Segunda Guerra Mundial (Van der Wee, 1986).

Pero la baja de la desocupación por sí sola era insuficiente; se necesitaba disponer de altos salarios. Por eso en las negociaciones tripartitas la pauta salarial era central (véase el Cuadro 3).

**Cuadro 3. Índice de incremento de los salarios reales, 1953-1973
(1953=100)**

	1953	1960	1973
Alemania	100	133	276
Francia	100	111	209
Gran Bretaña	100	123	185
Estados Unidos	100	117	155

Fuente: Barbero (2001).

Paralelamente, el Estado llevaba adelante controles de precios para evitar que emergieran brotes inflacionarios, causados por el aumento de la demanda o por la búsqueda de mayores ganancias por parte del empresariado. Sobre este también recaían regulaciones sobre el destino de los beneficios generados. Como afirma Marichal (2010), el marco legal ponía coto a la distribución de ganancias entre accionistas. Generalmente no podía superar el 6 % anual, para asegurar que el dinero restante se reinvirtiera a efectos de prolongar el crecimiento económico.

La dinámica descrita se expandió por el conjunto de países occidentales. No obstante, los ritmos e intensidades no fueron iguales en todos los casos nacionales. Si observamos lo sucedido

en Estados Unidos, el contraste con los años inmediatamente anteriores fue menos acentuado debido a la buena *performance* económica de aquel entonces. Se puede percibir más un mantenimiento del crecimiento que un gran salto. Por el contrario, los índices de algunos países europeos y de Japón llevaron a la literatura a hablar de “milagros”, dado que en términos económicos se perciben importantes puntos de inflexión. A continuación, exploraremos las condiciones en las que estos cambios se llevaron adelante.

Los “milagros” económicos

La Segunda Guerra Mundial había dejado dañados territorios y poblaciones. Señalamos antes el rol que el Plan Marshall había desempeñado en la reconstrucción de la economía de los países de Europa occidental. En la misma línea, cabe destacar la ayuda financiera con características similares que Estados Unidos otorgó a Japón. Recordemos que esta asistencia se dio en el escenario internacional atravesado por la Guerra Fría. Alemania fue partida en 1949 dando lugar al nacimiento de dos Estados independientes: la República Federal bajo la órbita estadounidense y la República Democrática supeditada a la Unión Soviética. Por su parte, Japón fue ocupado por los Aliados tras declarar su rendición. Su cercanía a China inquietaba a Estados Unidos dado que el Partido Comunista Chino había ganado posiciones y adeptos en el transcurso de la contienda. Para el país del norte, robustecer las economías capitalistas era una necesidad frente al peligro rojo.

Tanto Alemania como Japón padecieron la destrucción de buena parte de su aparato productivo, de sus tierras cultivables y de las zonas urbanas durante el conflicto bélico. No obstante, la capacidad instalada previa y el grado considerable de desarrollo técnico — fundamentalmente en la industria pesada— ayudaron parcialmente a la recuperación. A su vez, se dio un proceso de transferencia tecnológica desde Estados Unidos que incidió notoriamente en la modernización de los establecimientos, que dio como resultado un aumento de la productividad. Además de esta reconversión para una avanzada economía de paz, en ambos casos se evidenció la voluntad compartida por los gobernantes y la población para sortear los obstáculos y recuperar el bienestar.

En Alemania Occidental se anunció el inicio de una nueva etapa de la mano del ordoliberalismo⁷ o “economía social de mercado”. La idea-marco consistía en el respeto por los principios básicos del liberalismo económico, con la aceptación de un Estado activo para asegurar la satisfacción de las necesidades sociales. Los funcionarios que llevaron adelante estas propuestas creían en las regulaciones legales e institucionales para asegurar el orden, garante de la armonía social. Esta novedosa propuesta, que se mostraba como una vía intermedia entre la plena libertad de mercado y un intervencionismo estricto que podía agitar ecos del nacionalsocialismo, fue bien recibida por la sociedad alemana. Asimismo, la permanencia prolongada de sus principales propulsores en el gobierno —el canciller Konrad Adenauer y su ministro de economía Ludwig Erhard— otorgaron la estabilidad política requerida para su aplicación.

Bajo esta modalidad, empresarios y sindicatos alcanzaban soluciones de compromiso a través de una gestión conjunta (Barbero, 2001). El mercado de trabajo fue abundante en ese momento, debido a la incorporación de refugiados y veteranos. Esto generaba estímulos para la inversión, pues los salarios tendían a la baja y les quitaban a los sindicatos poder de presión. A su vez, la puesta en valor de la industria se desplegó desde la experiencia acumulada en las décadas previas, lo que facilitó la aceleración del proceso. La producción en escala encontró rápidamente mercados para su colocación gracias al pujante ritmo de integración regional. De este modo, Alemania sostuvo durante los años cincuenta del siglo pasado una tasa de crecimiento anual del 6 %, muy por encima de los Estados vecinos (Marichal, 2010).

El caso de Japón también es destacable, con índices aún más pronunciados que los alemanes. Este país había cosechado tanto éxitos económicos como militares en las décadas anteriores. Su proceso de industrialización, iniciado en las postrimerías del siglo XIX, se había plasmado con velocidad y eficacia en el marco de reformas integrales de carácter institucional, legal, social y político. La industria de base había liderado esa gesta. Y era complementada por una miríada de pequeñas y medianas empresas, que generalmente conservaban formas de organización del trabajo y condiciones laborales más alejadas de los parámetros modernos. Más allá de estas diferenciaciones, la ecuación final de este esquema dual fue exitosa. A su vez, la política imperialista le había permitido a Japón extender sus dominios sobre el área del Pacífico, condición que le abrió la puerta para explotar relaciones comerciales en la zona. Sin embargo, el resultado adverso de la

Segunda Guerra Mundial interrumpió estas tendencias. Inicialmente los Aliados quisieron sofocar las pretensiones de Japón, pero la preocupación por disponer de un bastión capitalista en la región se impuso.

En aquel momento había abundante mano de obra disponible. Y a esto se sumó la desarticulación de la clase obrera organizada. La acuciante situación de posguerra había incitado a los sindicatos, con fuerte presencia del Partido Comunista, a exigir mejoras por medio de estrategias radicalizadas. La persecución por parte del Estado a líderes sindicales, apoyada por el empresariado local, allanó el camino para la aplicación de nuevos equilibrios entre capital y trabajo. Para los trabajadores, cuyas instituciones se encontraban diezmadas, fue muy difícil resistir esos avances. En este escenario, hubo un acontecimiento externo, fruto de la Guerra Fría, que ofició como disparador del renacimiento económico: la Guerra de Corea (1950-1953). Estados Unidos eligió a Japón como principal proveedor de recursos para asistir al bando del sur, lo que obligó al sector privado y al Estado a pensar de qué manera se podía satisfacer este crecimiento repentino de la demanda sin realizar enormes inversiones, dado el contexto recesivo. Fue así como Taiichi Ohno, ingeniero de la empresa Toyota, pudo materializar su modelo de organización del trabajo, luego conocido como *ohnismo* o *toyotismo*⁸.

Los alicientes para la producción provinieron más de los mercados externos que del mercado interno, primero por parte de la demanda estadounidense, para extenderse luego por el resto de los países occidentales. Cabe destacar el papel desempeñado por el Ministerio de Comercio Exterior e Industria (MITI), no solo en el

fomento de las exportaciones sino también por su contribución para la conformación de nuevos conglomerados empresariales. Además de subsidios, la acción estatal estuvo dirigida a recomponer y modernizar la infraestructura necesaria para la producción y la logística. Paralelamente, otras dependencias públicas se concentraron en actualizar la currícula educativa con el fin de generar fuerza de trabajo acorde a los requerimientos de las nacientes industrias. Estas últimas también se beneficiaron del gasto público destinado a la investigación científica para su posterior aplicación al ámbito productivo, factor que incidió directamente en el aumento de la productividad. Esta coordinación entre el Estado y la industria privada hizo que Japón alcanzara un crecimiento del 9 % anual (Marichal, 2010). Algunos autores subrayan las características culturales de la población nipona como elemento adicional para comprender este proceso: el paternalismo, las jerarquías y la lealtad a la autoridad, pudieron haber influido en la disciplina al interior de las fábricas para que el esfuerzo en el trabajo se asimilara al esfuerzo por poner a la nación de pie (Morgan, 1991).

El concepto de “milagro” también fue utilizado para describir lo acontecido en otros países europeos, como Italia o España, aunque sus cifras no se muestran tan deslumbrantes como las analizadas hasta aquí.

Estancamiento y crisis. El principio del fin

El círculo virtuoso de pleno empleo, acceso a bienes y servicios, y acumulación para el capital, comenzó a mostrar sus primeros síntomas de agotamiento al promediar la década de 1960. Resulta

difícil encontrar una causa única para explicar este cambio de signo; se hace imprescindible contemplar las rigideces propias del modelo junto con cambios coyunturales que colaboraron para concretar su ocaso.

El ritmo de crecimiento y los niveles de productividad comenzaron a desacelerarse, y junto con el descenso inicial de los precios debido a una abundancia de oferta, afectaron negativamente la tasa de ganancia. El PBI promedio de los países industrializados había aumentado al 4,8 % anual entre 1950 y 1970, tendencia que se invirtió al decrecer al 2,6 % por año entre 1970 y 1990 (Marichal, 2010). La disminución del retorno de la inversión dejaba a esta en una posición menos atractiva que en los años precedentes. Sin embargo, el modelo se sostenía en base al pleno empleo y el alto consumo. Como explica Van der Wee (1986) y se señaló anteriormente, desde el Estado se había logrado controlar la inflación por la demanda a través de instrumentos de política monetaria. Sin embargo, el problema apremiante que comenzaba a emerger era la inflación derivada de los costos de producción. Los empresarios, en una estrategia para no verse perjudicados, trasladaron esos aumentos a los precios finales. La respuesta de los sindicatos consistió en presionar para que el salario no perdiera frente a los índices de inflación, lo que provocó el aumento de los costos para el sector privado, dando lugar así a un forcejeo sin fin con la imposibilidad de hallar una salida exitosa de manera definitiva. En términos generales, los salarios mantuvieron su poder adquisitivo para respetar los acuerdos sociales establecidos; crecieron por encima de la productividad. En palabras de Van der Wee, “este desplazamiento de acentos en la política gubernamental

tuvo como consecuencia que la atención se centrara menos en la eficiencia técnica que en la social” (1986: 47).

Estas “explosiones salariales” se combinaron con el rechazo al “trabajo bruto”, esa forma de organización fabril que exigía a los operarios la mera repetición de tareas simples durante su jornada de trabajo, que en muchos casos se extendía durante buena parte de su vida laboral. Asimismo, las políticas de bienestar no habían alcanzado a la población en su totalidad luego de veinte años en funcionamiento, pues había grupos sociales que no se habían visto favorecidos en forma plena, como los obreros industriales, minorías étnicas y mujeres. Esta brecha social dio lugar a expresiones de descontento que se extendieron por Europa y Estados Unidos, también con sus ecos en América latina, y tuvieron al Mayo Francés en 1968 como hito⁹. La juventud como nuevo actor social logró un protagonismo a través de movilizaciones y revueltas, en las que declaraban su oposición al modelo de la posguerra, basado en la dinámica industrial fordista y la sociedad de consumo. Las relaciones más apacibles y armónicas se diluían paulatinamente para dar lugar nuevamente a una inclinación más contestataria.

Frente a este escenario, las acciones estatales se mostraron limitadas para contener la creciente conflictividad. En parte porque su rol se encontraba en el medio de los ataques, pero también porque las instituciones públicas tenían que enfrentar sus propias dificultades. La fuerte presión por sostener las prestaciones sociales provocó una crisis fiscal, y esta puede explicarse por la suma de varios factores. Para sostener el gasto público todo Estado requiere de ingresos, que en buena parte se generan a través de los impuestos. Si la actividad económica se resiente, la recaudación

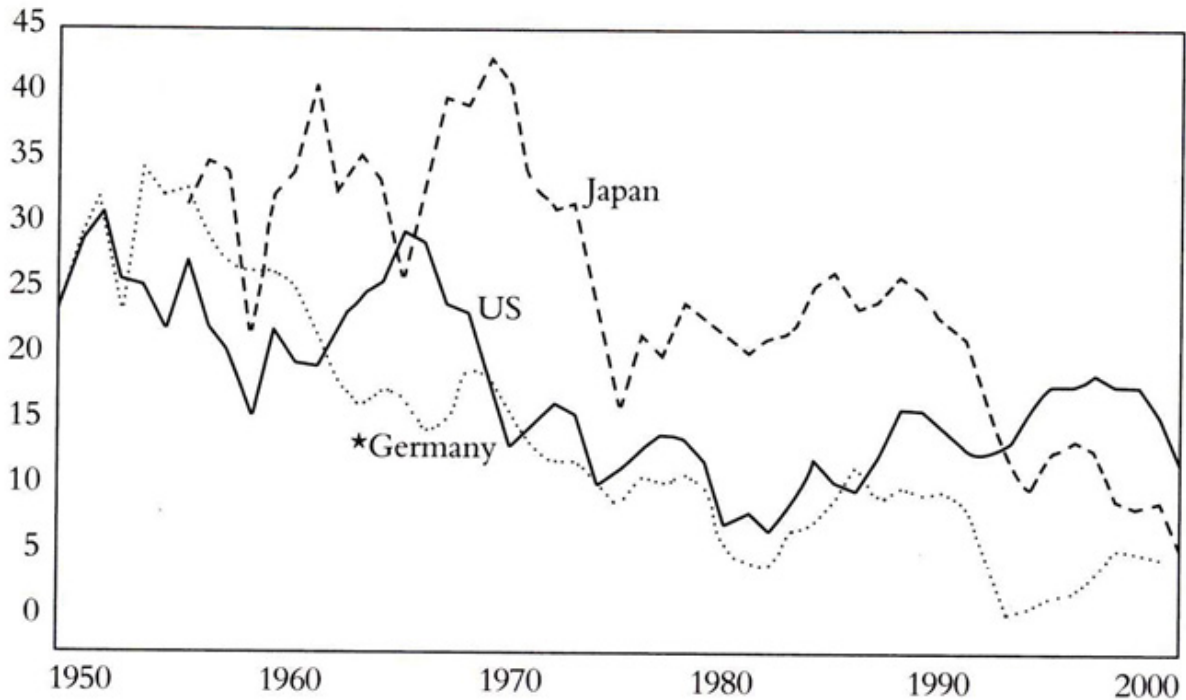
disminuye; esto es lo que comenzaba a suceder. Asimismo, mencionamos previamente el giro de utilidades a paraísos fiscales, lo que dificultaba la recaudación tributaria hacia los grandes jugadores de la economía. También el aparato estatal se nutría del sistema público de jubilaciones, organizado según criterios solidarios o de reparto. Esto implicaba que los ingresos para los trabajadores ya retirados, asegurados por el Estado, provenían de los aportes de aquellos que se encontraban activos. Los nuevos valores impugnaban la estructura familiar tradicional, lo que condujo a la baja de las tasas de natalidad, dejando atrás el *baby boom* de la inmediata posguerra. Paralelamente, las mejoras en la calidad de vida y la salud permitieron extender la esperanza de vida. Esta combinación significó un aprieto para sustentar el gasto social: la cantidad de trabajadores en actividad decrecía, mientras que las personas para ser atendidas vivían cada vez más años.

La oposición a la intervención y manejo de múltiples áreas de la vida social y económica por parte del Estado no se hizo esperar. Afloraron crudas críticas a través de acusaciones de ineficacia, gigantismo y burocratización de la gestión pública. El Estado de Bienestar comenzaba a sufrir una crisis de legitimidad en una sociedad que expresaba la necesidad de cambiar hábitos culturales y de consumo. El hombre-masa y la igualdad ya no eran elementos deseables; asomaba la pretensión por la distinción y la diferenciación social. Estas ideas circulaban en los medios de comunicación masiva y en algunas campañas políticas. En las universidades empezaron a tener mayor protagonismo los programas e investigaciones que ponían en cuestión las utilidades de las políticas keynesianas, y en cambio proponían el retorno de

medidas tendientes a la liberalización del rumbo económico. Años más tarde se consolidó este enfoque, con dos premios Nobel de Economía como expresión del nuevo clima de ideas¹⁰.

En el plano del comercio internacional, las condiciones también habían cambiado desde los años cuarenta. Los “milagros” caracterizados anteriormente, de la mano de la asistencia financiera estadounidense, implicaron un decaimiento relativo de la hegemonía industrial y mercantil de este país. Entrados los años sesenta, Alemania y Japón habían superado a las empresas de Estados Unidos en sus niveles de innovación tecnológica y productividad, lo que significó una desventaja para este en términos de competitividad.

Gráfico 1. Tasa de ganancia de Estados Unidos, Alemania y Japón (1950-2000)



Fuente: Perren y Padín (2019).

El esquema institucional construido en Bretton Woods, junto con el estímulo al comercio intraeuropeo nacido del proceso de integración regional, fue desbancando paulatinamente al país del norte como principal proveedor de bienes a nivel mundial. Así, la división internacional del trabajo que al inicio de esta etapa había presentado la complementariedad y cooperación entre esas economías, ahora presentaba un predominio de la competencia entre ellas. De todos modos, como explica Marichal (2010), los capitales estadounidenses lograron mantener su protagonismo gracias al tamaño y la agilidad de sus mercados locales. No obstante, esto no logró evitar que su balanza de pagos arrojara un saldo negativo de manera progresiva, alcanzando en 1971 un déficit de 13 mil millones de dólares. El gobierno de Estados Unidos apostó a acrecentar la emisión para subsanar tal situación. Como su

moneda tenía la particularidad de funcionar como divisa internacional, los efectos traspasaron los muros de la economía doméstica.

Recordemos que el patrón oro-dólar obligaba a los Estados Unidos a respaldar el circulante de dólares con oro a una paridad de 35 dólares por onza. Sin embargo, esas reservas comenzaron a menguar, no solo por los problemas del déficit comercial, sino también por el esfuerzo financiero que implicaba para el Estado el sostenimiento de la guerra de Vietnam¹¹. Sobre el final del período aquí analizado, Richard Nixon, presidente de los Estados Unidos en aquel momento (1969-1974), solicitó a la Reserva Federal (que detenta las funciones de un banco central) acrecentar la masa monetaria. El resultado fue una gradual depreciación de la moneda, con la consecuente desconfianza en los tenedores de dólares en el extranjero, que reclamaron su entrega a cambio de oro. Frente a la imposibilidad de satisfacer esa demanda, en 1971 Nixon suspendió la convertibilidad, y así Estados Unidos puso fin de manera unilateral a lo acordado en Bretton Woods. Esto no solo derivó en el abandono de los tipos de cambio fijo para inaugurar una nueva era de tipos de cambio variable, sino que además colaboró con las propensiones inflacionarias.

El dólar había perdido su valor. Los países que recibían dólares a cambio de sus exportaciones veían menguar sus ingresos, entre ellos, los productores de petróleo. Como destacamos previamente, un componente significativo para la matriz económica de la etapa estudiada había sido la energía barata. Ese esquema de precios era consecuencia de cómo se encontraba estructurado el sector: mientras que más de la mitad de las reservas mundiales se

encontraba en Medio Oriente, unas pocas empresas multinacionales de origen estadounidense y europeo controlaban la producción, el refinamiento y la comercialización. Así fue como, para 1960, los Estados que contaban con estos recursos naturales decidieron instituir la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP), a efectos de incidir sobre la formación de precios y presionar de manera conjunta a las grandes petroleras¹². En medio de las disputas territoriales entre países árabes e Israel, condensadas en la Guerra de los Seis Días (1967) y la Guerra de Yom Kippur (1973), la OPEP decidió interrumpir la venta de petróleo a Estados Unidos para condenar su apoyo a Israel¹³. Al embargo se sumó la aplicación de un aumento que triplicó de un día para el otro el precio del barril de crudo. En 1979, conflictos políticos internos en Irán detuvieron la producción de “oro negro”; nuevamente la falta de suministro se combinó con un nuevo salto en el precio internacional. Este subió de tres dólares el barril en 1973 a treinta en 1980, multiplicando su precio por diez (Cameron, 2014).

El feroz incremento en la cotización del petróleo afectó gravemente a la industria, y en muchos casos la estructura de costos se tornó insostenible. Se implementaron entonces dos estrategias por parte del sector: reducir la producción, lo que profundizó la desaceleración de la economía que ya venía asomando; trasladar al importe final de los bienes el impacto de la subida del precio de la energía. Este escenario trajo como consecuencia un período de estanflación: estancamiento de la actividad económica, acompañado por inflación. Las suspensiones y los despidos comenzaron a ser moneda corriente, al igual que las

dificultades para sostener el ritmo de consumo propio de las décadas precedentes.

De esta manera, con el agotamiento del fordismo, la pérdida de credibilidad en la intervención estatal, un nuevo escenario en las relaciones económicas internacionales y el fin de la energía accesible, se cerraban los “años dorados” del capitalismo occidental.

El Tercer Mundo en el nuevo orden internacional

Las consecuencias inmediatas de la Segunda Guerra Mundial debilitaron la posición de los Estados europeos, tanto en términos económicos como geopolíticos. Este escenario fue propicio para que los movimientos independentistas que se habían gestado en muchas colonias tomaran impulso. Así fue cómo entre los años cincuenta y setenta, con recorridos variados según las particularidades de cada territorio, comenzó a gestarse el proceso de descolonización en Asia y África¹⁴. Esto derivó en la formación de nuevos Estados independientes que, en el escenario de la Guerra Fría, aparecían como nuevos blancos en disponibilidad para las dos superpotencias. En su competencia por la hegemonía, Estados Unidos y la Unión Soviética intervinieron en conflictos internos de otros países (como el caso de la Guerra de Corea, Vietnam, la Revolución Cubana, entre otros), otorgaron apoyo económico por cuestiones estratégicas, y también ejercieron presiones para conseguir la subordinación a sus principios e intereses. Las flamantes naciones soberanas no deseaban caer bajo

una nueva relación de dominio, aunque esta se asentara a partir de prácticas informales. De este modo, se declararon “no alineadas” frente a las Naciones Unidas. Más tarde, países latinoamericanos se unieron al bloque. Esta denominación dio lugar a la noción de “tercer mundo”; ni capitalistas ni comunistas. Aunque en muchas oportunidades tal situación era aprovechada para establecer negociaciones y relaciones económicas con ambos bloques.

Si bien estos países —generalmente con estructuras económicas menos desarrolladas que las de Estados Unidos, Europa y Japón— fueron reconocidos por los organismos multilaterales, las reglas emergidas de Bretton Woods no implicaron igualdad de condiciones. Para la mayoría de ellos, sus exportaciones estaban constituidas principalmente por materias primas, y tal como se indicó más arriba, los países industrializados no admitieron la baja de aranceles para dichos productos. Esto acentuó las desigualdades regionales y puso barreras para el desarrollo. A pesar de la continuidad de estas disparidades, algunos países del Tercer Mundo lograron en este período expandir sus economías a través de la industrialización, mientras que otros quedaron sumidos en el estancamiento.

El continente africano fue el que se encontró con mayores obstáculos. En numerosos casos, la inestabilidad institucional producto de prolongadas disputas internas por asuntos étnicos dificultó la consolidación de una modernización económica. A su vez, las viejas metrópolis se valieron de estas circunstancias para perpetuar sus lazos económicos con las excolonias. Estas últimas llevaron adelante modestos planes como el monocultivo y las actividades extractivas de minerales, dando lugar a economías de enclave¹⁵. Generalmente eran multinacionales europeas las que

imponían los criterios de producción y comercialización, lo que aseguró la pervivencia de las relaciones asimétricas. Surgió el término de “neocolonialismo” para referirse a la obtención de soberanía política combinada con la dependencia económica.

En Medio Oriente la situación era diferente, ya que contaban con reservas de petróleo, insumo fundamental para la actividad industrial occidental. Influenciados por ideas de liberación y nacionalismo económico, los países productores lograron imponerle condiciones al mundo desarrollado a partir de la formación de la OPEP, como se indicó con anterioridad.

Algunos países asiáticos se incorporaron al mercado mundial de la mano de la exportación de manufacturas baratas, como productos textiles y juguetes; también como productores de piezas que luego se eslabonaban con otras fases de procesos productivos transnacionalizados. La aplicación de estrategias intensivas —es decir, mayor inversión en fuerza de trabajo que en tecnología y capital— les permitió ganar buenos márgenes de competitividad. Esto fue posible en territorios con abundante oferta de mano de obra, como Taiwán, Malasia, Tailandia e Indonesia, donde los salarios tendían a la baja.

Si bien existieron excepciones, los despliegues económicos en el Tercer Mundo estuvieron fuertemente influenciados por las ideas de la Comisión Económica para América latina y el Caribe (CEPAL). Este organismo, dependiente de las Naciones Unidas, estaba enfocado en promover el desarrollo de la región. Los diagnósticos y propuestas de su principal exponente, el economista argentino Raúl Prebisch, fueron tomados en otras latitudes¹⁶. Prebisch se oponía a la ley de ventajas comparativas postulada por la escuela clásica, y

formuló para ello la idea del deterioro de los términos de intercambio. Esta expresaba que el precio internacional de las materias primas tendía a caer frente a los bienes industriales debido a la ausencia (o presencia mínima) de valor agregado. Como las importaciones para los países agroexportadores eran más caras que sus exportaciones, necesitaban vender al exterior un volumen muy elevado para alcanzar las divisas requeridas para sostener su funcionamiento económico, sin caer en una recurrente crisis de su balanza comercial. Asimismo, las barreras arancelarias para productos agropecuarios continuaron, y su carácter marcadamente inelástico¹⁷ también dificultaba el aumento de su demanda. Para sortear esta traba, Prebisch planteó la necesidad de establecer la industrialización por sustitución de importaciones con una fuerte intervención estatal para alcanzar así la independencia económica.

América latina también se hizo eco de este clima de ideas. Y en la etapa analizada, de manera bastante extendida, se profundizó el proceso de industrialización iniciado tras la crisis de 1929. Solo que ahora ya no constituía una mera reacción de coyuntura, sino que se trataban de ambiciosos proyectos de mediano y largo plazo. La impronta nacionalista se conjugó con la aceptación de inversión extranjera directa como condición necesaria para concretar estas proposiciones, aunque también jugaron un rol relevante los bancos locales de desarrollo. Así, las industrias automotriz, química, siderúrgica y de electrodomésticos lograron una ampliación significativa. La producción estuvo fundamentalmente orientada al mercado interno, y los insumos y bienes de capital importados se financiaron con la entrada de divisas provenientes de las exportaciones primarias. Esta dependencia tecnológica respecto de

regiones con un mayor desarrollo obstaculizó la profundización del proceso, sumada a la inestabilidad política por los golpes de Estado apoyados por Estados Unidos.

Espirales inflacionarias más los elevados costos de algunos productos manufacturados hicieron difícil sostener la competitividad por la escasa productividad. Existen diferentes enfoques sobre los resultados alcanzados. Mientras que algunos autores resaltan que la región tuvo un crecimiento del PBI que sobrepasó el 5 % anual a pesar de no contar con reglas internacionales que jugaran a su favor (Marichal, 2010), otros afirman que los proyectos industrialistas en su mayoría fracasaron (Cameron, 2014). No obstante, hay consenso sobre dos aspectos. En primer lugar, el crecimiento no eliminó los altos índices de pobreza. Y, en segundo término, más allá de los esfuerzos descritos, la matriz económica siguió siendo preeminentemente agroexportadora.

Reflexiones finales

Más allá de las disímiles valoraciones sobre el período abordado, es difícil negar que en estas décadas se produjeron cambios en variados planos de la vida económica y social, con sus singularidades locales. Los aires de época permearon buena parte del globo. La dirigencia política, como así también la academia y los diversos sectores sociales, abrazaron el impulso industrialista, la confianza en que podía darse vuelta la página luego de la catástrofe causada por las dos grandes guerras, el protagonismo de las instituciones estatales, el barajar y dar de nuevo para forjar un contrato social diferente. Este se sostuvo hasta que sus límites

inherentes se hicieron presentes, impactados también por alteraciones en el equilibrio del concierto de naciones, cuyos ideólogos creyeron que perduraría con una mayor solidez. La puesta en cuestión de los pilares de este modelo dio lugar a la emergencia de nuevas propuestas, cuya aplicación barrió con buena parte de lo construido en los “treinta gloriosos”, nuevamente con pulso variado según cada contexto. El valor de lo colectivo fue reemplazado por lo individual, la universalización por el mérito, la regulación por la libertad, el Estado máximo por el mínimo. Un nuevo proyecto de sociedad comenzaba a dar sus primeros pasos.

Bibliografía

- Alonso, Aldo; Nin, María Cristina y Shmithe, Stella Maris. (2015). *Unión Europea. Proceso histórico y desafíos actuales*. La Pampa: EdUNLPam.
- Arese, Héctor. (1999). *Comercio y marketing internacional. Modelo para el diseño estratégico*. Buenos Aires: Norma.
- Bitsch, Marie Thérèse. (1996).i *Historie de la constructionn européenne, de 1945 à nos jours*. Bruselas: Complexe.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Eve. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Cameron, Rondo y Neal, Larry. (2014). *Historia económica mundial, desde el paleolítico hasta el presente*. Madrid: Alianza.
- Coriat, Benjamin. (1994). *El taller y el cronómetro*. Madrid: Siglo XXI.
- Coriat, Benjamin. (2001). *Pensar al revés*. Madrid: Siglo XXI.
- Hobsbawm, Eric. (1998). *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.

- Marichal, Carlos. (2010). *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*. Buenos Aires: Debate.
- Morgan, Gareth. (1991). *Imágenes de la organización*. México: Alfaomega.
- Perren, Joaquín y Padín, Nicolás. (2019). “Los años dorados del capitalismo. Génesis, desarrollo y crisis de la economía mixta (1950-1973)”. *Historia Regional*, Sección Historia, ISP N°3, Villa Constitución, Año XXXII, 40, 1-13
- Przeworski, Adam y Sprague, John. (1988). *Paper Stones: History of Electoral Socialism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Torres, Miguel; Caldentey, Esteban y Sunkel, Osvaldo. (2012). *Raúl Prebisch (1901-1986) Un recorrido por las etapas de su pensamiento sobre el desarrollo económico*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Van der Wee, Herman. (1986). *Prosperidad y crisis. 1945-1980. Reconstrucción, crecimiento y cambio. 1945-1980*. Barcelona: Grijalbo.
- Vázquez, Mariana. (2001). “Los procesos de formación institucional en el marco de la integración regional. Debates sobre la arquitectura institucional de la Unión Europea”. Pinto, Julio. (Comp.) *Argentina entre dos siglos. La política que viene*. Buenos Aires: Eudeba.
- Zamagni, Vera. (2016). *Una historia económica. Europa de la Edad Media a la crisis del euro*. Barcelona: Crítica.

[1.](#) Plan Marshall es el nombre que recibió el European Recovery Program (ERP) ideado por el secretario de Estado norteamericano George Marshall (1880-1959) que consistió en brindar ayuda económica por 13.000 millones de dólares a los países de Europa occidental para su reconstrucción. Estuvo en marcha durante cuatro años a partir de 1948 cuando comenzó su implementación.

[2.](#) El Commonwealth fue una organización supranacional impulsada por Gran Bretaña, que reunía excolonias y dominios británicos. Muchos de estos habían comenzado su proceso de independencia a partir de la segunda posguerra. Si bien en términos formales gozaban de autonomía política, generalmente mantenían una subordinación económica respecto del viejo imperio.

[3.](#) Para el desarrollo del proceso de integración a partir de los años setenta del siglo pasado, consúltense Alonso *et al.* (2015) y Vázquez (2001).

[4.](#) Durante el mes de julio de 1944, antes de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, se celebró en Estados Unidos la Conferencia de Bretton Woods. Participaron representantes de cuarenta y cuatro países con el objetivo de consensuar las reglas de un nuevo orden económico para la posguerra, que permitiera mayor libertad de movimiento para el comercio y las finanzas internacionales. Las propuestas principales fueron presentadas por delegados de Gran Bretaña y Estados Unidos, logrando imponerse los criterios de este último. En estos acuerdos se crearon el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y se estableció el dólar como moneda para las transacciones internacionales.

[5.](#) Debe ser tenido en cuenta que el abaratamiento energético se debió, centralmente, a dos factores. Uno lateral referido al desarrollo de la energía atómica. El otro, principal, gracias a la intervención de los Estados Unidos (económica o militarmente) en los países productores de petróleo. Un buen ejemplo de ello fue el golpe orquestado por la CIA contra Mohammad Mosaddeq (primer ministro de Irán entre 1951 y 1953). Nacionalizó el petróleo iraní y como consecuencia recibió el bloqueo comercial. Estados Unidos y Reino Unido financiaron un golpe de Estado, que derrocó a Mosaddeq y estableció una dictadura monárquica encabezada por el sah Mohammad Reza Pahleví a partir de 1953.

[6.](#) El período abordado se reconoce como el de máximo esplendor y acelerada difusión del modelo de Estado de Bienestar. Sin embargo, es posible señalar algunas experiencias previas: el sistema social impulsado por Bismarck en

Alemania a finales del siglo XIX; el New Deal de Roosevelt en Estados Unidos tras la crisis de 1929; El Informe Beveridge en los años cuarenta en Inglaterra.

7. El ordoliberalismo fue una corriente de pensamiento económico surgida en Alemania en la década de 1930. Sus portavoces rechazaban el nazismo, y al mismo tiempo consideraban que el liberalismo por sí solo se mostraba insuficiente para hacerle frente a dicho régimen. Propusieron entonces combinar principios de libre mercado con la salvaguarda de las tradiciones, pues creían que el desarrollo del capitalismo ignoraba la moral y terminaría por erosionar el sentido de solidaridad. Estos pilares fueron recuperados por la dirigencia política alemana luego de la Segunda Guerra Mundial, cuyos miembros practicaron un intervencionismo estatal sin vulnerar las libertades individuales para asegurar el pluralismo democrático.

8. El ohnismo es un sistema de producción nacido en Japón en los años cincuenta del siglo pasado, que fue difundido en los países occidentales tras de la crisis de los años setenta con el objetivo de superar el estancamiento del fordismo. Debe su nombre a su creador, el ingeniero Taiichi Ohno (1912-1990), que lo implementó por primera vez en la fábrica Toyota. Este modelo supone una fábrica mínima y flexible, diferenciándose de la gran empresa moderna en la cual se intentaba que la mayor cantidad de etapas del proceso productivo estuviera bajo control de una misma firma (integración vertical). Para lograr dicha flexibilidad, se implementa la tercerización de actividades y la producción “justo a tiempo”; es decir que la producción se inicia a partir de lo que demande el mercado, tanto en términos cuantitativos como cualitativos. Además, los trabajadores son polivalentes, están capacitados para realizar tareas diversas y amoldarse a lo que sea requerido en cada momento específico de la producción. Para más información sobre el ohnismo, consúltese Coriat (2001).

9. El Mayo Francés consistió en una serie de protestas protagonizadas por el movimiento estudiantil parisino, al que luego se unieron centrales obreras. Los reclamos incluyeron libertad sexual, democratización de la educación superior, rechazo al imperialismo y las acciones bélicas, críticas al capitalismo, a los roles de género, entre otras cuestiones. Consignas similares se replicaron en la misma época en movimientos en otras partes del mundo. Con la incorporación del movimiento obrero a las protestas se incluyeron reclamos salariales y gremiales. Los trabajadores de las fábricas automotrices (Renault, Peugeot, Citroën) tuvieron particular importancia llegando a poner en jaque al gobierno dirigido en ese momento por Charles de Gaulle. Para ampliar, consultar Hobsbawm (1998).

[10.](#) Friedrich von Hayek y Milton Friedman obtuvieron el premio Nobel de Economía en 1974 y 1976, respectivamente. Ambos autores participaron de la fundación de la Sociedad Mont Pèlerin en 1947, considerada una usina de pensamiento clave para el surgimiento de la corriente neoliberal.

[11.](#) La Guerra de Vietnam o Segunda Guerra de Indochina (1955-1975) fue un conflicto bélico financiado centralmente por los Estados Unidos incluso antes del envío de tropas a partir de 1965. Dependiendo de las fuentes consultadas, se estima que el costo superó los 120 mil millones de dólares. Debemos tener en cuenta que, en paralelo, se financiaban otras actividades bélicas como tecnológicas (Guerra de Corea 1950-1953; intervención militar en Medio Oriente; misiones espaciales de la NASA).

[12.](#) La fundación de la OPEP en septiembre de 1960 fue resultado de una reacción, por parte de las direcciones políticas de los Estados productores, a los recortes en el precio del crudo impulsados por las principales empresas. El cartel de las Siete Hermanas (las principales empresas petroleras capaces de regular el precio del petróleo conformado por: Standard Oil de Nueva Jersey (Esso), Standard Oil de Nueva York, Standard Oil de California, Gulf Oil Corporation, y Texaco —todas de capitales norteamericanos—; Royal Dutch Shell —en ese momento, de capitales anglo-neerlandeses—, y la Anglo-Iranian Oil Company, —AIOC, de capitales ingleses—) redujo unilateralmente el precio del petróleo en un 10 % en 1959 para volver a hacerlo en agosto de 1960, ignorando las advertencias de los países productores. La OPEP se conforma como un cartel de Estados que buscó regular el mercado de petróleo en beneficio de los productores con el fin de obtener precios más rentables. En muchos casos (Venezuela o países de Medio Oriente) el petróleo conformaba la única renta que ingresaba a esos países.

[13.](#) Para ampliar sobre la guerra árabe-israelí, consúltese Hobsbawm (1998).

[14.](#) Para ampliar sobre la descolonización, consultar Hobsbawm (1998).

[15.](#) El concepto de “economía de enclave” fue creado por los autores de la Teoría de la Dependencia en la década de 1960. Refiere a modelos económicos localizados en países no industrializados, basados exclusivamente en la explotación de un único recurso natural destinado al mercado mundial, controlado generalmente de manera monopólica u oligopólica.

[16.](#) Para ampliar sobre el pensamiento de Prebisch, consúltese Torres, Caldentey y Sunkel (2012).

[17](#). Los bienes inelásticos son aquellos cuya demanda no varía, aunque se produzcan cambios en el precio. En este caso, los consumidores compran los alimentos básicos requeridos para su subsistencia, y la baja en su precio no los motiva a aumentar su consumo.

Capítulo 8

Escenarios histórico-económicos en la década de 1980: tendencias y casos

Nicolás Pérez Jofre

Introducción

El presente capítulo estará dedicado a desarrollar generalidades y particularidades del desenvolvimiento económico mundial durante los años ochenta del siglo pasado. Para ello se ponen en relieve dos dimensiones: la primera explica qué nuevas tendencias se dan en el sistema económico internacional y por qué son diferentes de la etapa precedente; la segunda profundiza sobre los efectos de aquellas tendencias en diversas regiones y cuáles son sus impactos económicos, políticos y sociales.

En principio, los años ochenta suponen la concientización plena de una crisis iniciada en los años setenta. Esta no debe ser entendida como algo dado por el desencadenamiento de eventos puntuales —por ejemplo, la crisis del petróleo (1973)— sino por el agotamiento del sistema económico internacional puesto en práctica durante la segunda posguerra y que es conocido como los “años dorados” (1950-1973). Estos años no solo señalan la existencia de un orden económico global sino también una forma de gestionar la

política económica nacional conocida como Estado de Bienestar. Concretamente, el agotamiento referido se vio reflejado en la aparición de fenómenos no vistos hasta ese momento —por ejemplo, la aparición conjunta de la falta de crecimiento e inflación (también llamado estanflación)—. Los mismos fueron abordados en el marco de un contexto internacional más incierto y mediante la implementación de nuevas medidas de política económica a nivel estatal. Por lo tanto, se trata de un escenario dinámico que habla también de una transición del sistema capitalista.

La crisis de los años setenta y sus ensayos de soluciones posteriores, a nivel local e internacional, no señalan una problemática económica para el sector capitalista de la economía internacional; el mundo de la economía central y planificada —el “socialismo real”— también se vio atravesado por dificultades que debieron ser abordadas con ensayos de reforma y reconfiguración de relaciones geopolíticas. En todo caso, la diferencia entre los escenarios fue que uno, el capitalista, se reconfiguró en un sentido nuevo; el otro, el socialista, colapsó.

A partir del marco general descrito se plantean los diferentes casos abordados que obedecen a la segunda dimensión de análisis del capítulo. De esta forma, un primer apartado está dedicado a la presentación de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Los mismos resultan de interés en tanto señalaron la llegada al poder de Margaret Thatcher (1979)¹ y Ronald Reagan (1981)². Ambos mandatos se caracterizaron por su carácter conservador en sentido político y liberal en aspectos económicos. A pesar de sus obvias particularidades, Thatcher y Reagan fueron políticos decididos a consolidar una respuesta a la crisis e incertidumbre que se percibía

contemporáneamente en sus respectivos países. Esto supuso, entre otros aspectos, dejar atrás las políticas keynesianas propias de los años dorados e ir en busca de una nueva forma de gestión económica. Asimismo, los mandatarios también se presentaron como actores de una política exterior de alto perfil que dio un nuevo reverdecer al clima de la Guerra Fría en vísperas de su finalización.

El segundo caso es el de América latina, espacio geográfico caracterizado por su histórico carácter periférico dentro de la economía mundial. La región es sumamente diversa en función de la cantidad de realidades nacionales, pero guarda ciertos procesos comunes. Desde lo económico, los años ochenta son identificados usualmente como la “década perdida” por los evidentes retrocesos en materia de crecimiento y desarrollo. Particularmente, la crisis de la deuda latinoamericana será lo más llamativo que se presentará. Del lado político, y en paralelo, aparecen las transiciones democráticas. Estas señalan la salida de muchos países de la región de dictaduras tristemente célebres, entre otros aspectos, por la violación sistemática de derechos humanos. Las nacientes democracias, por su parte, también debieron afrontar los desafíos económicos de la “década perdida”.

Finalmente, el último caso presentado es el de la Unión Soviética. A diferencia de sus pares del mundo capitalista, la URSS afrontó el agotamiento de su propio modelo de desarrollo económico basado en la planificación y el control centralizado. A ello debe sumarse la crisis política que terminó en el cuestionamiento de los sistemas de censura y de partido único. Si bien existieron atisbos de reformas previos, la década de 1980 fue la etapa de aplicación de cambios

más pronunciados al interior de la URSS. El desarrollo de estas medidas, ulteriormente, terminó con el fin del “socialismo real”.

Los casos presentados en el capítulo no pretenden dar por agotada la realidad económica que se cristalizó en la economía mundial durante la década de 1980. En todo caso reflejan, a modo de muestra, cómo el orden mundial económico se fue reacomodando frente a las disrupciones introducidas en los años setenta.

La década de 1980 en perspectiva: crisis de los setenta y transición del orden económico mundial

Como dijimos en la Introducción, los años ochenta comprenden una unidad de análisis en contacto con períodos precedentes. En esta dimensión aparece la crisis económica mundial de los años setenta cuya caracterización posee cierto consenso entre los especialistas. Diversos autores han hablado de una desaceleración del crecimiento económico y el aumento de la inflación como una expresión sintomática de aquella crisis (Maddison, 1992; Hobsbawn, 2008; Barbero, 2007). Lo particular de la década de 1970, en todo caso, no solo son las problemáticas ya mencionadas sino también su comparación con la etapa inmediatamente anterior de los años dorados (1950-1973).

Como se ha descrito en el capítulo 7 de este libro, la segunda posguerra supuso el desenvolvimiento de una etapa del desarrollo económico mundial con determinadas cualidades y resultados.

Maddison (1992), en su comprensión del siglo XX, describe diferentes fases del desarrollo económico mundial; la que interesa directamente es la denominada “edad de oro” (1950-1973). El autor especifica en esta última la existencia de una serie de cualidades:

1. el establecimiento de un “nuevo orden mundial liberal” e institucionalizado internacionalmente a partir de organismos internacionales de cooperación —FMI y el Banco Mundial—;
2. el incremento sin precedentes de los flujos comerciales producto del desmantelamiento de las barreras comerciales y los programas de ayuda para la recuperación económica;
3. los Estados nacionales apuntaban a una política interna cuyos objetivos apuntaban a promover el crecimiento y el pleno empleo a través de una política fiscal y monetaria activa.

A este panorama resulta fundamental otra cualidad: la hegemonía económica, militar e ideológica de los Estados Unidos (Béjar, 2015). Efectivamente, y a pesar de la Guerra Fría, la potencia norteamericana se perfiló como el sostén del sistema monetario internacional³, fue promotora principal de la recuperación europea a través del Plan Marshall e interventora en conflictos fundamentales que tendrían hondas repercusiones económicas —locales e internacionales—⁴. Estas cualidades que encierran los “años dorados” fueron conmovidas durante la crisis de los años setenta.

Siendo estrictos, la caracterización de “edad dorada” no refiere tan directamente a las cualidades del orden económico mundial reproducidas sino a los resultados que evidenciaron en variables económicas específicas. De esta forma, el período comprendido

entre los años 1950 y 1973 se caracterizó por la presencia de un crecimiento económico sin precedentes con independencia de los regímenes económicos, un aumento demográfico sostenido a partir de una mayor productividad de alimentos y la expansión de un mundo industrial bajo el modelo fordista (Hobsbawn, 2008, 260-270).

Aquella dinámica no pudo extenderse mucho más allá de la década de 1970. El principal síntoma que se evidencia es un considerable freno al crecimiento económico, sobre todo a partir del año 1974 (Barbero, 2007); no obstante, ya el año 1973 se muestra una clara merma del crecimiento en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE)⁵ sumada a un creciente proceso inflacionario que dio origen a un fenómeno hasta entonces desconocido en la política económica: la estanflación —es decir, bajo o nulo crecimiento con altas inflacionarias— (Maddison, 1992). Estas problemáticas se reflejaron de forma general en la economía mundial, pero no funcionaron de la misma manera en todas partes. Las regiones periféricas —se verá el ejemplo con Latinoamérica— vivieron con mayor intensidad este proceso por causas fuera del plano económico y por el hecho de que muchos países de la región afrontaron las dificultades derivadas de la imposibilidad de lograr el desarrollo. Por ello no debe sorprender que, a pesar de que la década de 1970 se presenta como una etapa de crisis, no debe pensarse como el inicio de una suerte de “gran depresión”; incluso se ha afirmado que el crecimiento económico continuó en los países capitalistas avanzados y en otros asiáticos de industrialización reciente (Hobsbawn, 2008). Como se ve, la crisis de los años setenta supone

un crecimiento del PBI mundial que mermó significativamente en comparación con los “años dorados”.

¿Por qué se produce el referido freno al crecimiento? En primer lugar, podría pensarse que la dinámica de los años setenta se produce a partir de un hecho puntual: la crisis del petróleo (1973)⁶. Si bien es cierto que la expansión de la industrialización durante los “años dorados” se había fundamentado en la existencia de energía barata proveniente de los Estados de Medio Oriente, el aumento de los precios del petróleo, por más sorpresivo y espectacular que fuera, no alcanza para fundamentar la dimensión de las dificultades económicas de los setenta. La crisis se comprende, en sus causas más profundas, como el giro decisivo que implicó el agotamiento del modelo fordista de producción y el declive de la hegemonía norteamericana (Béjar, 2015).

El modelo fordista llegó a su agotamiento a partir de la dinámica del mismo sistema capitalista. Esto conlleva a fijarse en factores objetivos y perceptivos. En el primer orden, aparece el desarrollo tecnológico y esto puede sintetizarse en la aparición del microprocesador⁷ y su implicancia posterior en el proceso productivo. La incorporación de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información permitieron dar respuesta a una demanda más exigente en términos de calidad y variedad de productos (Barbero, 2007).

El trasfondo de estas transformaciones se asocia indefectiblemente con la globalización y el desenvolvimiento que adquirió hacia la década de 1970. Aquella es más que una economía conectada a nivel global, se trata de una “economía en condiciones de funcionar como una unidad en tiempo real a escala

planetaria” (Barbero, 2007: 430). La situación se vio posibilitada por las oportunidades que abría el mismo desarrollo tecnológico anteriormente explicado. Son estas nuevas condiciones las que permitieron la transnacionalización de los flujos de capital y de las empresas⁸, por ejemplo; en contraposición, los agentes que perdieron protagonismo en materia económica fueron los Estados nacionales.

El fenómeno de la globalización y la transnacionalización económica también trajo consecuencias profundas en ámbitos como la organización social y económica. Hobsbawn (2008) ha explicado el fenómeno en al menos tres perspectivas: la creciente tasa de desempleo, el costo del capital humano y la nueva dinámica de la competencia internacional. En torno del primer elemento, según comenta el mismo autor, se generó un cambio sustancial en cuanto a la relación máquinas-empleo; si bien la tendencia general de la industrialización ha sido crear desempleo en tanto reemplaza la destreza humana por la máquina, lo cierto es que la misma industrialización y su expansión generaba puestos suficientes para reemplazarlo —una dinámica observable durante los años dorados—. En definitiva, lo que se observa a partir de la década de 1970 es el creciente desempleo a pesar de la creación de nuevas actividades relacionadas con los campos del conocimiento, la comunicación y la información. Es un desempleo estructural y no circunstancial —experiencia que no era conocida en países que, durante los años dorados, experimentaban situaciones de pleno empleo—. Una respuesta tentativa podría hallarse en el grado de especificidad y formación que requieren, aun en la actualidad, este tipo de actividades. Por supuesto, la mencionada formación y

especificidad no están al alcance de todos los sectores de la sociedad.

Retomando al autor analizado, el costo del capital humano fue en aumento durante los años setenta. El avance tecnológico en la producción genera la necesidad de recursos humanos más onerosos que, eventualmente, pueden afectar la rentabilidad empresarial. La competencia internacional, comenta Hobsbawn, puede interpretarse como una respuesta ante la crisis de rentabilidad. En efecto, si el costo del capital humano fue en aumento, las empresas transnacionales trasladaron sus principales centros de producción a regiones del mundo con salarios significativamente más bajos para paliar el aumento de costos. Como se puede observar, a partir de los años setenta, la economía internacional se configura de forma tal que el desempleo adquirió un carácter estructural y la competitividad económica, en muchas ocasiones, se basó en el ajuste a partir de los salarios.

Hasta aquí se ha desarrollado la primera de las causas profundas que se entiende como fundamento de la crisis de los años setenta. La segunda, el fin de la hegemonía norteamericana, se tratará con más detalle en el siguiente apartado. De momento basta aclarar el rol que los Estados Unidos habían adquirido hacia los años dorados y cuáles son las razones por las que este rol se pone en entredicho durante los años setenta. En líneas generales, la economía mundial durante la primera parte de la segunda mitad del siglo XX tuvo un actor protagónico en materia financiera y monetaria internacional: los Estados Unidos. Esto a pesar del contexto de Guerra Fría y competencia estratégica con la URSS, que también hacen al proceso. Como ya se ha introducido en este apartado, luego de

finalizada la Segunda Guerra Mundial, la economía internacional viró hacia la formación de un “nuevo orden mundial liberal” provisto de organismos internacionales y caracterizado por la recuperación de los flujos comerciales a partir de la cooperación mutua entre Estados constituida a través de las nuevas instituciones. Para comprender esto es importante recordar la presencia de dos guerras mundiales precedentes y un período de entreguerras en donde los Estados nacionales se habían volcado por medidas de tipo proteccionista y con objetivos de autosuficiencia. El nuevo orden suponía la necesidad de un ordenamiento pactado y es allí donde entran los reconocidos Acuerdos de Bretton Woods (1944).

Los acuerdos mencionados contaron con la activa participación de delegaciones norteamericanas e inglesas. Las resoluciones de Bretton Woods son bien conocidas: el establecimiento de un sistema de cambio basado en el patrón oro-dólar; la obligación para los miembros del flamante Fondo Monetario Internacional de mantener un tipo de cambio fijo, aunque con una pequeña flexibilidad —en otras palabras, se querían evitar las devaluaciones bruscas— y la asistencia a países con problemas de balanza de pagos (Barbero, 2007).

La resolución más importante que compete al punto analizado es el establecimiento de un sistema internacional basado en el patrón oro-dólar. Esto implicaba que la única moneda convertible al oro era el dólar norteamericano. En principio, la situación era sostenible mientras Estados Unidos era la potencia industrial y financiera indiscutida; no obstante, los años setenta mostraron otro cuadro de situación.

Estados Unidos y Gran Bretaña: crisis, “neoliberalismo” y capitalización financiera

En términos internacionales, los años setenta supusieron el intento por mantener un clima de distensión, sobre el cual ya se había avanzado a inicios de la década pasada luego de la Crisis de los Misiles (1962)⁹. Esta situación había supuesto una relación bilateral menos chocante entre las superpotencias de Estados Unidos y la Unión Soviética llegando a firmar diversos acuerdos en materia de armamento nuclear¹⁰. No obstante, hacia 1979, la invasión soviética a Afganistán¹¹ y la negativa norteamericana para ratificar el Tratado SALT II dio por finalizada la distensión con la vuelta a la lógica maniquea de la Guerra Fría. De esta manera, a inicios de los años ochenta, se estuvo ante la presencia de un clima marcado por el reverdecer de la Guerra Fría.

En términos económico-internacionales, y en el mismo espacio temporal, se aprecia la crisis del orden monetario y financiero fijado en los Acuerdos de Bretton Woods. Esto último no vislumbró la sustitución por otro sistema con el mismo nivel de acuerdo e institucionalización; no obstante, el dólar continuó siendo una moneda de validez internacional. María Dolores Béjar (2015) ha comentado la existencia de un “Bretton Woods informal” en donde los Estados Unidos dejaron de constituirse en la principal fuente de liquidez e inversión extranjera directa del mundo para convertirse en el gran deudor internacional y, a pesar de ello, permitir la permanencia del dólar como moneda de referencia internacional. La autora especifica que tanto Japón como países de Medio Oriente¹² (con Arabia Saudita a la cabeza) sostuvieron la moneda

norteamericana invirtiendo sus excedentes en bancos de crédito británicos y estadounidenses al mismo tiempo que compraban títulos de deuda pública norteamericanos.

El fin de la hegemonía norteamericana en términos financieros e internacionales tiene su explicación. Por un lado, los Estados Unidos se alzaron como la principal potencia industrial y financiera frente a la extensiva destrucción que había causado la Segunda Guerra Mundial en Europa y Asia —principales escenarios de conflicto—. La ventajosa posición inicial de los Estados Unidos fue sucesivamente afectada por diferentes circunstancias. En primera instancia, apareció la recuperación europea —en particular, la alemana— y, no menos importante, la japonesa. Curiosamente, los norteamericanos financiaron, en función de sus intereses, la recuperación de países destruidos por el conflicto que luego se convirtieron en los principales desafíos a su industria. Dicho de otro modo, la industria norteamericana que había crecido de la mano del modelo fordista debía enfrentarse a la recuperada industria alemana y japonesa¹³. Por otro lado, la capacidad financiera de los norteamericanos se vio afectada por su creciente déficit en la balanza de pagos producto de la carrera armamentística encarada en buena parte de la Guerra Fría y la activa participación de los Estados Unidos en la Guerra de Vietnam (1964-1975)¹⁴.

Por lo anterior, era evidente la necesidad de los Estados Unidos de instrumentar cambios frente al contexto cada vez más asfixiante para las finanzas del país. En este sentido, la figura de Richard Nixon (1969-1974) resulta representativa. Elegido candidato del Partido Republicano, Nixon realizó una serie de medidas radicales que cambiarían la proyección económica y geopolítica de los

Estados Unidos en el mediano plazo. En el primer aspecto, el presidente republicano tomó la doble determinación de establecer la inconvertibilidad del dólar (1971) y, finalmente, reemplazar el sistema de cambio fijo por uno flotante; a ello se sumó una serie de medidas apuntadas a proteger la industria norteamericana de la competencia extranjera (Béjar, 2015). En torno al segundo aspecto, Nixon fue el presidente responsable de iniciar la salida de Estados Unidos del conflicto de Vietnam y de acercar posiciones con la China de Mao Zedong. Ambas decisiones muestran una disposición, al menos en términos económicos, de encarar una política exterior menos asfixiante sobre el presupuesto norteamericano. La permanencia de Nixon en la presidencia no pudo extenderse más allá debido al conocido caso Watergate¹⁵ que, efectivamente, empujó la renuncia del mandatario republicano. Con esto, el mandato del presidente saliente fue completado por el vicepresidente Gerald Ford.

El caso Watergate generó un profundo cuestionamiento al Partido Republicano, no es de extrañar que la siguiente gestión estuviera encabezada precisamente por un presidente demócrata como James “Jimmy” Carter (1977-1981). En torno de esta interesa resaltar ciertas cuestiones relativas a su política exterior. En primer lugar, el mandatario demócrata heredó una situación delicada considerando lo que fue la salida estadounidense de Vietnam (1975). El suceso había impactado fuertemente en la opinión pública norteamericana y se sumó a otros eventos¹⁶ que hicieron a una construcción discursiva en particular: la presencia estadounidense estaba mermando en el plano internacional. La situación también era abonada por cómo Carter encaró una política centrada en los

principios de defensa de los valores democráticos y la promoción de los derechos humanos.

Lo descripto hasta aquí contribuye a explicar las razones del ascenso de Ronald Reagan al poder. Con su estilo nacionalista y conservador, Reagan devolvió al Partido Republicano a la presidencia de los Estados Unidos y representaba, en cierto sentido, una doble reacción: en primer término, contra la permisividad social y la tolerancia profesadas en los años sesenta; luego, contra Estado de Bienestar de carácter providente inaugurado durante el New Deal (Fuentes y La Parra López, 2001). La llegada de Reagan se nutrió también de un clima de crisis percibido desde distintas esferas: la política —los efectos negativos de la Guerra de Vietnam y el escándalo de Watergate—; la económica —crecimiento bajo con crecientes tasas de inflación, es decir, estanflación— y la “moral” —fundamentado en el retroceso en política exterior— (Sanmartín Barros, 2003). A partir de lo explicado se comprende que los objetivos de gestión elegidos por Reagan hayan estado centralizados en puntos específicos como la reforma del heredado Estado de Bienestar y la proyección norteamericana en política exterior.

Al momento de producirse la asunción de Ronald Reagan (20 de enero de 1981) se observa un decidido avance en recortes a las políticas del Estado de Bienestar. Esto es comprensible considerando que para el año 1979 se había producido un nuevo aumento en los precios del petróleo, producido por la Revolución Iraní y la decisión de los países de la OPEP de resguardarse frente a un dólar que se devaluaba aún más. Ya durante la gestión de Carter se había implementado una orientación hacia una política monetaria bastante

ortodoxa al intentar controlar la inflación a partir de la suba de tasas de interés; por su parte, Reagan avanzó con un fuerte recorte en materia de gasto social en vistas de habilitar una significativa reducción de impuestos que diera mayor rentabilidad al sector privado (Béjar, 2015). A pesar de ello, la gestión impositiva reaganiana, en contra de los supuestos con los cuales se trabajaba, no pudo corregir el problema fiscal: el déficit, en 1983, llegó al 6,1 % (Fuentes y La Parra López, 2001). Las medidas tomadas —también llamadas *reaganomics*— se sostenían en la convicción de un Estado de Bienestar que era el problema y no la solución a las dificultades económicas experimentadas por los Estados Unidos. No obstante, en su aplicación práctica, las medidas basadas en el recorte de gasto social, de impuestos y la desregulación económica no surtieron el efecto logrado por el aumento significativo del gasto militar. El liberalismo económico de Reagan se mezcló con un nacionalismo de carácter más conservador y reaccionario que buscó devolver un supuesto protagonismo perdido a los Estados Unidos.

La salida de los norteamericanos de la Guerra de Vietnam en 1975 produjo una serie de reveses en política exterior que alimentaron la percepción de los Estados Unidos como un país en franco retroceso. La impopularidad que Reagan tuvo como presidente a partir de las medidas implementadas en la gestión económica local tuvo su contrapartida en el despliegue de una política exterior de alto perfil. Sanmartín Barros (2003) explica cómo el mandatario estadounidense recuperó la dimensión más agresiva bajo el término de “interés nacional”, esto implicaba el uso de la fuerza para lograr la negociación política y la cooperación económica. Asimismo, alimentado desde un discurso de fuerte

contenido anticomunista, el mismo autor comprende cómo las acciones norteamericanas en Nicaragua y Afganistán revelan una suerte de revivir el principio de “contención del marxismo” pero con ciertos matices comparados con períodos anteriores de la Guerra Fría¹⁷.

Del otro lado del Atlántico, e incluso habiendo asumido a su cargo tiempo antes, Margaret Thatcher (primera ministra británica entre 1979 y 1990) aplicó en Gran Bretaña un programa económico y de proyección geopolítica similar al de Reagan —el vínculo contemporáneo entre ambos mandatarios fue muy estrecho en los hechos—. Thatcher representaba el ala dura del Partido Conservador británico y aplicó una serie de medidas que respondían al hartazgo de ciertos sectores del electorado frente a la alta fiscalidad, el Estado de Bienestar y el reformismo social (Fuentes y La Parra López, 2001). De manera análoga a Reagan, la gestión de Thatcher apuntó a solucionar las dificultades económicas británicas del bajo crecimiento y la alta inflación a partir de una serie de medidas basadas en la desregulación, la reducción impositiva, las privatizaciones y el quiebre sindical; se trataba de modificar la relación entre el factor capital y el factor trabajo en favor del primero (Béjar, 2015).

Concretamente, Thatcher basó su diagnóstico en el agotamiento del modelo de crecimiento británico asentado en la coordinación entre gobierno, patrones y sindicatos. A partir de esto se pueden comprender las medidas destinadas a reordenar y centralizar la gestión del Estado en materia de salud y educación para eventualmente recortar estos gastos; continuar con las privatizaciones de diversos servicios ya iniciadas por el gobierno

laborista y desregular el mercado de trabajo permitiendo contratos de tiempo parcial y temporales para paliar el desempleo (Sanmartin Barros, 2003). La gestión de Thatcher también ubicó en los sindicatos otra de las grandes problemáticas a resolver. De esta manera, en 1980, se aprobó la Employment Bill que en los hechos limitaba la capacidad de huelga y otras formas de acción (Fuentes y La Parra López, 2001)¹⁸.

En el marco de una serie de medidas que apuntaron al desmantelamiento del Estado de Bienestar y una lucha frontal con los sindicatos, la popularidad de Thatcher se vio comprometida. De forma similar a lo ocurrido con Reagan, la política exterior de alto perfil funcionó también aquí como un mecanismo que permitió, a pesar de los escasos resultados positivos en materia económica, la permanencia de la mandataria británica en el poder a pesar de los cuestionamientos. Con esto se refiere concretamente al triunfo británico en la Guerra de Malvinas (1982) que sin dudas dio aire político en un momento delicado de la gestión de Thatcher. En términos más globales, la política exterior thatcherista se basó en el principio de defensa a ultranza de los intereses británicos y una relación más pragmática con las colonias que aún preservaba el país anglosajón. En torno al primer punto, se observa cómo Thatcher condicionó ampliamente el involucramiento de Gran Bretaña con la Comunidad Económica Europea de esos años; asimismo, y en virtud del segundo aspecto, se aprecia cómo la gestión thatcherista asistió a la independencia de Zimbabue. En términos más globales, Thatcher encontró puntos de coincidencia con Reagan en torno a la visión del mundo bipolar de esos años y encontraron diversos ámbitos de cooperación para confrontar, al

menos en términos discursivos y de carrera armamentística, con la URSS. No obstante, la escalada no aumentó en demasía por lo que se verá más adelante: la crisis de la potencia del bloque socialista.

El escenario latinoamericano: estancamiento, deuda y crisis

Latinoamérica se proyecta como un espacio geográfico diverso usualmente estudiado a partir de procesos. La región ha estado históricamente condicionada por su carácter periférico, es decir, subordinada al desarrollo de las economías industriales europeas y estadounidense (Skidmore, 1996).

Hacia los años setenta, los países latinoamericanos tenían dificultades derivadas del agotamiento de su propio perfil productivo: el modelo de industrialización por sustitución de importaciones —en adelante, ISI—. Este último estuvo lejos de ser un proyecto consciente y decidido por parte de los gobiernos latinoamericanos; el ISI debe entenderse como una serie de respuestas frente a las sucesivas crisis del comercio internacional que se habían producido por coyunturas como las guerras mundiales y el *crack* de 1929 (Zanatta, 2012). El ISI gozó de un importante desarrollo durante los años cuarenta y cincuenta; no obstante, ya la década de 1960 mostró el estancamiento económico. Las explicaciones del fenómeno pueden resumirse en: el carácter incompleto y dependiente de la industrialización latinoamericana; el cambio perjudicial para América latina en los términos de intercambio; las limitaciones del mercado interno y la imposibilidad de formar

bloques regionales; un desarrollo tecnológico que no permitía el uso extensivo de mano de obra (Skidmore, 1996).

El carácter incompleto y dependiente de la industrialización latinoamericana revela uno de los aspectos más vulnerables del ISI. Aun en los países más industrializados de la región (México, Brasil y Argentina), el sector primario de sus economías siguió cumpliendo un rol fundamental. A diferencia de la industrialización europea, Latinoamérica no vivió una separación total entre la riqueza producida en el campo a partir del latifundio y en las nuevas actividades industriales (Beyhaut y Beyhaut, 1999). Esto supuso que el sector primario continuara siendo un importante motor de crecimiento aun en los primeros decenios después de la Segunda Guerra Mundial (Zanatta, 2012). A esta dificultad se agrega que América latina no ha sido productora de tecnología y, en consecuencia, fue dependiente de otras zonas avanzadas del globo en relación con aquel aspecto a pesar de la industrialización (Skidmore, 1996).

El segundo factor para considerar es el empeoramiento de los términos de intercambio¹⁹. Esto último alude a la relación entre lo que los países exportan (materias primas) e importan (bienes manufacturados, maquinarias, entre otros). La explicación es sencilla: si la exportación de productos primarios fue una herramienta de utilidad de los países latinoamericanos para insertarse en la economía mundial a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, el devenir posterior indicó que esta dinámica no era sostenible en el largo plazo. Efectivamente, y a medida que se desarrolló la economía mundial en el siglo XX, los precios de los principales productos latinoamericanos experimentaron descensos

sostenidos. En otras palabras, hubo menor capacidad de compra de importaciones por parte de los países latinoamericanos debido a la baja de los precios internacionales de sus productos exportados.

Continuando con lo expuesto, existe un factor vinculado con un elemento endógeno de estos Estados: el mercado interno, es decir, el conjunto de transacciones de bienes y servicios producido en el espacio acotado por los límites del Estado territorial en cuestión. Considerando la escasa competitividad que podían tener los productos industriales latinoamericanos internacionalmente, el mercado interno de los países latinoamericanos se convirtió en el principal consumidor de los productos manufacturados producidos en aquellos. La problemática está en la gran desigualdad económica; en consecuencia, hay amplios sectores de la población latinoamericana que, en realidad, no está en condiciones de consumir más allá de las necesidades básicas de subsistencia.

La búsqueda de complementariedades regionales tampoco se pudo lograr en lo inmediato y quizás habrían otorgado respuestas a los mercados internos limitados (Skidmore, 1996). Siendo estrictos, existieron proyectos e intenciones en este sentido; un ejemplo claro fue la fundación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) en 1960 —luego conocida como Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI)— y otras formas de acuerdo menores. No obstante, primaron las rivalidades entre Estados de la región en muchos casos. Esto explica, por ejemplo, el porqué del retraso en la formación de un bloque que permitiera eventualmente la integración de los países más representativos del Cono Sur: Argentina y Brasil²⁰.

Finalmente, existía una circunstancia que vincula condiciones tecnológicas y uso de la mano de obra que eventualmente encuentra limitaciones con el mercado interno. Como otras regiones de industrialización tardía, Latinoamérica poseía a su disposición un desarrollo tecnológico industrial de tal magnitud que, a pesar del desarrollo de nuevas actividades en el sector secundario, no se tradujeron necesariamente en efectos positivos en otros aspectos como el desempleo y el eventual desarrollo de un mercado interno consumidor:

El desarrollo industrial latinoamericano de este período había elegido la tecnología con un uso de capital intensivo, típica de las economías industriales avanzadas; en comparación con los modelos de crecimiento del siglo XIX, ocasionaba más inversiones en maquinaria y menos trabajo manual. Las compañías lo consideraban necesario para sobrevivir en la competencia económica. Sin embargo, uno de sus resultados involuntarios fue poner un techo al tamaño del mercado interno de bienes de consumo, ya que eran relativamente pocos los asalariados que podían permitirse comprarlos. Un segundo resultado fue la imposibilidad de contrarrestar el creciente desempleo que, en los años sesenta, comenzó a plantearse como una seria amenaza al orden social establecido (Skidmore, 1996: 68).

En cierto sentido, el fenómeno puede ser leído como una versión particular del agotamiento del modelo fordista, pero al que se le suman aspectos relacionados con la dependencia y las dificultades de desarrollo que ha vivido la región.

Los países latinoamericanos sufrieron la perturbación del desplome de Bretton Woods y la aceleración inflacionaria en los años setenta de forma particular. Las devaluaciones y las altas tasas de inflación eran una problemática ya manifiesta previamente por el agotamiento de la ISI. En consecuencia, las administraciones

estatales no realizaron cambios drásticos de política económica en principio. En este contexto, el crecimiento económico continuó siendo aceptable y los efectos derivados del *shock* petrolero de 1973 fueron perjudiciales en países que importaban petróleo (ejemplo: Brasil), pero produjeron ganancias en productores como México y Colombia; finalmente, en los países que producían petróleo en cantidad suficiente para lograr el autoabastecimiento los efectos fueron neutros (Maddison, 1992).

En definitiva, las problemáticas económicas que experimentaron los gobiernos latinoamericanos en la década de 1970 se afrontaron como una repetición de fórmula en cuanto a política económica se refiere. En todo caso, lo que deviene son las complicaciones derivadas de aspectos políticos y sociales. Esto se asocia directamente con la llegada de gobiernos burocrático-autoritarios²¹ —más comúnmente en la forma de dictaduras— que comienzan a extenderse en la región durante las décadas de 1960 y 1970. Leyéndolo en clave económica, se puede entender que la llegada de gobiernos de este tipo se presentó como una respuesta ante los crónicos problemas inflacionarios y de balanza de pagos; en otras palabras, los gobiernos burocrático-autoritarios asumen con la misión de solucionar las principales dificultades del desarrollo económico de los países latinoamericanos (Skidmore, 1996). Al mismo tiempo no debe olvidarse el contexto histórico mundial que se estaba desarrollando en ese momento; la Guerra Fría y el peligro percibido del avance de las tendencias más radicales de la izquierda al poder fueron usados como parte de un discurso que hizo que los gobiernos burocráticos-autoritarios pudieran autolegitimarse como garantes del orden y la paz social. En virtud de esos objetivos, la

eliminación de la actividad política y de la vida democrática fue instrumentada como medida “necesaria”. De esta manera, los gobiernos burocrático-autoritarios buscaron el abordaje de la crisis como una problemática global asociada con la cuestión política y social: las dificultades económicas residían, en última instancia, en sociedades sumidas en la convulsión social y el enfrentamiento político, por ello la respuesta de la anulación del ejercicio civil y democrático.

El abordaje de las dificultades económicas experimentadas por los países latinoamericanos fue variado, en virtud de las condiciones de cada uno de los países en cuestión²². En términos muy generales, se podría explicar:

Los gobiernos burocráticos-autoritarios trataron de reavivar el crecimiento económico mediante la consolidación de vínculos con las fuerzas económicas internacionales, revisando, una vez más, los términos de la dependencia del sistema mundial global. De forma específica, los dirigentes de estos regímenes forjaron con frecuencia alianzas con corporaciones multinacionales (vastas compañías internacionales como IBM, Philips, Volkswagen). Para conseguir crédito y ganar tiempo, también necesitaban llegar a acuerdos con sus acreedores, como los bancos estadounidenses y europeos o los organismos de préstamo internacionales (como el Banco Mundial y el Banco de Desarrollo Interamericano) (Skidmore, 1996: 69).

La problemática del endeudamiento se comenzó a gestar durante los años setenta en virtud de las bajas tasas de interés experimentadas por la abundancia de crédito barato. Como ya se ha explicado, el *shock* petrolero de 1973 había dado como resultado la abundancia de dólares que los países árabes invirtieron en bancos europeos y estadounidenses (Barbero, 2007). Eventualmente, estos

“petrodólares” se canalizaron como una fuente de endeudamiento para países en vías de desarrollo como eran los latinoamericanos. Las tasas, por su parte, eran lo suficientemente bajas para permitir que el endeudamiento se desarrollara de modo extensivo. El negocio se completaba con otra condición indispensable: las tasas de interés eran menores a la inflación mundial, por ello la estrategia de tomar deuda para abordar las problemáticas de crecimiento no era demasiado riesgosa (Maddison, 1992).

Para entender por qué el endeudamiento llegó a convertirse en una problemática en el mediano plazo es necesario comprender una serie de factores. El primero de ellos es que la deuda externa en Latinoamérica entre 1970 y 1980 casi se multiplicó por diez, pasó de 27.000 millones a 231.000 millones (Skidmore, 1992: 70). A esto deben sumarse factores estructurales que afectaron a América latina como región periférica; esto es, el empeoramiento de los términos de intercambio. Ya se ha explicado cómo la tendencia, en perjuicio de América latina, ha sido la de experimentar el descenso de sus principales productos de exportación. Esta situación condiciona fuertemente la posibilidad de estos países de obtener fondos que les ayudaran a costear el enorme endeudamiento. Al mismo tiempo, y como se ha explicado en el apartado anterior, la disposición de los Estados Unidos por elevar la tasa de la Reserva Federal para abordar sus propias problemáticas de inflación también condicionó enormemente la posibilidad de repago para América latina. Esto no solo se debió al aumento de las tasas de interés en sí sino también a cómo este comportamiento afecta atrayendo inversiones por los beneficios de la tasa. En otras palabras, diferentes fondos optaron por invertir en, por ejemplo, títulos de

deuda norteamericana. El cuadro descripto muestra también el funcionamiento de un sistema capitalista cuya principal fuente de capitalización pasaba por el aspecto financiero, indistintamente de las regiones que se aludan.

La crisis de la deuda latinoamericana comenzó con la declaración de cesación de pagos de México en 1982, el caso anticipó otros procesos de quiebra estatales. Los primeros intentos para abordar esta problemática estuvieron centrados en la intervención de organismos internacionales de crédito como el Fondo Monetario Internacional. Las recomendaciones de este planteaban objetivos como el equilibrio fiscal a base de fuertes recortes en inversión pública, políticas monetarias restrictivas para controlar la inflación y devaluaciones que promovieran las exportaciones (Zanatta, 2012). La problemática fundamental en la aplicación de este tipo de medidas radicaba en un hecho político de no menor importancia, las crisis económicas y políticas causadas por las gestiones de los gobierno burocrático-autoritarios obligaron al desencadenamiento de inevitables transiciones democráticas (Skidmore, 1996)²³. Los Estados Unidos se hallaron frente a una situación insoluble en el corto plazo: las imposiciones de los organismos de crédito podían suponer dificultares políticas y sociales que pusieran en riesgo la estabilidad de las nacientes democracias en América latina.

Por lo anterior, la problemática de la deuda recién se abordó de un modo más concreto a partir del Plan Brady (1989) —denominado así por el secretario del Tesoro de Estados Unidos Nicholas Brady—. Considerando no atentar contra el proceso de estabilidad democrática en América latina, Brady estableció un plan no destinado a reestructurar la deuda y dar créditos para el pago de

intereses sino a reducir el monto de esta a cambio de reformas económicas (Zanatta, 2012). La situación supuso que los países latinoamericanos se vieran empujados a realizar reformas económicas tendientes a la liberalización económica y la reducción del Estado, es decir, acciones fundamentadas en los principios del nuevo liberalismo en boga a partir de la década de 1970.

En vistas generales, la década de 1980 ha sido observada como la “década perdida” en América latina en términos de crecimiento económico y desarrollo. Las consecuencias sociales más acuciantes fueron la afirmación de un núcleo de pobreza y el incremento de las desigualdades. Las problemáticas de endeudamiento fueron resueltas a partir de medidas económicas que se limitaron a la solución de problemáticas como el crecimiento y el control inflacionario —esto se haría sobre todo en la década de 1990 bajo el llamado Consenso de Washington—, pero que dejaron sin abordaje las problemáticas sociales que aún condicionan y se hacen presentes en la región.

El fin del “socialismo real”: crisis, reforma y desintegración de la URSS

El mundo socialista revela muchas variantes que no podrían resumirse en este apartado. Por ello solo reseñaremos la perspectiva desde las vivencias de un variado y complejo país como lo fue la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La crisis y desintegración de la cabeza del bloque socialista se desarrolló en sus propios términos al no tratarse de un Estado

ligado estructuralmente al sistema capitalista. Se trata de la crisis de un país caracterizado por la planificación económica y la dirección centralizada de la economía.

¿Cómo afectó la crisis de los años setenta del siglo pasado a la URSS? En sí, el aumento de los precios del petróleo no causó un efecto directo ya que la economía soviética era productora del insumo e incluso pudo beneficiarse con el aumento de los precios. Las apreciaciones internacionales hacia los años setenta parecían coincidir en una URSS que se consolidaba como una entidad estable; su poderío militar había igualado al de Estados Unidos y su industria era la segunda en cuanto a capacidad productiva en diferentes bienes (acero, petróleo, hierro, cemento, tractores, entre otros) (Service, 2000). Sin embargo, la potencia del bloque socialista se hallaba efectivamente en una crisis que debe entenderse como sistémica y apunta a dimensiones económicas, políticas y socioculturales.

Las dificultades económicas de la URSS se pueden explicar desde dos perspectivas: la primera señala cuestiones relativas a una suerte de funcionamiento inviable del sistema económico soviético; la segunda, no es menos importante, responde a la inserción soviética en la economía mundial hacia los años setenta.

En torno al primer aspecto, Maddison (1992) ha sintetizado esta perspectiva en tres aspectos básicos: la ineficiencia microeconómica, el aumento del gasto militar en el presupuesto y el incremento del costo real de la explotación de recursos naturales. Respecto del primer punto el autor muestra cómo el sistema de planificación económica y de dirección centralizada tuvo una orientación constante al gasto excesivo de capital y materias primas

con el objetivo de proveer ambas a bajo costo; asimismo, se suma la presencia de una tecnología obsoleta que no podía renovarse por el aislamiento de la URSS y cuyo resultado era una producción de bienes de baja calidad. A las dificultades mencionadas, generadas por un uso poco eficiente de los factores productivos, se suma la cuestión geopolítica. El rol de la URSS como potencia principal del bloque socialista suponía exigencia y participación en diversos conflictos representativos de lo que se conoció como Guerra Fría. Concretamente, el autor analizado sugiere cómo la asistencia económica a Cuba, la participación en las guerras de Vietnam (1955-1975) y de Afganistán (1979-1989) supusieron eventualmente un peso demasiado grande para el presupuesto de la economía soviética. Finalmente aparece el aumento del costo real de la explotación de recursos naturales, la problemática reside en el hecho de que este incremento se produce por la misma dinámica de la explotación. De esta manera, el mismo crecimiento y desarrollo de la URSS habría obligado a extraer recursos naturales de zonas cada vez más alejadas —Siberia y Asia Central— donde el costo aumentaba por la necesidad de una mejor infraestructura.

Las características internas que definen a la economía soviética parecieran explicar en buena medida las dificultades afrontadas por la potencia del bloque socialista. No obstante, existen factores que aluden a un cambio en la inserción económica de la URSS a nivel internacional. A lo largo de sus primeras décadas de desarrollo, la economía soviética se había desenvuelto en un relativo aislamiento que la mantuvo apartada de ciertas perturbaciones económico-internacionales²⁴. No obstante, el aislamiento mencionado se fue diluyendo en la medida que se avanzó en el desarrollo de la

segunda mitad del siglo XX. Este aspecto no debe sorprender considerando que la URSS se perfiló como una potencia que daba asistencia económica y militar a diferentes aliados —reales o potenciales— en pos de fortalecer el bloque que encabezaba durante la Guerra Fría. A esta situación debe sumarse la plena entrada de la URSS al mercado internacional de cereales y su tendencia a abrir la economía como una respuesta ante la crisis económica experimentada hacia la década de 1970, pero sometiéndose a los vaivenes de la economía internacional (Hobsbawn, 2008: 417-418). En definitiva, una economía como la soviética, moldeada bajo los principios de la autosuficiencia y la autarquía económica, se insertó a su manera en un contexto que pondría en jaque la capacidad de control centralizado de la economía por parte del Estado.

Los desafíos planteados desde las nuevas exigencias económicas locales e internacionales debieron ser afrontados por una estructura política-gubernamental que, en vista de los sucesos acaecidos, pareció no tener un diagnóstico claro sobre las necesidades que planteaba la magnitud de la crisis. Una de las problemáticas señalada recurrentemente ha sido la presencia de la “gerontocracia”, es decir, una clase dirigente formada durante la etapa estalinista que era particularmente reticente a insertar cambios en un orden soviético del cual se sentían orgullosos (Service, 2000).

Para comprender la situación de una forma más acabada resultan necesarias algunas aclaraciones. En primer término, aparece el peso específico que tuvo el estalinismo más allá de los años cincuenta. Desde su llegada al poder hasta su muerte²⁵, Stalin

definió las características del Estado soviético en cuanto a su ordenamiento político, modelo de desarrollo económico e inserción internacional. Ocurrida su muerte a principios de la década de 1950, el gobierno soviético se enfrentó a los conflictos que supuso la “desestalinización”, es decir, una revisión crítica del proceso estalinista desde el seno del mismo Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). En el marco del vigésimo congreso de la entidad partidaria (1956), se elaboró, entre otras cuestiones, un informe clasificado en el cual se denunciaban aspectos asociados sumamente del largo gobierno de Stalin: el uso del terror como herramienta política —incluyendo “depuraciones” al interior del partido—, el ejercicio ilimitado del poder y el culto a la personalidad. En el largo plazo, se denotaría que estos primeros atisbos de reflexión crítica producto de la “desestalinización” no se sostendrían en el tiempo para formar una línea política que se impusiera en lo inmediato. No obstante, la crítica a la herencia estalinista subsistiría lo suficiente para convertirse en la base ideológica de las reformas propuestas por Mijaíl Gorbachov en los años ochenta²⁶. Si las reformas se hicieron esperar, mucho tuvo que ver el prolongado gobierno de Leonid Brézhnev (1964-1982). Una de sus principales características fue, precisamente, la defensa de la herencia estalinista en cuanto a la industrialización lograda hasta el momento y la victoria en la Segunda Guerra Mundial (Service, 2000). En otras palabras, se puede comprender que la gestión de Brézhnev obturó la posibilidad de la renovación de los cuadros partidarios y, en consecuencia, la capacidad de la clase dirigente soviética de efectuar los cambios necesarios para una potencial continuidad del sistema. Los pedidos de reformas ya eran claros hacia la década de

1970 cuando, desde el mundo académico e intelectual soviético, se solicitaba la necesidad de una democratización del sistema como medio para evitar la decadencia de la URSS a potencia de segundo orden (Béjar, 2015).

Finalmente, en el apartado de lo que podría señalarse como aspectos socioculturales, la sociedad soviética afrontaba el desgaste de las características más reprobables del sistema: el partido único (PCUS) era visto como una entidad cada vez más desprestigiada y la censura se volvía cada vez menos tolerable en el marco de una calidad de vida que empeoraba por las características deficientes del sistema económico local (Service, 2000).

Resumiendo hasta aquí, el complejo escenario puede sintetizarse en las siguientes problemáticas: las dificultades propias del sistema de producción soviético; la presencia de una clase dirigente reacia a implementar cambios (la “gerontocracia”), y una sociedad menos receptiva a aceptar el escenario planteado.

En este marco debe entenderse la política reformista implementada por el gobierno encabezado por Mijaíl Gorbachov²⁷ a mediados de la década de 1980. Consistió en un vacilante y no menos conflictivo intento por superar las anquilosadas estructuras políticas, económicas y sociales de la etapa estalinista. Gorbachov formó parte del Politburó²⁸ desde 1980 y llegó al puesto decisivo de secretario general del Comité Soviético a principios de 1985. Ya para ese momento su discurso se encontraba perfilado en los términos de “democratización” y reforma. Una particularidad del secretario era el hecho de conocer el mundo capitalista (había visitado países como Italia, Alemania Occidental, Bélgica y Francia) y advertía cómo la capacidad económica de algunos de ellos, al

menos en términos de proveer bienes y servicios, superaba a la URSS.

El posicionamiento de Mijaíl Gorbachov no fue sencillo en términos de oportunidad política. Al momento de su llegada al secretariado, el Politburó se encontraba en un 80 % ocupado por hombres del exsecretario Leonid Brézhnev formados durante la etapa estalinista (Béjar, 2015). Como consecuencia de esto fue necesaria una amplia renovación del organismo partidario, una de las primeras acciones tomadas por Gorbachov junto con la continuidad de ciertas medidas de liberalización económica que habían tomado alguno de sus predecesores²⁹. No obstante, ambas acciones se mostraron insuficientes. De aquí nace la necesidad de elaborar un conjunto de políticas más estructuradas.

Efectivamente, las reformas conocidas como Glasnost (apertura) y Perestroika (reestructuración) se organizaron en etapas y se pretendían como un abordaje a las dos grandes problemáticas que Gorbachov y el sector reformista del PCUS entendían necesario abordar: la democratización y el atraso económico de la potencia soviética. La Glasnost fue instrumentada a partir de una relajación de los controles estatales sobre la circulación de la información y la promoción, desde el Estado, de una serie de debates públicos sobre diferentes problemáticas que afectaban a la sociedad soviética (por ejemplo: el alcoholismo y la corrupción). Esta “apertura” pretendía generar una toma de conciencia por parte de los funcionarios y la sociedad en general para avanzar hacia un consenso de la necesidad de reformas (Service, 2000). La problemática central residía en la expectativa; los reformistas esperaban que el gobierno soviético pudiera eventualmente mantener el monopolio del debate

público. No obstante, una vez liberada mínimamente la posibilidad de discusión, los cuestionamientos llegaron a recaer en la burocracia corrupta y anquilosada, en la URSS como un Estado multinacional y, finalmente, en el mismo sistema socialista.

La Perestroika se instrumentó sistemáticamente a partir del año 1987 y sus medidas consistieron, en términos generales, en introducir formas capitalistas de producción en espacios acotados y controlados cuyos objetivos eran mejorar la productividad y superar la brecha tecnológica con Occidente (Béjar, 2015). Esto suponía que las unidades de producción, antes dirigidas de modo centralizado a través del Gosplán³⁰, podían empezar a tomar un control más autónomo y decisiones “racionales” sin sujetarse a las necesidades/control de la burocracia soviética. Los resultados de la “reestructuración” trajeron más problemas que soluciones, el paso de un sistema económico de control a uno más libre conllevó el inevitable aumento de precios, el desabastecimiento por la especulación frente al nuevo escenario y el aumento del mercado negro.

Los efectos no previstos de la reforma conllevaron un profundo cuestionamiento de su aplicación. Nuevamente en este punto entraron a jugar la aplicación, la dimensión de las expectativas y el marco de posibilidad. Fuera de las condiciones internas de la URSS que pudieran dificultar el desarrollo de la Glasnost y la Perestroika, resulta interesante dar un encuadre internacional del asunto:

Lo que muchos reformistas del mundo socialista hubiesen querido era transformar el comunismo en algo parecido a la socialdemocracia occidental. [...] La desgracia de estos reformistas fue que la crisis de los sistemas comunistas coincidiese con la crisis de la edad de oro del capitalismo, que fue

a su vez la crisis de los sistemas socialdemócratas. Y todavía fue peor que el súbito desmoronamiento del comunismo hiciese indeseable e impracticable un programa de transformación gradual, y que esto sucediese durante el (breve) intervalo en que en el Occidente capitalista triunfaba el radicalismo rampante de los ideólogos del ultraliberalismo (Hobsbawn, 2008: 419).

Efectivamente, se puede ver que las expectativas del reformismo de Gorbachov apuntaban a dar a la URSS un modelo que ya estaba en crisis en Occidente. Por ello, la principal oposición a estas reformas no se encarnaba solo en los conservadores del PCUS sino en las posiciones más radicales que consideraban aquellas insuficientes. Encabezando este sector apareció la figura de Boris Yeltsin³¹, partidario de reformas más radicales que devolvieran una economía de mercado a la URSS. Yeltsin, como gobernante de la República Soviética de Rusia, se convirtió eventualmente en la preocupación más importante para Gorbachov y el responsable en desplazarlo como figura de poder. El resto de la historia es mejor conocida: la “apertura” propuesta hacia mediados de la década de 1980 y la crisis económica llevaron a un cuestionamiento profundo de la misma viabilidad de la URSS. Por esta razón, en diciembre de 1991, la URSS dejó de existir como Estado soberano y con ello terminó formalmente la Guerra Fría.

Conclusiones

A lo largo del capítulo se ha propuesto una explicación sobre las cualidades que la economía mundial pone en evidencia durante los años ochenta y su vínculo con la crisis de la década precedente. Mediante esta perspectiva se pueden observar los matices

pertinentes para tomar verdadera dimensión del proceso. De esta forma, si bien la crisis del petróleo (1973) implicó un importante “efecto de *shock*”, esta no es suficiente para explicar las problemáticas económicas vividas en los años setenta. En todo caso, el *shock* petrolero acentuó el agotamiento del modelo fordista de industrialización, la capacidad de los Estados nacionales para mantener un control sobre sus economías y la hegemonía norteamericana institucionalizada a partir de los Acuerdos de Bretton Woods (1944). Por ello, la descripción hecha en el primer apartado nos ha mostrado que para entender los años setenta es necesario distinguir entre causas eventuales —la crisis del petróleo de 1973— y causas de fondo —el agotamiento del modelo fordista y el fin de la hegemonía norteamericana—. Todo esto se genera con el trasfondo de la consolidación de la globalización.

Los casos de Gran Bretaña y Estados Unidos han servido para mostrar cómo los países capitalistas avanzados afrontaron el clima de incertidumbre económica y viraron hacia nuevas formas de gestión económica durante la década de 1980. Si bien los gobiernos previos habían establecido cambios fundamentales, Thatcher y Reagan encabezaron gobiernos marcados por la vocación de modificar la herencia recibida del Estado de Bienestar, este último identificado como el fundamento de las dificultades económicas que atravesaban los Estados Unidos y Gran Bretaña hacia los años setenta. La impopularidad de las medidas tomadas fue contrarrestada con la ejecución de una política exterior de alto perfil que ambos mandatarios utilizaron para relegitimar sus gestiones; de esta manera, Thatcher y Reagan permanecieron en el poder el

tiempo suficiente para imprimir cambios fundamentales a las sociedades que gobernaban.

Por el lado latinoamericano, las problemáticas económicas que afronta la región se han explicado bajo la siguiente perspectiva: el agotamiento del modelo de industrialización característico de América latina —ISI— fue abordado bajo un mecanismo de endeudamiento que luego condicionó fuertemente a los países de la región durante la década de 1980. El agotamiento del perfil productivo conocido como ISI se ha fundamentado en aspectos como: el carácter incompleto y dependiente de la industrialización latinoamericana; el cambio perjudicial para América latina en los términos de intercambio; las limitaciones del mercado interno y la imposibilidad de formar bloques regionales; un desarrollo tecnológico que no permitía el uso extensivo de mano de obra.

El contexto internacional no favoreció una reinención del ISI, por el contrario, llevó a que sus dificultades fueran abordadas a partir de una inserción internacional caracterizada por el endeudamiento y la apertura irrestricta a capitales especulativos. La crisis de la deuda externa latinoamericana se presentó como el proceso económico más representativo de los años ochenta en la región. También se ha señalado cómo el devenir económico de Latinoamérica condicionó su proceso político, aunque tampoco debe subestimarse el marco de la Guerra Fría y la propia dinámica interna de los países para darle sustento al surgimiento de regímenes dictatoriales. Efectivamente, los denominados gobiernos burocrático-autoritarios pueden leerse como parte del abordaje a un problema económico además del político y el social —en todo caso, se veían vinculados en ese momento—. Cuando los gobiernos burocrático-autoritarios

se vieron obligados a dejar el poder a partir de un proceso de transiciones democráticas, los nuevos gobiernos democráticos no se vieron en condiciones de afrontar la desafiante herencia.

El colapso de la URSS muestra que la crisis de los años setenta también afectó a la esfera socialista. En este sentido, se ha observado cómo problemáticas internas —es decir, relacionadas con el mismo funcionamiento del sistema socialista— y externas —relativas a la inserción internacional de la URSS— pusieron en dificultades el desarrollo de la economía soviética. Desde lo político aparece el problema de la “gerontocracia”, es decir, una clase dirigencial que obturaba la posibilidad de reformas. El cuadro dirigencial gobernante hacia los setenta, cuyos integrantes habían sido formados durante el estalinismo, solo se fue renovando en el marco de pujas políticas entre las facciones del PCUS. La cuestión parece residir en el hecho de que ni siquiera los sectores reformistas tenían claridad sobre la profundidad de la crisis y las medidas necesarias para la reforma del sistema soviético. Lo que sí parece cierto es que los reformistas ejecutaron la Glasnost y la Perestroika bajo una convicción: podrían mantener el control del proceso. La dinámica demostró que esta aspiración era imposible; los errores de aplicación, los resultados indeseados y el surgimiento de sectores más radicales llevaron a la disolución del modelo soviético.

Bibliografía

Barbero, María y otros. (2007). *Historia económica mundial. Del Paleolítico a internet*. Buenos Aires: Emecé.

- Béjar, María. (2015). *Historia del siglo XX. Europa América, Asia, África y Oceanía*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Beyhaut, Gustavo y Beyhaut, Hélène. (1999). *Historia Universal Siglo Veintiuno*. Vol. 23. *América latina III. De la independencia a la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Siglo XXI.
- Escalante Gonzalbo, Fernando. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo. Una historia económica, intelectual y cultural de nuestro mundo, de 1975 a hoy*. México DF: Turner.
- Fuente Aragonés, Juan y La Parra López, Emilio. (2001). *Historia universal del siglo XX. De la Primera Guerra Mundial al ataque a las Torres Gemelas*. Madrid: Síntesis.
- Harvey, David. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hobsbawm, Eric. (2008). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Maddison, Angus. (1992). *La economía mundial en el siglo XX. Rendimiento y política en Asia, América latina, la URSS y los países del OCDE*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Sanmartín Barros, Israel. (2003). "La 'New Right' en los años 80 y 90". *HAOL*, 1, 39-53. Recuperado de https://www.academia.edu/860589/La_New_Right_en_los_a%C3%B1os_80_y_90
- Service, Robert. (2000). *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Skidmore, Thomas y Smith, Peter. (1996). *Historia Contemporánea de América latina. América latina en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Zanatta, Loris. (2012). *Historia de América latina. De la Colonia al siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI.

1. Margaret H. Roberts Thatcher (1925-2013) fue una abogada y política británica, miembro del Partido Conservador. Alcanzó el cargo de primera ministra del Reino Unido entre 1979 y 1990.
2. Ronald Wilson Reagan (1911-2004) fue un actor y político estadounidense que alcanzó la presidencia de su país como candidato del Partido Republicano en dos oportunidades, convirtiéndose en el cuadragésimo presidente de su país entre 1981 y 1989.
3. La diplomacia norteamericana fijó, para todo el mundo, el patrón oro-dólar entre otras regulaciones impuestas en los Acuerdos de Bretton Woods (1944).
4. Concretamente, se refiere al involucramiento de los Estados Unidos en la Guerra de Vietnam.
5. La OCDE es una organización internacional fundada en 1961 y continuadora de la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE) de 1948 —esta última formada como organismo de coordinación de los fondos obtenidos a través del Plan Marshall para la recuperación europea de la segunda posguerra—. Los países de la OCDE a los que refiere Maddison son: Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Holanda, Italia, Japón, Noruega, Reino Unido, Suecia y Suiza.
6. Se denomina de esta manera al aumento exorbitante de los precios del crudo que se da como consecuencia de un hecho más bien político. En efecto, el apoyo de países de Occidente a Israel en la llamada Guerra de Yom Kippur (6/10/1973-25/10/1973). Los países árabes de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) decidieron un aumento unilateral de los precios del crudo que durante la etapa de 1950-1973 habían estado en precios mínimos. Esto devino finalmente en un aumento del 300 % del barril de crudo en un período de cinco meses. Esto supuso un aumento de 3 dólares por barril a 12. Más adelante, y como consecuencia de nuevas circunstancias políticas (revolución Iraní —1979— y la guerra de Irán contra Irak) los precios volverían a aumentar de 13 a 34 en un lapso comprendido entre 1979 y 1981.
7. Las primeras computadoras datan de la década de 1940, pero estas estaban lejos de colocarse en función de los procesos productivos —eran demasiado grandes y costosas—. Hacia los años setenta la aparición del microprocesador permite el desarrollo de equipos que después se incorporarían más eficazmente al proceso productivo.
8. El desarrollo de las empresas transnacionales —también llamadas multinacionales o internacionales— es un proceso que se aceleró notoriamente

durante la segunda mitad del siglo XX de la mano del desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Indudablemente las empresas transnacionales se han constituido como un protagonista excluyente de la globalización.

[9.](#) La Crisis de los Misiles fue un conflicto abierto entre Estados Unidos y la Unión Soviética luego de que el primero descubriera la existencia de bases de misiles nucleares en Cuba. El conflicto transcurrió entre el 15 y el 28 de octubre de 1962 y nunca superó los límites del enfrentamiento diplomático, aunque expertos aseguran que nunca se estuvo más cerca de una guerra nuclear. Finalmente, ambas potencias alcanzaron acuerdos que detuvieron el conflicto.

[10.](#) Dentro de este conjunto es posible mencionar ejemplos como el Tratado de No Proliferación de Armas Atómicas (1968) firmado por Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética. También destaca la firma del Tratado SALT I (1972) que limitaba el sistema de misiles antibalísticos.

[11.](#) La invasión soviética a Afganistán se dio en el marco de la imposición de un gobierno socialista luego de la Revolución Saur a principios de 1978. El Partido Democrático Popular de Afganistán se consolidó como la principal fuerza de gobierno. Acto seguido, los Estados Unidos iniciaron la Operación Ciclón, que consistió en un apoyo directo, a través de dinero y armamento, a las fuerzas muyahidines rebeldes que buscaban desestabilizar el gobierno. Eventualmente, el gobierno comunista de Afganistán solicitó la intervención del ejército soviético como apoyo en su territorio. El resultado fue una larga intervención de la URSS en Afganistán que ofició como uno de los tantos elementos de desgaste de la ya descompensada economía “planificada”.

[12.](#) Es importante recordar que la liquidez obtenida por estos Estados tuvo que ver, precisamente, con los aumentos que el petróleo experimentó a partir de 1973.

[13.](#) Representativo de este aspecto puede ser el hecho de que los mismos japoneses fueron los desarrolladores de un método de trabajo y de producción más adaptado a las circunstancias de incertidumbre de los años setenta: el toyotismo.

[14.](#) Aunque la intervención norteamericana fue siempre activa durante todo el conflicto de Indochina, inició su intervención directa a partir del “incidente del golfo de Tonkín” ocurrido el 2 de agosto de 1964. El 6 de agosto una resolución del Congreso dio poderes de acción a los asesores militares en Vietnam para realizar actividades fuera de sus bases. La primera acción de importancia ocurrió el 2 de

marzo de 1965 con la operación Rolling Thunder. Se considera que la guerra finalizó con la Caída de Saigón el 30 de abril de 1975.

[15.](#) El *affaire* Watergate, ocurrido en 1972, consistió en el desarrollo de una serie de actividades de espionaje ilegal. El edificio Watergate es un complejo de oficinas en Washington DC que oficiaba de sede central del Partido Demócrata. Posteriormente se descubrió que el robo de documentos secretos del Partido Demócrata había sido financiado con los fondos del Partido Republicano destinados a la campaña para la reelección de Richard Nixon. El escándalo destapó múltiples abusos de poder del gobierno a través del FBI y la CIA. La resistencia para colaborar por parte del gobierno complejizó aún más la situación. Richard Nixon fue destituido de su cargo el 9 de agosto de 1974. Obtuvo el perdón de su sucesor Gerald Ford apenas un mes después.

[16.](#) La administración Carter fue acusada de inacción cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional, organización político-militar, tomó el poder en Nicaragua desplazando a Anastasio Somoza —dictador que gobernaba el país con el aval estadounidense— en 1979. En el mismo año, una revolución en Irán derrocó al también gobierno pro norteamericano del sah Reza Pahleví; Estados Unidos perdió así un aliado incondicional en Medio Oriente. Es importante resaltar que el nuevo gobierno iraní formó un Estado de carácter teocrático fundado en el islam como ordenador político y social.

[17.](#) Las intervenciones referidas se basaron fundamentalmente en el apoyo económico y militar a fuerzas contrainsurgentes y paramilitares que desestabilizaran gobiernos declarados como aliados de la URSS. Tanto en Nicaragua como en Afganistán se prefirió evitar un excesivo involucramiento al estilo del producido durante la Guerra de Vietnam para apoyar a grupos insurgentes locales.

[18.](#) El enfrentamiento de Margaret Thatcher con el movimiento obrero fue particularmente duro hacia mediados de la década del ochenta. Un ejemplo puede observarse en cómo el gobierno manejó la huelga de mineros (1984-1985).

[19.](#) El término ha sido formulado por el reconocido economista Raúl Prebisch, dedicado extensamente al estudio de las economías periféricas.

[20.](#) Los primeros pasos decididos hacia la formación de lo que se conoce como Mercado Común del Sur se observaron a mediados de la década de 1980 con la firma de la Declaración de Foz de Iguazú (1985) entre Raúl Alfonsín, presidente de la Argentina, y José Sarney, presidente de Brasil. Aún en la actualidad este

organismo regional parece experimentar dificultades en torno a la decisión de políticas económicas comunes.

[21.](#) Países como Brasil experimentaron un extenso proceso de gobierno autoritario (1964-1984), pero esto tuvo sus particularidades, no siempre siendo una dictadura militar convencional. Por otro lado, países como la Argentina atravesaron los años sesenta bajo una forma de gobierno dictatorial autodenominado Revolución Argentina (1966-1973); una breve experiencia democrática, pero de alta conflictividad y violencia (1973-1976) y, finalmente, la última dictadura militar autodenominada Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983). Chile tuvo la particularidad de que su última experiencia democrática fue de la mano de un gobierno armado bajo una coalición de izquierda llamada Unidad Popular. De la mano del presidente Salvador Allende (1970-1973) se propuso, en plena Guerra Fría, la “vía chilena al socialismo”—esta afirmaba la posibilidad de hacer la transición al sistema a través de un medio democrático—. A las dificultades que el gobierno experimentó por cuestiones endógenas se sumó la presión internacional y particularmente de los Estados Unidos. Allende sería derrocado —se suicidará en plena ejecución del golpe— dando origen a la extensa dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990).

[22.](#) El caso chileno puede entenderse como uno de los más pronunciados en torno de la aplicación de una nueva política económica inspirada en los principios del nuevo liberalismo de los setenta y ochenta. De esta manera, y con el asesoramiento de técnicos provenientes de centros de formación estadounidenses —los Chicago Boys—, la dictadura pinochetista efectuó un conjunto de reformas tendientes a consolidar la libertad de mercado. Incluso esto se institucionalizó a partir de la sanción de una constitución en 1980 que aún continúa vigente.

[23.](#) Las características de las transiciones democráticas fueron variables. En general se puede observar que las diferencias entre las transiciones democráticas estuvieron en la capacidad de los gobiernos militares para negociar su “salida” con las autoridades civiles. En la Argentina, se mostró el caso de una transición en la cual los militares se quedaron con escaso margen de acción dado el fracaso que supuso la Guerra de Malvinas (1983). La salida no negociada repercutió posteriormente en el desarrollo de los hechos: el conocido Juicio a las Juntas (1985) fue más bien un caso atípico si se compara el desarrollo de la vida democrática posdictadura de otros países. En Brasil, Uruguay y Chile las salidas fueron más bien negociadas.

[24.](#) Un ejemplo claro, en este sentido, ha sido el *crack* de Wall Street y cómo este no tuvo mayores repercusiones en la economía soviética.

[25.](#) El estalinismo puede ubicarse temporalmente entre los años 1924 y 1953.

[26.](#) Mijaíl Gorbachov fue secretario general del PCUS entre 1985 y 1991.

[27.](#) Mijaíl S. Gorbachov (1931-2022) fue un abogado y político ruso. Fue el último en ocupar el máximo cargo de la URSS entre 1985 y la disolución en 1991. Obtuvo el premio Nobel de la Paz en 1990.

[28.](#) Máximo organismo político del PCUS.

[29.](#) La persistencia de miembros conservadores en el Politburó puede explicar el porqué del retraso de la aplicación de las reformas que para la década de 1970 se percibían como urgentes. Tras la muerte de Leonid Brézhnev (1982) llegaron las fugaces gestiones de Yuri Andropov (1982-1984) y Konstantin Chernenko (1984-1985); si bien ambas gestiones fueron breves, tuvieron una virtud: aplicar ciertas reformas de liberalización a acotados sectores de la economía y promover las líneas más reformistas del PCUS. Ambos aspectos fueron importantes para sostener posteriormente la postura política de Gorbachov.

[30.](#) Organismo de planificación económica de la URSS.

[31.](#) Boris N. Yeltsin (1931-2007) fue ingeniero y luego político de la URSS. En 1961 ingresó al PCUS y ascendió políticamente hasta convertirse en el penúltimo presidente del Soviet Supremo de la RSFS de Rusia entre 1990 y 1991. Fue uno de los principales responsables de la disolución de la URSS; luego de la transición se convirtió en presidente de Rusia entre 1991 y 1999.

Capítulo 9

Los países emergentes y los BRIC

Claudio Castro

Situación económica de los BRIC hasta 2015

El fin de la Guerra Fría, marcado por la caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS, reconfiguró el orden internacional. Si bien en un primer momento se pensó que el triunfo de Estados Unidos ante su antiguo rival consolidaría su hegemonía en el plano militar, económico, político y cultural, entrados ya en la segunda década del siglo XXI parece haber cierto consenso en la existencia de un orden internacional multipolar. Sin negar el poderío norteamericano y su vigencia en el largo plazo, su liderazgo se ha debilitado en varios lugares del mundo, mientras que la globalización tendió, por otra parte, a generar mecanismos de distribución del poder.

En el aspecto económico, se manifiesta en la reducción de las diferencias productivas y tecnologías entre el mundo occidental y no occidental. Mientras que, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, un solo país occidental, Estados Unidos, abarcaba casi un tercio del PBI mundial, al iniciarse el siglo XXI alcanzaba el 24 %. Esa dinámica se acentuó durante la última década y media, así, en el año 2016 descendería al 18 %. China, a su vez, según cálculos del FMI, recorrió un camino inverso. Mientras que al iniciarse la

presente centuria solo participaba con un 8 %, en estos años alcanzó en la economía mundial una participación similar a la del país norteamericano¹. Desde una perspectiva más global, en el año 2013, tres de las cinco más grandes economías del mundo eran países asiáticos.

Tabla I. Las diez principales economías del mundo según tamaño del PBI en miles de millones de dólares (2013)

Posición / País	PBI
1/ Estados Unidos	16.720
2/ China	13.390
3/ India	4.990
4/ Japón	4.729
5/ Alemania	3.227
6/ Rusia	2.553
7/ Brasil	2.416
8/ Reino Unido	2.387
9/ Francia	2.276
10/ México	1.845

Fuente: CIA World Factbook, en www.indexmundi.com (consultado el 24 de julio de 2015).

Los nuevos protagonistas de este fenómeno fueron las denominadas economías o países emergentes. Dicho concepto surgió a fines de los años ochenta del siglo pasado para referirse a las economías de países en transición entre el subdesarrollo y el desarrollo, como Chile, México, India, China, Brasil y Corea del Sur, que en las últimas décadas han tenido altas tasas de crecimiento

cuyo origen se monta en un desarrollo industrial reciente, exportaciones, bajos salarios, junto con apertura económica, sistemas de libre mercado y libertad de empresas. Si se observa nuevamente la Tabla I, será fácil darse cuenta de que seis de las principales economías del mundo en función de la magnitud de su PBI pertenecen a esta categoría de países.

Otros indicadores refuerzan esta visión. Las economías emergentes participaban en 2011 del 55 % del consumo mundial de petróleo, el 65 % respecto del cobre y el 75 % del acero. A la vez, incrementaron su capacidad adquisitiva, como lo evidencia su participación en el mercado automotriz mundial (55 % de las ventas) y el de celulares (87 % de las suscripciones). El buen desempeño de sus empresas, además, permitió el incremento en la capitalización de sus mercados de valores, aspecto muy relevante en el contexto de una economía globalizada. Desde el punto de vista financiero, mantienen un nivel de endeudamiento que no supera el 35 % del PBI, contrastando con los países desarrollados, que en sus principales referentes como Estados Unidos, Japón, Alemania e Italia alcanza el 100 %².

Dentro del grupo de las economías emergentes, hay un subgrupo VIP. Se trata de aquellos de mayor dimensión económica y que ha generado aún más interés por parte de los analistas en los últimos años: los denominados BRIC. El término fue acuñado en 2001 por el británico Jim O'Neill, economista jefe del banco de inversión Goldman Sachs, para referirse en un informe a las principales economías emergentes: Brasil, Rusia, India y China. El estudio hacía un análisis de proyecciones para las próximas décadas, llegando a la conclusión de que en los próximos cincuenta años la

economía de los BRIC llegaría a superar al grupo de los seis mayores países industrializados (Estados Unidos, Japón, Alemania, Gran Bretaña, Francia e Italia)³.

¿Cuáles son las características estructurales para graduarse de BRIC o, en otras palabras, de gigante emergente? Un territorio que por su extensión tiene dimensiones continentales; una gran población; recursos naturales abundantes y economías de envergadura con una dinámica de crecimiento tanto en la producción como en el comercio internacional y la inversión extranjera. En números concretos, los BRIC representaban en 2009 el 40 % de la población mundial y el 25 % de la geografía del planeta. En conjunto, sumaban el 95 % del PBI de Estados Unidos y el 40 % del oro y las reservas internacionales del mundo, junto con el 20 % de la inversión extranjera directa. China, por su parte, tiene la mayor reserva del mundo de dólares. También posee el ejército más numeroso del mundo, mientras que Rusia es la segunda potencia nuclear y productora de equipamiento militar y armamento.

Se esperaba que para 2015 los BRIC alcanzaran un tercio de la economía mundial. Pero la crisis internacional ralentizó el crecimiento de todos estos países según un informe del Banco Mundial⁴. La defensa de los intereses comunes los obliga a repositionarse en la estructura geoestratégica internacional.

En el futuro, según la propia consultora Goldman Sachs, China y la India proporcionarán la mayor cantidad de servicios y productos manufacturados al mercado mundial; mientras que Brasil y Rusia harán lo propio con las materias primas.

Con todo esto, entonces, no sorprende que se hayan constituido en un centro de poder alternativo a Estados Unidos y la Unión

Europea. Luego de no ser atendidos sus reclamos de mayor participación en los organismos multilaterales de crédito, los gigantes emergentes fundaron el Nuevo Banco de Desarrollo (NBD) en julio de 2015, entidad financiera paralela a las conocidas como instituciones de Bretton Woods (el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional)⁵. El NBD tiene un capital inicial de 50.000 millones de dólares y proyecta ampliarlo hasta 100.000 en el futuro. China es el mayor aportante, pero los cinco miembros contarán con el mismo poder de voto. Para los países en vías de desarrollo, podrá ser una nueva fuente de financiamiento⁶.

Tabla II. Los BRIC en cifras (2013)

País	Posicionamiento en la economía mundial	Crecimiento en el año 2013	Ranking entre los países exportadores	Población en millones
China	2º	8,2 %	1º	1340
Brasil	7º	3,5 %	22º	196
Rusia	9º	3,7 %	9º	142
India	10º	5,9 %	19º	1240

Fuente: Países BRIC, en www.exteriores.gob.es/PORTAL/ES/POLITICAEXTERIORCOOPERACION/PAISESBRICS/Paginas/InicioBrics.aspx

Desde luego, lo anterior no significa que no existieran puntos débiles ni desafíos importantes de cara al futuro. Si bien sus PBI posicionan a sus economías entre las diez más grandes del mundo, sus ingresos per cápita todavía estaban distantes de las economías del mundo desarrollado. Se incluyen también en el listado la estabilidad macroeconómica, las diferencias entre los ingresos de la

población urbana y rural como el mantenimiento de altas tasas de crecimiento, tarea nunca sencilla. En los casos específicos, Brasil necesita mejorar su tasa de ahorro para financiar sus inversiones, Rusia hacer menos dependientes sus ingresos de los hidrocarburos y luchar contra la corrupción, la India mejorar su infraestructura y educación y China tiene pendiente una reforma financiera y del Estado. Su transformación en una sociedad industrial de consumo en ascenso constituye una amenaza ambiental presente y futura, no solo para ella sino para la comunidad internacional. Por otro lado, el crecimiento de estos países se ha debido en parte al proceso de globalización. ¿Qué sucedería si esta tendencia de la economía mundial se debilitara en el futuro?⁷

Estos países han tenido en las últimas décadas importantes transformaciones. Dos de ellos, China y Rusia, fueron durante gran parte del siglo XX economías comunistas o centralmente planificadas, y se orientaron hacia economías de mercado en los años setenta y noventa, respectivamente. La primera lo hizo de manera gradual, mientras que la segunda de forma más acelerada y no menos traumática.

Brasil y la India, por su parte, a partir de la década de 1930 y la segunda posguerra, han sido marcados por el nacionalismo económico a través de un fuerte proteccionismo, regulación gubernamental y un papel relevante de las empresas estatales en áreas estratégicas. Todo ese conjunto de medidas se conoce con el nombre de industrialización por sustitución de importaciones. Dicha estrategia no ha estado exenta de logros, pero también de problemas. Los años noventa perfilaron para ellos un nuevo escenario con apertura económica, desregulación gradual de la

economía, estabilidad, orden macroeconómico y recuperación de las tasas de crecimiento. Esta última mucho más en la India que en Brasil.

La evolución económica de la India

Como economía colonial y agroexportadora dependiente del Imperio Británico, la economía de la India sufrió un duro golpe con la crisis de los años treinta del siglo pasado. Al igual que los demás países especializados en exportaciones de materias primas agrícolas, la India sufrió el declive del precio de sus productos en el mercado internacional. Si el modelo económico colonial no había generado en el pasado desarrollo económico ni igualdad de oportunidades, ahora con la crisis internacional de las materias primas tampoco había crecimiento. Más allá de cierta reorientación proteccionista de las autoridades coloniales, nada se había acumulado para generar un modelo económico alternativo. El gobierno colonial, por su parte, siguió mandando remesas de dinero a la metrópoli imperial incluso en coyunturas de falta de liquidez y continuó incrementando el gasto en administración y poder militar en desmedro de la infraestructura económica, sanitaria y educativa. En este marco, era lógico que los movimientos nacionalistas de la India culparan al dominio británico de la pobreza y el subdesarrollo. Sin embargo, eso era una verdad a medias. Una dimensión estructural del atraso indio estaba constituida por una cadena de transferencia de recursos entre distintos estratos sociales que impedía la acumulación, desincentivaba el progreso y alejaba la posibilidad de igualdad de oportunidades. En ese mecanismo, como dijimos antes, intervenían

también elites urbanas y rurales locales. Los empresarios británicos eran el eslabón final de esa cadena. Sin dudas importante pero no el único factor.

La India logró la independencia del Imperio Británico en 1947. Luego de la situación en que había quedado como consecuencia de haber experimentado el estatus de economía colonial, no era de extrañar que los líderes políticos indios impulsaran una estrategia económica de autarquía a través de la implementación de un proceso de sustitución de importaciones marcadamente desarrollista⁸. El instrumento para ello fueron los planes quinquenales imitados de uno de sus socios políticos y económicos, la URSS. El primero de ellos se implementó desde 1951 hasta 1956⁹. El activismo estatal que promovían dichos planes se manifestó en la cantidad creciente de empresas públicas. Las cinco empresas que había a inicios de la década de 1950 pasaron a ser ciento veintinueve dos décadas después. En 1980, entre las veinticinco empresas más grandes del país, veintidós eran de propiedad estatal. Desde el lado del sector privado, el intervencionismo gubernamental se materializaba en un sistema de licencias para la concesión de importaciones y materias primas, la creación o expansión de empresas como también a través del control de precios y la adquisición de divisas. Un empresario privado indio era probablemente en los años setenta menos libre en sus decisiones de negocios que sus colegas en países socialistas como Hungría o Yugoslavia (Collantes, s/f). Estos empresarios no fueron incluidos en la estrategia de desarrollo y se convirtieron en muchos casos en buscadores de rentas. Posiblemente, la mala calidad de la burocracia que llevó a prácticas de ineficiencia y corrupción en las

empresas públicas también contribuyó a sedimentar esa cultura empresarial.

Más allá del esfuerzo del Estado en controlar los sectores estratégicos de la economía, hubo también un fuerte empeño en incrementar la infraestructura en materia agrícola y tecnocientífica, como riego artificial, represas, institutos de investigación y programas de desarrollo nuclear y aeroespacial. En estas dos últimas actividades, en el largo plazo, la India logró resultados notables.

No obstante, estos esfuerzos fueron insuficientes para revertir las carencias en infraestructura económica y social. Además, varios elementos jugaron como obstáculos al desarrollo: el excesivo gasto militar, la falta de capital y el crecimiento demográfico. Por otra parte, en una sociedad mayoritariamente agrícola, todo intento de reforma agraria fue bloqueado por los ricos, los empresarios y las castas terratenientes, quienes además tenían recursos para lograr puestos públicos. El pueblo rural desposeído que tenía bajo su responsabilidad el grueso de la producción, como peones rurales, arrendatarios y pequeños propietarios, por el contrario, no accedió a cargos de decisión política.

El resultado, luego de más de veinte años de estrategia de nacionalismo desarrollista, fue una economía que crecía por debajo de su potencial y que implicaba, en función de la expansión demográfica, el debilitamiento del sector asalariado y una restricción al desarrollo humano. Ello se agravaba además por una política económica que promocionaba las empresas intensivas en capital en detrimento de aquellas que hacían uso intensivo de mano de obra. Al igual que otras experiencias de sustitución de importaciones que

no favorecieron la eficiencia y la competitividad, la estrategia acelerada de desarrollo industrial condujo a desequilibrios en la balanza comercial que obligaban a intensificar la regulación y el control gubernamental sobre el comercio internacional y la operación con divisas. La permanencia de la desigualdad y de amplios segmentos de población en la pobreza generaba debilidad en la demanda de bienes de consumo y, por lo tanto, empresas con capacidad productiva ociosa. Este cuadro negativo lo cierran la mala gestión de la burocracia estatal y los continuos déficits públicos para financiar los planes quinquenales. Se daban las condiciones para un viraje en la estrategia económica.

La implantación de reformas económicas

Por ser su principal socio comercial y proveedor de hidrocarburos, el fin del régimen soviético en 1991 afectó significativamente la economía de la India. Otro evento de aquellos años, la Guerra del Golfo, tuvo también un efecto negativo, ya que obligó a muchos emigrados indios a volver a su país. La caída de las reservas internacionales del país fue dramática y las autoridades gubernamentales necesitaron acudir a la ayuda del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, cuya asistencia se dio a condición de una reorientación en el modelo económico de autarquía que la India implementaba desde los inicios de su etapa independiente.

El primer ministro Manmohan Singh¹⁰ (2004-2014) dio los primeros pasos en la apertura y liberalización económica: bajó los niveles de las tarifas aduaneras, cambió la política cambiaria, destrabó la política de licencias industriales para firmas nacionales y

relajó los controles para la inversión de empresas indias en el extranjero. Estas medidas, a su vez, abrieron las puertas a la inversión de empresas multinacionales en el país, que ahora podían acceder al 51 % del paquete accionario de sus subsidiarias¹¹.

Justamente, la reacción positiva de las corporaciones extranjeras ante estas nuevas condiciones convirtió la inversión extranjera directa en una de las fuerzas que impulsaron el crecimiento económico de la India en esta nueva etapa. Otros dos motores del proceso fueron la especialización y competitividad que adquirieron empresas locales en la exportación de servicios vinculados a las TIC. La generación por esta vía de millones de nuevos empleos configuró una nueva clase media que promovió, a su vez, la expansión del mercado interno. El dinamismo del consumo, cuyo potencial está lejos todavía de agotarse, es un punto de atracción también para la inversión de las empresas multinacionales. Se estima que con un sustancial aumento de la renta per cápita, en 2040 la mitad de la población de la India entrará en la categoría de clase media.

Ayudada por el fenómeno de la globalización económica, el sector de servicios con uso intensivo de conocimiento es la actividad que la economía india puede presentar como uno de sus rubros más competitivos en el escenario de la economía internacional. Por contar con un sector de la población con formación técnico-científica y conocimiento del idioma inglés dispuesta a percibir bajos salarios en términos internacionales, la India logró tanto recibir contratos de tercerización de servicios contables, informáticos y administrativos por parte de empresas multinacionales occidentales como también la transferencia de sus departamentos de I+D.

En términos cuantitativos, las tasas de crecimiento promedio del PBI de 3,5 % entre 1950 y 1980, acompañado de un crecimiento demográfico por encima del 2 %, dieron lugar en los veinte años siguientes, coincidentes en gran parte con las reformas, a una expansión económica en torno al 6 % y poblacional de 1,4 %¹². El impacto de estas últimas cifras sobre el PBI per cápita es elocuente. Dicha tendencia se refuerza con lo sucedido en la última década, cuando la tasa de crecimiento promedio del PBI alcanzó un 9 %. En el ranking mundial del crecimiento, la India alcanzaba el segundo lugar detrás de China.

En definitiva, la India comenzó la segunda mitad del siglo XX como un país pobre y se ha transformado a principios del siglo XXI en una economía emergente. Ello significó que, desde el inicio de su independencia política en 1947, su ingreso per cápita creció más de diez veces. No obstante, según el Banco Mundial, el promedio de dicha variable para el período 2011-2015 fue de US\$ 1581,50¹³. Ubicado en el contexto de los países de América latina, solo superaría el PBI per cápita de Haití, el país más pobre de toda la región. En el año 2012, el 77 % de su población vivía con menos de US\$ 2 por día. En contraste, los pocos ciudadanos indios con ingresos billonarios cubrían el 30 % de la renta total del país (Powell, 2012). En consecuencia, la nación asiática sigue siendo una de las más pobres e injustas del mundo. La dimensión de su crecimiento potencial es proporcional al tamaño de sus desafíos. Entre los diversos obstáculos para que la generación de riqueza llegue a las clases más pobres, se destacan los de naturaleza institucional. Las reglas sociales y culturales siguen ubicando a la mujer en una posición subordinada, con menores oportunidades

educativas y laborales, tal como lo evidencia la persistencia del analfabetismo y la feminización del trabajo rural. Ningún gobierno se ha sentido lo suficientemente fuerte para reformar estas reglas, que abarcan también el sistema de castas en general. El mismo naturaliza una desigualdad que afecta sobre todo a la población rural.

Desde el punto de vista estrictamente económico, algunos analistas sugieren una segunda generación de reformas que apunte a acelerar la privatización de las empresas estatales, mejorar el sistema financiero y legal para proteger la inversión junto con una modernización de la infraestructura (Gosait, 2013).

La evolución económica de China entre la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI

China entre 1949 y 1976: la implantación del modelo de planificación centralizada

Finalizada la Segunda Guerra Mundial y retiradas las fuerzas invasoras japonesas, China inició una larga y cruel guerra civil protagonizada por las fuerzas nacionalistas (Kuomintang, KMT) dirigido por Chiang Kai Shek y las comunistas (Partido Comunista de China, PCC) dirigido por Mao Zedong. Estos concluirían imponiéndose tras un conflicto armado que se prolongó hasta 1949.

La derrota de las fuerzas nacionalistas obligó a Chiang y sus seguidores a instalarse en la isla de Formosa y formar la República de Taiwán. Allí establecería, bajo su jefatura política, un gobierno nacionalista y autoritario que sería aliado de Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría. China continental, mientras tanto, se convertía en un régimen comunista y nuevo aliado de la URSS. El sudeste asiático se transformaría en una de las zonas calientes del conflicto político-ideológico que enmarcó la política internacional durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX.

La construcción de la sociedad socialista que anhelaban los líderes comunistas chinos no podía hacerse en la inmediata posguerra sino bajo la inspiración que generaba el modelo del comunismo soviético, el gran triunfador del conflicto mundial. Además, el único que podía otorgar ayuda económica y asesoramiento técnico a la joven revolución. Así la planificación, tal como sucedía hacía décadas en la URSS, se convirtió en el instrumento clave de la política económica china. De manera similar, también figuraron en el horizonte de los revolucionarios chinos la reforma agraria y la propiedad estatal de las industrias estratégicas.

Un gran esfuerzo por parte de los comunistas chinos permitió consolidar el control político del país. Quebraron el dominio de las mafias organizadas en importantes centros urbanos y en actividades y zonas portuarias, vitales para la economía. En la misma dirección, prohibieron con éxito el tráfico de opio y heroína, negocio que daba cuantiosos ingresos. Por otro lado, se limitó el margen de maniobra de las pequeñas empresas de capital extranjero y se nacionalizaron las grandes industrias, consideradas estratégicas por el nuevo régimen. El suministro de materias primas esenciales también pasó

al control estatal. En las zonas rurales, se instrumentó una reforma agraria a través de un amplio plan de confiscación y redistribución de tierras que permitió que la mayoría de las familias campesinas tuvieran una pequeña parcela de tierra.

La naturaleza comunista de la revolución y el alineamiento internacional con la URSS le permitió a Mao Zedong ayuda financiera para la reconstrucción económica por parte de la potencia socialista. La URSS, además, envió a miles de técnicos para el desarrollo de las redes ferroviaria y eléctrica. Más importante aún, la influencia estalinista estuvo también en el modelo económico adoptado: fuerte centralización y burocratización en las decisiones económicas, industrialización a través de gigantes plantas industriales de propiedad estatal y una expansión agrícola para sustentar la producción manufacturera. No hay duda de que el Primer Plan Quinquenal (1953-1957) tuvo una dimensión de relativo éxito. China, luego de un estancamiento casi secular, volvía al crecimiento económico, pero lo hacía desde bases pequeñas. Su ingreso per cápita se asemejaba al de la India, uno de los más pobres del mundo, y se estimaba en unos US\$ 614¹⁴. No obstante, el ritmo de crecimiento logrado sugería una industrialización lenta, sobre todo teniendo en cuenta que se recostaba sobre una agricultura de minifundio con limitaciones técnicas y de escala. Esta situación condujo a finales del Primer Plan Quinquenal a iniciar un movimiento de reforma hacia la colectivización de la agricultura china. Los campesinos tuvieron que renunciar a las parcelas que el régimen les había concedido con la reforma agraria (Béjar, 2011: 252).

En 1950, al poco tiempo de iniciarse la construcción del Estado socialista en China, comenzó la Guerra de Corea (1950-1953). En el país limítrofe, el avance hasta la frontera de Corea del Norte de las tropas de las Naciones Unidas, cuyo núcleo era el Ejército de Estados Unidos, fue considerado una amenaza para la soberanía del nuevo Estado. En respuesta, el gobierno chino envió una fuerza militar para participar en la contienda del país vecino. La cercanía de la flota norteamericana que patrullaba el estrecho de Taiwán desató una paranoia social y una verdadera caza de brujas interna. Se tomó prisioneros a los extranjeros y en algunos casos sufrieron torturas. Otro blanco de la persecución fue la elite profesional anterior al régimen comunista, debilitando la confianza en el ámbito de los negocios, la administración pública y la educación. El ser tildado de “derechista” podía conducir a la muerte civil de cualquier persona (Spence, 1999).

Un intento de apertura frustrado: el Movimiento de las Cien Flores

La crisis que hubo en el campo socialista entre 1953 y 1956 con los levantamientos en Europa oriental contra la hegemonía soviética, fue tomada por la dirigencia china como un llamado de atención. Reconociendo los rasgos autoritarios del régimen, Mao Zedong exhortó a los intelectuales a ejercer la crítica y la libertad de expresión contra los abusos de la burocracia y el Partido. Se inició así el denominado Movimiento de las Cien Flores¹⁵. Según su opinión, el debate y la crítica constructiva podrían generar una renovación en el régimen. Sin embargo, en determinado momento la

crítica se alejó del tono cordial y mesurado que esperaba Mao para transformarse en un aluvión de ataques y quejas no solo contra decisiones puntuales del gobierno sino también hacia aspectos más estructurales del régimen como la ideología oficial, el PCC, el marxismo y la persona misma de los dirigentes. La reacción gubernamental fue radical y violenta. Miles de personas fueron desalojadas de sus cargos en el partido, en el sistema estatal y educativo y enviadas a zonas rurales donde se “reformatarían” a través del trabajo forzado.

El Segundo Plan Quinquenal: el Gran Salto Hacia Adelante (1958-1960)

Mientras miembros del ala moderada de la dirigencia china, como Deng Xiaoping y Liu Shaoqi, postulaban un avance económico gradual, teniendo en cuenta criterios económicos y técnicos; el sector más radical y voluntarista, que tenía al propio Mao como su mayor exponente, era impaciente ante el curso gradual y lento que requiere todo proceso de desarrollo¹⁶. Por lo tanto, estos últimos proponían un avance acelerado a través de la movilización del factor productivo más abundante en China: la mano de obra campesina. Según Mao, como nada podía detener la movilización popular, debía aplicarse una revolución continua como herramienta de progreso. En las fábricas, se establecía una democracia radical donde se ponían en duda las decisiones de gerentes y técnicos. En el campo, una reorganización de la agricultura, profundizando su colectivización a través de las llamadas comunas rurales, donde se borraba todo vestigio de propiedad privada. Estas nuevas y gigantes

unidades productivas pretendían, además, integrar agricultura e industria, ya que cada una tendría también sus propios hornos siderúrgicos que serían tan eficientes como las grandes plantas¹⁷. Como era de esperar, la negación de los beneficios de la división y especialización del trabajo, postulada ya desde los escritos de Adam Smith a fines del siglo XVIII, tuvo resultados catastróficos. El acero proveniente de las usinas rurales pudo haber engrosado registros de las estadísticas oficiales, pero su deficiente calidad lo hacía inservible. En el plano de la producción agrícola, con el afán de cumplir con las metas del plan, las comunas exageraban sus diagnósticos de producción, postulando cifras a todas luces inalcanzables. Esto conducía a una redistribución de la mano de obra hacia la industria y las obras públicas que terminó con un descenso dramático de la producción de alimentos. Los malos efectos iniciales se agravaron por la profundización en la orientación de las políticas.

Desde luego, siempre es más difícil corregir políticas en el contexto de un gobierno totalitario. El régimen, que ya había ejecutado a cientos de miles de personas al comienzo de la década, acalló toda crítica o advertencia a los que consideró “disidentes de derecha”. Incluso envió al exilio interno a líderes moderados como el nombrado Deng Xiaoping. Se estima que decenas de millones de personas murieron a causa de la escasez de alimentos. Según Angus Deaton, premio Nobel de Economía en el año 2015, el Gran Salto Hacia Adelante fue un ejemplo contundente de aplicación de malas políticas económicas que provocaron auténticas catástrofes humanitarias¹⁸. En 1959, ante la contundencia del fracaso, se empezaron a desmontar las políticas del Gran Salto. Mao Zedong

abandonó en ese mismo año la jefatura de la República Popular China. Mantuvo, no obstante, la jefatura del PCC.

La destrucción de capital humano: la Revolución Cultural (1966-1976)

Retirado a la ciudad de Shanghái, Mao promovió una radicalización ideológica que resultó un dolor de cabeza para el Partido y el gobierno. Con el apoyo del ala extrema del Ejército Popular de Liberación y de grupos juveniles autodenominados Guardias Rojos, comenzó a partir de 1966 el movimiento conocido como la Revolución Cultural. Se sustentó en una reivindicación acrítica y extrema del pensamiento del líder chino. Se sostenía que el camino hacia el socialismo no era irreversible y que dicha meta podía ser obstaculizada por el revisionismo, tal como había sucedido en la Unión Soviética durante el período de Krushev y algunos países de la Europa oriental (Tamames, 1995: 413-414). Se volvía a criticar la orientación gradual y economicista que había tomado el régimen luego del fracaso del Gran Salto Adelante y se reivindicaba nuevamente el voluntarismo revolucionario, relegando el conocimiento y la experiencia de los especialistas en la toma de decisiones, a quien Mao englobaba bajo la categoría de “burócratas”.

Una gran movilización de estudiantes primero, y obreros después, se convirtió en una caza de brujas contra todo aquel que en el sistema productivo o en el escalafón del Estado tuviera jerarquía o responsabilidad en función de alguna especialización profesional, técnica o científica. La autoridad de profesores, ingenieros, gerentes

o directores terminó siendo sospechada y condenada en nombre de la revolución y en muchos casos fueron enviados a campos de trabajos forzados para ser “reeducados”. Líderes del Partido con visiones más economicistas y tecnocráticas como Liu Shaoqi y Deng Xiaoping fueron encarcelados. Se cerraron, además, escuelas y universidades y sus docentes e investigadores fueron castigados. Cientos de miles o quizá millones de personas fueron encarceladas o murieron en campos de concentración por el simple hecho de haber recibido alguna educación. A causa de un extremismo ideológico rayano en la locura, el régimen y la sociedad china se autoflagelaban destruyendo capital humano, factor que no abundaba en una población que arrastraba históricamente carencias educativas (Tortella, 2006: 464-465).

El descontrol y el caos se adueñaron del proceso de la Revolución Cultural y en el año 1967 el propio Mao tuvo que llamar al ejército para ponerle freno, fenómeno que costó innumerables víctimas. Al igual que el Gran Salto Adelante, la Revolución Cultural marchaba, también, hacia el fracaso.

El caos provocado por la disputa en la conducción del Partido durante la Revolución Cultural, la desorganización económica arrastrada desde el fracaso del Gran Salto Adelante, y la situación geoestratégica de China en el marco de un fuerte aislacionismo (enfrentada por problemas fronterizos con la India y por problemas políticos con la URSS, China también se encontraba rodeada militarmente por tropas norteamericanas apostadas en Corea del Sur, Japón e Indochina) obligaron al líder chino a un acercamiento necesario con los Estados Unidos. Fue así como en 1971 comenzó la “diplomacia del *ping-pong*”, con el intercambio de los equipos de

tenis de mesa de cada país, para concluir en 1972 con la visita del presidente Richard Nixon a la China de Mao.

Algunos autores afirman que a partir de ese momento comenzó una serie de acuerdos que aceleraron la apertura económica. La descolectivización del campo permitió una inmensa migración de personas del campo a la ciudad incrementando (y abaratando) la mano de obra disponible; se reforzó la centralización económica en el Estado (desarrollando una economía subsidiada) y finalmente la apertura de zonas económicas especiales (particularmente las ciudades-puerto) donde, tímidamente, comenzaron a ingresar capitales occidentales aprovechando los ítems anteriores. Mao entendió que esas medidas eran necesarias para lograr la estabilidad. Luego de la muerte de Mao en septiembre de 1976, el régimen aprovecharía esas medidas y se reorientaría hacia una jefatura única privilegiando más el crecimiento económico que el igualitarismo.

En síntesis, después de un largo período de estancamiento que se inició en la primera mitad del siglo XIX, China retomó el crecimiento económico a partir del triunfo de las fuerzas comunistas lideradas por Mao Zedong. Los retrocesos económicos durante los caóticos períodos del Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural pudieron haberse evitado con mayor dosis de racionalidad y sentido común. En esas coyunturas, se perdieron en total cerca de veinticinco puntos del PBI. No obstante, dicha variable se incrementó por cuatro entre 1950 y 1978. El proceso se tradujo en un crecimiento promedio de 5 % anual y permitió, a pesar de los problemas, errores y dificultades, una acumulación de capital y

mano de obra. En perspectiva, China no se empobreció durante el período maoísta.

Pero hay todavía aspectos más importantes del legado maoísta. Como dijimos antes, el régimen comunista chino, al momento de morir su líder fundador, había eliminado gran parte de los problemas que habían obstaculizado el desarrollo capitalista durante la hegemonía del Kuomintang. En otras palabras, había establecido las bases para un Estado-nación independiente y un mercado nacional. Mediante la realización de tareas propias de una revolución burguesa, el PCC unificó el territorio nacional, a través de una reforma agraria eliminó una clase terrateniente parasitaria que permitió canalizar el excedente agrario hacia la acumulación de capital industrial. A la vez, se libró de todas las intromisiones imperialistas del pasado y logró un avance significativo en la alfabetización, los servicios sanitarios y la educación, creando una fuerza de trabajo moderna, disciplinada y capaz (Meisner, 2013: 33).

Las reformas económicas a partir de Deng Xiaoping

Sobre las bases “burguesas” que había dejado la Revolución de 1949, el pragmático Deng Xiaoping, convertido en líder del régimen en 1978, inició un proceso de reformas económicas que darían lugar al desarrollo capitalista más sorprendente de la historia contemporánea. Sus primeras medidas apuntaron a la flexibilización de los controles sobre la agricultura, la industria, el comercio, la inversión extranjera y las empresas del Estado. Significó, sin duda, la introducción paulatina de elementos de economía de mercado,

aunque sin abandonar las características autoritarias del régimen en el plano político. Todas estas reformas junto a la devaluación del yuan fueron articulando un modelo económico asentado sobre los pilares del ahorro, la inversión y las exportaciones baratas.

Con la llegada de Deng al poder (fue considerado desde 1978 Líder Supremo de la República Popular China) se impulsó una serie de medidas ya discutidas con anterioridad a la Revolución Cultural. La política, conocida como la de las Cuatro Modernizaciones, incluía un proyecto de transformación en la agricultura (se incrementó la extensión de las parcelas privadas y se mejoró el trabajo de la tierra); en la industria (con medidas de liberalización de la contratación, del salario y de la apertura de empresas); en la defensa nacional (donde la milicia perdió independencia y creció el ejército nacional); y finalmente en ciencia y tecnología (con mayor presupuesto escolar y becas en el extranjero para estudiantes universitarios).

Los lineamientos establecidos durante este período siguen vigentes hasta el presente, sus números son impresionantes. Entre 1978 y 2011 China lideró el crecimiento mundial con tasas de expansión económica cercanas en promedio al 10 % anual. Según cifras del Banco Mundial, entre 1981 y 2014 su PBI creció cincuenta y tres veces¹⁹. Recién a partir de 2009 se evidenciaron síntomas de desaceleración económica que sugieren la necesidad de una reformulación del modelo económico para dar una mayor prioridad al mercado interno, los servicios y la economía del conocimiento como motores del crecimiento (Lebrón Veiga, 2013).

La Rusia poscomunista

Algunas consideraciones sobre la experiencia soviética en el largo plazo

Como consideró Gregory Grossman²⁰, en materia económica, tanto los zares como los soviets confiaron en la intervención del Estado para lograr objetivos económicos y no dudaron en sacrificar la agricultura y a los consumidores en función del desarrollo industrial.

Todo proceso de industrialización, tanto en Occidente como fuera de él, nunca estuvo exento de cierto carácter dramático. No obstante, el ejecutado durante la hegemonía de Stalin en la URSS superó todos los antecedentes históricos. Y si bien dicho proceso durante los cincuenta años posteriores a 1917 transformó drásticamente la economía y la sociedad rusa, sus resultados en las postrimerías del régimen quedan opacados por sus altos costos. Más allá del sector militar y aeroespacial, los métodos brutales impuestos dieron resultados mediocres. El exagerado dirigismo y centralización, si bien permitió movilizar abundantes dotaciones de capital y mano de obra, significó también aplicar cantidades de empleo superiores a las necesarias, desestimar la importancia del cálculo de costos y el derroche de factores productivos. Su rigidez y autoritarismo político, el control policial de la sociedad, la inexistencia de competencia, sin la preocupación de una fuerza trabajadora organizada y sin el *test* permanente que significa el voto popular, la sociedad industrial soviética parecía a fines de los años sesenta poco proclive al cambio y la evolución.

El inicio en los años setenta de la llamada, según el historiador inglés Eric Hobsbawm, “era del estancamiento” corrobora aquella percepción. Los esfuerzos de Mijaíl Gorbachov como líder del Estado soviético con las reformas de la Glasnot y la Perestroika desde mediados de los ochenta apuntaron sin éxito a revertir esa situación²¹.

¿Era inmodificable el régimen soviético? Para algunos observadores occidentales, como el historiador español Gabriel Tortella, ese fue el pecado de ingenuidad de Gorbachov en los años ochenta y de sus propuestas de reestructuración económica, la Perestroika: creer que el sistema comunista se podía reformar o mejorar manteniendo sus fundamentos. Incluso, como se sostuvo antes, esa parecía también ser la opinión implícita de los dirigentes soviéticos, que habían ya renunciado a todo intento de reforma.

Una vez que se quitó el sostén del control policíaco sobre la sociedad, se liberó la libertad de prensa y opinión, se terminó el monopolio político del Partido Comunista, separándolo a su vez del Estado, todo el edificio del régimen soviético terminó desmoronándose en 1991. Previamente, y sin intervención soviética, había pasado lo mismo con los países que habían estado bajo su órbita política desde inicios de la segunda posguerra.

Sobre las bases estructurales que dejaron las ruinas del sistema soviético, se erigió la economía en la época poscomunista.

A partir de la disolución de la URSS en 1991, entonces, el proceso de tránsito hacia una economía de mercado se aceleró dramáticamente. Rusia, como una de las repúblicas que heredarían la soberanía del Estado soviético, daría bajo la jefatura de Boris Yeltsin pasos gigantescos hacia la formación de un sistema

capitalista. Su objetivo no fue reformar el sistema comunista sino aniquilarlo. Sin embargo, el cambio de régimen económico no significó sustituir las elites existentes durante el régimen soviético. Los líderes comunistas se convirtieron en los principales dirigentes y beneficiarios de la economía poscomunista, tanto en Rusia como en otras exrepúblicas soviéticas (Brown, 1999: 294-299).

Esto último se evidenció en el proceso de privatizaciones que, junto con la introducción de instituciones de mercado, fue el núcleo de las reformas económicas. El mismo tuvo dos etapas. La primera se desplegó entre 1992 y 1994. La mayoría de los activos estatales vendidos fueron adquiridos por los grupos de interés vinculados a la burocracia de la etapa soviética. Si bien no generaron una economía eficiente, sirvieron para ir conformando un sistema mixto y cooptar a los grupos privilegiados sobrevivientes del antiguo régimen, los cuales ahora tenían algo que ganar con el capitalismo y el sistema democrático (McFaul, 1997: 18-19). De las veinte mil empresas que esperaban su privatización, al finalizar este período, un 80 % se había transformado en sociedades por acciones (Schroder y Bell, 1999: 964).

La segunda ronda de privatizaciones comenzó en 1994. Un grupo de financistas surgidos en los inicios de la liberalización de la economía con importantes contactos con los funcionarios del área económica se quedó con la mayoría de los activos, mayoritariamente empresas dedicadas a la extracción de recursos naturales. De esta manera se conformaron grupos financiero-industriales (GFI) con importante gravitación en la estructura económica del nuevo sistema (McFaul, 1997: 19). Ello requirió previamente la disolución en 1993 del Soviet Supremo, institución

heredada del régimen soviético, y reemplazarlo por la Duma (Parlamento) que le otorgó al Poder Ejecutivo a cargo de Boris Yeltsin la base legal para la existencia de estos nuevos conglomerados empresarios²². La consecuencia de este proceso de enajenación de activos estatales fue que, lejos de dispersar la propiedad del capital, tendió a concentrarla en pocas familias (Gratz, 2014: 91).

Diversos fueron los procedimientos de acumulación. Los nuevos bancos generaron ganancias a través de los créditos blandos del Banco Central y su colocación en una coyuntura hiperinflacionaria en moneda extranjera. A su vez, la compra de bonos estatales con altas tasas también resultó altamente rentable, junto a la posibilidad de manejar cuantiosos fondos del Estado a través de la apertura de cuentas bancarias de organismos públicos. Las entidades financieras que lograron esto consiguieron dinero suficiente para la compra de acciones de empresas estatales con lucrativos negocios en el área del gas, el petróleo y los metales. Estos mismos grupos fueron los que apoyaron, política y económicamente, la reelección de Yeltsin en 1996. Era imprescindible para este nuevo grupo de empresarios, los denominados “oligarcas”, evitar el triunfo de los neocomunistas y la vuelta atrás de todas las reformas (Schroder y Bell, 1999: 964).

Este proceso tuvo varias consecuencias. Una de ellas fue la fusión de los nuevos actores financieros con el grupo conformado por la exburocracia soviética, unidos por mantener el control de la economía rusa, más allá de las diferencias generacionales entre unos y otros (Schroder y Bell, 1999: 964). Otra consecuencia fue el hecho de que, en 1996, cuando gran parte de las empresas

estatales de diversa índole habían pasado a ser empresas de capital mixto o privado, un 65 % de estas últimas era administrado y controlado directa o indirectamente por los mismos gerentes que las operaban en la etapa soviética. Esto significa que hubo pocos cambios en la gestión de las empresas, fenómeno que explique posiblemente el magro desempeño industrial de Rusia durante la nueva etapa (Tikhomirov, 2000: 222).

Tabla III. Producción industrial por empleado según el tipo de propiedad, 1993-1996 (1993=100)

	1993	1994	1995	1996
Toda la industria	100	88,5	92,8	93,5
Empresas estatales	100	74,0	61,2	67,4
Empresas mixtas y privadas	100	90,7	96,4	99,8

Fuente: Tikhomirov, 2000: 223.

La Tabla III evidencia lo antedicho. Y si bien en 1997 logran superarse, según los datos oficiales, los niveles de productividad de 1993, ello se debió fundamentalmente a un cambio en la metodología estadística. No obstante, debería considerarse que el año base 1993 representa en cuanto a volúmenes físicos de producción bruta un 65 % de la de 1990, último año completo de desempeño de la economía soviética. En síntesis, ni el sector industrial privado ni el estatal habían alcanzado en 1997 los niveles de producción total ni producción por empleado registrados durante la etapa anterior a la crisis.

Si bien pudo haber otros factores que influyeron en el mal desempeño económico, en un nivel macroeconómico más general,

se compatibiliza con los datos de crecimiento del Producto Bruto Interno.

Tabla IV. PBI de Rusia (1990-1998)

Año	Tasa de crecimiento (%)
1990	- 3,0
1991	- 5,0
1992	- 14,5
1993	- 8,7
1994	- 12,1
1995	- 4,1
1996	- 3,6
1997	1,4
1998	- 5,3

Fuente: data.worldbank.org/indicators/NY.GDP.MKTP.KD.ZG, consultado el 13 de enero de 2015.

La consecuencia de todo ello fue la pérdida de trascendencia económica a nivel internacional. Mientras en 1987 el PBI general de la URSS era el tercero a nivel mundial, al terminar el siglo XX Rusia pasaba a ser, tomando la misma variable macroeconómica, la economía número 16, detrás de países como Brasil, Corea del Sur, India, México y la Argentina (Montes Rodríguez, 2011: 6).

Además, la privatización de empresas de recursos naturales con fuerte desempeño exportador significó que estas ahora no estaban obligadas, sea por vía de donaciones o impuestos, a nutrir el presupuesto del Estado. Se generó así una desfinanciación que perjudicó actividades que en la etapa soviética tenían una fuerte

dependencia de los subsidios estatales como la agricultura, el sector manufacturero y actividades de I+D. Como consecuencia, por un lado, sus principales áreas urbanas perdieron autosuficiencia en recursos alimenticios y pasaron a depender de la importación. Por otro, se fue disolviendo parte de su aparato de investigación, debilitando su capacidad de innovación y la posibilidad de generar una economía del conocimiento (Tikhomirov, 2000: 216).

Las medidas de política económica que se aplicaron se hicieron bajo una estrategia de “terapia de shock”. Así por vía de decreto presidencial y sin buscar consenso con la oposición, se liberaron repentinamente los precios, se recortó el déficit presupuestario, se privatizaron los medios de producción, se abrió la economía al comercio internacional y se determinó el valor del rublo a través del mercado. El costo social de semejantes medidas fue considerable. El descongelamiento de los precios condujo a un alza en los artículos de primera necesidad que erosionó los salarios, las jubilaciones y los ahorros de la etapa soviética. También desestabilizó a las empresas que se vieron obligadas a postergar el pago de salarios e impuestos. Las políticas aplicadas para paliar los efectos de las reformas fueron acompañadas por el asesoramiento técnico del FMI. Una severa restricción monetaria con altas tasas de interés permitió reducir al cabo de dos años la inflación, pero el consecuente fortalecimiento del rublo redujo significativamente la competitividad de la economía rusa (Desai, 2005: 94-96).

Sometida ahora a los vientos de la globalización, Rusia sufrió en 1998 una severa crisis financiera. A ello también contribuyeron la inestabilidad política de la etapa de transición, la reducción de los precios del petróleo y el gas, la deuda que heredó del Estado

soviético y el intento de lograr estabilidad monetaria a cualquier precio. Los efectos de dicha crisis empeoraron aún más una situación social ya deteriorada a causa de las reformas del período de transición y erosionaron la aceptación social del segundo gobierno de Yeltsin (Palazuelos Manzo y Vara Miranda, 2002: 38-39).

Las reformas de Vladimir Putin (2000-2008)

Si bien la representación típica de la historia post soviética ha sido la de una etapa más democrática pero problemática y convulsiva durante la hegemonía de Yeltsin y otra más autoritaria y estable durante la era Putin, las prácticas de ambos líderes tienen muchos puntos de contacto. Según diversos analistas, este parecería haber materializado el proyecto político de aquel. En las dos etapas ha predominado el Poder Ejecutivo sobre los otros actores del sistema político de Rusia. La influencia que ejercieron los “oligarcas” sobre la administración Yeltsin, a pesar de los discursos, no desapareció durante su sucesor. Por otro lado, el peso de los servicios de seguridad o “siloviki” durante la era Putin tuvo también antecedentes durante el liderazgo de Yeltsin. Sus tres últimos primeros ministros fueron KGB: Primakov, Stepashin y el propio Putin²³.

Con una larga trayectoria de servicio y formación en una agencia de inteligencia, es difícil esperar una sólida convicción liberal en la concepción política de este último. Aprovechando las bases jurídicas que había dejado su antecesor en función de las ambigüedades de la constitución de 1993 y sus fuertes prerrogativas presidencialistas, su gobierno evolucionó hacia un régimen autoritario que le permitió

controlar la oposición, la Duma, los gobiernos regionales y los medios de comunicación. No obstante, ese autoritarismo se enmarca en un cierto reconocimiento de la institucionalidad democrática y la economía de mercado, pero siempre con la intención de consolidar la autoridad del Estado (Montes Rodríguez, 2011: 11).

Estas ideas tienen coherencia con la concepción económica de Putin sobre los “campeones nacionales”, expresada en una disertación de 1997 sobre recursos naturales. Postula allí, tres años antes de llegar a la jefatura de Estado, que los sectores estratégicos como el petróleo, el gas natural, los minerales no ferrosos, la energía atómica y el sector armamentístico debían ser de propiedad estatal total o parcial o por lo menos estar bajo su influencia. Entre dichos campeones nacionales se identificaban las empresas Gazprom (gas natural), Rosneft (petróleo), Alrosa (diamantes), Rosoboronek Sport (armas) y Rosnanotech (nanotecnología) (Ziegler, 2008: 138)²⁴.

Esto condujo a Putin a diseñar un modelo económico neomercantilista, llamado por su autor “vía euroasiática”, que intentaba emular los modelos de economía de mercado con fuerte participación estatal, como fueron las experiencias de Japón, Corea del Sur y China. Bajo estos objetivos, el primer desafío que se propuso la administración de Putin fue el recorte del poder económico y político de los “oligarcas”. La pulseada entre ambos bandos terminó con el encarcelamiento del presidente de la petrolera Yukos y líder del grupo empresario opositor Boris Berezovsky y el exilio de otros, entre ellos Román Abrahamovich y Vladimir Kuzinsky^{25 26}.

Paralelamente, este primer tramo de su gobierno significó también la construcción paulatina de un marco jurídico para la economía de mercado: leyes en materia fiscal, impositiva, de propiedad de la tierra, laboral, previsional, de inversión extranjera. Además, Rusia ingresó a la Organización Mundial del Comercio y fue reconocida por Estados Unidos y la Unión Europea como economía de mercado. En su segundo mandato, aprovechando la buena coyuntura económica internacional para los países exportadores de energía, intentó acelerar el crecimiento con la creación de zonas económicas especiales y el esfuerzo inversor del Estado.

Más allá de estos disciplinamiento político, reordenamiento económico y construcción de un marco institucional del capitalismo, la era Putin coincidió con un alza de los precios de los hidrocarburos en el mercado internacional. La consecuencia fue un salto en el valor de las exportaciones entre 1998 y 2005 de 500 % en materia de gas natural y de 1300 % en el petróleo y sus derivados. El balance de pagos tuvo en 2006 un superávit de 79.900 millones de dólares, el más grande del mundo. En ese mismo año, las reservas internacionales alcanzaron 350.000 millones de la moneda norteamericana (Viktor, 2008: 24).

La imagen de nación insolvente y en cesación de pagos del segundo mandato de la era Yeltsin había quedado atrás. Por otra parte, el Estado, sustentado en los impuestos a la energía, incrementó significativamente sus ingresos y sus consiguientes posibilidades de gasto e inversión pública. Los efectos positivos que tuvo todo este proceso sobre el crecimiento permitieron revertir el mal desempeño económico de los años noventa.

Tabla V. PBI de Rusia (1999-2009)

Año	Tasa de crecimiento
1999	5,3
2000	10,0
2001	5,1
2002	4,7
2003	7,3
2004	7,2
2005	6,4
2006	8,2
2007	8,5
2008	5,5
2009	- 7,8

Fuente: data.worldbank.org/indicators/NY.GDP.MKTP.KD.ZG, consultado el 13 de enero de 2015.

En la medida que la bonanza económica dependía de las compras energéticas de Occidente, por lógica, la crisis financiera internacional surgida a partir de 2008 tuvo repercusiones negativas sobre Rusia. Aunque el proceso económico retomó el crecimiento en 2010, el mismo perdió intensidad y se debilitó progresivamente en los años siguientes con el descenso del precio de los hidrocarburos en el mercado internacional. En el año 2013 la expansión del PBI alcanzó un magro 1,3 %. El modelo económico basado en recursos naturales evidenciaba sus puntos débiles.

En 2014, la crisis no pudo disimularse. El Banco Central de Rusia debió vender 30.000 millones de dólares durante el mes de octubre

para evitar los ataques especulativos contra el rublo. No obstante, no pudo evitar que a mediados de diciembre perdiera el 24 % de su valor con relación a las monedas de Estados Unidos y la Unión Europea, con el consiguiente impacto sobre la inflación y el poder adquisitivo de la población. Por otro lado, el presupuesto estatal, cuyos ingresos se estimaban con un barril de petróleo a 100 dólares, estaba ahora por debajo de los 60. El conflicto con Ucrania, además, agravó la situación por las sanciones económicas aplicadas por Occidente.

La crisis de Ucrania y la guerra

La crisis económica mundial que comenzó entre 2007 y 2008 tuvo amplias repercusiones en este nuevo armado geopolítico de los BRIC. Hechos a primera vista sin relación fueron preparando el escenario complejo que se nos presenta hoy.

Por tomar solo un dato clave de la crisis, debemos analizar la evolución en los precios del petróleo. Mientras que en 2008 los precios habían alcanzado casi los 100 US\$ el barril, luego de la crisis los precios se derrumbaron un 40 % llegando a mínimos de 60 US\$ el barril²⁷. En ese cuadro fueron los países exportadores de petróleo los más afectados.

La crisis, la presión fiscal y los largos años de regímenes antidemocráticos despertaron, en todo el norte de África y Medio Oriente, una serie de levantamientos conocidos como “primavera árabe”. Iniciada en Túnez, se extendió rápidamente al resto de los países derrocando regímenes políticos que en la mayoría de los casos llevaban decenas de años.

Muchas de estas rebeliones fueron apoyadas por potencias occidentales con el objetivo de avanzar en la constitución de regímenes políticos más afines. El caso más emblemático fue el de Siria, donde en 2011 comenzó una cruenta guerra civil. Por un lado, el gobierno de Bashar al-Ássad recibió asistencia de Rusia, Irán y Hezbolá. Mientras que los rebeldes fueron apoyados por una coalición encabezada por los Estados Unidos²⁸.

La familia gobernante de al-Ássad se comportaba como un aliado de los intereses petroleros rusos, por lo que el conflicto significó una oportunidad para las fuerzas que querían deponer al régimen mientras que obligó a la intervención rusa para la defensa de sus intereses en la zona. Con los pasos petroleros cerrados y un nuevo aumento en precios del crudo²⁹ provocado justamente por la primavera árabe, las rutas del Mar Negro se convirtieron en una zona geoestratégica determinante.

Por otra parte, entre 2010 y 2014 Ucrania fue gobernada por Víktor Yanukóvich, un político pro ruso que fue retrasando las negociaciones entre Ucrania y la Unión Europea. Esto provocó en 2013 una serie de levantamientos conocidos como Euromaidán, que llevaron a Yanukóvich a huir del país y a ser destituido por sectores políticos favorables a tejer alianzas con la Unión Europea. Esto abrió un debate entre la población ucraniana sobre la conveniencia de abrir fronteras con Rusia o bien con la UE, dividiendo la opinión claramente en regiones (mientras que Crimea y las regiones del Este se inclinaban a una alianza con Rusia, lo contrario ocurría con Kiev y las regiones occidentales). El Euromaidán fue considerado por los sectores pro rusos como un golpe de Estado y un intento de la UE por intervenir un país que históricamente se había mantenido

bajo la órbita de Moscú. La reacción más inmediata del gobierno de Vladimir Putin frente a esto consistió en la anexión de Crimea, el incremento de presencia militar en la región y la ocupación de los puertos de aguas cálidas con salida al Mediterráneo.

La zona se comporta como una región estratégica para la exportación de crudo y gas de la zona del Cáucaso (con salida directa a Crimea por territorio ruso). La inestabilidad política en la zona se incrementó con una nueva guerra en los precios del petróleo iniciada en marzo de 2020 por la caída en la demanda de petróleo provocada por la pandemia de COVID-19. Arabia Saudita anunció que, en ese contexto, aumentaría la producción de petróleo haciendo descender los precios (alcanzó los 40 US\$ por barril, pero llegó a tener valores negativos según la medición del WTI)³⁰ intentando perjudicar el mercado ruso. El gobierno ruso buscó acelerar la venta de hidrocarburos (en especial a Europa) para hacer frente a la competencia saudí.

Con la recuperación del mercado se abrió un nuevo conflicto, o bien se aceleró la continuación de un viejo conflicto. En febrero de 2022 tropas rusas ocuparon el este de Ucrania buscando tomar las zonas del Donetsk y Lugansk (donde existía una mayoría pro rusa) apelando a la defensa de los intereses de la población como excusa para ocupar un corredor estratégico que conecte con la península de Crimea.

La dependencia rusa de la exportación de energía, y la crisis europea, que busca incorporar nuevos mercados y zonas de influencia, chocaron en Ucrania abriendo un conflicto bélico en Europa que, sin dudas, tendrá importantes repercusiones en un futuro cercano.

Bibliografía

- Béjar, María Dolores. (2011). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brown, Archie. (1999). "La Unión Soviética y después". Howard, Michel y Louis, Roger. (Eds.). *Historia Oxford del Siglo XX*. Barcelona: Planeta.
- Collantes, Fernando. (s/f). "India: colonialismo, pobreza y estrategias de desarrollo". Recuperado de http://www.unizar.es/departamentos/estructura_economica/personal/collant/documents/India-Texto.pdf
- Deaton, Angus. (2015). *El gran escape. Salud, riqueza y los orígenes de la desigualdad*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Desai, Padma. (2005). "Russian Retrospectives on Reforms from Yeltsin to Putin". *Journal of Economic Perspectives*, 19(1), 87-106.
- Gosait, Dushyant. (2013). "History of Economic Growth of India". *International Policy Digest*. Recuperado de www.internationalpolicydigest.org
- Grätz, Jonas. (2014). "Russia's Multinationals: Network State Capitalism Goes Global". Nölke, Andreas (Ed.) *Multinational Corporations from Emerging Markets: State Capitalism 3.0*, Londres: Palgrave Macmillan.
- Guriev, Serguei y Rachinsky, Andrei. (2005). "The Role of Oligarchs in Russian Capitalism". *The Journal of Economic Perspectives*, 19(1), 131-150.
- Gutiérrez del Cid, Ana. (2010). "El ascenso de Vladimir Putin y la consecución del interés nacional de Rusia". *Cuadernos sobre Relaciones Internacionales, Regionalismo y Desarrollo*, 5(10).

- Lebrón Veiga, Alberto. (2013). "Economía china: pasado, presente y futuro". Recuperado de www.asiared.com, consultado el 29/1/16.
- Maddison, Angus. (1997). *La economía mundial 1820-1992. Análisis y estadísticas*. París: OCDE.
- Mc Faul, Michael. (1997). "A Precarious Peace: Domestic Politics in the Making of Russian Foreign Policy". *International Security*, 22(3), 5-35.
- Meisner, Maurice. (2013). "¿Qué capitalismo es el chino?". Natanson, José (Comp.). *Explorador Le Monde Diplomatic 3: China*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Montes Rodríguez, Marcelo. (2011). "Regímenes políticos híbridos, percepciones e identidades nacionales: el caso ruso (2000-2008)" (Ponencia). X Congreso de la Asociación Española de Ciencia Política y Administración, Murcia, España.
- Palazuelos Manso, Enrique y Vara Miranda, María. (Coord.). (2002). *Grandes áreas de la economía mundial*. España: Ariel.
- Powell, Lydia. (2012). "Indias's Modern Economic History: A Brief Review". *Globalist Perspective*. Recuperado de www.theglobalist.com
- Schroeder, Hans y Bell, Claudia. (1999). "Yeltsin and the Oligarchs: The Role of Financial Groups in Russian Politics". *Europe-Asian Studies*, 51(6), 957-985.
- Tamames, Ramón. (1995). *Estructura económica internacional*. Madrid: Alianza Universidad Textos.
- Tikhomirov, Vladimir. (2000). *The Political Economy of Post-Soviet Russia*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Viktor, Nadejda Makarova. (2008). „Gazprom: Gas Giant under Strain". *Program of Energy and Sustainable Development*,

Working Paper 71.

Ziegler, Jean. (2008). *Hay que cambiar el mundo de Jean Ziegler*. Madrid: AKAL-FOCA.

1. Esta sería la consecuencia de medir el PBI de China por paridad de poder adquisitivo, esto es, tomar la canasta de bienes y servicios producidos por la economía china en función de sus precios en el mercado norteamericano. Véase “Se termina la era de Estados Unidos y comienza la era de China”, INCAE Business School, en: <http://www.incae.edu/es/alumni-relations-graduados/se-termina-la-era-de-estados-unidos-y-empieza-la-era-de-china.php> (consultado el 25 de julio de 2015).

2. “Economías emergentes” 12/9/2011, en niefcz.wordpress.com (consultado el 24 de julio de 2015). Desde luego, el nivel de endeudamiento de los países desarrollados no significa, al menos por ahora, algo problemático por su capacidad de generar ingresos para pagarla, tanto por exportaciones como por su alta calificación crediticia que les permite obtener sin problemas y a bajo costo nuevos préstamos para cumplir con sus compromisos.

3. En 2010, por iniciativa de China y Brasil, se incorporó Sudáfrica. No obstante, Jim O’Neill expresó a través de una carta a los líderes de dichos países su desacuerdo con la medida. Véase *La Nación*, 22 de octubre de 2013, “Mariano Tursi: los VRIC, un club que reúne a los emergentes VIP”, en: www.lanacion.com.ar (consultado el 25 de julio de 2015).

4. Gualtieri, Thomas, “La crisis cuestiona la posición de BRIC como potencias emergentes. Los problemas desinflan las expectativas volcadas en las cinco economías”, *El País*, 22/8/2016, Madrid. Consultado en elpais.com

5. Se las denomina así porque fueron creadas en la Conferencia Internacional de Bretton Woods, New Hampshire, Estados Unidos, en el año 1944. La idea era crear un banco para promover el desarrollo y un prestamista de última instancia de carácter institucional.

6. Fontdegloria, Xavier, “Los BRIC oficializan su alternativa al orden financiero global”, *El País*, 21/7/2015, Madrid. En: internacional.elpais.com (consultado el 24 de julio de 2015). En 2010 se sumó como nuevo integrante Sudáfrica.

7. Álvarez Calderón, Carlos, “Los BRIC: ¿Las nuevas potencias del siglo XXI?”, 6 de octubre de 2008, en: seminariordenmundial.blogspot.com.ar

8. El desarrollismo fue una teoría y modelo económico formulado por el economista argentino Raúl Prebisch. Entre 1950 y 1963 cumplió con la tarea de secretario ejecutivo de la Comisión Económica de América latina (CEPAL). Dicha perspectiva postulaba al Estado como un actor capaz de fomentar el desarrollo económico y social a través de un impulso a la industrialización por sustitución de importaciones. A diferencia de la estrategia agroexportadora, el énfasis se ponía más en el mercado interno que en el externo. El Estado debía generar condiciones de infraestructura que facilitaran el crecimiento industrial, aseguraran el mercado para las empresas locales y brindaran apoyo financiero a la industria nacional. Sobre la corriente teórica de la CEPAL como marco conceptual del desarrollismo, véase Di Tella y otros, 1989.

9. “El Primer Plan Quinquenal (1951-1956) era un plan modesto y esencialmente aspiraba a reconstruir la economía, a causa del daño provocado por la guerra, el hambre de 1943 y la división del país. El Plan asignó 19,6 mil millones de rupias para el gasto público y 18 mil millones de rupias para el gasto de reconstrucción del sector privado (gobierno de la India, 1996-1997). El gasto en el sector público estaba principalmente dirigido a crear

infraestructura social para el desarrollo y comprendía proyectos de irrigación, suministro de energía y transporte”. Chadha, Vikram. (2001). “El modelo de desarrollo económico de la India”. en *México y la cuenca del Pacífico*. Vol. 4, N° 14 / septiembre-diciembre, pág. 72. file:///D:/Dialnet-ElModeloDeDesarrolloEconomicoDeLaIndia-7942055.pdf

10. Antes de su presidencia, Singh fue designado por el FMI para ser ministro de Finanzas de la India entre 1991 y 1996. Bajo su dirección, durante el gobierno de Narasimha Rao (1991-1996), introdujo un programa de liberalización económica.

11. Previamente solo podían tener el 40 % del capital y estaban obligadas a realizar transferencia de tecnología (Gosait, 2013).

12. Los cálculos indican, al momento de cerrar este libro, que la población de la India ya superaba la de China. Juntas, la población de ambos países se aproxima al 35 % del total mundial.

13. “PBI per cápita a precios actuales”, informe del Banco Mundial. Consultado en: datos.bancomundial.org

14. Esta es una estimación en dólares de 1990 según la realizaron Geary y Khamis. El PBI per cápita chino de ese año es entre un tercio y quinto el de varios

países sudamericanos y un décimo del británico. Para una comparación entre la renta de los países desarrollados, Sudamérica y Asia, incluido China, ver Maddison (1997), pp. 275, 281 y 283.

15. La Campaña de las Cien Flores refiere a la política implementada entre 1956 y 1957 en la República Popular China. Se la llamó así por una proclama lanzada por Mao (inspirándose en un viejo poema) donde especificaba que “Permitir que cien flores florezcan y que cien escuelas de pensamiento compitan es la política de promover el progreso en las artes y de las ciencias y de una cultura socialista floreciente en nuestra tierra”. Buscaba así descomprimir las críticas por la censura, clarificada especialmente con la detención en 1955 del escritor marxista Hu Feng. Fue cerrada apenas un año después de iniciada retornando a una política de censura estricta.

16. Deng Xiaoping nació en 1904 y murió en 1997. Hijo de un terrateniente, recibió una educación moderna y se convirtió al comunismo a los veinte años cuando era estudiante en Francia. También completó luego su formación en Moscú donde estuvo once meses estudiando los principios del marxismo-leninismo. En 1924 se incorporó al Partido Comunista Chino. Luego de varios cargos importantes, en 1955 fue elegido secretario general del Partido. Siempre se distinguió como un líder moderado y pragmático. Luego de la muerte de Mao, se convirtió en el líder supremo de China. Su formación durante los albores de la Rusia bolchevique lo llevó a considerar, al igual que a su correligionario Liu Shaoqi, que el desarrollo capitalista podía utilizarse con fines socialistas. Véase www.biografiasyvidas.com

Liu Shaoqi, por su parte, nació en 1898 en el seno de una familia campesina relativamente acomodada. Al igual que Deng, también estudió en Moscú los principios del marxismo-leninismo. Fue uno de los grandes teóricos del PCC. Tuvo también varios cargos de responsabilidad en el partido y una vez creado el régimen comunista fue presidente del Estado chino, luego de la experiencia fracasada del Gran Salto hacia Adelante. Con Deng, lideró la facción moderada y posibilista dentro del régimen, que contrapesaba el radicalismo de Mao. Durante la Revolución Cultural Proletaria fue perseguido y difamado. Más tarde se lo desplazó de todos sus cargos en el PCC. Murió encarcelado en 1969, tras una deficiente atención médica. Olvidado durante la última etapa del maoísmo, fue reivindicado como uno de los grandes líderes de la revolución en 1980. Véase http://www.biografiasyvidas.com/biografia//liu_shaoqi.htm

[17.](#) Estas medidas generaron el rechazo de los técnicos y asesores soviéticos, cuyos informes fueron clave para interrumpir la ayuda de la URSS a China. A partir de allí, se cortaron los vínculos de acercamiento político entre ambos países.

[18.](#) Para el laureado economista, las pérdidas de vidas humanas se estiman en alrededor de 35 millones de personas. Entre otras de sus malas consecuencias figura el haber bajado la expectativa de vida del pueblo chino de 50 años en 1958 a cerca de 30 en 1960. A mediados de los años sesenta, luego de abandonarse dichas medidas, continuó elevándose hasta alcanzar los 55 años. Una verdadera catástrofe donde se combinan de manera letal la impericia y soberbia humana con un régimen totalitario. Véase Deaton, Angus. (2015). “El Gran Escape”, en *Valor o Crecimiento*. Consultado en: valor-crecimiento.blogspot.com.ar, el 27/1/2016.

[19.](#) Dicha institución mide el PBI en dólares a precios actuales. Véase datos.bancomundial.org

[20.](#) Profesor emérito de la Universidad de Berkeley, especialista en los estudios sobre economía de la Unión Soviética.

[21.](#) Mijaíl Gorbachov (1931-2022) se desempeñó como secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) entre 1985 y 1991. Impulsó una serie de políticas, las más famosas de ellas fueron la Glasnost (apertura) que buscó abrir el debate político y reducir la represión estatal (se liberaron presos políticos y se flexibilizó la censura), mientras que la Perestroika fomentó la reforma económica en la que se buscaba convertir la economía soviética en una economía de mercado en un período relativamente breve, aceptando la propiedad privada en bienes básicos. Las crisis abiertas con la guerra de Afganistán y la explosión de Chernóbil aceleraron las críticas contra el gobierno quien se vio obligado a acelerar la apertura política. El sector más conservador de los comunistas intentó derrocar a Gorbachov mediante un golpe de Estado en 1991, lo que aceleró la desintegración de la Unión Soviética. El gobierno de Boris Yeltsin en Rusia (1991-1999) aceleró la privatización de empresas estatales durante su “terapia de shock” desindustrializando el país y concentrando los recursos en un número limitado de propietarios.

[22.](#) Ello fue la consecuencia de una reforma constitucional que, sin los debidos procedimientos de “controles y contrapesos” propios de toda carta constitucional republicana, dio enormes prerrogativas al Poder Ejecutivo por la existencia de lagunas jurídicas que le permitían tomar decisiones sobre asuntos delicados por medio de decretos presidenciales. Yeltsin utilizó este poder en el terreno de las

privatizaciones y fue un instrumento que tuvo su sucesor, Vladimir Putin, para establecer un régimen político autoritario. Véase Desai (2005: 102-103).

[23.](#) Según Montes Rodríguez (2011: 13), Eugenii Primakov fue en 1991 vicepresidente primero de la KGB y hasta 1996 director la Agencia de Seguridad Federal de Rusia (ASF). Fue primer ministro entre 1998 y 1999. Sergei Sepashin fue director de la ASF entre 1995 y 1996. Luego ministro de Justicia, después ministro del Interior y por último primer ministro. Por su parte, Vladimir Putin se graduó en 1975 en la Universidad del Estado de Leningrado (hoy San Petersburgo) en el área de Leyes. En ese mismo año comienza su carrera como oficial de la KGB, la cual lo destinará durante diez años a cumplir funciones en la comunista Alemania Democrática. Se retiró en 1991 de dicho organismo con el grado de coronel y empezó su carrera política en San Petersburgo. En 1996 entró a trabajar en la administración de Yeltsin y en 1999 se convirtió en su primer ministro. Fue presidente de la Federación Rusa durante dos períodos entre 2000 y 2008 (véase www.biography.com, consultado el 27 de enero de 2015). Durante la presidencia de su sucesor Dmitri Medvédev (2008-2012) mantuvo importantes cargos como primer ministro y líder del partido gobernante. Volvió a la presidencia de Rusia en 2012, cargo que ostenta hasta la actualidad luego de la reelección de 2024 cuando comenzó su quinto mandato.

[24.](#) Un panorama sucinto de las grandes empresas nacionales de Rusia, sobre todo en el sector energético, y en su dimensión internacional, puede verse en Gratz (2014: 101-105).

[25.](#) Una ampliación sobre el tema de los oligarcas en Rusia y su conflicto con el gobierno de Putin puede verse en Guriev y Rachinsky (2005).

[26.](#) Sobre el conflicto entre Putin y los “oligarcas”, véase Gutiérrez del Cid, 2010, citado en la bibliografía.

[27.](#) Consultado en es.statista.com

[28.](#) La asistencia financiera y militar de ambos bandos dio lugar a la conformación de grupos terroristas que intervinieron en la guerra civil y en distintos atentados alrededor del mundo.

[29.](#) Alcanzó los 110 US\$ el barril en 2012. Hacemos referencia aquí a precios BRENT.

[30.](#) La contradicción entre lo producido y lo vendido a principios de 2020 obligó a pagar altos precios por las reservas de petróleo llevando el costo del barril a índices negativos.

Capítulo 10

Elementos para un breve análisis sobre la crisis económica de 2008

Marcos Lince

Introducción

La palabra “crisis” tiene origen griego y da significado a la coyuntura de una realidad organizada pero inestable. Una crisis representa un punto de inflexión, en donde las cosas sucedidas de una determinada manera ya no pueden continuar de igual modo. Sin lugar a duda, las crisis financieras son objeto de estudio de numerosos economistas, quienes dedican gran parte de su carrera a entender sus orígenes y los factores que lograron desencadenar cada una de ellas. Ver las similitudes y discrepancias entre estas de modo de poder comprender, de la mejor manera posible, los patrones que podrían identificarse para así intentar prevenir situaciones similares en el futuro. Cabe mencionar un aspecto notable, que el impacto y profundidad de las crisis financieras y económicas pareciera ser cada vez mayor y más “globalizado”, afectando a casi todas las economías del mundo, principalmente a las más desarrolladas, en la medida que avanzamos en el tiempo.

En este capítulo intentaremos analizar la crisis financiera y económica de 2008, también conocida como crisis *subprime*. La misma tuvo su origen en los Estados Unidos y ha tenido un gran impacto en la economía mundial, de tal magnitud que se la compara con la crisis económica y financiera de 1929.

Debido a la importancia y la cercanía de esta crisis, nos interesa conocer: las causas que originaron la misma; la generación de la burbuja inmobiliaria y de los créditos *subprime*; el estallido de la burbuja, la intervención de los mercados financieros y los rescates económicos; los factores comunes en las principales economías del mundo que llevaron a su colapso colectivo, y, finalmente, la situación social, política y económica provocada en las economías europeas más afectadas como lo fueron los casos de España, Grecia e Islandia.

Los orígenes de la crisis financiera y económica de 2008

A principios de la década de 1990, una pequeña parte de la población mundial utilizaba lo que hoy conocemos como internet. El desarrollo de nuevas tecnologías de comunicación acercó este servicio a casi todo el mundo y ya sobre finales de la década, más del 90 % consumía este servicio. La revolución tecnológica de las denominadas TIC, empresas de tecnologías de información y de comunicación, impulsó a muchas empresas de internet a salir al mercado financiero, incluso muchas de ellas, sin siquiera contar aun con ingresos o beneficios reales. Invertir en acciones tecnológicas

era un *boom*, millones de inversores decidieron movilizar capitales hacia estas empresas y en consecuencia los valores se incrementaron de manera exponencial en un período de tiempo muy corto.

Como era de esperar, muchas de estas empresas “de garaje” no lograron obtener los beneficios y resultados esperados y, poco después, quebraron. El pánico llegó a los inversores quienes decidieron vender estas acciones y generaron una caída extrema en los precios. El índice Nasdaq, que mide el valor de las empresas tecnológicas, retrocedió de los 5048 puntos a principios del año 2000 hasta casi tocar los 1000 puntos a fines de 2002. Empresas como Amazon o eBay vieron caer el precio de sus acciones un 90 % en ese momento. Esta crisis financiera se denominó crisis “dot” o crisis “punto.com” haciendo referencia al tipo de empresas que sufrían los colapsos del mercado.

Luego de la crisis de las punto.com, la situación de la economía estadounidense se volvió compleja. Sin tiempo de una recuperación, el 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos sufrió un ataque terrorista sin precedentes, el atentado a las Torres Gemelas en Nueva York. El ataque sufrido por Estados Unidos tuvo un fuerte impacto en los mercados financieros, producido por las pérdidas incalculables en el sector aéreo y la disminución del turismo. La economía se encontraba en un momento crítico. Por ello, la Reserva Federal de los Estados Unidos (Fed, por abreviatura en inglés) y el Tesoro Americano implementaron simultáneamente y casi de inmediato políticas expansivas tanto monetarias como fiscales, con el objetivo de una recuperación de emergencia del mercado financiero, pilar en las economías contemporáneas, y a su vez

reactivar el consumo, la inversión y poder asistir a la recuperación de la economía.

Para lograr los objetivos, la Fed (que actúa en los hechos como Banco Central de los Estados Unidos) expandió la emisión monetaria y redujo la tasa de interés drásticamente. Durante los primeros tres años (2001-2004) la misma disminuyó del 6,5 % a casi el 1 %.

Esta disminución en la tasa de interés incentivó la inversión por parte de las empresas y el consumo de las familias quienes podían, gracias a esto, acceder a créditos con una tasa de interés excepcionalmente baja. Las empresas obtuvieron financiamiento con intereses muy bajos para producir más bienes y servicios y satisfacer el incremento en la demanda por parte de las familias, quienes, en vez de ahorrar, desalentadas por la baja tasa de interés (rendimiento), aumentaron su propensión al consumo.

El término *right to buy*, impulsado políticamente en la década de 1970, promovía que todo inquilino tiene derecho a comprar la propiedad donde vive. Asimismo, el “sueño americano” hace referencia a que con trabajo y esfuerzo existe el progreso. Como atribución, entonces, “el sueño americano de la vivienda propia” para la clase trabajadora estaba al alcance de la mano. El mercado de la construcción fue uno de los mercados que mayor crecimiento sostuvo durante el primer lustro de nuestro siglo XXI. La demanda de viviendas por parte de las familias e inversores se había incrementado muchísimo, debido a las bajas tasas de interés para los préstamos hipotecarios.

Asimismo, el incremento en el gasto público, principalmente por la guerra con Irak, sucedido de una disminución de impuestos hacia

empresas y familias, también impulsó el consumo y la producción.

El modo de financiamiento por parte del gobierno de Estados Unidos consistió en la emisión de títulos de deuda (bonos y letras del Tesoro) los cuales eran principalmente adquiridos por bancos comerciales y fondos de inversión, pero también por los bancos centrales de otras economías, los cuales, luego de la crisis puntocom, aumentaron sus reservas en dólares y estos instrumentos financieros, a fin de tener una estabilidad monetaria y financiera.

La generación de la burbuja inmobiliaria y los créditos *subprime*

Una burbuja financiera puede definirse como “el incremento infundado de los precios de un activo en un período muy corto de tiempo”. Estas burbujas son muy difíciles de detectar debido, entre otras cosas, a la euforia del momento y el aumento de riqueza (temporal) que las mismas generan.

Existen diferentes aspectos a partir de los cuales puede analizarse un fenómeno de burbuja. Desde una perspectiva económica se puede pensar en la especulación generada por los sectores de más rápida valorización del capital; desde un aspecto social se puede pensar en los mercados que se abren como resultado de la creciente demanda de un bien en particular; pero existen también análisis que se enfocan en aspectos psicológicos de los inversores, de las masas y de sus prácticas de consumo.

Un estudio que combina estos factores explica que el esquema de crédito en el período del auge inmobiliario estaba anclado en la

creencia de que los precios de las casas seguirían al alza. De acuerdo con el economista Robert Shiller, gran especialista en mercados inmobiliarios, la compra masiva de viviendas (primarias y secundarias) reflejaba un fenómeno de “contagio social”, situación en la cual los individuos operan como una manada, seguros de que la mayoría no puede equivocarse. Es frecuente que, en una situación de auge económico, los compradores se vuelvan ciegos ante la evidencia de una burbuja; en cambio, cuando esta estalla, todos corren a vender y cae la demanda al igual que los precios de los activos. La consecuencia, en el caso de Estados Unidos entre 2006 y 2008, fue la suspensión de pagos de centenares de miles de hipotecas y el derrumbe de gran cantidad de fondos bancarios o bursátiles que se basaban en estos valores, lo que provocó una situación de bancarrota generalizada (Marichal, 2013: 151).

El problema no es invertir en una empresa o sector rentable, el problema es la especulación de invertir en un activo, esperando que su valor aumente por su demanda, para luego venderlo. Justamente, porque no se está invirtiendo en una cadena productiva de valor-fuerza de trabajo, se está especulando, “inflando”, esperando que valga más por el simple hecho de que alguien más lo quiera, pero cuando la especulación llega a su fin, el precio debe corregirse a su valor real y es ahí donde estallan las burbujas.

Como veremos más adelante, en nuestro análisis sobre la crisis financiera y económica de 2008, este comportamiento produjo la caída estrepitosa de los precios de las viviendas generando la suspensión colectiva en los pagos de las hipotecas.

Históricamente, el mercado inmobiliario estadounidense siempre fue un mercado sin sobresaltos, fiable. La gran liquidez crediticia,

incrementó la demanda de las viviendas por parte de las familias al obtener los recursos fácilmente (préstamos hipotecarios) o, mejor dicho, a muy bajo costo financiero. Este incremento de demanda derivó en un aumento de precios en las viviendas, por lo que se volvió muy tentador incluso para los especuladores realizar una inversión de este tipo, puesto que el valor de la hipoteca era muy bajo y el valor de las viviendas aumentaba sin parar. Es decir, se podría adquirir una vivienda con una hipoteca y esperar que su precio aumentase para venderla nuevamente y obtener un beneficio extraordinario.

Haciendo un poco de historia, en 1933 se aprobó una ley llamada Glass-Steagall, que prohibía a los bancos comerciales trabajar en conjunto con los bancos de inversiones. Se fundamentaba en no exponer a los bancos comerciales a los riesgos de la volatilidad de las bolsas de valores. Para ese entonces, los bancos comerciales solo se dedicaban a tomar fondos de aquellos quienes poseían un excedente y decidían ahorrarlo, y otorgaban préstamos a quienes necesitaban financiamiento, mientras que los bancos de inversión eran privados, cuyo capital era proporcionado por sus propios dueños y eran ellos mismos responsables de sus operaciones financieras. Esta medida fue una de las que permitió que los Estados Unidos creciera durante cuarenta años sin ninguna gran crisis financiera. El fin llegó en 1973 con la crisis del petróleo. Pero, ¿qué hace un banco de inversión?

Un Banco de inversión tiene cuatro actividades principales:

1. Como creador de mercado, estas entidades compran y venden títulos en la bolsa de valores a gran escala y su participación en

el mercado de valores tiene mucho peso. Muchas veces esto ayuda a que ciertos precios no se disparen y controlan el valor de mercado.

2. La consultoría de fusiones y adquisiciones. Una empresa que quiere comprar otra requerirá de un análisis en profundidad sobre lo que va a comprar y determinar si es lo correcto y, además, si está pagando un precio justo. El experto en valoración es el banco de inversión, que evalúa el sector de la compañía, los estados financieros, etcétera.
3. Por otra parte, la consultoría de emisiones corporativas: el financiamiento que una empresa requiere para un determinado proyecto es muy importante para determinar si el proyecto en cuestión será rentable o no. Para llevar adelante esta financiación la empresa puede emitir acciones/letras o tomar préstamos. El banco de inversión muchas veces se ocupa o garantiza que venderá todos los títulos de estas empresas en el mercado y si, eventualmente, no consigue vender la totalidad de ellas, él mismo será quien las compre.
4. Como última función (es la que nos interesa estudiar) está lo que llamamos “estructurados”. Básicamente se crea un nuevo instrumento financiero con una canasta de muchos otros activos, el cual se intercambiará en el mercado financiero.

Estos instrumentos están relacionados con un mecanismo de financiamiento de empresas que se conoce como titulización o securitización de activos. A través de esta ingeniería financiera se logra, por ejemplo, que un conjunto de activos líquidos, préstamos hipotecarios, prendarios, personales, cupones de tarjeta de crédito, etc., se transformen en un valor negociable para su colocación y negociación en el mercado de capitales (Erpen, 2010: 65-66).

Desde mediados de la última década del siglo XX, con el objetivo de mejorar la competitividad entre las empresas, se impulsó un plan de desregulación de los mercados financieros que finalmente en el año 2000 daría mayor libertad a los bancos comerciales, permitiéndoles invertir los depósitos de sus clientes en operaciones financieras de distinto tipo, suspendiendo así la ley Glass-Steagall. Esto les permitió, entonces, poder vender sus créditos de hipotecas a otras entidades como por ejemplo los bancos de inversión.

En 2004, la Securities and Exchange Commission (SEC), organismo autónomo del gobierno americano que se encarga de regular y supervisar los mercados financieros, introdujo una reforma que autorizaba mayores márgenes de apalancamiento (la proporción de endeudamiento respecto del capital de los bancos de inversión). Además, alentó a los bancos a autorregularse, una medida alabada por Alan Greenspan. Antes de esta reforma, el límite de apalancamiento era de 12 a 1: es decir, los bancos de inversión podían endeudarse 12 veces el monto de su capital. La reforma de la SEC permitió a los bancos de inversión ampliar sustancialmente su apalancamiento, y con ello este organismo renunció a gran parte de su capacidad de supervisión y control sobre las firmas (Marichal, 2013: 147).

Es decir, ya no tenían un tope de endeudamiento para comprar nuevos activos financieros, sino que ahora ellos mismos establecerían su tope de manera “criteriosa”. En pocas palabras, los bancos comerciales podían comercializar, vender, a los bancos de inversión los créditos de hipotecas, quienes podrían comprarlas adquiriendo préstamos baratos e ilimitados —o a su propia conciencia— y con ellas generar nuevos productos (estructurado que comercializarían en el mercado).

Había que encontrar la manera de satisfacer a todos —principalmente a ellos mismos—, y es que no se podía estar en

mejor situación, históricamente el mercado hipotecario de los Estados Unidos nunca había presentado una crisis, desde todo el mundo, por ejemplo, Japón. Era muy tentador tomar el dinero a préstamo con tasas japonesas de casi 0 % y colocarlo en el mercado financiero estadounidense en pleno auge inmobiliario, y con una gran dinámica hipotecaria, el cual proporcionaba rendimientos más altos. Fue entonces cuando, bajando los requisitos necesarios para la obtención de créditos hipotecarios, se intensificó el endeudamiento y la burbuja se agigantó:

Al final del *boom* inmobiliario al saturarse el mercado, es cuando entran en escena los llamados préstamos *subprime*, concedidos a grupos de bajos ingresos, bajo condiciones leoninas, préstamos con riesgo y sin garantías. La burbuja inmobiliaria fue alimentada por la política monetaria laxa seguida por la Fed para evitar el pánico que siguió al derrumbe de las Torres Gemelas, y por el temor de que la economía estadounidense desembocara en un proceso de deflación generalizada, y esto alentó extraordinariamente el endeudamiento y el carrusel de nuevos instrumentos financieros, de bonos y obligaciones, así como de instrumentos derivados (Pineda Salido, 2011: 140-141).

Es necesario que distingamos dos tipos de hipotecas. Hipotecas *prime* (de calidad) y *subprime* (de baja calidad). Entonces, ¿cómo confiar en las hipotecas *subprime*?

Existen organismos encargados de hacer sus propias valoraciones y otorgar una calificación a ciertos activos financieros. Las sociedades calificadoras de riesgo. “Los especialistas que integran las SCR emiten una opinión técnica independiente sobre los valores negociables, las empresas suelen contratar el servicio de las SCR con el objetivo de mejorar, ampliar y validar la información que se brinda a los potenciales inversores” (Erpen, 2010: 34).

La escala de valuación, por lo general, va desde la máxima calificación, AAA, hasta la peor valoración, CCC. Tener una calificación AAA significa que se cuenta con todas las garantías necesarias para el cobro. Invertir en CCC significa estar invirtiendo en algún instrumento mucho más riesgoso.

Alan Greenspan, quien en 2005 aún oficiaba como director de la Junta de la Reserva Federal, mencionó su fuerte apoyo a los créditos *subprime* y sostuvo que lo respaldaba la historia del país. Paralelamente, las agencias de evaluación de riesgos Moody's y Standard & Poor's desestimaron algún peligro en este tipo de créditos.

Este tipo de suceso incentivó a los principales bancos de inversiones de Wall Street, grupos financieros de Europa, bancos comerciales de Estados Unidos, firmas hipotecarias, etc., a participar activamente en estas operaciones. Los verdaderos gigantes de los mercados estaban participando activamente. De las firmas más conocidas podríamos nombrar al banco Bear Stearns, Lehman Brothers Holdings Inc, Merrill Lynch, JP Morgan Chase, la aseguradora AIG y el legendario banco inglés Northern Rock, entre otros.

Como las hipotecas contienen un riesgo implícito, que consiste en que la tasa de interés eventualmente aumente, los bancos por lo general transmiten este riesgo al prestatario. Es decir, al tomador del préstamo quien, frente a una suba de la tasa de interés, deberá afrontar un aumento en el monto al momento de devolver el préstamo. A su vez, los bancos poseen gran cantidad de instrumentos de deuda, como ser las hipotecas *subprime*, las cuales

prometen un flujo de pagos a futuro por parte de un prestatario que no podemos saber si realmente se hará efectivo.

La situación para los bancos era ideal puesto que podían eliminar todo el riesgo en su actividad. Frente a variaciones de la tasa de interés, el prestatario (empresa o individuo) debía ser quien asumiera el riesgo, y como estos créditos eran vendidos en su totalidad a los bancos de inversión, ya no debería preocuparse frente a posibles incumplimientos en pagos.

De esta manera, los bancos solo tenían que otorgar la mayor cantidad de créditos posible, puesto que “no habría” riesgo. Es por ello por lo que otorgaron créditos hipotecarios a casi cualquier persona en condiciones de firmar los documentos necesarios y pagar (o no) en un futuro próximo.

Los bancos de inversión, por su parte, crearían estos nuevos instrumentos estructurados complejos de analizar, a los que denominaron *collateralized debt obligation* (CDO), los cuales se intercambiaban en el mercado financiero.

Pero entonces, ¿por qué comprar estos nuevos instrumentos llamados CDO? Es verdad que casi ninguna entidad (como bancos centrales, fondos de pensiones, aseguradoras e instituciones financieras) puede comprar cualquier tipo de instrumento financiero. Los mismos deben poseer una cierta calificación que les asegure el cuidado de los fondos depositados de sus clientes y acredite cierta seguridad al momento de invertir. Es, por lo anterior, que existen estas agencias calificadoras de riesgo, las cuales evalúan la composición de los distintos activos y los califican según su “criterio”.

Como todos los derivados, y en particular estos CDO, poseen una gran complejidad de análisis por su misma composición, dificultaba muchísimo una calificación exacta de los mismos. Esta complejidad se resolvió en su mayoría con un criterio muy particular, la máxima calificación posible, AAA. Esto se debía a que nadie suponía que una persona no pagaría su hipoteca y que, mayormente, estos CDO estaban conformados por activos ciertos AAA y algún *subprime*. Entonces, con los mercados en auge y la presión por medio de los bancos, gobierno e instituciones, nada mejor que resolverlo de este modo. Nadie quiso ser el responsable de parar esta maquinaria que mantenía todo por las nubes.

En realidad, siempre existía el riesgo sobre qué ocurriría si un porcentaje de las hipotecas no se pudiera pagar. Para ello se crearon los seguros contra cesación de pagos, llamados *credit default swap* (CDS), los cuales evaluaban periódicamente que los flujos de los CDO hubieran sido efectivos y, en caso de que no, la aseguradora respondería por el total. Mientras tanto, quien contrataba este seguro CDS, pagaría una prima por tener dicha cobertura.

Los bancos comerciales se encargaban de otorgar créditos hipotecarios laxos a cualquier persona a una tasa variable. Estos bancos comerciales venderían luego dichas hipotecas a los bancos de inversión para que armen nuevos productos estructurados calificados AAA y puedan ser vendidos, nuevamente, a otras entidades que esperarían recibir los pagos periódicos de las hipotecas y, en caso de no recibirlos, reclamarían a su aseguradora para que se haga cargo. Todo parecía marchar de manera aceiteada.

Una de las principales aseguradoras mundiales, AIG, centralizaba una gran cantidad de estos seguros y también reaseguraba a otras aseguradoras. Todo parecía estar en orden.

La burbuja llegó a su auge en 2006, la construcción se había reducido un 27 % para fines de ese año respecto del año anterior, y desde inicios del año 2007 el valor de las propiedades comenzó a caer. Un factor importante era el aumento de los riesgos por el otorgamiento de créditos *subprime*, pero principalmente por la suba de la tasa de interés, que tenía como objetivo controlar la inflación (aumento generalizado de precios) y evitar el recalentamiento de la economía. De esta manera, recordemos que muchas hipotecas habían llegado a las personas con menos recursos y a tasa ajustable, que al momento de enfrentar un aumento en los precios no podían devolver el préstamo, y por consiguiente dejaron de pagar. Pero esto estaba contemplado en parte. Lo que no estaba contemplado era que, los que sí estaban efectivamente en condiciones de afrontar la suba de tasas y continuar devolviendo el préstamo, tampoco lo hicieran. Y eso fue lo que sucedió.

El estallido de la burbuja, Intervención y rescate económico

Aunque existía la preocupación ante la contracción de la construcción durante 2006, así como también por cifras respecto del crecimiento estimado de la economía durante el último período de ese mismo año, muchos analistas influyentes aseguraban que no

había riesgo de un posible hundimiento de la economía. Si bien la construcción había disminuido, las viviendas seguían fabricándose.

Iniciado el segundo semestre de 2006 comenzaron a aparecer señales de la crisis que se avecinaba. Uno de los primeros en percatarse de la situación fue el economista Nouriel Roubini,

quien en agosto de 2006 puso el dedo en la llaga en diversos artículos publicados en la prensa financiera en los que confirmaba que se estaba produciendo una fortísima caída en la industria de viviendas y que era previsible una recesión profunda y destructiva. En un artículo publicado el 5 de septiembre de 2006, un editorialista del *New York Times* entró a la lid y anunció el fin del auge inmobiliario. El 4 de octubre de 2006, el gobernador de la Reserva Federal, Ben Bernanke, declaró a la agencia de información financiera, Bloomberg, que la caída en el sector de la construcción de casas estaba comenzando a afectar la economía en su conjunto. Para noviembre de 2006, los informes de desempeño de los fondos de alto riesgo reportaron pérdidas considerables. Los analistas de la prensa financiera subrayaron, en particular, el mal desempeño de dos fondos de cobertura (*hedge funds*) que pertenecían al legendario banco de inversión Bear Sterns, de Nueva York (Marichal, 2013: 152).

A fines de 2006, se reportaron pérdidas considerables en estos nuevos fondos de alto riesgo (fondos *subprime*). No obstante, en febrero de 2007 el gobernador de la Reserva Federal Ben Bernanke aseguró que no habría recesión. En marzo de ese mismo año *The Wall Street Journal* reconocía la debilidad de los créditos *subprime*, pero sostenía que no generaría un descalabro en la economía. Sin embargo, en mayo de 2007 dos gigantes firmas hipotecarias, DR Horton Financial y New Century Financial Corporation, anunciaban al público grandes pérdidas a través de estas inversiones, y esta

última entidad comunicó a su vez, sobre la necesidad de un rescate económico para no ir a la bancarrota.

El banco Bear Stearns anunció en junio de 2007 la necesidad de disponer de las ganancias acumuladas para cubrir las grandes pérdidas de uno de sus fondos de alto riesgo y un mes más tarde no permitiría que sus clientes retirasen dinero de otros de sus fondos de cobertura (fondos especulativos) con problemas. En septiembre de ese año, Ben Bernanke aceptaba que la crisis de las *subprime* excedía los cálculos más pesimistas (Marichal, 2013: 152).

Pero los problemas no sucedían solo en los Estados Unidos. Recordemos que muchas entidades internacionales habían participado de forma directa en esta burbuja adquiriendo estos productos financieros de alto riesgo. En Londres, se derrumbó el fondo Caliber Global Investment Ltd., perteneciente a un banco de inversión de ese país. Merrill Lynch, el mayor banco de inversiones de Wall Street, anunció pérdidas que superaban, incluso, a bancos internacionales como el UBS de Suiza. La institución había perdido durante el segundo trimestre de 2008 US\$ 4.890 millones, llevando en octubre a la renuncia de su director luego de reconocer la incobrabilidad de las deudas.

Durante todo ese año y, aunque esta sucesión de quiebras ponía al sistema financiero en aprietos, a través de la inyección monetaria de la Fed para evitar el pánico y colapso bursátil el sistema pudo mantenerse y las entidades pudieron solventar sus pérdidas. A pesar de estas medidas la crisis continuó profundizándose. En marzo de 2008 el banco Bear Stearns se declaró en una virtual bancarrota cuando sus acciones cayeron hasta un 90 %.

Para evitar su colapso total, el poderoso banco de JP Morgan Chase entró al ruedo y compró sus acciones a precio de remate: dos dólares por acción, aunque poco después decidió elevar el precio a diez dólares para evitarles pérdidas mayúsculas a sus dueños, antiguos colegas en Wall Street. Esta operación contó con el firme apoyo de la Reserva Federal, que se comprometió con los compradores a garantizar liquidez sobre un máximo de 30 mil millones de dólares de los activos tóxicos de Bear Stearns (Marichal, 2013: 153).

Pero las complicaciones seguían. Surgió la necesidad de intervenir el banco hipotecario más importante de Estados Unidos, IndyMac, lo que provocó temor de que otras dos grandes firmas hipotecarias públicas, Fannie Mae y Freddie Mac, colapsaran, por lo que se avanzó también en su intervención.

De este modo, frente a una quiebra general, la intervención era total.

El propio rescate de la banca en 2008 demostró el poder de esta. Los bancos habían causado la crisis, pese a lo cual el gobierno fue en extremo generoso con los bancos y los banqueros, sin exigirles ninguna responsabilidad por la crisis que habían desencadenado, ni una mísera ayuda a los trabajadores y los propietarios de viviendas, que solo parecían un daño colateral en la codiciosa guerra de los financieros (Stiglitz, 2020: 149).

En gran medida la crisis fue resultado de los intentos por “inflar” valores por encima de su valorización real (vinculada a la producción y realización de dichos productos en el mercado). La especulación funcionó como un apalancamiento para adquirir nuevas deudas; al momento de la insolvencia, todo el armado se derrumbó.

Sorprendentemente, los bancos se han negado incluso a asumir los riesgos asociados a la emisión de hipotecas. Diez años después de la crisis financiera, una docena de años después de que estallara la burbuja inmobiliaria, el gobierno aún debe garantizar la gran mayoría de las hipotecas. Los banqueros quieren cobrar la comisión por emitirlas, pero no asumir la responsabilidad por sus juicios erróneos. Es decir, buscan que el gobierno absorba las pérdidas derivadas de los malos préstamos (Stiglitz, 2020: 155).

Los factores comunes en las principales economías del mundo que llevaron a un colapso colectivo

El 14 de septiembre de 2008 Lehman Brothers, el cuarto banco de inversión a nivel mundial, ya en una situación insostenible, presentaba formalmente su quiebra. Esto produjo una reacción en cadena en todos los mercados del mundo. Muchas son las suposiciones sobre por qué no rescataron a Lehman y sí a otras compañías. Si bien no está claro del todo, se supone que fue como medida ejemplificadora para que otras empresas, ante la compleja y delicada situación financiera, no tomaran medidas riesgosas para salvarse y eventualmente de no conseguirlo se declarasen en bancarrota con el objeto de ser rescatadas. Pero Lehman era una pieza clave en el mercado financiero global, por ejemplo, manejaba el fondo de pensiones del gobierno de Noruega provocándole pérdidas por 800 millones de dólares.

La quiebra de Lehman “provocó corridas contra [los] CDO, y como consecuencia, los precios de estos instrumentos se desplomaron, lo que provocó enormes pérdidas a una multitud de bancos, fondos de

cobertura y aseguradoras” (Marichal, 2013: 157). La aseguradora AIG, que administraba gran parte de estos seguros contra cesación de pagos, al mismo tiempo había invertido muchísimo en el mercado *subprime* lo que la puso en jaque.

Es muy complejo explicar cómo funciona una aseguradora, pero en el caso de requerir mayor liquidez para afrontar sus pagos, las mismas podrían vender sus activos financieros en cartera para obtener el dinero que necesiten. El problema es que AIG poseía una gran cantidad de títulos de deuda de Estados Unidos, por consiguiente, la venta de estos papeles haría que su precio caiga y aumente la tasa de interés, destruyendo por completo el sistema financiero. Ante la inminente caída de AIG la Reserva Federal acudió a su rescate financiero cediéndole 180.000 millones de dólares, “es decir, más ayuda de golpe a una sola corporación de la que se había otorgado a todos los estadounidenses pobres a través de nuestros programas sociales destinados a la infancia en un período de más de una década” (Stiglitz, 2020: 155).

Otro de los problemas de la falta de liquidez consiste en la imposibilidad de obtener créditos a corto plazo y el continuo peligro de nuevas bancarrotas. En Europa, el BNP Paribas suspendió varios fondos de inversión por la falta de crédito en el sistema. En octubre de 2008, el Banco Central de Inglaterra tuvo que intervenir el histórico banco Northern Rock. Por su parte el gobierno británico en octubre 2008 anunció un rescate de 400 mil millones de dólares para canjear deudas *subprime* y recapitalizar a los bancos (Marichal, 2013).

La extrema necesidad de liquidez llevó a las entidades financieras a la venta masiva de otros títulos, lo que provocó fuertes caídas en

todas las bolsas del mundo. Es así que la Reserva Federal, el Banco Central de Inglaterra, el Banco Central de Canadá, el Banco Central de Suiza, el Banco Central de Japón y el Banco Central Europeo, acordaron la inyección de fondos en sus mercados por casi 200 mil millones de dólares respectivamente.

En Estados Unidos, se impulsó el plan Paulson que se puso en marcha de inmediato. Hasta ahora los rescates habían sido por intervención de la Fed, pero esta vez el gobierno actuaría utilizando gran parte de los excedentes fiscales, en otras palabras, utilizaría el dinero de los contribuyentes para el salvataje del sistema financiero.

Situación social, política y económica en las economías europeas más afectadas por la crisis (Grecia, España, Islandia)

Muchas economías resultaron drásticamente afectadas durante la crisis *subprime*.

En la zona euro, el salto de la generosidad de la crisis bancaria a la posterior austeridad adoptaría una forma especialmente dramática, ya que, en tres de sus Estados miembro más pequeños, el impacto económico de la crisis fue abrumador (Tooze, 2018: 308).

En Europa también se requirió de la intervención centralizada de los gobiernos y las bancas centrales (entre ellas el Banco Central Europeo). Lo que de todos modos no logró frenar el impacto.

La Unión Europea comenzó a desarrollarse paulatinamente luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Su principal propósito

consistió en abroquelar un mercado frente a los dos poderes en competencia durante la Guerra Fría, y el de evitar los conflictos históricos que habían asolado al continente. En el mediano plazo existía la previsión de establecer una moneda única europea que garantizase una estabilidad económica regional.

El Banco Central Europeo se convirtió en el organismo que rigió la zona euro. Tiene como propósito garantizar el poder adquisitivo de la moneda y lograr la estabilidad de precios. Una moneda única permitiría la cohesión territorial, financiera y humana. Es de destacar que, los países que integran la eurozona deben cumplir con requisitos macroeconómicos determinados, como ser el control del déficit presupuestario, el control de la deuda pública e inflación, a modo de demostrar una estabilidad y seriedad en sus economías. Es cierto que estos requisitos no siempre son fáciles de lograr, principalmente en épocas de recesión económica, en donde existe un aumento de la deuda pública para poder afrontar las necesidades de la sociedad.

Grecia

Grecia se integró a la Comunidad Económica Europea en 1981. Las reformas de mercado necesarias para su incorporación plena, más el financiamiento de los partidos políticos en el poder, incrementaron la deuda griega con la banca europea.

Entre 1981 y 1985, Papandreu se deshizo de su retórica socialista en favor de un cada vez mayor gasto social para reformas destinadas al bienestar, el aumento de salarios, las pensiones y la cobertura sanitaria, mientras que la refinanciación de empresas quebradas dio lugar a la creación de un

capitalismo cleptocrático. Esto resultó en un aumento del nivel de vida, pero al mismo tiempo la estructura económica griega seguía siendo la de un Estado vasallo fuertemente dependiente del sector financiero de la CEE, del turismo europeo y de una economía rentística basada en los bienes inmuebles, las finanzas y el turismo (Petras, 2015: 13).

Finalmente, Grecia se incorporó a la zona euro en 2001 adoptando oficialmente la moneda europea cuando esta comenzó a circular un año más tarde. Esto le permitió obtener financiamiento a tasas muy bajas y realizar una gran cantidad de obras públicas, entre ellas, la infraestructura necesaria para los Juegos Olímpicos de Atenas 2004.

En el año 2004, Kostas Karamanlís, líder del partido conservador Nueva Democracia, fue nombrado primer ministro. La gran actividad económica, impulsada a través del financiamiento barato, generaría nuevos puestos de trabajo y un aumento considerable de su PIB. Sin embargo, la economía no creció lo suficiente. El déficit presupuestario aumentó, principalmente por la corrupción en el Estado, la no declaración de préstamos internacionales y la gran evasión de impuestos, lo que conllevaría un incremento del déficit fiscal. En otras palabras, el Estado gastaba más de lo que recaudaba.

En el año 2008, y frente a la recesión económica europea, la falta de liquidez crediticia imposibilitó a Grecia continuar desarrollándose en su gestión de la misma manera que lo venía haciendo. Es por ello por lo que el país tuvo que accionar medidas fiscales contractivas, como ser, la baja de salarios, eliminación de subsidios, aumento de impuestos y disminución del gasto público. Esto generó una gran caída de su economía y una gran destrucción del empleo.

En diciembre de 2008, el gobierno enfrentó fuertes protestas generalizadas en todo el país que pidieron su dimisión. Las protestas alcanzaron un grado superlativo llevando al país al borde de una guerra civil.

En las elecciones de 2009, Yorgos Papandreu, líder del Partido Socialista panhelénico, fue nombrado primer ministro de Grecia. Durante su gobierno sacó a la luz toda una serie de falsificaciones sobre los datos macroeconómicos en la contabilidad del país durante la gestión anterior. Asimismo, anunció que la deuda soberana del país era mucho más elevada que la informada y que, para poder afrontar dichos compromisos, Grecia debía crecer al ritmo de potencias como Alemania. Estos objetivos, en un contexto de recesión mundial, serían imposibles de llevar a cabo.

Esto ocasionó una gran desconfianza y el derrumbe de las inversiones. En 2010, Grecia solicitó un rescate económico al Banco Central Europeo, a fin de llevar adelante compromisos de deuda inmediatos, a cambio de un nuevo ajuste fiscal. Posteriormente, se conocería que este monto era insuficiente y en 2014, se recurrió a un nuevo rescate por parte del Banco Europeo.

Desde 2009 Grecia soporta una continuada depresión que desmoronó su PBI en un 26 %. El desempleo promedio trepó al 27 % y supera el 50 % en las franjas juveniles. Las jubilaciones y pensiones fueron brutalmente reducidas y la pobreza afecta al 40 % de la población infantil (Katz, 2015: 137).

La inclusión de Grecia a la zona euro no fue positiva. El país perdió competitividad, al no contar con una moneda propia, y por ende no poder aplicar políticas monetarias que permitan atraer el turismo internacional o beneficiar las exportaciones de bienes y

servicios (como por ejemplo implementó Islandia). La imposibilidad de reactivar su economía y los constantes ajustes fiscales oprimen cada vez más a la sociedad destruyendo riqueza y empleo.

Socialmente, el país presenta serios problemas a futuro. La población activa juvenil migró hacia países vecinos con la esperanza de una mejor calidad de vida. Esto desalentó la inversión pública en educación, ya que estarían formando fuerza de trabajo profesional de “exportación” beneficiados por la libre circulación en la eurozona. La desinversión en salud provocó un aumento en la tasa de mortalidad y el aumento del desempleo provocó una baja en la tasa de natalidad. Es así como Grecia se convertiría en un país envejecido, sin desarrollo de fuerza de trabajo, y con grandes dificultades para llevar adelante una reactivación de su economía.

España

En España, durante 1998, el presidente José María Aznar promovió la “ley del suelo” lo que permitió construir viviendas en casi todo el territorio español. Al mismo tiempo establecía la desregulación del mercado financiero. Es así como, al igual que en Estados Unidos, las empresas y personas adquirirían créditos de hipoteca con tasas preferenciales y, la alta demanda, haría que los precios aumentaran rápidamente. Era el inicio de su propia burbuja inmobiliaria.

En la primavera de 2007, España presumía su mayor superávit de la historia, baja deuda pública, trabajos duraderos y 7,95 % de desempleo. La tasa de morosidad era muy baja, las personas tenían un fuerte poder adquisitivo, el consumo era muy activo. La economía fluía en su totalidad.

2008 fue un año electoral en este país. La banca europea impulsaba ese mismo año una política de rescates frente a la crisis mundial. El gobierno español rechazó dicho rescate argumentando que su sistema financiero no había abusado de las inversiones de alto riesgo como el resto de los países. En realidad, lo que estaba sucediendo fue que el mercado financiero también se estaba hundiendo, pero más lento (Marichal, 2013).

El Estado español suele publicar sus cuentas cada dos años. Por lo que el impacto de lo ocurrido ese año podría conocerse recién en 2010. El mercado de la construcción representaba en 2007 más del 20 % del PIB, por lo que la economía española no escapaba a la inflación de su propia burbuja inmobiliaria. A medida que todos los mercados colapsaban, la extrema falta de liquidez e imposibilidad de crédito terminó con la burbuja española. Numerosas empresas fueron a la bancarrota y se produjo un gran aumento del desempleo. La caída en los precios de las viviendas y el alto desempleo hicieron que muchas familias perdieran sus hogares frente a la imposibilidad de devolver sus préstamos, incluso si vendieran su vivienda, ya que su precio había descendido por debajo del precio de la hipoteca.

La tasa de desempleo (paro), que había tenido su mínimo en 2007 creció en proporciones considerables llegando a niveles del 23 % en 2011 y a un récord histórico del 27,5 % en 2013, con una tasa de desempleo juvenil de más de 57 %. Convirtiendo a España en el país con mayor destrucción de empleo del mundo.

El PIB marcó un descenso constante durante el último trimestre del 2008, lo que derivó en que España entrara en una recesión que duraría hasta 2010, pero por un corto período de respiro, ya que volvería a caer en la recesión en 2011. Por otra parte, la deuda

pública que en 2007 representaba un 36,1 % del PIB se duplicó hacia 2010 y en 2013 alcanzó el 93,4 % del mismo. La tasa de morosidad llegó a niveles que superaron la crisis española de 1993, marcando niveles récord de aproximadamente el 13 % en 2013.

La destrucción de riqueza y la contracción del consumo privado derivaron hacia una crisis alimentaria. Entre 2008 y 2013 el consumo de alimentos disminuyó cerca del 20 %, así como también la aparición de nuevos alimentos derivados de lácteos y azúcares para reemplazar carnes y pescado (reconocidos como principales hasta ese momento) en la canasta básica alimentaria.

Las condiciones de precariedad, a lo largo de toda la crisis española, derivaron en movimientos sociales con la intención de cambiar el modelo productivo económico y cuestionar el sistema político. En el año 2011 el movimiento social más conocido fue el denominado 15-M surgido en mayor medida por la precariedad de las condiciones económicas de las clases media-baja.

Basados en los movimientos sociales de Grecia (desde el año 2008), el 15 de mayo de 2011 la sociedad civil española se manifestó en más de cincuenta ciudades de todo el país. El 15 de octubre de 2011 manifestaciones globales en todo el mundo expresaron una oposición radical a las condiciones presentes, reclamando mejores condiciones sociales, políticas y económicas (Tooze, 2018: 376).

En España la recesión comenzaría a retroceder en 2014, luego de dos rescates financieros, registrando un incremento del PIB del 1,4 % y generación de empleo. Los procesos de movilización también provocaron la reforma del sistema político con la emergencia de nuevos actores políticos.

Islandia

Islandia es una pequeña isla situada al norte de Europa, cuya población es de un poco más de 300.000 habitantes. Su principal actividad económica estaba basada en la pesca y la agricultura. Hasta el año 1941, Islandia integraba parte del territorio de Dinamarca. Durante la Segunda Guerra Mundial, Dinamarca fue invadida por Alemania y como contraofensiva, el Reino Unido y posteriormente Estados Unidos ocuparían la isla. En 1944, el acta de unión entre Dinamarca e Islandia llegaría a su vencimiento, proclamando a Islandia como un país republicano. En 1949, Islandia implementó su adhesión a la OTAN. Posteriormente, ayudada a través del Plan Marshall, se convertiría en una economía próspera y con un crecimiento exponencial.

En 1991, David Oddsson asume como primer ministro de Islandia, cargo que ocupará hasta septiembre de 2004. En su programa de gobierno establecía sus intenciones de diversificar la economía del país. Durante el año 2000, se procedió a la desregulación de los mercados, a través de la privatización de los bancos estatales. La privatización de esos bancos conllevó a muchos inversores extranjeros y nacionales, a destinar sus ahorros comprando bonos islandeses (títulos de deuda), ya que los mismos ofrecían tasas de interés más elevadas que otros bancos de Europa. Así pues, muchísimos inversores tomaban créditos en el extranjero a tasas muy bajas y los destinaban a estos títulos de deuda, esperando obtener un rendimiento extraordinario, convirtiendo la economía de Islandia en un gran núcleo del negocio financiero. Así fue como la

deuda del sector privado llegó en 2008 a montos por encima de 80.000 millones de euros, más de seis veces la renta (PIB) del país.

Durante la crisis de 2008, la insolvencia de pagos y el pánico en la economía mundial llevaron a los inversores a retirar sus ahorros y vender sus títulos de deuda, lo que ocasionó una caída del sector financiero islandés y su posterior colapso. Las protestas sobre cómo el gobierno afrontó la crisis llevaron a la renuncia del primer ministro Geir Haarde (2006-2009). En febrero de ese año asume como jefa de Gobierno Johana Sigurdardottir, líder de la Alianza Socialdemócrata.

La crisis económica de 2008 provocó en Islandia la quiebra de las tres principales entidades bancarias del país; el Glitnir, Landsbanki y Kaupthing. Además, impulsó la apertura de procesos judiciales contra sus directivos y la nacionalización de estos bancos. En 2010 el gobierno impulsó un referéndum sobre si el Estado debía pagar las deudas contraídas por el sector privado sufriendo un rechazo del 90 %.

Mientras que otros Estados acudían, sin consulta, al rescate de entidades quebradas, en Islandia no ocurrió así. Contrariamente, estableció nuevos bancos estatales y solicitó un rescate al Fondo Monetario Internacional (FMI), para garantizar los ahorros y depósitos de sus ciudadanos. No así, para inversores extranjeros, principalmente del Reino Unido y Países Bajos. Paralelamente, sometía a juicio y condenaba a prisión a los principales ejecutivos de los bancos privatizados por negligencia.

Estas medidas, sin embargo, no evitaron la gran recesión del país ni el alto desempleo, pero lograron impedir un colapso de magnitud fatídica para el país. Por otra parte, al no pertenecer a la Unión

Europea, Islandia poseía libertad sobre su moneda. En 2009 impulsó una devaluación del 257 %, lo que originó una gran competitividad en la exportación de bienes, servicios y en turismo internacional.

En poco tiempo, Islandia pudo devolver el rescate recibido al FMI y, entre otras cosas, convertirse en uno de los diez principales países en la exportación de servicios como la fundición de aluminio. La increíble adaptación y generación de nuevos sectores productivos no deja de sorprender, en la actualidad es uno de los principales países mineros de criptomonedas y con un gran establecimiento de empresas extranjeras tecnológicas. Ha sido el país que no ha salvado su banca privada con dinero de los contribuyentes, sino que ha respondido a los contribuyentes frente a la negligencia del sector privado.

Bibliografía

Erpen, Mónica. (2010). *Mercado de capitales: manual para no especialistas*, 1ed. Buenos Aires: Temas.

Katz, Claudio. (2015). "Grecia desde Argentina". Hernández, Mario (Comp.) *La tragedia griega. Syriza: ¿una oportunidad?* Buenos Aires: Metrópolis.

Marichal Salinas, Carlos. (2013). *Nueva historia de las grandes crisis financieras*. Buenos Aires: Debate.

Martín Mato, Miguel Ángel. (2010). *Mercado de capitales: una perspectiva global*. Buenos Aires: Cengage Learning.

Petras, James. (2015). "Sobre el gobierno de Tsipras y sus luchas. El asesinato de Grecia". Hernández, Mario. (Comp.) *La tragedia*

- griega. Syriza: ¿una oportunidad?* Buenos Aires: Metrópolis.
- Pineda Salido, Luis. (2011). "La crisis financiera de los Estados Unidos y la respuesta regulatoria internacional." *Revista Aequitas*, 1, 129-214.
- Stiglitz, Joseph. (2020). *Capitalismo progresista. La respuesta a la era del malestar*. Buenos Aires: Taurus.
- Tooze, Adam. (2018). *Crash. Cómo una década de crisis financiera ha cambiado el mundo*. Barcelona: Crítica.
- Vargas Solís, Luis Paulino. (2012). "Crisis económica mundial: elementos para una crítica de los paradigmas teóricos e ideológicos que sustentan la propuesta neoliberal". *Revista Rupturas* 2(1), 142-169.

Documentales

Sony Pictures Classics (2010) *Inside Jobs*, Estados Unidos.

Apéndice

La Economía como ciencia y los intelectuales argentinos en las entreguerras

Guillermo Nakhle

A lo largo de este libro hemos abordado la historia económica mundial, el estudio de diferentes países y desde diferentes perspectivas analíticas. Pero también, a veces indirectamente, otros dos campos del saber: la política económica y la economía como ciencia. El primero consiste en la intersección de diferentes áreas. Como señalan dos autores que estudiaron las decisiones comerciales, monetarias y fiscales de los diferentes gobiernos argentinos en el último siglo y medio:

Al analizar la historia de la política económica deben realizarse elementos — que unos [los marxistas] llamarían superestructurales y otros de historia política y de las ideas— que en la historia económica en sentido estricto tienen habitualmente un papel menor [...] el principal atractivo de la política económica [es] el hecho de ser un punto de convergencia entre esferas (ideológicas, políticas, institucionales, económicas) distintas, identificables y relativamente autónomas, de cuya combinación pueden surgir resultados muchas veces inesperados (Gerchunoff y Llach, 2018: 8-9).

Este Apéndice trata sobre el segundo de esos campos, aplicado al caso de la Argentina, en el período de entreguerras.

A nivel global, la tendencia fue a favor del fortalecimiento del Estado intervencionista en lo social y económico. Esta vez, los arbitrajes de los intereses corporativos precisaban un alto conocimiento de causa. En los países de América latina, los actuarios y contadores en general no se distinguían claramente de los economistas —excepto en Brasil, donde las escuelas de comercio y contabilidad habían existido durante muchos años como escuelas de formación profesional y estaban orientadas a aquellos que no aspiraban a entrar en una universidad (Schwartzman, 1991: 254).

En el caso argentino nos centraremos en la Facultad de Ciencias Económicas (FCE en adelante), creada en 1913 (la primera de América latina) y perteneciente a la Universidad de Buenos Aires. Allí, la Economía emergió como un tipo de conocimiento esotérico que requería técnicas específicas. En términos generales, cualquier discurso que contiene diseños orientados a tener un efecto específico en el lector es parte del “arte de la palabra” ejercido de manera comparable por científicos, poetas o predicadores (McCloskey, 1994: xiv, 28). Como afirma Deirdre McCloskey, la Economía tiene una dimensión literaria y al mismo tiempo otra científica. La contradicción entre ambas existe solamente dentro de su retórica oficial, mientras que en las prácticas cotidianas ambos elementos suelen presentarse simultáneamente (1998: 34).

Con el tiempo, la ciencia económica se convirtió en la más cuantitativa dentro de las ciencias sociales (Morgan, 2003: 275-277). La Biología había transitado por un proceso similar al de la Economía un siglo antes (1750-1850), especialmente después del descubrimiento de la célula, que le permitió ganar rigurosidad en sus

postulados. En el siglo XX, la Economía Política abandonó el enfoque legalista o burocrático y dejó de ser un mero apéndice del Derecho Administrativo y Comercial (Moreno Quintana, 1938: 963). En la búsqueda de prestigio y objetividad, muchos economistas recurrieron a métodos de las ciencias duras.

La adopción de métodos matemáticos, con claridad desde la década de 1930, explica por qué la Economía ganó un lugar cercano a las ciencias duras. El lenguaje de la mecánica proveyó de metáforas sobre las funciones realizadas por los mercados. Paralelamente, la elaboración de un discurso y de prácticas ceremoniales apologéticas se llevó a cabo dentro de la universidad. Estos dos elementos de autolegitimación surgieron antes de que la Economía demostrara su competencia en la formulación de políticas con posterioridad a la Gran Depresión.

La evolución de las ciencias sociales, por su parte, se interrelaciona con la transformación misma del Estado. En el clima intelectual de Occidente, el desorden social era visto como una enfermedad colectiva que exigía intelectuales, médicos y burócratas, para trabajar de conjunto intentando asegurar el éxito del “proceso civilizador”. Gracias a los avances en la comunicación y el transporte, los científicos pudieron operar dentro de una comunidad internacional de pares. Para muchos países de América latina, entre ellos Brasil y la Argentina, las primeras profesiones modernas encarnaron los proyectos de reforma social con aval científico.

Los Estados latinoamericanos tenían “fuertes tradiciones en cuanto a concebir al gobierno con un rol gerencial, como un formador de relaciones sociales y de la moral colectiva, algo que

precedió a la importancia de la profesión del economista en el siglo XX” (Montecinos y Markoff, 2001: 119). En la siguiente sección vamos a entrar en el caso de estudio propuesto.

La Facultad de Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires

Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, la FCE envió varios informes al Congreso sobre la necesidad de modificar la ley comercial y aprovechó esta situación para promocionarse como consejera institucional. Sin embargo, el clima entre los profesores era de absoluto desconcierto. El conflicto había expuesto las deficiencias del sistema educativo local. De hecho, en la mayoría de los países, la guerra había aumentado el compromiso y el propósito de los economistas de una manera sin precedentes (Bernstein, 2001: 38). En un tono similar, Gastón Lestard, quien luego sería gerente del Banco Nacional, consideraba que la guerra había expuesto “nuestra orfandad industrial, nuestra desorganización financiera y nuestra incapacidad para la transformación manufacturera” (1919: 227).

Una parte significativa de la influencia internacional sobre los intelectuales argentinos vino desde Italia. En estos primeros años de la *Revista de Economía Argentina (REA)*, hubo muchos artículos extraídos y traducidos de la revista romana *L'Economista*, gracias a la iniciativa de Ítalo Luis Grassi —quien estuvo a cargo de la *REA*—. Muchas veces la revista también traducía algunos artículos provenientes del *Giornale degli Economisti e Rivista di Statistica*. En

1924, Grassi se embarcó en un viaje oficial a Europa en representación del Colegio de Doctores en Ciencias Económicas y Contadores Públicos Nacionales (Grassi, 1924: 4). Para Grassi, el economista y el ingeniero debían compartir su conjunto básico de conocimientos; de lo contrario, los proyectos civiles (como un nuevo ferrocarril) estaban en riesgo si no se tomaba en cuenta no solo el diseño del edificio, sino también la estimación del costo-beneficio de una manera comparativa (1917: 186-187).

Las aspiraciones de un reconocimiento formal de la condición profesional fueron de la mano con el deseo de erradicar otras instituciones no universitarias que otorgaban títulos similares a la FCE y representaban una competencia ilegítima —aunque no ilegal—. La Facultad solicitó a las autoridades educativas castigar a los responsables de estos institutos menores de la misma forma en que eran sancionados los brujos y adivinos. Más allá de esto, la Facultad se sentía confiada en que, gracias al proceso de eliminación natural, los “verdaderos técnicos” profesionales reemplazarían a los “practicones” que no ostentaban un título oficial (Ponisio, 1928: 2403-2405).

Los economistas estaban capacitados para desarrollar su actividad cerca de los círculos poderosos, ya sean económicos (en empresas, como consultores financieros, etc.) o políticos (aquellos que operaban en y para el Estado) (Caravaca y Plotkin, 2007: 403). En la década de 1930, el Estado argentino dirigió su atención a las estadísticas en general y a la elaboración de índices, en particular, para concretar sus políticas sociales. En efecto, un cambio importante en la política pública durante el período de entreguerras fue el aumento de la visibilidad de los técnicos contratados por los

Estados nacionales. Como observó un contemporáneo, los expertos eran “mundialmente conocidos, tanto o más que los grandes políticos o los grandes hombres de ciencias” (Wainer, 1934: 672-673).

El ejemplo paradigmático de este fenómeno fue el llamado *brain trust* alrededor de la elaboración de políticas del New Deal en los Estados Unidos. Una de las consecuencias de la Gran Depresión (con epicentro en ese país) fue hacer más visible a la ciencia económica como una disciplina independiente. A partir de ese momento, casi todas las decisiones políticas estarían vinculadas a la evaluación previa de un grupo selecto de economistas.

En el caso argentino, las figuras paradigmáticas en este sentido fueron Federico Pinedo¹ y Raúl Prebisch², ninguno de los dos había obtenido el doctorado en la FCE. Una de las innovaciones de la época fue el establecimiento de un sistema de control de cambios. Este sistema fue concebido como una solución temporal al problema de la depreciación del peso en aquellos años y nació de la inspiración de Prebisch y Pinedo. A partir de noviembre 1931, se requirió a los exportadores transferir sus divisas a la Oficina de Control de Cambios. El valor de la libra se fijó por debajo del nivel de mercado, en un intento por frenar la depreciación sin tener que reducir el crédito o perder reservas.

Este mecanismo resultó ser una medida casi permanente también adoptada en los países vecinos y desde entonces ha entrado en el léxico de la formulación de políticas. Pinedo ayudó a sostener la reputación de crédito, ya que, a diferencia del resto de los países latinoamericanos, la Argentina no dejó de pagar su deuda externa. En definitiva, el objetivo de tomar el control de la moneda circulante

(una tarea que el Banco Central asumiría en 1935) era clave para la recuperación. Tener un presupuesto equilibrado ya no era una garantía para un sistema financiero saludable. Los déficits fiscales recurrentes se convirtieron en una herramienta (inspirada en la economía keynesiana) que hasta entonces no se había concebido como tal para impulsar la demanda agregada.

Si bien antes de la década de 1930 existía un estudio sistemático de la realidad económica argentina, fue solamente durante este traspaso generacional de figurones a doctorcitos (i.e., de Lobos y de Bunge respecto de Prebisch) cuando el Estado pudo articular una política fiscal y monetaria con cuadros técnicos con una carrera exclusivamente dedicada a estos fines.

Otra figura central, que ayudó junto a Pinedo y Prebisch a configurar los estudios estadísticos sobre la realidad nacional y los cuadros técnicos fue Alejandro Bunge³.

Bunge fue una figura central en este proceso de visibilidad pública de los economistas. Como hombre de negocios, editor, profesor universitario e intelectual público, mantuvo siempre en alto las banderas de sus convicciones en materia de política económica, como lo fue el proteccionismo. Estuvo además dispuesto a atender los asuntos de la coyuntura en todo momento y fue en muchos países el embajador argentino en términos de teoría y de política económica.

Pinedo, en cambio, igualmente centro de atención en sus años como ministro de Hacienda, provenía de una tradición socialista y defendía la política del libre comercio. En la opinión de Pinedo, en un país con grandes saldos exportables como la Argentina (que no estaba preparado para consumir todo lo que producía) el

librecambio era una política sana. Por otra parte, el éxito del proteccionismo podía explicarse no por la solidez de sus fundamentos teóricos sino por aquellos que buscaban excusas teóricas para su propio beneficio.

Por otro lado, una de las lecciones de la década de 1920 para Raúl Prebisch fue que el cumplimiento de las reglas a veces no es suficiente para garantizar la estabilidad monetaria. En la primera posguerra, incluso los países centrales como Inglaterra tuvieron problemas al intentar restablecer el patrón oro. Pinedo también tuvo que reajustar sus convicciones en materia de política monetaria cuando apoyó el control de cambios en 1934, ya que consideraba que el mercado aún no estaba en condiciones de ser librado a su arbitrio. A la hora de pensar en términos de costo de oportunidad (la segunda mejor opción posible), Pinedo prefería tener una moneda estable antes que respetar ciegamente el *laissez faire* en la política comercial, alejándose así del librecambio y del patrón oro, binomio dogmático del socialismo.

Después de su intensa labor burocrática en la década de 1930, Prebisch pudo reflexionar sobre cuestiones sociales cuando tuvo que renunciar al Banco Central en 1943 por diferencias políticas con el nuevo gobierno *de facto*. Sin dudas ese fue un año bisagra para la Argentina, desde muchas perspectivas, en especial para la elite aquí estudiada. Bunge, todavía director de la *Revista de Economía Argentina*, falleció ese año. Los integrantes del grupo Pinedo-Prebisch se dispersaron producto del cambio en el régimen político nacional.

Por ejemplo, Ernesto Malaccorto, quien también había publicado en la *Revista de Economía Argentina* y fue el primer director general

de la Oficina de Impuestos a los Réditos, abandonó el cargo ese mismo año.

Por su parte, Daniel Cosío Villegas (1898-1976), fundador y primer director de la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y director de *El Trimestre Económico*, fue categórico en su diferenciación entre la contabilidad y la economía. Él creía no solo que la contabilidad no era una subdisciplina de la economía, sino que eran dos campos absolutamente diferentes, lo mismo que el derecho lo es respecto de la medicina. Por lo tanto, lo que la FCE había estado haciendo en sus primeras décadas era equivalente a tener un estudiante de Derecho que, después de obtener un título (en un período de tres años) se le concedía el título de médico simplemente añadiendo dos años más.

Como vimos en el capítulo 6, la civilización europea vivió su hora más oscura en la Primera Guerra Mundial, conocida en su época como la Gran Guerra o la Guerra Europea. Causó un gran impacto en una sociedad de inmigrantes, en gran parte europeos, como era el caso de la Argentina de entonces. Como bien acotaba uno de los participantes de la Nueva Escuela Histórica en la *Revista de Economía Argentina*:

Nuestra educación, bajo el aspecto económico, ha sido hasta hace pocos años defectuosísima. La guerra, entre sus enseñanzas inmediatas, nos ha puesto al desnudo toda nuestra orfandad industrial, nuestra desorganización financiera y nuestra incapacidad para la transformación manufacturera” (Lestard, 1919: 227).

El clima en la *Revista* de la FCE no era muy distinto; el desmembramiento de imperios y la creación de nuevos países eran vistos por uno de sus colaboradores como “el hecho de más volumen de la historia contemporánea. Como todo acontecimiento de magnitud extraordinaria, escapará por siempre al juicio definitivo de los hombres” (O’Dena, 1915: 5). Vicente Fidel López, profesor de Política Comercial y Régimen Aduanero Comparado de la FCE, tenía la sensación de que la guerra lo había cambiado todo, ya que “el desarrollo y la terminación de la contienda europea nos lleva al estudio de nuevas cuestiones que deberán analizarse en sus distintos puntos de vista en casi todas las materias de nuestra enseñanza” (1919: 223).

Los efectos de la Primera Guerra Mundial y de la Gran Depresión provocaron un aumento de la demanda estatal de especialistas en las nuevas circunstancias. A pesar de que la FCE contaba con limitados recursos, jugó un papel importante en la apertura del debate sobre la necesidad de procedimientos técnicos para la gestión del Estado. Es por tanto que poner a los economistas como actores en la narrativa de la formación del Estado, profundiza la comprensión de un proceso que, a pesar de sus matices, fue compartido por otros países de América latina.

La primera intervención del Banco Central por parte del organismo se dio cuando comenzaba la fase descendente del ciclo económico en 1935. Cuando evaluaba la experiencia de los primeros años del Banco Central, Prebisch concluía: “En la fase descendente, o en momentos en que se pierde una cosecha o se reduce la exportación, se exporta metálico, conviene aliviar la situación de la

plaza por medio del redescuento a fin de que no sobrevenga una contracción del crédito” (1986: 52).

Pocos meses después, en la fase de recuperación, el Banco impulsó políticas anticíclicas como la restricción del crédito *vis-à-vis*, una alternativa políticamente menos viable que aumentar impuestos. Esta política encontraba un límite en el precio de las *commodities*. Como recordaba Prebisch en sus últimos años de vida, la política de regulación macroeconómica “no podía atacar la fluctuación en los productos agrícolas de mayor importancia” (1986: 119).

Cuando a fines de 1935 empezaba a vislumbrarse que la labor de Pinedo en el Ministerio de Hacienda estaba llegando a su fin, el diario *La Nación* también reconocía su desempeño: “Un ejemplo de labor y de prudencia, y todas las disposiciones dictadas han sido elogiadas como hallazgos de técnicas gubernativas”⁴. Los lectores podían tener un panorama de los principales logros de Pinedo en los dos años anteriores: la regulación aduanera para el sector primario mediante las juntas reguladoras, la unificación de impuestos sobre el consumo interno, el equilibrio del presupuesto y en parte también el Banco Central.

Pinedo había contribuido a sostener la reputación de la Argentina que, a diferencia del resto de América latina, no había declarado el default de la deuda externa durante la crisis de 1930. Esto fue posible gracias a que el 72 % de los tenedores de bonos aceptó una reconversión a una menor tasa de interés, y esta gestión fue reconocida internacionalmente. Los Estados Unidos siguieron de cerca la situación argentina dado que algunas de sus empresas negociaban con la Oficina de Control de Cambios (porque no podían hacer remesas de dólares). Para satisfacción del gobierno

argentino, muchas de estas compañías aceptaron comprar títulos públicos por valor de 50 millones de pesos (alrededor 20,5 millones de dólares), casi la mitad del total de fondos congelados⁵.

Conclusión

En las últimas décadas del siglo XX, los economistas se constituyeron en otorgantes de legitimidad para numerosas prácticas políticas en América latina. El reconocimiento público de estos nuevos profesionales en la Argentina fue el resultado de un proceso histórico que tuvo lugar en la primera mitad del siglo XX. La relación entre el Estado, un medio universitario bajo el escrutinio permanente y un grupo de jóvenes profesionales abrió un espacio desde el cual se abordaron los altibajos económicos de la época de entreguerras.

En conclusión, entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, los economistas tuvieron que luchar por su propio espacio dentro de las corporaciones de abogados, ingenieros y, más tarde, sociólogos. Para ello, elaboraron un discurso apologético que proporcionaba una justificación formal de la nueva profesión, tanto en la esfera pública como en la comunidad académica que incorporó institutos especializados en el estudio de la economía. Es apropiado decir que la Economía Política se convirtió en la ciencia económica mucho antes de la consolidación de los economistas como profesionales independientes y reconocidos como tales, algo que no ocurrió sino después de la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces, había un consenso de que el núcleo de las ciencias sociales se componía con la Economía, la Ciencia Política, la

Sociología y la Antropología Social —en algunos casos, la Psicología.

Desde la “economía política” hasta la ciencia económica, los apologistas de la nueva ciencia persuadieron a la comunidad nacional de que su experiencia era un activo fundamental para hacer frente a los desafíos de los tiempos modernos. Progresivamente, la burocracia estatal se basó en la gestión racional de un país profundamente involucrado (y, por tanto, vulnerable) en el mercado internacional. A diferencia de la Física, sin embargo, la Economía no puede formular leyes generales, pero sus expertos ciertamente ganaron respetabilidad en la esfera pública.

Bibliografía

Bernstein, Michael. (2001). *A Perilous Progress: Economists and the Public Purpose in Twentieth-century America*. Princeton: Princeton University Press.

Caravaca, Jimena y Plotkin, Mariano. (2007). “Crisis, ciencias sociales y elites estatales: la constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935”. *Desarrollo Económico* 187(47).

Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas. (2018). *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Planeta.

Grassi, Ítalo. (1924). “La ‘Association des Comptables’ del Departamento del Sena”. *Revista de Ciencias Económicas*, XI(30-31) 3-4.

- Lestard, Gastón. (1919). "Educación económica de la juventud argentina". *Revista de Economía Argentina* (15).
- López, Vicente. (1919). "Discurso inaugural de los cursos de la Facultad de Ciencias Económicas". *RCE* (68) 223.
- McCloskey, Deirdre. (1994). *Knowledge and Persuasion in Economics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Montecinos, John y Markoff, Veronica. (2001). "Economic Ideas to the Power of Economists". Centeno, Miguel Angel y López-Alves, Fernando. (Eds.). *The Other Mirror: Grand Theory through The Lens of Latin America*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Moreno Quintana, Lucio. (1938). "La enseñanza de la Política Económica". *Revista de Ciencias Económicas*, XXVI (207) 961-976.
- Morgan, Mary. (2003). "Economics". *Porter & Ross, Cambridge History of Science*, 7, 275-305.
- O'Dena, Ernesto. (1915). "Los ideales republicanos ante la guerra europea". *RCE* (19-20).
- Ponisio, Mario. (1928). "La misión social del contador". *Revista de Ciencias Económicas*, XVI(86), 2403-2405.
- Prebisch, Raúl. (1986). "La experiencia del Banco Central Argentino en sus primeros ocho años". *El Banco Central de la República Argentina en su 50 aniversario 1935-1985*. Buenos Aires: Banco Central de la República Argentina.
- Prebisch, Raúl. (1986). *La crisis del desarrollo argentino*. Buenos Aires: CEPAL.
- Schwartzman, Simon. (1991). "Changing Roles of New Knowledge: Research Institutions and Societal Transformations in Brazil". Wagner, Peter , Wittrock, Björn , Weiss, Carol y Wollman, Hellmutt

(Eds.). *Social Sciences and Modern States*. Cambridge: Cambridge University Press.

Wainer, Jacobo. (1934). “La misión de los técnicos en ciencias económicas”. *Revista de Ciencias Económicas*, XXII (157) 671-675.

[1.](#) Federico Pinedo (1895-1971), abogado y político argentino, fue diputado por el Partido Socialista y en dos ocasiones más por el Partido Socialista Independiente. Ocupó el cargo de ministro de Hacienda de 1933 a 1935 (durante la presidencia de Agustín P. Justo), período en el que creó el Banco Central; de 1940 a 1941 (durante las presidencias de Roberto M. Ortiz y Ramón Castillo); y el ministerio de Economía unos días en el mes de abril de 1962 durante el interregno de José María Guido.

[2.](#) Raúl Prebisch (1901-1986), economista y político argentino fundamental para comprender el pensamiento desarrollista. Fue secretario ejecutivo de la CEPAL (1950-1963) y secretario general de la UNCTAD (1964-1969). En la Argentina fue subsecretario de Hacienda durante el gobierno de José Félix Uriburu y luego primer gerente general del Banco Central de la República Argentina.

[3.](#) Alejandro Bunge (1880-1943) fue director general de Estadísticas durante la década de 1920 y asesor del Banco Nación y el Ministerio de Hacienda. Fue profesor tanto de Pinedo como de Prebisch. Estudió Ingeniería, pero su profesión principal estuvo vinculada a la economía y a la realización de aportes novedosos en el área.

[4.](#) Esta frase fue obtenida de la nota “Los ministros que se retiran” publicada en el diario *La Nación* el 31 de diciembre de 1935.

[5.](#) Esta información fue publicada en la nota “Americans Accept Argentina’s Terms” del diario *The New York Times* el 12 de noviembre de 1933 (p.31); en la nota “New Loan Arrangement” publicada en *The New York Times* el 16 de noviembre de 1933 (p.37); en la nota “Argentina Lauds Bond Conversion” del diario *The New York Times* el 20 de noviembre de 1933 (p.27); y la nota “Debt

Revision Solves Argentina's Problem" del diario *The Washington Post* el 17 de enero de 1935 (p.9)

Glosario de términos

Acuerdos de Bretton Woods o Conferencia de Bretton Woods:

Serie de acuerdos económicos y políticos alcanzados en el marco de la segunda posguerra en un encuentro internacional celebrado en el Estado de New Hampshire (Estados Unidos) en 1944. En él se sentaron las bases de la nueva arquitectura financiera internacional y establecieron el orden mundial dentro del bloque capitalista desde 1944 hasta la crisis de la década de 1970. En este encuentro se crearon el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. También se estableció el GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio), que funcionó durante medio siglo hasta la creación de la actual Organización Mundial de Comercio (OMC) en 1995.

Ahorro: Parte del ingreso o de la ganancia que no es gastada en el consumo corriente ni en inversiones y supone una reserva para uso futuro.

ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración), antes

ALAC: Organismo internacional latinoamericano que impulsa el libre comercio en la región, la cooperación, la integración y la creación de áreas económicas preferenciales (véase el capítulo 8).

Anarquismo: Según la RAE, doctrina que propugna la supresión del Estado y del poder gubernativo en defensa de la libertad absoluta del individuo.

Balanza comercial: Refleja los movimientos de las importaciones y exportaciones de bienes en el comercio internacional. El saldo de este es considerado como favorable cuando las exportaciones superan a las importaciones, y como saldo negativo cuando las importaciones superan a los bienes exportados.

Banco Mundial (BM): Organismo financiero multinacional fundado como producto de los acuerdos de Bretton Woods. En un primer momento fue pensado para financiar la reconstrucción europea luego de la guerra, pero luego amplió sus funciones para convertirse en un organismo de préstamo internacional para impulsar políticas de desarrollo e infraestructura acordes a los requerimientos de diversos programas.

Bien o valor de cambio: Son aquellos productos tangibles cuya producción está pensada para el intercambio con el objetivo de obtener una ganancia en el proceso. Dicha situación suele realizarse en el mercado.

Bien o valor de uso: Son aquellos productos tangibles pensados para el consumo directo, por lo general se aplica para bienes que se utilizan para desarrollar la producción (en una empresa o fabrica), aunque también puede referir a los bienes de uso inmediato por parte de los consumidores directos (véase el capítulo 3).

BRIC: Término acuñado en 2001 por el británico Jim O'Neill, economista del banco de inversión Goldman Sachs, para referirse a las grandes economías emergentes: Brasil, Rusia, India y China (véase el capítulo 9).

Bullionismo: Forma de medir la riqueza económica de los países por la cantidad de metales preciosos (oro y plata) que posean. El término tiene su origen en la palabra inglesa *bullion*, que significa lingote. Este concepto económico tuvo su origen en la Edad Moderna en el marco del pensamiento dominante del período: el mercantilismo.

Capital: Tipo de bienes puestos al servicio del funcionamiento del sistema capitalista. El capital puede ser financiero —monetario— o físico —maquinaria, herramientas, fábricas—. Es uno de los factores de producción que se combina con el trabajo y los recursos naturales para la elaboración de bienes y servicios.

Capitalismo: Sistema que organiza la producción en torno a la propiedad privada, la competencia y el desarrollo tecnológico. En su lógica de funcionamiento todos estos elementos se dirimen en el mercado, donde se realiza la mercancía y se establecen los procesos de acumulación. Requiere para su realización de innumerables formas de trabajo, aunque la forma más corriente de este sistema es el trabajo asalariado. Desde la perspectiva marxista, el capitalismo es una forma de relación social particular y determinada por la organización capital-trabajo.

CEPAL (Comisión Económica para Latinoamérica y el Caribe):

Organismo perteneciente a las Naciones Unidas (ONU) destinado a promover el desarrollo económico y social de la región.

Colectivismo: Sistema económico que propone la eliminación de la propiedad privada y del mercado como asignador de los recursos para sustituirlo por el control de todos los medios de producción por parte del Estado, aplicando una rígida política de planificación centralizada (véanse los capítulos 6 y 9).

Comunismo: Doctrina política que propone una forma de organización sin clases sociales, sin mercado y sin Estado. Las propuestas varían dependiendo de sus autores, pero en líneas generales el comunismo busca la socialización de los medios de producción (con la abolición de la propiedad privada) y la autoorganización de la sociedad.

Consenso de Washington: El término Consenso de Washington fue acuñado en el año 1989 por el economista John Williamson con el objetivo de describir un paquete de reformas “estándar” para países en desarrollo azotados por la crisis financiera, según las instituciones bajo la órbita de Washington DC (como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos). Las fórmulas abarcaban políticas que propugnaban la estabilización macroeconómica, la liberalización económica con respecto al comercio, la reducción del Estado y la expansión de las fuerzas del mercado dentro de la economía interna (véanse Wikipedia y el capítulo 8).

Cooperativismo o movimiento cooperativo: Es la doctrina social que propone la asociación voluntaria y autónoma de personas que cooperan en torno de sus necesidades económicas y sociales por medio de una empresa o espacio de propiedad conjunta (véase el capítulo 3).

Corporación: Organización o empresa de gran escala donde son dueños todos los que participan de ella a nivel accionario. Según la RAE se llama corporación a una empresa de grandes dimensiones que agrupa a otras menores.

Corporaciones de Estado: Son asociaciones organizadas por el Estado que agrupan a las industrias del país y se corresponden con ramas de actividad. Suelen estar representados los trabajadores, los propietarios y el Estado con funcionarios ostentando los puestos clave. En la práctica actuaron como asociaciones comerciales capitalistas con el propósito de incrementar los ingresos de los hombres de negocios y administradores a costa de los trabajadores y consumidores (véase el capítulo 6).

Crecimiento: Incremento sostenido del total de bienes y servicios que produce una sociedad. Se mide en PNB y PIB.

Crisis: En economía se puede considerar crisis a un punto de estallido de un período ascendente, en donde llegan al límite las contradicciones del período anterior marcando el punto máximo alcanzado antes de un período de depresión. O bien, a todo un

largo ciclo de índices negativos desenvueltos a partir de ese momento en particular.

Curva de Phillips: Relación negativa entre desempleo e inflación. Mientras menor sea la tasa de desempleo, habrá menos trabajadores buscando trabajo. Entonces, para lograr conseguir trabajadores, los empleadores deberán aumentar los salarios. Este aumento de salarios se traslada a un incremento de costos de producción y a una mayor demanda agregada, porque los trabajadores ganan más dinero. Estos dos factores, ocasionarían un aumento de precios (inflación).

Default: Cesación de pagos; insolvencia de un país para hacer frente a sus compromisos externos.

Déficit: Se considera déficit a una situación de la economía en la que los gastos superan los ingresos. En las economías nacionales suele utilizarse para los balances negativos en el área comercial (déficit comercial) cuando el total de las importaciones supera el total de las exportaciones, o bien para el área fiscal (déficit fiscal) cuando existe un exceso de los egresos sobre los ingresos en los gastos del Estado.

Deflación: Disminución persistente en el nivel general de los precios de una economía, cuando la masa monetaria (oferta de dinero) crece a un ritmo menor que la demanda de dinero. Este fenómeno está generalmente relacionado con escenarios recesivos.

Depresión: En economía la depresión suele ser la etapa posterior a la crisis que, de manera sostenida, provoca una caída en los índices económicos. Puede resultar en caída de la oferta, de la demanda, de la inversión, del empleo, o incluso, de todos estos de conjunto.

Desarrollo: Crecimiento sostenido más variación en las estructuras productivas o en la organización de la economía. Por ejemplo, gracias al uso de innovaciones tecnológicas.

Descolonización: Proceso histórico, característico de la segunda posguerra, a partir del cual las potencias imperiales no pudieron evitar la creciente fuerza de los movimientos independentistas y gradualmente fueron abandonando el control de sus colonias. A mediados de la década de 1960 las antiguas potencias coloniales europeas, excepto Portugal, habían concedido la independencia a casi todas sus colonias en Asia y África.

Desempleo: Índice que mide la cantidad de mano de obra en edad laboral que se encuentra desocupada. La economía clásica reconoce dos formas de desempleo: voluntario (cuando el desempleo depende del trabajador —busca un nuevo trabajo, o no acepta la propuesta salarial—), o friccional (provocado por errores o por el carácter intermitente de la demanda). Luego Keynes incorporó una nueva categoría, el desempleo Involuntario (que se da entre aquellos que no encuentran trabajo incluso aceptando las condiciones del oferente).

Devaluación: pérdida de valor de una moneda con respecto a otra utilizada como medida de referencia. La devaluación puede efectuarse en forma automática como consecuencia de los mecanismos del mercado o bien puede ser el resultado de una acción deliberada de la autoridad monetaria.

Economía de enclave: Refiere a modelos económicos de países no industrializados que suelen basarse en la explotación de un único recurso natural. El término fue implementado por los analistas que adscriben a la Teoría de la Dependencia (véase el capítulo 7).

Eficiencia: En economía refiere a la forma óptima de utilizar los recursos productivos. Se puede plantear desde un menor coste, menor consumo de energía o de bienes para obtener aquello que es requerido por la sociedad.

Enfitéusis: Según la RAE, “cesión perpetua o por largo tiempo del dominio útil de un inmueble, mediante el pago anual de un canon y de laudemio por cada enajenación de dicho dominio” (véase el capítulo 1).

Esclavitud: Forma de trabajo donde el productor directo reviste la figura legal de propiedad. La persona sometida a este régimen no es libre y sus condiciones de trabajo y vida se encuentran directamente subordinadas a las imposiciones de su propietario (véase el capítulo 1).

Eslabonamiento: En economía suele llamarse eslabonamiento al incentivo que brinda una rama particular de la producción al

incremento productivo en otras ramas subsidiarias o complementarias.

Estado de Bienestar: Es un concepto, pero también una forma de organización del Estado a partir del cual este debe proveer ciertos servicios en cumplimiento de demandas consideradas derechos sociales. Las primeras características de Estado de Bienestar se aplicaron a fines del siglo XIX a partir de reclamos por pensiones o seguros sociales para ampliarse luego en el marco de la Gran Depresión de la década de 1930. Suelen considerarse derechos sociales básicos el de la salud y la educación.

Estalinismo: Conjunto de prácticas políticas impulsadas en la URSS y sus Estados satélite centralmente durante el período de gobierno de Josep Stalin (1929-1953), caracterizado por una fuerte burocratización de los ámbitos de gobierno, de distribución y de control. Supone la dirección de partido único eliminando fracciones internas que se opongan o cuestionen las medidas impulsadas (véase el capítulo 6).

Estanflación: Nombre que recibe una situación económica y social donde concurren de manera sostenida en el tiempo la recesión económica y la aceleración inflacionaria (véanse los capítulos 7 y 8).

Fascismo: Conjunto de prácticas políticas que buscan la implantación de medidas totalitarias, ultranacionalistas y antidemocráticas a nivel estatal. Suele ejemplificarse con los

gobiernos de Mussolini en Italia entre 1922 y 1945 (véase el capítulo 6).

Fisiocracia: Escuela de pensamiento económico iniciada en el siglo XVIII que se monta en el supuesto de la existencia de leyes naturales que explican el funcionamiento de los sistemas económicos. Defiende los principios del libre hacer y del libre cambio y en la producción del propio suelo para la acumulación de riquezas (véanse los capítulos 1, 2 y 3).

Fondo Monetario Internacional (FMI): Organismo financiero multinacional fundado como producto de los acuerdos de Bretton Woods. Al igual que el BM, en un primer momento fue pensado para financiar la reactivación económica europea luego de la guerra, pero luego amplió sus funciones para convertirse en un organismo de préstamo internacional para las adecuaciones en las balanzas comerciales de los diferentes países, así como la inversión para impulsar políticas de desarrollo.

Fordismo: Forma de organización del trabajo industrial bajo el capitalismo, implementado originalmente en la fábrica de automóviles Ford, que busca la eliminación de los tiempos muertos y la división del trabajo a partir de implementos técnicos aplicados tales como la cinta de montaje para la producción (véase el capítulo 5).

Glasnost: En ruso “apertura” o “transparencia”, es la política llevada adelante en la URSS entre 1985 y 1991 que buscaba la liberalización del sistema político, de los medios de comunicación

y de la población en general aceptando la crítica y las propuestas alternativas (véase el capítulo 8).

Gremios o corporaciones medievales: Cuerpos de artesanos, productores y comerciantes vinculados a un mismo oficio. El gremio regulaba la cantidad de talleres y el volumen de producción, así como las técnicas y los precios de los productos (véase el capítulo 1).

Ilustración: La Ilustración fue un movimiento cultural e intelectual, primordialmente europeo, que nació a mediados del siglo XVIII y duró hasta los primeros años del siglo XIX. Se denominó de este modo por su declarada finalidad de disipar las tinieblas de la ignorancia de la humanidad mediante las luces del conocimiento y la razón. Importantes ideas como la de búsqueda de la felicidad, la soberanía de la razón, y la evidencia de los sentidos como fuentes primarias del aprendizaje nacieron durante esta época. Ideales tales como la libertad, la igualdad, el progreso, la tolerancia, la fraternidad, el gobierno constitucional y la separación Iglesia-Estado tienen su nacimiento también en esta época. Los pensadores de la Ilustración sostenían que el conocimiento humano podía combatir la ignorancia, la superstición y la tiranía para construir un mundo mejor. La Ilustración tuvo una gran influencia en aspectos científicos, económicos, políticos y sociales de la época (véanse los capítulos 1, 2 y 3). Extraído de Wikipedia: es.wikipedia.org.

Imperialismo: El imperialismo puede ser utilizado en una doble acepción. Por un lado, como la imposición política, económica o

militar de un Estado capitalista desarrollado sobre otros Estados o regiones menos desarrolladas en esa vía. O bien, como una etapa del desarrollo capitalista a partir del cual elementos constitutivos de su origen (la propiedad privada, la libre competencia, etc.) comienzan a verse amenazados por la aparición de grandes monopolios y la intervención estatal.

Inflación: Incremento general de los precios de los productos y los servicios. Cuando los índices son muy elevados y difíciles de controlar se conoce el fenómeno como hiperinflación.

Inversión: En economía se llama inversión a la compra de ciertos recursos cuya combinación, y asumiendo un riesgo, redundaría en la obtención de un beneficio o ganancia. En la inversión capitalista se suele comprar trabajo, materias primas y herramientas con el objetivo de obtener una mercancía cuya realización en el mercado nos permitiría obtener una ganancia.

Kartells: En español cartel o cártel, es un convenio entre empresas para evitar la libre competencia. Habitualmente asociado a la idea de una adecuación o acuerdo en torno de los precios de un producto (véase el capítulo 2).

Ludismo: Refiere al movimiento político de artesanos ingleses que a principios del siglo XIX protestaban contra la implementación de maquinaria en los procesos de trabajo. Por extensión se llama así a la acción de destruir máquinas como forma de protesta frente a la posibilidad de que la innovación provoque una pauperización en las condiciones de empleo. El nombre proviene de Ned Ludd, un

personaje al parecer ficticio, quien habría organizado las primeras manifestaciones y destrucción de máquinas tejedoras en protesta contra el maquinismo (véase el capítulo 3).

Marginalismo: Corriente de pensamiento económico, surgida en la segunda mitad del siglo XIX, que centra su análisis en los márgenes (última unidad de un bien) de la producción, la inversión, la utilidad y la ganancia (véase el capítulo 4).

Mercantilismo: Corriente de pensamiento que propugna una fuerte intervención del Estado en economía, así como de la concentración de recursos (metales preciosos) como sustento de este. En algunos casos se la asocia también con cierto proteccionismo que busca mantener una balanza comercial superavitaria. Surgió en Europa en el siglo XVI y se lo suele identificar con el absolutismo monárquico como régimen de gobierno (véase el capítulo 1).

Mita: Forma de trabajo donde el productor directo brinda un servicio temporal al Estado. Fue implementada durante el período incaico en la región del Tahuantinsuyo. Luego los españoles, durante el período de la conquista, resignificaron esta forma de trabajo reorientándola centralmente a la producción minera (véase el capítulo 1).

Monopolio: En economía refiere al ejercicio exclusivo de una actividad económica. El mismo puede darse como producto de la eliminación de competidores o de una situación de privilegio característica (véase el capítulo 4).

Nazismo: Conjunto de prácticas políticas que buscan la implantación de medidas totalitarias, ultranacionalistas, antidemocráticas y racistas impulsadas por el Estado. Se desarrolló en torno de un sistema de partido único (Nazi) con una figura preponderante (el *führer*) sobre quien descansaba la legitimidad del régimen. El caso de referencia es el gobierno de Hitler en Alemania entre 1933 y 1945 (véase el capítulo 6).

New Deal: Programa aplicado en los Estados Unidos durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt con el objetivo de hacer frente a las consecuencias de la Gran Depresión provocada con posterioridad a la crisis de 1929. El mismo consistió en una serie de medidas de intervención y subsidios estatales, así como la fundación de organismos, que buscaron fomentar la demanda de empleo y de productos por parte del Estado.

Nuevo Banco de Desarrollo (NBD), antes Banco de Desarrollo del BRIC: Es un organismo de crédito multinacional, surgido entre 2013 y 2014, e integrado por los países miembros del BRIC. Su objetivo es la realización de préstamos para desarrollo en ciertas áreas estratégicas (véase el capítulo 9).

Oligopolio: En economía refiere a un pequeño número de productores o vendedores que concentran el control de una rama particular de la economía, pero que dependen unos de otros en la toma de decisiones ya que la acción individual de cualquiera de sus integrantes podría afectar a la totalidad de la actividad.

Ordoliberalismo: Corriente de pensamiento económico surgida en Alemania en la década de 1930. Enfrentada al nazismo, proponía combinar principios de libre mercado con la salvaguarda de las tradiciones. Estos pilares fueron recuperados por la dirigencia política alemana luego de la Segunda Guerra Mundial (véase el capítulo 7).

Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP): Es una organización interestatal formada en 1962 entre los principales países productores y exportadores de petróleo. Actualmente está integrada por trece países miembros y se comporta como un verdadero *kartell* estatal en la producción de petróleo (véase el capítulo 7).

Perestroika: En ruso “reestructuración”, es la política llevada adelante en la URSS entre 1985 y 1991 que buscaba implantar una serie de reformas que permitieran cierta apertura en la economía soviética, así como un sinceramiento de la realidad económica del Estado (véase el capítulo 8).

Petrodólar: Unidad monetaria medida en dólares obtenidos como producto de la venta de petróleo. Generalmente se aplica a los ingresos obtenidos por los Estados productores de petróleo (véase el capítulo 8).

Plan Marshall o European Recovery Program (ERP): Programa impulsado por los Estados Unidos que tuvo como finalidad proporcionar ayuda financiera a los países de Europa que, devastados por la guerra, habían quedado bajo la zona de

influencia del bloque capitalista. El objetivo consistía en permitir una rápida recuperación recomponiendo el mercado y evitando la propagación del comunismo. Estuvo en funcionamiento desde 1948 a 1952 y lleva el nombre de su ideólogo, el secretario de Estado norteamericano George Marshall (véase el capítulo 7).

Plan quinquenal: Plan económico de impulso estatal que se propone la obtención de ciertos resultados en plazos de cinco años. Originalmente fue implementado por la URSS, aunque luego fue imitado por regímenes de diverso tipo como el nazismo en Alemania, el peronismo en la Argentina o el régimen comunista chino.

Producción: Factores combinados para producir bienes y servicios demandados. Se considera producción al proceso de producir y también a los resultados finales.

Productividad: Relación entre lo obtenido y los factores utilizados para la producción.

Producto Bruto Interno (PBI o PIB): Valor monetario de los bienes y servicios finales producidos por una economía en un período determinado. EL PBI es un indicador representativo que ayuda a medir el crecimiento o decrecimiento de la producción de bienes y servicios de las empresas de cada país, únicamente dentro de su territorio.

Producto Nacional Bruto (PBN o PNB): Valor monetario de los bienes y servicios finales producidos por una economía en un

período determinado. El PBN es un indicador representativo que ayuda a medir el crecimiento o decrecimiento de la producción de bienes y servicios de las empresas de cada país, dentro de su territorio y de sus inversiones en el exterior.

Progreso: La idea de progreso incluye características éticas (subjetivas) que no son necesariamente medibles en sentido contable. El progreso responde a medidas tomadas en torno al bienestar general de todas las personas.

Reaganomics: El termino responde a las medidas económicas de tinte neoliberal promovidas en los Estados Unidos durante la presidencia de Ronald Reagan (véase el capítulo 8).

Renta: Aunque el concepto aplica de manera muy amplia en economía, podemos sintetizarlo diciendo que es el beneficio obtenido por la propiedad o la explotación de algún bien en particular.

Rentabilidad: Relación entre la ganancia obtenida respecto de la inversión realizada.

Reserva Federal (FED): Es un consorcio público-privado que actúa en los hechos como Banco Central, reserva y regulador de políticas monetarias en los Estados Unidos (véase el capítulo 10).

Salario o sueldo: Responde al pago que recibe un trabajador a cambio de una contraprestación laboral. Usualmente se establece a través de un contrato (formal o informal). A las formas de

organización del trabajo que responden a este tipo de contraprestación se la suele llamar “trabajo asalariado” (véase el capítulo 3).

Servilismo: Forma de trabajo donde el productor directo reviste la figura legal de siervo. Está conminado a brindar servicios por algún tipo de obligación extraeconómica y debe responder con un pago en moneda, especie o tiempo de trabajo producto de su condición (véase el capítulo 1).

Sindicatos: Organización o unión de trabajadores en la defensa de intereses laborales o bien en la búsqueda de reivindicaciones consideradas comunes a una rama o empresa en particular (véase el capítulo 7).

Sistema de flotas y galeones: Organización del transporte naval conformado por un convoy de barcos que, respetando una misma ruta, dividirían tareas entre cargadores de mercancías y otros destinados a la protección de la flota. Fue implementado originalmente por Felipe II en el contexto de la conquista de América (véase el capítulo 1).

Sistema Norfolk: Sistema de rotación de cultivos implementado originalmente en el condado de Norfolk, Inglaterra, durante el siglo XVIII. El mismo consiste en un sistema de rotación cuatrienal, con la eliminación de tierras en barbecho y la cría intensiva del ganado dejando los campos libres para la producción agrícola. Otra característica del sistema consistía en la existencia de

campos privados y cercados que delimitaban la organización de este tipo de producción (véanse los capítulos 1 y 2).

Socialdemocracia: Nombre de los partidos de raigambre socialista que, en el marco de los debates de la Segunda Internacional, optaron por la vía reformista vinculando su estrategia política a la democracia burguesa y a la acción parlamentaria y sindical como camino de transformación social.

Socialismo real o socialismo realmente existente: Nombre con el que se caracterizó al socialismo de los países del bloque soviético (véase el capítulo 8).

Socialismo: Corriente política que postula la propiedad social (pública, colectiva, cooperativa o estatal), la autogestión empresarial y la planificación consciente de la vida social. Algunos pensadores lo postulan como una etapa de transición al comunismo. Existen múltiples posiciones respecto del movimiento socialista.

Tasa de interés: En economía, la tasa de interés o tipo de interés hace referencia a la cantidad que se abona en una unidad de tiempo por cada unidad de capital invertido. También puede decirse que es el interés de una unidad de moneda en una unidad de tiempo o el rendimiento de la unidad de capital en la unidad de tiempo. Recuperado de Wikipedia: es.wikipedia.org.

Taylorismo: Forma de organización del trabajo diseñada por Frederick Taylor, que consiste en la eliminación de tiempos

muertos mediante la división del trabajo y la especialización de los trabajadores, así como el aumento de la productividad sometiéndolos a premios, castigos y estrictos regímenes horarios (véase el capítulo 5).

Toyotismo o sistema *just in time*: Forma de organización del trabajo industrial bajo el capitalismo que muestra alta flexibilidad laboral, estímulos al trabajo en equipos y reducción de los costos de producción. Fue implementado originalmente en la automotriz japonesa como forma de superación del anterior sistema fordista de producción (véanse los capítulos 7 y 8).

Trabajo a domicilio o sistema de trabajo domiciliario: Sistema de trabajo a domicilio en el que el productor directo conservaba los medios de producción y el control sobre el tiempo de realización. Por lo general se trataba de actividades artesanales realizadas en el propio domicilio a cambio de un salario. Para este momento, el productor directo había perdido el control de la circulación de la materia prima, así como de la mercancía terminada (véase el capítulo 2).

Trust: Es un convenio entre empresas que busca evitar la libre competencia. Habitualmente asociado a la idea de una adecuación o acuerdo en torno de la cantidad de producción que se desea lanzar al mercado.

Unión Europea, antes Comunidad Económica Europea (CEE): Organización internacional de Estados Europeos que conforman una comunidad política y económica propiciando la integración

regional y el gobierno común. Actualmente la componen veintisiete Estados. Nació producto de acuerdos internacionales fijados en el Tratado de Roma de 1957 y de múltiples acuerdos posteriores que buscaron la realización de una política común de transporte, agricultura, seguridad social libre movimiento de personas y capital dentro de las fronteras de la comunidad. Con la implementación de la ciudadanía europea, la unificación de los tratados anteriores y la creación de una moneda única, fijados en el Tratado de Maastricht de 1992, se dio impulso final a la Unión. El euro como moneda única entro en circulación el 1 de enero de 2002.

Utilidad: Un bien es “útil” dependiendo del grado de satisfacción que genera. Suele ser utilizado para las mediciones de mercado que abordan los caracteres subjetivos de la demanda (véase el Capítulo 3).

Yanaconazgo: Forma de trabajo servil, donde la persona es considerada un “auxiliar”. Se implementó durante el período incaico en la región del Tahuantinsuyo en particular para el servicio doméstico o religioso. Luego los españoles, durante el período de la conquista, reutilizaron esta forma de trabajo (véase el capítulo 1).

Índice completo

Cubierta

Portada

Créditos

Introducción. María Virginia Benavent Oscar Daniel Duarte

Capítulo 1. La economía de la Modernidad (siglos XV al XVIII).

Guadalupe Oviedo

Introducción

Una economía en transición. La crisis del orden feudal

Las Cruzadas, el renacer urbano comercial y la crisis

La crisis del siglo XIV

Expansión y centralización

España, Portugal y la expansión de ultramar

La organización colonial

Consecuencias del proceso de conquista

Las instituciones coloniales

El monopolio político comercial

El mercantilismo

Consecuencias del mercantilismo

La crisis

Gran Bretaña

Francia

Las transformaciones del siglo XVIII

Las formas de trabajo en la América colonial

La fisiocracia. La nueva escuela económica de
Francia

Inglaterra prepara el escenario para el capitalismo

La transición concluye. La guerra y la revolución

Bibliografía

Capítulo 2. La Revolución Industrial. María Virginia Benavent

Introducción

Una periodización y un intento de despejar el sentido de
la expresión Revolución Industrial

Una aproximación al concepto

La revolución científica

¿Por qué fue Gran Bretaña la primera en
industrializarse?

Incremento agrícola

Trabajo

Tecnología

Capital

Mercado interno y externo

Formas tradicionales de producción

El sistema fabril

Evolución industrial: expansión de la industrialización en
la primera mitad del siglo XIX

Bélgica

Francia

Alemania

Estados Unidos

Consecuencias de la Revolución Industrial

Bibliografía

Capítulo 3. Una época de transformaciones revolucionarias. La primera mitad del siglo XIX en Europa. Oscar Daniel Duarte

Introducción

¿De dónde viene el mundo del siglo XIX? Principales rasgos del siglo XVIII

La Ilustración y las bases ideológicas del proceso revolucionario

La época de la revolución

La herencia revolucionaria

El liberalismo

El socialismo

El nuevo orden europeo. El Congreso de Viena

La crisis de 1816 en Gran Bretaña y un nuevo ciclo revolucionario

La teoría ricardiana

La expansión del comercio inglés, la guerra del opio y el patrón oro

La industrialización europea

Europa en la década de 1830

La industrialización en Alemania impulsa la unidad nacional

El capitalismo se asienta como el nuevo sistema económico

Conclusión

Bibliografía

Capítulo 4. Una época de transiciones explosivas. La segunda mitad del siglo XIX y el imperialismo. Oscar Daniel Duarte

Introducción

Un nuevo sistema

Un cambio de época. La crisis y la revolución

La revolución de 1848

La década de 1850

La constitución de los Estados Nacionales

Estados Unidos

Rusia

Italia

Argentina

Alemania

Japón

Las disparidades del proceso histórico

La crisis de 1866 y las nuevas escuelas económicas

El marxismo

El marginalismo o la teoría neoclásica

La crisis de 1873 y la larga depresión

Imperialismo

Conflictos internacionales por la ocupación de territorios

Debates en torno del imperialismo

La transición entre los siglos XIX y XX

Bibliografía

Capítulo 5. La Primera Guerra Mundial. El mundo en vilo.

Agustina Vence Conti

Introducción

El asesinato del heredero: ¿el inicio de la guerra?

La gestión de una economía en guerra

La tecnología en función de la guerra

La guerra y sus frentes

El frente oriental

La Revolución Rusa

El frente occidental

América latina en la guerra

Latinoamérica y la guerra: ¿neutralidad o beligerancia?

El impacto económico de la guerra

El saldo de la guerra

Los tratados de paz

Consecuencias territoriales y humanas

Los costos económicos de la guerra

Reflexiones finales

Bibliografía

Capítulo 6. El mundo de entreguerras. Guillermo Nakhle

Introducción

De Rusia a la URSS

El fascismo: antiliberal, anticomunista

El caso alemán

La expansión de Estados Unidos previa a 1930

El rol de la Gran Depresión en la economía como disciplina científica

Bibliografía

Capítulo 7. Los “treinta años gloriosos” del capitalismo.

Crecimiento, bienestar y crisis desde la segunda posguerra

hasta los años setenta. Romina Berman

Introducción

El proceso de integración europea

La expansión económica de “los años dorados” en el capitalismo occidental

El nuevo rol del Estado

Los “milagros” económicos

Estancamiento y crisis. El principio del fin

El Tercer Mundo en el nuevo orden internacional

Reflexiones finales

Bibliografía

Capítulo 8. Escenarios histórico-económicos en la década de 1980: tendencias y casos. Nicolás Pérez Jofre

Introducción

La década de 1980 en perspectiva: crisis de los setenta y transición del orden económico mundial

Estados Unidos y Gran Bretaña: crisis, “neoliberalismo” y capitalización financiera

El escenario latinoamericano: estancamiento, deuda y crisis

El fin del “socialismo real”: crisis, reforma y desintegración de la URSS

Conclusiones

Bibliografía

Capítulo 9. Los países emergentes y los BRIC. Claudio Castro

Situación económica de los BRIC hasta 2015

La evolución económica de la India

La implantación de reformas económicas

La evolución económica de China entre la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI

China entre 1949 y 1976: la implantación del modelo de planificación centralizada

Un intento de apertura frustrado: el Movimiento de las Cien Flores

El Segundo Plan Quinquenal: el Gran Salto Hacia Adelante (1958-1960)

La destrucción de capital humano: la Revolución Cultural (1966-1976)

Las reformas económicas a partir de Deng Xiaoping

La Rusia poscomunista

Algunas consideraciones sobre la experiencia soviética en el largo plazo

Las reformas de Vladimir Putin (2000-2008)

La crisis de Ucrania y la guerra

Bibliografía

Capítulo 10. Elementos para un breve análisis sobre la crisis económica de 2008. Marcos Lince

Introducción

Los orígenes de la crisis financiera y económica de 2008

La generación de la burbuja inmobiliaria y los créditos subprime

El estallido de la burbuja, Intervención y rescate económico

Los factores comunes en las principales economías del mundo que llevaron a un colapso colectivo

Situación social, política y económica en las economías europeas más afectadas por la crisis (Grecia, España, Islandia)

Grecia

España

Islandia

Bibliografía

Documentales

Apéndice. La Economía como ciencia y los intelectuales argentinos en las entreguerras. Guillermo Nakhle

La Facultad de Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires

Conclusión

Bibliografía

Glosario de términos

UADE